

LOLES LÓPEZ

CUPIDO
SE RÍE DE MÍ



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Michael es un enamorado que ansía encontrar a la mujer que lo ayude a mantener los pies en el suelo. Pero tiene un problema: le gustan todas y se cansa rápidamente de ellas.

Adriana no cree en el amor, es más, prefiere no experimentar ese sentimiento. Sabe que provoca la pérdida de control de todo, por lo que sigue un elaborado plan que consiste en salir con hombres por los que, a la larga, no debe sentir nada para, así poder centrarse en lo que de verdad le importa: su trabajo. Al principio le funciona, pero el destino, o un tal Cupido, hace que su vida se cruce con la de Michael, ese fotógrafo canalla terriblemente atractivo que comienza a provocarla con sus continuos chascarrillos y su simple presencia.

Un viaje a Hawái y varias coincidencias no tan casuales hacen que Michael se fije en esa mujer camaleónica que no para de mostrarle mil personalidades distintas, todas ellas irresistibles.

Descubre esta historia divertida, tierna, alocada, repleta de situaciones cómicas, en la que se muestra que el amor verdadero es para los valientes que se atreven a cruzar la línea invisible del miedo.

CUPIDO SE RÍE DE MÍ

Loles López

zafiro 

*A mis lectoras/es,
con todo mi cariño*

Prólogo

Miro a mi alrededor y sonrío en un acto inconsciente. Estoy en el Mango's, una sala de fiestas en la que los ritmos latinos, los deliciosos cócteles, la decoración selvática, los gogós profesionales y las bellas mujeres te hacen disfrutar, aunque no tengas tu mejor día, aunque pienses que te estás equivocando una vez más —¡y ya no sé cuántas llevo en mi marcador personal!— y que todo lo que creíste encontrar, por ejemplo, en Vietnam se ha volatizado más rápido que un caramelo en mitad de un cumpleaños infantil... Sí, habéis dado en el clavo, eso es precisamente lo que me ocurre a mí... Pero no he venido aquí a contar mis problemas ni a autocompadecerme, sino a divertirme, porque lo cierto es que me gusta este local. Bueno, para ser sincero, me gustan todos los sitios donde uno pueda ver a alguna mujer bella, y aquí hay tanta variedad que no puedo dejar de mirar: rubias, morenas, pelirrojas... ¡Joder, si es que me gustan todas! Pero no os asustéis, que sé elegir..., bueno, más o menos.

Mi amigo Brandon me hace una señal para que me aproxime a la barra. Es el barman de este sitio, una razón más para que esté aquí y no en otro local de Miami: ¡mi amigo prepara los mejores cócteles de la ciudad!

—Esas mujeres te invitan a esta copa —dice señalando a un grupo de chicas que me sonrían y comienzan a contonear sus caderas para llamar mi atención.

Les sonrío mientras cojo el ancho vaso y le doy un lento trago sin apartar la mirada de ellas. El mojito está delicioso y las mujeres son espectaculares, como sacadas de alguna revista de lencería cara, pues parecen modelos; a lo mejor lo son, no sería tan extraño encontrarme con alguna en una fiesta... Me relamo lentamente el labio inferior y sé que he desintegrado un par de bragas por lo menos, y os puedo asegurar que no es un farol. Sé el efecto que tengo en ellas, algo que en principio debería facilitarme la tarea de encontrar una novia, pero no sé qué pasa conmigo, que todas me salen rana o me canso rápidamente de ellas... Ya, ya sé que estáis pensando que soy un arrogante de pacotilla, que debería cogerme una *dominatrix* que me hiciera pasar las de Caín para que así supiera lo que es bueno... Pero de verdad que soy buen tío, además de irresistiblemente atractivo y con don de gentes. ¿Veis cómo soy un partidazo? El tema es que quiero enamorarme de verdad —y no como normalmente hago, que me dura ese estado lo mismo que una historia en Instagram, a veces horas o incluso un par de días, nunca más—, quiero encontrar a una buena mujer que me haga sonreír sin darme cuenta y a la que pueda amar el resto de mis días. Vale, sé que eso ha sonado terriblemente cursi y extraño viniendo de un hombre como yo, pero soy un romántico en potencia, un diamante en bruto —atractivo, inteligente, divertido, y encima busco novia formal, ¡un chollo!—, y creo que tampoco pido tanto, ¿verdad? ¡Joder, que yo no soy mi

hermano, ¿sabéis?! Bastian era un sieso (sí, he dicho «era», su ahora mujer tiene mucho que ver en que haya dejado de serlo) que creía que al amor había que ponerle fecha como si fuera una tarea más, un nuevo trámite en su esquematizado plan, hasta que conoció a Maca, y, bueno..., esa historia ya la conocéis, ¡anda que no me costó hacerle entender lo que le ocurría! Ahora eso es lo de menos, llevan felizmente casados tres meses y, de momento, Maca no nos lo ha devuelto, algo que espero que no ocurra, pero ¿qué queréis que os diga?, me espero de todo si Bastian está de por medio... Os vengo a decir todo esto porque yo sí quiero encontrar a la mujer de mi vida, la que provoque que me replantee mi soltería, la que haga que sienta mariposas, elefantes y cocodrilos organizando una bacanal en mi interior, algo que no he conseguido aún sentir y, ¡joder!, los años pasan y las ganas aumentan. Y, claro, ahora me preguntaréis: ¿por qué no te has enamorado de verdad antes, Mike? Pues ni idea. Porque yo ganas e intención pongo siempre, pero ellas..., no sé, supongo que no he encontrado a la apropiada, algo que a mi madre le está afectando demasiado y cada poco me lo recuerda, por si me despisto y eso... Aunque es bastante complicado no acordarme de algo cuando, cada vez que nos vemos —¡y no exagero!— me dice sin disimulo alguno y mirándome fijamente a los ojos (por si no me doy por aludido...) que quiere nietos y los quiere ya. Imaginaos cómo se me queda la cara..., ¡pues eso! Y ya sé que me diréis: ¡que los engendre tu hermano con su esposa! Y aunque tengáis la razón, pues ellos llevan más camino adelantado que yo, Maca no está muy por la labor de ser la primera, algo que entiendo y apoyo al cien por cien; ellos quieren disfrutar del matrimonio y seguir cosechando éxitos con la revista, y los hijos pues ya vendrán con el tiempo, si al final así lo desean... Por tanto, me toca esa responsabilidad a mí, y la verdad es que no me veo teniendo pequeños mini Mike ahora mismo con nadie. Ni siquiera con esas mujeres que no paran de sonreírme y de intentar seducirme. La verdad es que están muy bien, sobre todo la rubia, la que tiene el velo de novia en la cabeza, un cuerpo de infarto y unos labios que me gritan con deseo... «¿Por qué tienes que fijarte en la novia?» ¡Soy un caso perdido! Pero, ¡qué leches!, yo no engaño a nadie. Estoy soltero y sin compromiso, no adulo los oídos cuando me acerco a una mujer; si le gusta, bien, y si no, pues hay más peces en el mar, y ¡a mí me encanta bucear! Me acerco a ellas, que comienzan a ponerse nerviosas por mi manera de mirarlas, seductora, intensa, un pelín condescendiente e incluso canalla. Las evaluo, más o menos todas tienen la misma edad, sobre los veinticinco o menos, calculo a ojo. Son cuatro mujeres, muy altas y delgadas. De verdad que estoy replanteándome preguntarles en qué agencia de modelos trabajan, porque cada vez tengo menos dudas de su profesión; hay dos morenas, una con el cabello azul y la rubia. Ellas saben que soy un ligón en potencia y quieren juerga. No deseo que se desilusionen y comienzo a desplegar mis encantos para poder disfrutar un poco de la noche, lo que tenga que ser será, y mis preocupaciones seguirán mañana cuando me despierte. Ahora toca centrarse en esa rubia que baja la mirada, juguetea con su exuberante escote y me mira con deseo. Vale, sé que no tiene pinta de ser una buena chica, pero ¿qué queréis que os diga? No soy de los que desaprovechan ninguna ocasión. Las otras están más

pendientes de lo que hace su amiga que de mí, algo extraño, pero a lo mejor ella ha pedido la vez, ¡vete tú a saber!

—Muchas gracias por la copa —digo con galantería, y veo como todas sin excepción me miran obnubiladas.

La rubia me coge el vaso sin decirme nada y le da un trago sin dejar de mirarme a los ojos —«Jo... der»—, para después devolvérmelo sin despegar un segundo sus ojos azules de mí.

—Está bueno —dice con voz sensual, haciendo que sus amigas se rían por lo bajini.

—¿La copa o yo? —suelto haciendo que la rubia se muerda el labio inferior para no reírse.

—La copa, por supuesto —añade con convicción, repasando mi cuerpo con su mirada lobuna: camisa blanca, donde sé que se puede intuir mi torso fibroso, y pantalones vaqueros gastados, que se ciñen a mis fuertes muslos, para después volver de nuevo a mi rostro, donde mi cabello castaño, más corto de lo habitual en mí, se encuentra perfectamente alborotado y mis ojos grises con líneas color miel la miran sin parpadear.

—¿Cuándo es el gran día? —le pregunto mientras toco el tul del velo, haciendo que ella contenga la respiración.

—La semana que viene.

—Qué pena —añado haciendo una mueca de disgusto y volviéndome hacia las otras mujeres, que no nos quitan el ojo de encima.

Sus amigas me miran extrañadas, casi nerviosas, al ver cómo he dado la espalda a la rubia. Parece ser que la que corta aquí el bacalao es ella.

—¿Por qué dices qué pena? —me pregunta entonces mientras me toca el hombro reclamando mi atención. Me giro para mirarla y me la encuentro con el ceño fruncido; aun así, no ha perdido el atractivo, es muy guapa y quiere guerra.

Sonrío, me humedezco el labio inferior, la miro, doy un paso hasta ella y acerco mi cara lo suficiente para que sienta mi cálido aliento en la mejilla, para que note mi presencia y todo de lo que soy capaz si quiero, claro.

—Porque si te hubiera conocido antes te habría hecho gritar de placer varias veces mi nombre —suelto despacio, sabiendo que esas palabras la van a encender automáticamente. Se nota lo que quiere y yo soy todo un caballero.

Me echo hacia atrás observando cómo reprime un jadeo y me mira con anhelo. Le guiño un ojo y vuelvo a prestar atención a las demás mujeres, que están pendientes de la reacción de su amiga, aunque yo estoy centrado en lo que va a hacer ella, algo que sé que no tardará mucho en ocurrir. Como veis, tengo bastante experiencia con el género femenino...

—¡Tú! —me dice cogiéndome del brazo y arrastrándome lejos de sus amigas, que comienzan a negar con la cabeza divertidas por lo que ha ocurrido entre los dos—. Yo no soy la novia, imbécil —me suelta cabreada por lo que le he hecho.

Sonrío demostrándole que ya lo sabía, que de imbécil no tengo ni un pelo, sobre todo porque uno tiene ya mucho mundo vivido.

—¿No? —suelto jocoso, observando cómo ella se quita el velo y lo tira de cualquier manera al suelo.

—Era un farol —me confiesa—. Es una manera de que los tíos me dejéis en paz, ¿sabes?

—Ya...

—No veo que te sorprenda...

—No —añado con rotundidad mientras le doy otro sorbo a mi mojito—. Al acercarme a ti he visto que no llevabas anillo de prometida —le confieso haciendo que ella se mire las manos y de nuevo a mí—. Además, que se te nota que has sido tú la que ha ideado todo esto. Tus amigas sólo han secundado tú decisión.

—Entonces ¿por qué lo has hecho?

—Porque no me gusta que me mientan y quería saber de qué eras capaz.

Me mira y sonrío ampliamente mientras da un paso hacia mí y me roba de nuevo la copa. Bebe un trago, se le cae adrede una gota sobre su pronunciado canalillo y lo seca despacio con el dedo, todo ello sin despegarse de mi mirada, para corroborar que soy consciente de cada paso que ha dado de una manera tan tentadora y erótica que me la ha puesto dura de golpe. Bueno, a lo mejor lo que necesito en mi vida es a una chica mala que me enloquezca.

—Me llamo Janice —me dice tendiéndome de nuevo la copa.

—Michael —respondo cogiéndola.

—¿Nos vamos?

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca —añado mientras me aproximo un poco a ella, lo justo como para cogerla de la cintura de un movimiento rápido y seguro y devorar con gula sus labios.

Ella se estrecha contra mi cuerpo y se entrega a ese beso que comienza a tornarse cada vez más caliente, hasta que me obligo a recordar que estamos en un lugar público. Tampoco está bien montar el espectáculo, sobre todo cuando prácticamente todas las personas que hay esta noche en el local saben quién soy. Me separo lo justo para mirar sus ojos brillantes y anhelantes.

—Encantado de conocerte —le digo, y ella sonrío juguetona mientras salimos de Mango's.

La cojo de la mano y comienzo a caminar hacia donde tengo estacionado mi automóvil, pero Janice me detiene a cada segundo para devorar mis labios y, joder, uno no es de piedra y ella sabe lo que se hace. Nos subimos cachondos al coche, creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que acaba de posar su precioso culo en un Volvo XC40 de color rojo con todos los extras que podía escoger. Un capricho. No tanto como el de mi hermano, que es un sibarita al que le encanta llamar la atención, pero a mí me alucina mi SUV/Crossover. Arranco con destreza y siento cómo la mano de Janice comienza a acariciarme el muslo en dirección ascendente. Vale, creo que me acabo de enamorar al mirar cómo se muerde los labios ansiando arrancarme el pantalón y hacerme locuras.

Mientras conduzco en dirección a mi apartamento en Miami Beach intentando prestar atención a la carretera y no a cierta rubia que ha llegado a mi entrepierna, doy gracias por haberme obligado a salir esta noche, aunque no tenía ganas, por haber ido al Mango's con la excusa de ver a mi amigo Brandon, y por seguir creyendo en el amor. La miro y sonrío. A lo mejor es ella la

indicada y es la mujer que andaba buscando, a lo mejor estaba equivocado y no tenía que buscar a una chica buena, sino dejarme seducir por una mala. Estoy deseando llegar a mi casa para... conocerla mejor.

Capítulo 1

—Mierda, mierda, mierda... —maldijo Adriana mientras apagaba el ordenador rápidamente al darse cuenta de la hora que era.

Se levantó como un resorte de la silla, se alisó la falda lápiz de color negro mientras cogía su bolso, se recomponía su lencera blanca y salía disparada del despacho. Al hacerlo, vio la mesa de su secretaria vacía, algo que la hizo enfurecerse un poquito, pues, aunque Marge la había avisado en repetidas ocasiones de que había llegado la hora de salir, ella pensaba que la esperaría como siempre. Todas las secretarias que había tenido —y por desgracia habían sido más de las que habría querido— empezaban muy fuerte, pero, luego, siempre acababan desinflándose por el camino, haciendo que Adriana tuviera que desempeñar incluso tareas que las atañía a ellas. Sin darse tiempo a darle vueltas a por qué ocurría lo mismo con todas ellas, cogió un pósito amarillo que tenía su secretaria sobre la mesa y anotó en él, con letra clara y redonda, un recordatorio para que el lunes por la mañana lo viese Marge. Aborrecía dejar las campañas a medias, pero no podía cambiar los planes, sobre todo cuando Paul había organizado aquel viaje con tanta dedicación...

Comenzó a caminar en dirección a la salida, haciendo repiquetear sus finos tacones por el lustroso suelo. Aún quedaban algunos rezagados como ella en la oficina, pocos, pues casi todos se habían marchado ya para disfrutar del esperado fin de semana. Alcanzó el ascensor y oprimió el botón mientras miraba el reloj y reajustaba el tiempo que disponía para llegar a su casa, cambiarse de ropa y después dirigirse a donde la estaba esperando su novio... Blasfemó por dentro sabiendo que el trabajo la absorbía tanto que se le olvidaba todo a su alrededor, incluso esa cita, que había jurado varias veces y prácticamente le había faltado posar la mano izquierda sobre la receta de *muffins* de chocolate —su dulce preferido y por el que podría hacer cualquier cosa— mientras alzaba la derecha y prometía encarecidamente no llegar tarde, algo que no había cumplido... «Ay, por favor, ¡qué hambre tengo!», pensó al imaginarse el rico dulce, pues ni siquiera le había dado tiempo ese día de parar para almorzar y ya llevaba varias jornadas pasándole aquello; al final siempre salía del trabajo tarde y hambrienta. Resopló nerviosa al ver que el ascensor tardaba mucho en subir y, en ese momento, decidió asistir con la ropa que llevaba puesta. Iba elegante, su cabello seguía intacto, en un discreto y perfecto recogido, además de que tan sólo era un compromiso social de Paul, tampoco hacía falta ir excesivamente elegante... Con esa decisión tomada —y un poco más tranquila—, avanzó un paso cuando oyó la campanilla del ascensor avisando de que había llegado a esa planta. No esperó a que las puertas se abriesen del todo y, sin más, avanzó hasta el interior dando por hecho que a esas horas llegaría vacío, con tal

mal tino que no vio que en ese preciso instante alguien quería salir de él, lo que provocó que se diese de bruces con aquella persona.

—¿Es que no sabes mirar por dónde vas? —soltó envarada mientras se tocaba la frente, donde había impactado con el fuerte pecho de ese hombre. Nunca habría imaginado que chocar contra un cuerpo pudiera hacer tanto daño.

—Perdona, *bonita*, pero has sido tú quien se ha abalanzado sobre mí. Sé que soy irresistible, pero...

Al levantar la mirada, unos ojos grisáceos con líneas color miel la observaron divertidos, como si aquel tropiezo fuese una broma o algo parecido, algo que a ella la enfureció todavía más.

—¡No tengo tiempo para escuchar lo guapo que te crees que eres, *bonito*! —exclamó marcando la última palabra con sorna mientras entraba en el ascensor con displicencia.

—No es que me lo crea, es que lo soy, y considero que deberíamos hacer un parte de lesiones, señorita Correcaminos —añadió él mientras se tocaba el pecho, justo donde había impactado la cabeza de ella, y dejaba la pierna interceptando el sensor para que las puertas no se cerrasen.

—Soy abogada, tienes las de perder, señorito Choco-con-las-mujeres-adrede —replicó con chulería, haciendo que él se aguantara la risa—. Y ahora, ¿puedes quitarte para que me pueda marchar?

Él levantó los brazos en señal de rendición, mostrándole esa sonrisa que no había desaparecido en ningún momento de su cara, y dio un paso atrás. En ese momento, Adriana se preguntó qué haría allí ese hombre a esas horas. Supuso que, tal vez, había ido a recoger a una de sus empleadas, o a uno de sus compañeros directivos... Las puertas se cerraron ocultando la visión de ese hombre que no había cesado de mirarla un segundo, como si la estuviera evaluando, aunque a ella no le importaba lo más mínimo lo que pensarán de su persona, y mucho menos un extraño con quien había tenido la mala pata de tropezar.

Al llegar al garaje subterráneo del edificio, se dirigió velozmente hasta su pequeño BMW en color gris claro, un coche práctico para moverse por Miami y con todas las comodidades de la famosa marca automovilística. Añadió la dirección en el GPS y salió rápidamente hacia su destino, esperaba no encontrar de muy mal humor a su novio...

Estacionó el coche en el parking del Four Seasons Hotel Miami, uno de los más exclusivos de la ciudad, una inmensa edificación donde el lujo se palpaba en cada rincón y que había sido el lugar elegido para celebrar las bodas de rubí de unos amigos de la familia de su novio. Se encaminó hasta la inmensa piscina, flanqueada por unas modernas y confortables tumbonas. A su lado había unas hamacas blanquísimas que se encontraban atadas a unas altas y cuidadas palmeras y, más allá, una zona donde poder tomarse una copa mientras se disfrutaba de la sombra, rodeada por unas mesas redondas que preservaban todo el estilismo moderno y caro de aquella extensión. Al fondo pudo ver la zona privada, donde las pérgolas creaban un ambiente íntimo y especial en aquella maravillosa noche estrellada. Lo vio antes de que él reparase en ella. Se encontraba de espaldas, con las manos en los bolsillos, charlando con un hombre, relajado, tranquilo y tan

correcto que podría haber sido la imagen del protocolo más estricto de cualquier corte europea. Se irguió y se esforzó en mostrarle una de sus mejores sonrisas, aunque en ese momento lo único que deseaba era llegar a su casa, quitarse los tacones y atracar la nevera, y no precisamente en ese orden...

—Buenas noches —le dijo en cuanto se puso a su lado.

Paul la miró muy serio, se disculpó con el hombre con el que conversaba y comenzó a caminar hasta una zona menos concurrida de aquella distendida reunión con altos ejecutivos sin ni siquiera tocarla, dando por hecho que ella lo seguiría, algo que en efecto sucedió. ¿Qué iba a hacer, si no?

—Otra vez tarde... —le recriminó en un susurro. Odiaba llamar la atención y, aunque estuviera enfadado, no lo demostraría y mucho menos en público. Paul era correcto hasta para eso...

—Lo siento, tenía que terminar unas gestiones antes de cogerme las vacaciones.

—Como siempre.

—¿Y qué quieres que haga? Es mi trabajo, ¿recuerdas? Yo jamás te he echado en cara las horas que haces de más en el bufete...

—Lo sé, tienes razón, Adriana... —resopló disgustado, pues esa conversación la habían mantenido demasiadas veces y nunca llegaban a un acuerdo, sobre todo en lo concerniente a las horas que echaba de más ella—. Mi padre ha preguntado por ti —dijo mientras lo señalaba. Se encontraba hablando con tres hombres más, igual de correcto y displicente que su hijo. Podía asegurar que era su digno heredero, incluso se movían igual y se vestían con los mismos trajes confeccionados a medida.

Adriana asintió. Podía decir que sabía cómo sería Paul con veinte años más, y lo cierto era que tampoco había un gran cambio con respecto a la versión más joven que tenía delante.

—Ahora lo saludo.

—Espérate a que él venga... Estamos intentando captar otro cliente y esta celebración del amigo de mi padre es la excusa perfecta para hacerlo.

—Como quieras —susurró sabiendo que, en lo referente al trabajo, tanto padre como hijo se lo tomaban tan en serio que, si se acercaba para saludar a su suegro, éste podría tomárselo mal, algo que no deseaba que ocurriera, pues ya le había costado bastante que él la aceptara como para darle más motivos...

—¿Quieres una copa?

—¿No hay nada de comer? —susurró mirando a los camareros, que sólo llevaban copas de champán.

—¿Otra vez se te ha olvidado almorzar? —soltó él, extrañado de que siempre le ocurriera lo mismo. Adriana simplemente se encogió de hombros. Ella no lo pretendía, pero siempre acababa sucediendo—. Ven, vamos a hablar con el señor Richardson —añadió mientras comenzaba a andar hacia una pareja de mediana edad con paso tranquilo y seguro, sin importarle el estómago vacío de su novia.

Adriana reprimió un suspiro al ver que ya ni siquiera echaba en falta darle un beso, pues Paul

—rubio ceniza, ojos diminutos en un tono verde aceituna apagado, rostro afilado, barbilla cuadrada, cuerpo larguirucho y atractivo contenido— era así de desprendido y distante, algo que en un principio no le importó, pues ella tampoco era fan del romanticismo excesivo. No obstante, había descubierto que era frío incluso estando los dos solos. Según él, los besos estaban sobrevalorados y los daba cuando de verdad era necesario —por supuesto, éstos eran tan escasos que podía contarlos con una mano y le sobraban dedos, pues tampoco era un hombre muy fogoso —, y no en mitad de la calle, y mucho menos en mitad de esa fiesta, de la que intentaban sacar provecho en su propio beneficio. Ahora se daba cuenta de que esa falta de contacto, de que ese distanciamiento impuesto por Paul, había hecho mella en ella, aunque a lo mejor esas vacaciones que iban a hacer juntos reavivasen una llama que todavía no había prendido...

Paul la presentó a la pareja y comenzó a hablar de los negocios de ese hombre y de lo importante que era tener un buen abogado al lado para ayudarlo en todo lo que necesitara y de la suerte que tenían de que, en esa fiesta, estaban los mejores de la ciudad, y aunque a Adriana aquello le resultó bastante pretencioso, también sabía que era cierto, pues tanto Paul como su padre eran los mejores en su campo. Aburrída y hambrienta, desvió su atención de ellos y recorrió el lugar con la mirada en busca de comida. Poco le faltó para dar un salto de alegría al ver una pequeña mesa en el otro extremo de la carpa con comida. Su estómago había comenzado a tener vida propia y no paraba de rugir de manera escandalosa reclamando alimento. Se acomodó el cabello, asegurándose de que no se le hubiese soltado ningún mechón de su recogido, le acarició el brazo con delicadeza a Paul, que ni siquiera reparó en ella, y casi en un susurro se excusó para alejarse de aquella tediosa conversación hacia aquel paraíso de manjares donde podría saciar su voraz apetito. Muy pocas personas se encontraban cerca comiendo, pero a ella no le importó y cogió discretamente un canapé que se llevó a la boca con gula y que prácticamente engulló con un suspiro de satisfacción. ¡Estaba delicioso! Miró a ambos lados cerciorándose de que nadie la observaba y esa vez cogió dos de golpe, ¡estaba famélica! Volvió a mirar a su alrededor, más para saber que se encontraba a salvo de miradas indiscretas que otra cosa. Sabía que desde fuera podía parecer extraño que una desconocida a la que no habían presentado todavía a los anfitriones de dicha celebración estuviera devorando sin control el aperitivo que habían solicitado con tanto esmero. Tragó los canapés y cogió esa vez una especie de barquillo con algo dentro —¡le daba igual!—, se lo metió en la boca y descubrió de qué estaba hecho... No era su sabor favorito, pero todo valía cuando una tenía hambre. Sin dejar de masticar, volvió a mirar la fiesta, que comenzaba a animarse por segundos. La gente charlaba, se oían carcajadas y las felicitaciones volaban de un lado a otro y, de repente, lo vio. Tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de no estar viendo a alguien similar, alguien parecido a ese hombre, pero no... ¡Era él! El mismo con el que había tropezado en el ascensor hacía un rato... ¿Qué hacía allí? Se detuvo a mirarlo desde la distancia. Era alto, masculino, llevaba el cabello alborotado, pero de una manera para nada casual, se notaba que lo había hecho adrede para ir a la moda. Era de una tonalidad castaña que favorecía mucho al tono de su piel, ligeramente bronceada. La asimetría de sus rasgos lo hacían

ser atractivo y ese color tan singular en sus iris lo hacían llamativo, casi hipnótico. Su cuerpo, oculto por unos vaqueros claros y una camiseta entallada de manga corta negra, era atlético. Se notaba que le gustaba el deporte, pero sin llegar a ser una obsesión. Era muy guapo, sí, además de tener una manera de moverse, de reírse y de caminar que desprendía una seguridad y un erotismo que lo hacían irresistible para cualquiera, sin importar la condición sexual..., excepto para Adriana. Nunca había salido con un hombre así, tan espectacular, tan perfecto físicamente, tan... como él. Ella prefería un hombre con el que poder hablar y con el que poder compartir una rutina, una vida que no trastocase mucho sus ideales, al margen de cómo fuera físicamente, un igual y no sólo una fachada bonita que pudiera eclipsarla o algo peor aún... Como su pareja, que seguía hablando sin cesar aprovechando esa fiesta para hacer más clientela, ignorándola por completo, algo que ni siquiera llegaba a molestarle... Se metió otro canapé en la boca y observó hacia el lugar a donde se dirigía ese hombre que había visto en su oficina. Parecía que no lo acompañaba nadie, algo extraño para alguien tan atractivo que seguramente debía de apartar a las mujeres de su alrededor a cada minuto... Éste abrazó con mucho entusiasmo a una pareja mayor, elegantemente vestidos. Ella llevaba el cabello con mechas fucsias y su tono de piel era bronceada, y él era el prototipo de americano, alto, blanquecino y rubio. Comenzaron a hablar entre risas y al poco se unió a la conversación una pareja más joven que la primera. Él era un poco más bajo que el hombre con el que se había tropezado. Se parecían ligeramente, sobre todo cuando sonreían, pero ambos tenían atractivo suficiente como para hacer babear a cualquier fémica que se propusiesen. La mujer que lo acompañaba era morena, iba con un vestido negro, y a Adriana le pareció bastante curioso que una mujer como ella estuviera con un pedazo de hombre como aquél.

Desvió su atención de ellos, que comenzaban a hablar animadamente reflejando el nivel de intimidad que poseían, y la centró en la comida. Miró a su alrededor, el último canapé le había dado mucha sed. Llamó a un camarero que pasaba por su lado, cogió una copa de champán que se bebió de golpe y después cogió otra para poder disfrutarla con mayor tranquilidad. Mucho más relajada al ver que había apaciguado momentáneamente a su estómago, comenzó a caminar por aquel maravilloso lugar, cerca de la piscina iluminada, observando la tranquilidad reinante alrededor de ésta, suponiendo que los anfitriones de aquella fiesta habrían contratado el uso exclusivo de la zona ajardinada de la piscina para que nadie ajeno estuviera cerca. Aquello era precioso; además estaba decorado de una manera sutil y para nada recargado, con flores frescas que envolvían con su maravilloso aroma y telas vaporosas unidas a las columnas. En definitiva, era un lugar especial para celebrar los cuarenta años que llevaban casados los Miller. Alzó la mirada al cielo estrellado de finales de abril para después buscar a Paul, que seguía hablando con ese hombre, sin demostrar ni felicidad, ni entusiasmo, ni aburrimiento ni nada, pues él era neutro hasta para eso... Volvió la vista al agua pensando en ellos como pareja. Dudaba mucho que algún día Paul y ella llegaran al matrimonio. Su relación era tan práctica, tan funcional, que no lograba imaginarse a su novio clavando la rodilla en el suelo mientras alzaba una cajita forrada de terciopelo rojo y le pedía casarse con ella abandonando su correcta pose. Sería tan extraño como

ver el sol por la noche... Adriana sabía que su relación no era así, eran dos personas que se buscaban cuando necesitaban compañía o a alguien a quien llevar a algún evento o acto social. Nada más. Y, aunque sonara triste o extraño, a ella aquella relación le bastaba. No quería enamorarse, ni tampoco casarse ni tener hijos y, así, con Paul en su vida, estaba a salvo de caer en aquel sentimiento que no deseaba experimentar bajo ningún concepto. Inspiró profundamente sintiendo cómo la apatía la llenaba por completo y se repetía hasta la extenuación que eso era precisamente lo que siempre había buscado: un compañero, alguien con quien quedar, una persona con sus mismos ideales, alguien que la anclara a la realidad y al suelo, una persona que le permitiera ser quien ella deseaba ser, alguien del que no podría enamorarse jamás...

—¿Me estás siguiendo, abogada?

Esa voz susurrada a su oído, el aliento cálido de ese hombre rozando su cuello, la embriagadora fragancia que utilizaba mezclada con su propio aroma, a gel caro, a limpio, y sentirlo tan cerca hizo que Adriana pegara un brinco que la hizo derramar parte de su copa en su lencera blanca y, a la vez, perder el equilibrio al dar un paso hacia delante en un acto reflejo, pues no pensó que él pudiera acercarse a ella de esa manera tan sigilosa. ¿Qué era?, ¿un ninja? Todo pasó demasiado rápido como para que pudiera evitar aquel desenlace y uno de sus pies se introdujo en el agua, haciendo que su cuerpo se abalanzara en esa misma dirección. Sintió el agarre de ese hombre en su brazo, pero la fuerza de la gravedad y el hecho de que él no esperara aquel resultado hicieron que ambos, sin remedio alguno, se precipitasen al interior de la piscina con un fuerte y burlesco chapuzón que sobresaltó a los demás invitados.

Capítulo 2

Emergió del agua y lo vio a su lado mostrándole una sonrisa divertida, como si no le importase verse dentro de la piscina vestido en mitad de una fiesta con todos los invitados a su alrededor observándolos extrañados. Lo miró furiosa, sintiendo cómo los zapatos se le escapaban de los pies y aparecían flotando a su lado, cogió uno de un zarpazo, sin dejar un segundo de nadar, notando cómo su lencera se subía dejando visible su sujetador. El otro zapato lo cogió ese hombre, que la miraba sin parpadear mientras se acercaba a ella meciendo el agua a su alrededor como si fuera algo normal zambullirse en la piscina con la ropa puesta. Su mirada era tan penetrante que incluso le resultaba difícil deshacerse de ella, era tan sexy que incluso parecía irreal, como si lo hubiesen sacado de una escena de alguna película de Hollywood. Ese hombre era guapo a rabiar, incluso mojado era fascinante, y aquello la enfureció todavía más que encontrarse de esa guisa.

—Pero ¿qué te pasa? —soltó cabreada mientras le cogía el zapato que él llevaba en la mano, volcando su rabia y su frustración en esa frase.

—¿A mí? —repuso él con sorna como si fuera lo más chistoso del mundo—. Creo recordar que quien me ha tirado a la piscina has sido tú... Hummm, ¡chica mala!

—¿Yo? —parpadeó Adriana asombrada por su desfachatez—. Si tú no me hubieses asustado, no me habría caído —añadió envalentonada, notando cómo él cada vez se encontraba más cerca de ella. Podía distinguir las líneas color miel que cruzaban sus iris grisáceos, esa mirada felina que la volvía a enredar haciendo que desapareciera todo a su alrededor, como si sólo estuviesen ellos dos en este mundo, como si no importase nada más que él y ella, mojados y cada vez más cerca del otro, tentador, excitante, encandilador, peligroso...

—Michael, ¿qué te ha pasado? —La voz que Adriana oyó a sus espaldas hizo que sintiera cómo se rompía de golpe aquel hechizo en el que estaba sumida. Se volvió y observó que era la mujer de las mechas fucsias, que lo miraba risueña.

—No te preocupes, mamá, estamos bien —dijo él con una sonrisa, para después dirigirle una mirada socarrona a Adriana, guiñarle un ojo y nadar en dirección a la escalerilla para salir grácilmente de la piscina.

«Qué rabia me das, guaperas... Hasta empapado no pierdes tu gracia», pensó ella sin poder dejar de mirarlo por un segundo.

—De verdad que siempre la tienes que estar liando... —resopló su madre mientras contenía la risa y se dirigía hacia él con paso tranquilo.

—Adriana, ¿qué haces ahí dentro? —preguntó Paul al percatarse de que una de las personas

que estaban en el interior de la piscina era su novia.

—Nada, Paul, me entró calor de repente y decidí meterme... —soltó con sarcasmo—. ¡¿Tú qué crees que hago?! Perdí el equilibrio... —añadió de malas maneras, dejando los tacones en el borde de la piscina y nadando hasta la escalerilla con mucho menos gracia que él, y es que la estrecha falda no le facilitaba mucho los movimientos.

Se agarró a las barandillas y apoyó el primer pie con dificultad —la ajustada falda no contribuía a que pudiera hacerlo con mayor seguridad— para subir por ella mientras se sentía el foco de todas las miradas. Adriana levantó la vista al frente y, como si no fuera poco verse de aquella guisa, comprobó que a quien tenía delante era nada más y nada menos que ese hombre con el que había tropezado dos veces ese día, que reía divertido por lo ocurrido mientras se desprendía de la camiseta en un movimiento preciso, dejando ver un maravilloso y tonificado torso que dejó noqueadas a varias invitadas e incluso hizo que ella contuviera la respiración. «Joder... Lo que le faltaba al guaperas para tenérselo más creído. Menudo cuerpazo tiene el muy gañán», pensó al observar sus músculos ligeramente marcados. Como si estuviera acostumbrado a caerse vestido en las piscinas, él cogió una toalla que le había acercado uno de los camareros contratados para la fiesta y comenzó a secarse, sin dejar de hablar y de reír con los que Adriana temió que debían de ser sus padres y, a la vez, también los anfitriones de esa fiesta. «¿Por qué a mí?», pensó subiendo otro escalón y sintiendo cómo a medida que emergía su ropa se pegaba a su cuerpo. En ese momento Michael se volvió para mirarla, todavía con el pecho descubierto y los pantalones empapados. De repente algo llamó su atención, frunció ligeramente el ceño y su sonrisa se fue apagando de prisa; cogió otra toalla y caminó hasta ella sin vacilación, dejando con la palabra en la boca al que supuso debía de ser su hermano...

—Creo que estás enseñando más de lo que desearías, abogada —le susurró mientras le ponía la toalla sobre los hombros, ocultando así la transparencia total de su lencería y su sujetador.

Adriana vaciló un segundo al sentir los brazos de ese hombre rodeándole los hombros, su cuerpo a pocos centímetros de ella, protegiéndola para que nadie la viese semidesnuda. Lo miró a los ojos, éstos eran tan llamativos y expresivos que podía comunicarse sin ni siquiera hablar. En ese instante no había burla en ellos, ni tampoco diversión, sino sólo calor, protección e incluso dulzura... Compuso un amago de sonrisa para agradecerle su gesto, pero sintió de repente la presencia de su novio, que acababa de ponerse a su lado.

—Al fin se te ve el pelo, señor aventurero —comentó Paul mientras se acercaba a él y lo saludaba estrechando su mano con un movimiento más que estudiado en el que no había ni efusividad ni entusiasmo, sólo contención, mientras ignoraba, una vez más, a su empapada novia—. Me dijo Bastian que ya estabas por la ciudad... ¿Cómo estás?

—Bien, bien —contestó él mirando de reojo a Adriana, que intentaba taparse con la toalla y, de paso, asegurarse de que su recogido siguiera como estaba tras el chapuzón, algo bastante difícil, pues éste se había bajado, haciendo que varios mechones de cabello se desprendieran de su agarre

—. Llegué hace una semana y media y aún me estoy habituando a la vida en Miami —indicó con una sonrisa.

—Eso está bien, aquí se te ha echado de menos —comentó Paul mientras miraba de reojo a Adriana, que había comenzado a caminar en dirección a donde había dejado sus zapatos—. Por cierto, perdona a mi novia, no sé qué le ha pasado para hacerte caer dentro de la piscina...

—¿Es tu novia? —Paul asintió, más pendiente de esa conversación que de ella, que acababa de agacharse para coger sus zapatos—. Pues la verdad es que ha sido al revés, no la he visto y he tropezado con ella, haciendo que se cayera, y yo detrás —explicó con una amplia sonrisa.

—Son cosas que pasan, ¿verdad? —indicó con tranquilidad.

—Creo que tu novia se va —añadió al ver que ella se dirigía a la salida con la misma dignidad de una dama, sin importarles estar completamente empapada, dejando a su paso un reguero de agua.

—Es cierto —susurró Paul perplejo de que ésta ni siquiera se despidiese.

—Deberías ir detrás de ella... —indicó Michael al ver que él seguía inmóvil a su lado.

—Claro —susurró con pesar, como si hacerlo fuera un sacrificio para él—. Lo siento. Hablamos luego.

Michael le guiñó un ojo y observó cómo ese hombre perseguía, con paso tranquilo y sin esforzarse demasiado, a una mojada Adriana, con aquella falda todavía más pegada a sus piernas...

—¿Adónde vas? —susurró Paul cuando llegó a su lado.

—A mi casa —respondió ella sin detener un segundo su caminar, sin importarles hacerlo descalza porque ponerse los tacones estando mojada no entraba en sus planes.

—No puedes irte, Adriana. Estamos en mitad de una celebración y yo no me puedo ausentar..., mi padre me mataría. Esta noche es muy importante para nosotros.

—Quédate, pero yo me marcho —añadió convencida de sus palabras.

Paul la cogió del brazo para que se detuviera y ella lo miró extrañada. Él no era un hombre de contacto, más bien era despegado hasta para eso...

—Tienes que quedarte. Cámbiate y vuelve —replicó visiblemente nervioso.

—No, Paul. No tengo ropa y no voy a ir a mi casa para luego volver. Creo que entenderán mi ausencia y, como te he dicho, puedes quedarte tú sin problemas, no te estoy pidiendo que vengas conmigo.

—Pero esta noche te necesito —dijo con seriedad.

—¿Para qué? ¿Para dar vueltas sola por la fiesta mientras tú hablas de negocios?... No ha sido buena idea venir...

—Vale, te entiendo. Has tenido un mal día y este contratiempo te ha afectado —dijo forzando una sonrisa mientras intentaba suavizar aquel tenso momento—. Vete a casa y descansa. Mañana hablamos.

—Claro... —susurró observando cómo él se alejaba sin darle un beso ni una caricia ni nada...
¿Qué más daba?! Ella sólo quería salir de allí.

Se dio media vuelta y se dirigió hasta el parking para después subirse a su coche sin importarle que se mojara el asiento. Dejó los zapatos de malas maneras y salió de allí ansiando llegar a su casa. La noche había empezado mal, pero había acabado mucho peor...

Llegó a su maravilloso apartamento en Coral Gables pasadas las doce de la noche, estacionó su BMW en el garaje subterráneo del que disponía el edificio y se metió en el ascensor con los ánimos por los suelos y anhelando cambiarse de ropa. Éste se detuvo en la planta seleccionada, la quinta, y Adriana salió de él con los zapatos en la mano para entrar en su casa. Dejó de cualquier manera los zapatos en la entrada, fue directamente al cuarto de baño, se desprendió de la ropa empapada, de la toalla que tan amablemente le había tendido ese hombre, y se metió debajo de la ducha. Ya seca y con el pijama puesto, volvió a la cocina, que se encontraba nada más entrar, justo a la derecha. Bebió un poco de agua intentando relajarse, pero, no sabía por qué razón, no conseguía alcanzar ese estado necesario para descansar. Al poco oyó que alguien llamaba suavemente a su puerta y abrió sabiendo quién sería a esas horas.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No habías quedado con Paul para ir a esa fiesta tan importante? —preguntó su vecina del piso de al lado, que seguramente había oído ruido en su apartamento, lo que la avisó de que Adriana ya se encontraba en casa.

—Me he visto en la obligación de volver antes... Me he caído a una piscina con ropa y todo —explicó mientras la hacía pasar a su pequeño piso de un dormitorio, salón comedor y cocina integrada y un maravilloso y amplio cuarto de baño al que se podía acceder tanto desde su habitación como desde el resto del piso.

—Madre mía, y ¿cómo ha ocurrido eso?

Adriana la miró ahogando un suspiro. Madison era una de esas mujeres que se sentían a gusto con su cuerpo, hasta el punto de poder ir totalmente desnuda sin hacer ademán de taparse. En esa ocasión sólo llevaba puesto el sujetador de encaje blanco y unas braguitas a juego, por encima de sus hombros una bata de seda blanca que seguramente se había puesto para salir de su apartamento, y obviamente no le importaba que los pezones se intuyesen bajo la fina tela. Ella era así, y en cierto modo a Adriana también le habría gustado tener esa seguridad tan aplastante con respecto a su físico, pero, claro, el suyo no tenía nada que ver con el de su vecina. Ella era más bien la versión normalita de Madison... Adriana la miró a los ojos, tan azules que parecía que llevara lentillas. Era guapa hasta decir basta, con el cabello de una tonalidad azul que le recordaba a un ser mítico, como una sirena de esas que encandilaban a los fornidos marineros. El cabello lo llevaba muy corto, lo que acentuaba su largo cuello, y su altura (era bastante más alta que ella) y su cuerpazo conseguían que todo hombre se le pusiera a tiro, sin importar lo atractivo que fuera; por eso era modelo. Cómo habían llegado a ser amigas era todavía un dilema para ella, aunque Adriana supuso que todo había sido gracias a la perseverancia de Madison, que no se rendía nunca, y, aunque ella no se lo había puesto fácil, a la modelo no le importó y al final consiguió abrirse un hueco en su rígida y estructurada vida.

—¿Y Paul dónde está? —añadió su vecina antes de que ella pudiera contestar a la primera

cuestión.

—En la fiesta... Estaba muy ocupado captando a nuevos clientes y recordando viejas amistades...

—Siempre tan pendiente de ti... —resopló con sarcasmo. Su amiga no era una fanática de las artes de su novio—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que ese hombre no te conviene, Adriana?

—Es verdad que en los últimos meses nuestra relación se ha enfriado un poco más...

—Un poco más, dice... —la interrumpió—. Vuestra relación es un témpano de hielo del Polo Norte en el día más inhóspito y cruel de ese rincón del mundo. Lo que no puedes es seguir con esa absurda idea en la cabeza, Adriana. No puedes estar con un hombre sin sentir nada por él sólo porque crees que te complementa a nivel intelectual o profesional... ¿Y el amor? —preguntó haciendo que ella alzase la mirada al techo con resignación.

—Pero es que yo no busco enamorarme. Es más, quiero evitar sentirme a merced de ese sentimiento que enloquece y ciega a las personas, que las hace vulnerables e incapaces de controlarse...

—Pero así es el sentimiento más bonito del mundo —repuso Madison con una amplia sonrisa como si fuera la primera vez que hablaban de ese tema, algo que por supuesto no era así. ¡Ya había perdido la cuenta de las veces que habían hablado del amor!—. Sentir ese amor por alguien, sin importarte sus defectos y enloquecer cuando está muy cerca, a pocos centímetros de ti...

—No, paso. Eso te lo dejo para ti —terció ella con tozudez, convencida de que no necesitaba sentir aquello para ser feliz—. Paul y yo estamos bien; es verdad que ya ni quedamos para estar a solas y nuestra relación sexual es prácticamente nula, pero no me importa. Estoy a gusto con él. Me complementa, nos entendemos y no me hace falta más.

—No, no estás bien con él, y por supuesto que te hace falta más. Pero, claro, para ti es muy cómodo estar con él, es la excusa perfecta para no salir por las noches, para no quedar con otros hombres que seguramente te harán sentir más que ese cubito de hielo hecho persona... ¿No te das cuenta de que Paul te convierte en alguien que no eres? Te hace aburrida —soltó mientras daba una palmada en el aire al haber liberado, al fin, ese pensamiento que llevaba guardando demasiado tiempo—. Ya lo he dicho, ahora ódiame si quieres, pero es la verdad —añadió aliviada—. Ese tipo es el hombre más aburrido del mundo y te convierte en un igual. Y yo te conozco y tú no lo eres, Adriana. Tú eres divertida, eres sociable, eres risueña, y desde que estás con él tienes una cara que da hasta miedo...

—¿Tan aburrido es? —soltó temiendo que su amiga tuviera razón.

—Sería capaz de dormir al Correcaminos hasta arriba de Red Bull... —reiteró Madison convencida, haciendo que ella sonriera tímidamente ante la comparación.

—Es posible que nuestros compromisos laborales nos hayan distanciado todavía más, pero el lunes salimos rumbo a unas vacaciones de ensueño. Creo que esa escapada nos va a beneficiar mucho, lejos del estrés, de la rutina, de nuestros conocidos, solos él y yo...

—Ojalá tengas razón, Adriana, y que Paul recapacite, y tú también, y os deis cuenta de que a

vuestra relación le falta... amor —añadió observando cómo su amiga negaba con la cabeza al oír su última palabra—. ¿Ya sabes dónde te va a llevar? —preguntó intentando suavizar aquella conversación.

—No, dice que es una sorpresa.

—Espero que os lo paséis mejor que bien.

—Y yo... Madison, ahora mismo lo que necesito es dormir... —susurró sintiéndose agotada.

—Vale, ya te dejo —repuso su amiga mientras le sacaba la lengua—. Mañana hablamos, y piensa en lo que te he dicho, por favor —comentó antes de darle un beso en la mejilla—. Utiliza estas vacaciones para reconsiderar dejar atrás a Paul y buscarte a un hombre que te haga reír y gritar en la cama.

Adriana sonrió mientras la acompañaba a la puerta. Sabía que su amiga se lo decía por su bien, pero estaba convencida de que lo mejor para ella era estar con Paul. Y, aunque fuera un aburrido que llevaba demasiado tiempo sin besarla y tocarla, lo prefería mil veces a estar a merced del amor. Además, esas vacaciones la ayudarían a afianzar su relación...

Capítulo 3

Se despertó con el sonido persistente de su teléfono móvil. Estiró el brazo hasta la mesilla de noche para alcanzarlo y, al ver quién la llamaba, sonrió vagamente.

—Dime, Paul...

—¿Te he despertado?

—Sí, pero no importa —respondió mientras se estiraba en la cama.

—Te llamo para decirte que, al final, no puedo quedar hoy contigo, me voy con mi padre a Nueva York antes de marcharnos de vacaciones. Hemos conseguido una reunión con un famoso representante de actores a última hora —añadió sin un ápice de entusiasmo, como si estuviera informando sobre el índice de la Bolsa de valores.

—Genial —comentó Adriana mientras se frotaba los ojos—. Me alegro por vosotros.

—Te llamaré el domingo por la noche cuando llegue a Miami, ¿de acuerdo? Mientras, ve preparando la maleta, el lunes saldremos bien temprano hacia el aeropuerto.

—Claro. ¿Qué meto en la maleta?

—Donde vamos el clima es similar al de aquí; mete lo que tú veas, seguro que aciertas.

—Vale... Nos vemos.

Finalizó la llamada y miró el techo de su dormitorio. Normalmente los sábados almorzaban juntos, luego se iban al cine a ver cualquier película que estuviera en cartelera y por la noche salían a cenar para después quedarse en casa, o bien en la de ella o en la de él, para ver una película o cualquier serie a la que estuviesen mínimamente enganchados... Nada más. Y siempre hacían lo mismo desde hacía bastantes meses. Sin besos, sin arrumacos, sin caricias ni complicidad, como si fueran dos amigos que quedan para pasar un rato juntos... «No pienses eso, Adriana. Ha organizado unas vacaciones para estar a solas contigo. Eso es lo que importa.» Se levantó de la cama dispuesta a hacer algo distinto en ese día que tenía libre. A lo mejor bajaba al gimnasio del que disponía el edificio o, tal vez, podía ir a la playa a darse un buen baño con Madison o, mejor aún, podían irse de compras para llevarse al viaje algún modelito nuevo... El sonido del timbre de su apartamento la hizo sonreír. A esas horas no podía ser otra persona más que su vecina.

—¿A qué hora llega tu cariñoso novio? —preguntó nada más abrir la puerta, sin asombrarse de verla en pijama.

—Este fin de semana estará en Nueva York —comentó Adriana haciéndola pasar. Madison llevaba un bonito vestido de tirantes de rayas azul marino que todavía la hacía más bella.

—Entonces ¿tienes libre esta noche? —quiso saber con creciente entusiasmo.

—Sí, claro.

—¡Genial! Pues te vienes conmigo. Me han invitado a una fiesta exclusiva, repleta de famosos, buena música y alcohol gratis. ¡Lo pasaremos genial! Nos emborracharemos y celebraremos que estás de vacaciones... —soltó mientras le guiñaba un ojo.

—No sé si será buena idea...

—Anda, no seas Paul en versión femenina. Vamos a divertirnos un poco. ¡Como en los viejos tiempos!

—Bueno, ya veremos...

—De ya veremos, nada. Tú te vienes sí o sí.

* * *

En la avenida Collins, en el corazón de Millionaire's Row (el paseo del Millonario), junto al océano, se encontraba el hotel Fontainebleau, una maravillosa edificación blanca y curva que era un referente para las personas adineradas e influyentes que visitaban la ciudad. Adriana se miró los altos tacones que llevaba antes de entrar; eran plateados, brillantes, y estilizaban sus piernas, un capricho que había tenido hace años y que no había podido estrenar hasta esa noche porque a Paul no le gustaba salir de fiesta. Era un hombre de costumbres rígidas, uno de los requisitos que ella valoraba en una pareja... El vestido que llevaba era de su vecina, pues la tela, de licra, se amoldaba a todos los cuerpos, aunque a Madison no le ciñera tanto como a ella... Era de color negro, pero con brillantitos engarzados en la tela que la llenaban de luz cada vez que se movía. Su compañera la había maquillado a conciencia, resaltando sus ojos marrones y perfilando sus labios para hacerlos parecer todavía más gruesos de lo que en realidad eran. Se había alisado el cabello y lo llevaba suelto, algo atípico en ella, que siempre lo llevaba recogido, en una alta coleta o en un discreto moño. Aborrecía sentir el pelo en el rostro cuando trabajaba, además de que creía fervientemente que la imagen era el escaparate de las personas y ella quería reflejar seriedad y perfección.

—¿Preparada? —le preguntó Madison, que llevaba un minúsculo y favorecedor vestido verde flúor que se amoldaba a su atlético cuerpo.

Adriana asintió sin mucho entusiasmo. Su amiga era terca como ella sola y, al final, no había podido negarse a acompañarla, aunque lo intentó en repetidas ocasiones y con mucho ahínco, pero la modelo era letal cuando se le metía algo entre ceja y ceja, e ir juntas a esa fiesta había sido su prioridad desde que había irrumpido esa mañana en su casa.

Habían pasado el día juntas —algo que llevaban muchísimo tiempo sin hacer—, lo cierto era que se lo había pasado realmente bien con ella. Había reído, habían ido a un restaurante de comida rápida —algo que Paul odiaba—, se había comprado varios conjuntos de ropa interior, bikinis y un vestido maravilloso que le quedaba como un guante. Incluso habían tenido tiempo de ver una película romántica —a petición de la modelo, que adoraba ese género y que no cesó de

comparar a los protagonistas masculinos con Paul—, antes de comenzar a prepararse para esa noche. Adriana suspiró mientras caminaban hacia la entrada del famoso y mítico Bleau Bar, intentando convencerse de que le vendría bien hacer algo divertido y distinto para variar, y que aquella noche le ayudaría a prepararse anímicamente para el viaje e incluso a reafirmar que estar con Paul era lo que realmente deseaba, aunque no hubiese pensado en él en todo el día... Cabeceó para desprenderse de ese pensamiento. No pasaba nada por no haberse acordado de él; Paul tampoco le había enviado ningún mensaje para interesarse por ella. Ambos sabían que estaban bien, no dependían emocionalmente del otro, algo que era fundamental para Adriana, y no les hacía falta estar encima de su pareja para asentar su relación. Ellos eran así y no todas las relaciones eran iguales. Además, luego iban a estar una semana juntos...

Se centró en aquel momento, acababan de entrar y lo más destacable de aquel local era el color predominante: el azul, pero en una tonalidad clara, luminosa. El suelo, el techo, las sillas eran de ese color; parecía más bien una luz fluorescente que lo envolvía todo, creando un ambiente mágico y distinto. Un acierto, según ella, a la que le encantaba cada rincón que veía: la barra central completamente redonda y con un gran pilar cilíndrico luminoso que cambiaba de color, del rosa al azul; con todas las botellas rodeándolo, los altos ventanales que daban al mar, el ambiente moderno y la música *house* hacían de aquel sitio un lugar único. Madison la llevó hasta la barra y pidió unos chupitos de tequila y unos cócteles. Se notaba que su amiga conocía ese lugar, pues se movía con soltura, además de saludar a su paso a varias personas con efusividad.

—Por que disfrutes de tus vacaciones y abras los ojos a la realidad —dijo la modelo levantando el chupito a modo de brindis, lo que hizo que Adriana sonriera mientras chocaba su vasito con el de ella para después beberse de un trago el contenido—. ¡Y ahora, a divertirnos!

Cogieron la bebida que les había preparado el atractivo camarero —en la fiesta había barra libre y podían beber sin pagar nada—, y se fueron a un lateral a tomarse la copa mientras observaban a la gente que comenzaba a llegar. Adriana vio a muchos rostros conocidos del mundo de la moda y el espectáculo. Se notaba que nadie quería perderse aquella fiesta con motivo del lanzamiento de una línea de ropa muy importante con la que había desfilado su amiga.

—Ésta es tu noche, Adriana, lo presiento.

—¿Para qué?

—Para darte cuenta de todo lo que te estás perdiendo por estar con Paul...

—Vamos a bailar y deja a Paul tranquilo. Te recuerdo que es mi novio.

—Lo sé... —dijo al percatarse de que se estaba pasando con ese tema, pero quería que su amiga se diese cuenta de que estaba desperdiciando su vida con un hombre que ni la quería ni la valoraba, y mucho menos lo quería ella—. La semana que viene yo tampoco voy a estar por Miami, ¡nos vamos! —añadió cambiando de tema.

—¿Adónde?

—A Donostia —contestó mostrándole una deslumbrante sonrisa.

—Oh, a España... —susurró Adriana en su idioma natal—. ¿Cuánto tiempo estaréis allí?

—Unos días... Tenemos varios desfiles y un par de sesiones de fotos —murmuró haciendo memoria—. Me habría encantado que pudieras venirte con nosotras.

—En otra ocasión iré. Estoy deseando saber adónde me va a llevar Paul.

—Y yo... Llámame cuando llegues, ¿vale?

—Claro —dijo con una sonrisa—. Anda, cuéntamelo todo. ¿Con qué firmas vais a desfilar?

—Con Guess y Massimo Dutti. Va a ser una semana muy movidita, pero estoy deseando que llegue. Es una gran oportunidad para nosotras —contestó con entusiasmo.

—Vas a llegar muy alto, Madison, ya lo verás —añadió creyendo firmemente en sus palabras.

—Eso espero, y cuando llegue lo celebraremos a lo grande.

—¡Cuenta con ello!

—¡Al final ha venido con él! Me lo dijeron las chicas, pero pensé que sería un farol —comentó la modelo señalando la entrada mientras negaba divertida con la cabeza.

Adriana buscó con la mirada lo que le había hecho tanta gracia a Madison y vio a las amigas de ésta, modelos como ella, pero unas creídas de campeonato que pensaban que eran las diosas del lugar. Sobre todo Janice, la rubia que acababa de darle un par de besos a Madison y hacía como si Adriana no estuviera a su lado, todo ello sin soltar un segundo el brazo del hombre que llevaba pegado a ella y al que ni siquiera prestó atención; seguramente debía de ser uno de sus novietes de pega, a los que exprimiría para obtener algo a cambio. «Sí, Janice, el sentimiento es mutuo», pensó ella devolviéndoles el saludo de pasada y centrando la mirada en otro punto del local, que se encontraba repleto de gente con ganas de pasarlo bien.

—Uy, no sabía que ibas a venir —terció Janice mirando un segundo a Adriana, que acababa de darle un largo, larguísimo, trago a su copa.

—Ni yo —repuso ella con sinceridad.

—Adriana necesitaba salir con urgencia. Su novio se ha ido de viaje de negocios y estaba sola en casa...

De repente, la mirada de aquel hombre que había estado pendiente de su acompañante rubia se dirigió hacia ella con curiosidad, e hizo que Adriana, a su vez, frunciera ligeramente el ceño al fijarse en él, pues unos ojos grisáceos con líneas color miel la miraban con atención, reconociéndola en el acto. «Ay, madre mía, ¿aquí también?», pensó ella mientras maldecía su mala suerte. Janice la miró de nuevo un segundo para después volver su atención a sus amigas, las dos morenas que eran como sus seguidoras, algo que Adriana no entendía, pues tanto Emma como Kaila tenían belleza suficiente y mucha más simpatía que la rubia como para no permanecer a la sombra de nadie. Todo ello, sin dejar un segundo de cogerle el brazo a ese hombre que miraba a Adriana prácticamente sin pestañear. Ésta se terminó de un trago la copa y echó un vistazo a su alrededor. La fiesta estaba cada vez más animada y ella sólo deseaba volver a tener el control, sobre todo cuando él no paraba de mirarla fijamente, haciendo que dudase hasta de su sombra. «Sí, guaperas, soy la misma que tiraste a la piscina», pensó nerviosa.

—Voy a por otra —le comentó a Madison, que asintió con la cabeza.

Adriana se dirigió hacia la barra, miró de reojo a su vecina, que comenzaba a reírse junto a sus amigas modelos, mientras Janice se pavoneaba como si fuera la reina de la fiesta y aproximaba todavía más su cuerpo al de Michael. Sabía que quien desentonaba en ese grupo era ella, y no sólo por el físico, sino también por su manera de pensar y de actuar. Adriana no era una mujer tan directa como lo eran ellas, ni tampoco tan seductora; era más prudente, más comedida y racional...

—Cinco chupitos de tequila —pidió al barman.

Éste asintió mientras disponía delante de ella los pequeños vasos y echaba con pericia el alcohol en su interior.

—¿Quieres sal y limón? —le preguntó enroscando el tapón de la botella de tequila.

—No —contestó mientras le mostraba una escueta sonrisa.

Luego alzó uno de los vasitos y se lo bebió de golpe, sin pensar. El alcohol recorrió su garganta y la hizo cerrar los ojos al sentir el fuerte licor quemándolo todo a su paso.

—¿Son todos para ti? —preguntó el barman al ver que no hacía ademán de llevárselo a ningún sitio, sino que más bien se había quedado delante de ellos.

—Sí —dijo alzando el segundo.

—¿Mal de amores? —insistió él mientras cogía un vasito y vertía en él tequila.

Adriana negó con la cabeza rápidamente contestando a esa cuestión.

—No... Esta noche necesito evadirme del estrés y celebrar que voy a estar una semana sin hacer nada.

—Que disfrutes mucho de tu retiro espiritual —soltó él, mostrándole una sonrisa blanquísima que le contagió sin querer—. Por que... sonrías más veces —dijo a modo de brindis mientras alzaba el chupito que se había preparado y hacía chocar con el de ella.

—Pero que no sea por un bufón, por favor —añadió antes de bebérselo.

El barman le sonrió para después acercarse a otro cliente que quería pedirle bebida. Adriana cogió el tercer chupito y se lo bebió sin pensar, simplemente anhelando encontrar la razón por la que se sentía tan extraña esa noche. ¿Sería por no hacer lo mismo que todos los sábados? ¿O tal vez porque Paul no estaba a su lado? ¿O por no saber dónde estaría a partir del lunes? O... ¿por ese hombre que había vuelto a aparecer delante de ella? No sabía lo que le ocurría, pero lo cierto era que se sentía distinta, más vulnerable, menos decidida, y lo único que deseaba era pasarlo bien de verdad, sin artificios, como antes... A lo mejor era lo que le ocurría, pues llevaba un año acomodada en una vida apacible, rutinaria, algo que siempre había querido para ella y que lo había encontrado junto a Paul. Sabía que tenía que estar agradecida por todo lo que había logrado en todos esos años, tenía un buen trabajo, un apartamento maravilloso y una amiga un poco loca que la arrastraba a fiestas como ésa y, luego, había conseguido encontrar a un buen hombre que la acompañaba y que le daba lo que siempre había deseado: paz y estabilidad. El cuarto chupito la ayudó a sentir que todo se difuminaba a su alrededor. Volvió a mirar a Madison, que había comenzado a bailar con sus amigas. De Michael ya no había ni rastro, pero sí de Janice, que

bailaba como si todo el mundo la estuviera mirando, y seguramente así debía de ser, por los excesivos contoneos y aquel vestidito una talla más pequeña de la que necesitaba. Cerró los ojos intentando mantener a raya ese rechazo que sentía por la modelo rubia. No sabía la razón, pero Janice no le gustaba, había sido odio a primera vista. Ese pensamiento la hizo sonreír, pues eso era lo que le había pasado con esa mujer con la que prácticamente no había cruzado más de dos frases seguidas... Miró de nuevo hacia donde estaba su amiga y de repente lo vio caminar en su dirección, seguro de sí mismo y siendo consciente de su gran atractivo. «No vengas, no te acerques... Ay, madre mía, menos mal que no hay ninguna piscina cerca...», pensó centrando su mirada en la barra, intentando que él no la viese o que cambiase de rumbo, ¡lo que fuera!, pero no quería volver a hablar con él, no quería volver a mirarlo a esos increíbles ojos y no quería ver cómo le sonreía.

Capítulo 4

—Pero si es la abogada a la que le encanta zambullirse vestida... —terció Michael colocándose a su lado mientras le mostraba una sonrisa resplandeciente que aumentaba, aún más si cabe, su atractivo—. Sé que soy irresistible, nena, pero ya son demasiadas casualidades...

—Sí, la lástima es que no haya una piscina por aquí cerca para poder tirarte a ella, claro —añadió sin achantarse, sintiendo que el alcohol se le estaba subiendo a la cabeza.

—Hummm... Descarada. Ya sabía yo que querías repetir —comentó socarrón.

—Mira, no estoy de humor para oír lo terriblemente guapo que te crees que eres, y mucho menos para que pienses que estoy aquí por ti —añadió notando cómo la lengua le entorpecía la pronunciación de las palabras; bueno, para ser realista lo que le estaba afectando era el primer chupito que se había tomado, la copa que se había ventilado demasiado rápido y los cuatro chupitos de después.

—¿Estás borracha? —dijo Michael con guasa al darse cuenta de su dificultad para hablar.

—Y más que lo estaré —replicó levantando el último chupito y bebiéndoselo bajo su atenta mirada—. Joder —soltó al sentir cómo se le había subido directamente a la cabeza.

—¿Estás bien?

—Por supuesto, estoy más que bien —resopló apartándose el cabello con ambas manos y dándose cuenta de que en ese momento Janice estaba pendiente de ellos, mostrando una expresión seria y decisiva—. Corre y acércate ya a tu chica, si no, le va a dar un síncope al ver que estás hablando conmigo...

—No es mi chica.

—Pues lo disimuláis muy bien —dijo haciendo que él sonriera.

—Tan bien como tú y Paul... ¿En serio eres su novia?

—Sí —repuso mientras alzaba la cabeza con orgullo, como si estar con Paul fuera lo mejor que le hubiese pasado en la vida; algo que era así, pero a él no le importaba su vida, y mucho menos con quién estuviera o dejara de estar.

—Jamás me había hablado de ti...

—¿Sois muy amigos?

—Lo normal... Estamos en el mismo grupo de amigos, nos conocemos desde niños, su padre y el mío crecieron juntos...

—Ya...

—Aunque no sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—¿Por qué dices eso?

—A ver, no me malinterpretes, conozco a Paul desde niño y, aunque somos amigos, sé que es una versión joven de su padre, con los mismos ideales y esa seriedad que siempre lo acompaña. ¿Qué has visto en él? Por favor, ¡ilumíname! Porque no lo entiendo...

—Es un hombre muy inteligente y sosegado —contestó Adriana con rotundidad, asintiendo con cada adjetivo utilizado para describirlo.

—Sosegado es un rato, sí... —terció con sorna, haciendo que ella enarcara ligeramente una ceja.

—Mira, no voy a hablar de este tema contigo —replicó altanera, pero al verle la sonrisita socarrona que tenía, se irguió y contrató: ¿Y tú por qué sales con Janice?

—Sólo es una amiga, nada más.

—Ella no piensa eso —indicó con rotundidad.

—Que ella no lo piense no significa que seamos más de lo que somos... ¿Sois amigas?

—No —resopló poniendo mala cara, algo que le hizo gracia a Michael.

—Veo que no te cae especialmente bien —dijo haciendo que ella volviese a encogerse de hombros—. ¿De qué conoces a Janice?

—Trabajamos en la misma agencia de modelos —mintió Adriana mientras le mostraba una sonrisa resplandeciente o por lo menos lo intentaba, pues el alcohol le estaba dificultando incluso mantenerse erguida. «¿Ahora cómo te quedas, guaperas?», pensó con guasa.

—Vaya, modelo además de abogada, y encima novia de Paul... —susurró mirándola de arriba abajo.

—¡Soy una mujer muy completa! —indicó irguiéndose con chulería.

—Ya lo veo, ya... —dijo mientras le sonreía divertido—. Bueno, te dejo, no bebas mucho, *superwoman*...

—Claro —susurró sin dejar de mirarlo.

«Joder... ¡qué guapo es el muy gañán!», pensó mientras lo observaba marcharse de su lado para acercarse a esa rubia acostumbrada a salirse siempre con la suya.

—Ponme otro.

—Creo que ya has bebido demasiado —repuso el barman con dulzura al notar su estado de embriaguez.

—No me fastidies y ponme otro. Tengo que brindar por ese tipo, va derecho a la boca de la arpía —indicó haciendo que éste negara con la cabeza e hiciera lo que le había pedido.

Antes de tomarse el chupito de tequila, volvió a mirar hacia donde estaba Madison, Michael estaba al lado de Janice y ésta no paraba de manosearlo para que nadie dudara de que estaban juntos. En ese momento él la miró y ella alzó el chupito a modo de brindis, para después girarse y centrar su turbia mirada en el vasito de tequila. Su compañera de piso le había contado muchas cosas de Janice, por eso sabía que no era de fiar, y supuso que, por la misma razón, no la tragaba. Aunque a lo mejor a él le daba igual que ella fuera una aprovechada y sólo deseaba obtener de ella una relación sexual... «Todas las guapas tienen suerte», pensó mientras negaba con la cabeza

y se obligaba a centrarse en su persona. ¡Que Michael se apañara con la rubia!, ya tenía suficientes quebraderos de cabeza como para preocuparse por una persona que había visto tan sólo de pasada. Levantó el último vaso de chupito y se lo bebió de golpe, prometiéndose que esa noche se divertiría como hacía tiempo que no lo había hecho y que al día siguiente dormiría todo lo que pudiera y más, para el lunes volver a ser la Adriana que quería, la perfecta novia, la responsable y sería mujer en la que se había convertido con mucho tesón. Disfrutaría de unas idílicas vacaciones e intentaría que Paul la volviese a mirar como al principio... Pero esa noche no, esa noche necesitaba dejar libre una parte de ella que siempre reprimía y que anhelaba respirar aire fresco, bailar e incluso reírse de verdad. Esa noche era la oportunidad perfecta para hacerlo, pues su novio no se encontraba allí para verla y estaba con su gran amiga. ¡Todo eran ventajas!

Se acercó a trompicones hasta Madison, bailó ignorando los toqueteos de Janice y Michael, rio al ver a su amiga intentando desfilar después de haber ingerido varias copas, aplaudió cuando los anfitriones de aquella fiesta mostraron el nombre de la nueva firma de ropa y, en definitiva, intentó olvidarse de todo, incluso de sus propias normas.

—¡Voy al aseo! —exclamó de repente, haciendo que Madison se echara a reír por su espontaneidad.

Al acabar, deslizó la mano por encima del sensor de la cisterna para después salir de aquel fabuloso cubículo y se lavó las manos mientras se miraba en el espejo. Su rostro era un poema, más por la mirada turbia que tenía que por el maquillaje, que, milagrosamente, continuaba perfecto, aunque su pelo..., era mejor no pensar cómo se encontraba, pues el cabello liso se había esfumado y lo llevaba alborotado de cualquier manera. Salió de allí sin retocarse siquiera el pintalabios, que había desaparecido después de tanta bebida y, antes de volver donde se encontraba su amiga, sacó su teléfono móvil para cerciorarse de si tenía mensajes, pero, como se temía, no había ninguno, y mucho menos de Paul. Volvió a guardarse el móvil y observó a un hombre que iba directamente hacia ella. Tenía rasgos latinos, era alto, moreno, ojos negros, bastante resultón, y la miraba de una manera demasiado explícita...

—Hola...

Se apartó el cabello de la cara y le sonrió lo mejor que pudo, pues, aunque quisiera demostrar que controlaba la situación y que era capaz de mover el mundo de sitio, su apreciación de la realidad difería bastante de lo que en verdad ocurría, pues una mueca irrisoria surgió ante su esfuerzo de parecer segura e implacable.

—No, ¡ni hablar! —exclamó en español al percatarse de las intenciones de éste mientras se acercaba a ella y la miraba sin pestañear. ¡Estaba intentando ligar con ella!

—Eres muy guapa... —le respondió él en el mismo idioma.

—No, no y no. ¡*Vade retro*, Satanás! —terció con rotundidad mientras comenzaba a alejarse de aquel hombre, que se había quedado sorprendido ante su reacción desmedida al hablar con ella.

—¿Dónde estabas? —preguntó Madison al verla aparecer casi a la carrera.

—Espantando a un moscón, y de los grandes —contestó de repente, y aquello le hizo tanta gracia que no pudo parar de reír a carcajadas.

—Madre mía, Adriana, estás muy borracha —añadió su amiga contagiándose de sus risas—. Hacía tiempo que no te veía así...

—Promete que no me dejarás que haga esta noche ninguna locura —dijo con seriedad, pues notaba que comenzaba a no controlar nada a su alrededor, algo que la asustaba. ¡Ella era dada a controlarlo todo hasta el más mínimo detalle!

Madison la miró y asintió.

—Anda, no te preocupes por eso ahora, vamos a por otra copa. ¡Mi amiga ha vuelto y eso hay que celebrarlo! —indicó con gracia mientras la arrastraba hasta la barra del bar.

Y lo festejaron tomando un par de chupitos más de tequila —Adriana ya había perdido la cuenta de cuántos había bebido esa noche—, después los bañaron con un mojito y, para rematar, un gin-tónico, todo ello sin parar de bailar, de contonear las caderas y de reírse sin parar. Había descubierto que la bebida liberaba a una Adriana que creía haber abolido con el tiempo y siguiendo unas estrictas normas inquebrantables, pero el alcohol también hacía que su control desapareciera, y le importaba muy poco que se estuviera comportando de una manera que la avergonzaría estando sobria...

Capítulo 5

Janice se volvió de nuevo hacia él y le sonrió ampliamente sin dejar de contonear sus caderas al ritmo de la música. Se notaba que estaba disfrutando de lo lindo, más por el hecho de que la vieran con él que por la fiesta en sí. Michael miró a su alrededor. Llevaban allí un par de horas y lo único que deseaba era marcharse, era absurdo aguantar más por esa rubia a la que se le había metido en la cabeza que debían estar juntos como dos siameses.

—Janice... —le dijo mientras le tocaba el brazo—. Vámonos, quiero hablar contigo.

—Un momento, Mike, esta canción es mi preferida... —soltó exagerando sus movimientos sin dejar de mirar hacia un lado o al otro, cerciorándose de ser el centro de atención, algo que a Michael ya le estaba cansando.

«¿Tan difícil es encontrar a una mujer normal y corriente de la que enamorarme de verdad?», pensó observándola con atención. Llevaba saliendo con la modelo una semana, y en esos siete días había asistido a más fiestas, eventos sociales y reuniones que con cualquier amigo suyo en todo un año, algo que le hizo pensar que esa mujer sólo lo quería para una cosa: por conveniencia. Aquello y su decreciente interés por la rubia habían hecho que tomara una decisión; por supuesto que iría con ella a esa fiesta a la que se había comprometido a asistir, pero aprovecharía para hablar con ella y romper aquella relación que se estaba tornando superficial, materialista y absurda. Desvió la mirada harto de verla pavonearse como si fuera Naomi Campbell y él el mismísimo Tom Cruise. Aborrecía a las personas que se acercaban a él para conseguir algo, y de repente la vio... Todavía se reía cuando recordaba el susto que le había dado la noche anterior cuando se acercó a hablar con ella al verla tan sola, tan apartada de todo y de todos, tan recta, tan perfecta y tan irreal, provocando que se precipitasen los dos a la piscina, para después ver su visible enfado al salir y esa maldita tela pegada a su cuerpo, transparentando su piel y sus curvas... Y esa mujer con un carácter decidido, inquebrantable y fuerte era la novia del soporífero Paul. Ver para creer... Pero esa noche no era la misma mujer que había visto el día anterior; la que tenía delante era divertida, risueña, alocada y... «¿Qué está haciendo?», pensó al percatarse de cómo Adriana permitía que aquel hombre se acercara demasiado a ella, ¿o tal vez no se daba cuenta de sus intenciones?... Desvió la mirada en ese momento y cogió de la mano a Janice, tenía que hablar con ella y tenía que hacerlo ya.

—Vamos —dijo sin darle opción a que ésta se inventara otra excusa para posponer esa conversación.

Salieron a la calle casi a la carrera y, al detenerse a pocos pasos de la puerta, la modelo comenzó a arrimarse más de la cuenta a él, sin dejar de intentar besarlo, tocarlo y, en definitiva,

excitarlo para que a éste se le olvidara aquella conversación que se había prometido tener, algo que no consiguió, por supuesto. Se había curado de las malas artes de la rubia y ya no funcionaban como al principio.

—¿Sabes qué? Había pensado que podrías hablar con tu hermano y que mi foto saliera en portada en el siguiente número de su revista —susurró seductora.

«Ahí está el verdadero motivo de que quedemos todos los malditos días», pensó Michael observando la mirada ebria de la modelo.

—Bastian no permite que nadie externo a la revista decida quién debe ir en portada.

—Pero es tu hermano.

—Lo sé... —bufó anhelando acabar rápidamente aquella conversación. Tenía algo mucho más importante que hacer—. Mira, Janice, en todo momento he sido sincero contigo y esta vez no va a ser diferente. Eres una mujer preciosa, con un cuerpo de diez, pero tú y yo... —susurró mientras negaba con la cabeza—. No podemos seguir viéndonos, lo siento. No quiero que te hagas ilusiones sobre algo que no va a ocurrir nunca.

—Es por Adriana, ¿verdad? Seguro que te ha contado cualquier barbaridad de mí... Os he visto hablando antes, y quiero que sepas que esa mujer me odia —exclamó dolida—. ¡Y no lo entiendo! Jamás le he hecho nada, pero creo que no puede soportar que sea más guapa, más alta y con más estilo que ella...

—No, Adriana no me ha dicho nada de ti. Es una decisión que he tomado al darme cuenta de que lo nuestro no tiene futuro.

—¿Y ya está? ¡¿Todos los planes que tenía los tiro por la borda?! —exclamó molesta porque él pusiera fin a esa relación que tantos beneficios le estaba dando.

—Llevamos saliendo sólo una semana, nos estábamos conociendo...

—Todos los hombres sois iguales, únicamente queréis una cosa y, cuando la tenéis, nos tiráis como si ya no sirviéramos para nada más —resopló Janice altanera mientras se daba la vuelta y se adentraba de nuevo en el bar, dejándolo solo en la calle.

Michael negó con la cabeza. Lo peor de todo era que cuando la conoció pensó por un instante que podía ser la mujer que necesitaba. Por supuesto, esa idea se esfumó al día siguiente, cuando comenzaron a hablar y se dio cuenta de la personalidad arrogante y materialista de la rubia. Aun así, quiso darle una oportunidad, para no dejarse llevar por una primera impresión, pero cada día que pasaba estaba más seguro de que esa mujer no era lo que él buscaba. Volvió a la fiesta, quería asegurarse de que Adriana se encontraba bien. No sabía la razón, pero verla tan distinta de cómo la conoció lo alertó, ¿y si había bebido demasiado como para no saber lo que estaba haciendo? La buscó por la sala; a aquellas horas la fiesta se había desmadrado bastante por culpa del alcohol, que ayudaba a que la gente se desinhibiera más. Al poco la vio, estaba bailando con el mismo hombre de antes. Éste se encontraba todavía más pegado a la joven, susurrándole palabras al oído mientras ella sonreía bobalicona.

—Adriana —dijo mientras le tocaba el hombro para llamar su atención.

Ésta se volvió casi a cámara lenta, le sonrió de manera tontorróna y parpadeó demasiado despacio, dándole la pista que necesitaba para saber que no estaba en posesión de todas sus facultades como para detener algo que podría romper su idílica relación con el insufrible de Paul.

—El... guaperas —le soltó con voz pastosa, haciendo que Michael reprimiera una sonrisa al oír aquel apelativo.

—¿Estás bien? —preguntó observando cómo ese hombre lo estaba mirando de mala manera al haberle interrumpido su táctica de aproximación y seducción.

—Sí... —susurró Adriana mientras se apartaba el cabello de la cara y, de paso, a ese hombre que no paraba de tocarla. Parecía que acababa de darse cuenta de su presencia y simplemente le molestara tenerlo pegado a ella.

—¿Y tu amiga?

—No lo sé...

—Ha dicho que está bien, ¿por qué no te vas? —soltó de malas maneras el tipo, que volvió a cogerla por la cintura para atraerla más a su cuerpo.

—¡Suéltame! —exclamó ella con una fuerza atronadora, algo que en su estado era casi heroico y digno de aplaudir—. Estoy hablando con el guaperas que se cree simpático —informó como si no fuera evidente, haciendo que Michael volviese a reprimir una sonrisa. Esa mujer era un caso aparte...

—Vamos a buscar a tu amiga —dijo él mientras la miraba fijamente a los ojos para que se diera cuenta de que él sólo quería ayudarla, y no como ese otro hombre, que lo único que deseaba era aprovecharse de su estado de embriaguez.

—¿Para qué?

—Para que te lleve a casa, por supuesto. Estás demasiado borracha como para quedarte a solas con cualquiera...

—Pero me lo estoy pasando tan bien... —dijo casi sin poder aguantarse la risa mientras se acercaba vacilante a Michael.

—¿Te acuerdas de Paul, ese hombre anodino que ni siquiera te besó cuando te marchaste? —soltó intentando que recapacitase, algo que no funcionó, pues ella comenzó a negar con la cabeza mientras se reía a carcajadas.

«Qué bonita es cuando ríe —se dijo Michael—, debería hacerlo siempre... Pero ¿qué leches estoy pensando?»

—Sí, claro que me acuerdo de él, ahora está en Nueva York... —resopló con desdén—. Pero ¿sabes una cosa? —Paró de hablar, se sujetó en el hombro de Michael y se puso de puntillas para poder hablarle al oído—. Paul no es nada cariñoso...

—Vale... —susurró bastante contrariado ante esa información—. Vamos a hacer una cosa —indicó observando cómo el tipo se había cansado de esperar y se alejaba de allí en busca de otra mujer ebria—. Te voy a invitar a una copa y hablamos.

—¿De qué vamos a hablar?

—De lo que tú quieras —contestó mostrándole una fantástica sonrisa que ella imitó con entusiasmo mientras asentía al aceptar su invitación.

Michael la cogió de la mano para dirigirla hasta la barra; era la mejor manera de tenerla vigilada y a salvo hasta alcanzar su destino. Cuando llegaron, llamó al barman sin aflojar su agarre. Entonces ella, como si fuera algo asombroso lo que le estaba ocurriendo, se quedó embobada mirando su mano entrelazada con la suya, como si fuera algo digno de evaluar concienzudamente, como si fuera la primera vez que la agarraban de la mano. Le resultó curioso, y supuso que sería debido a su estado de embriaguez. Michael sonrió al ver su ensimismamiento para después centrar su atención en el barman, que acababa de ponerse delante de ellos.

—Sírvenme agua fresca en unos vasos altos —le dijo señalándole a Adriana, que se balanceaba sin darse cuenta.

—Claro. Aquí tenéis —repuso dejándolos sobre la barra.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras cogía el vaso.

—Vodka.

Adriana lo cogió y se lo bebió de golpe, saciando así su sed, sin percatarse de que no era vodka. Había ingerido tanto alcohol que no se daba cuenta de nada, algo que Michael sospechaba y que había ratificado con esa pequeña mentira.

—Quiero otro —soltó mirando al barman. Éste miró a Michael, que le guiñó un ojo para que le pusiera lo mismo.

Ella le dio otro gran trago para después dejar el vaso en la barra y volverse para mirar a Michael, que seguía cogiéndole la mano como si temiera que pudiera escaparse y así tener que volver a empezar...

—¿Por qué no estás con tu novia? —quiso saber formulando con dificultad aquella pregunta.

—Janice no es mi novia...

—¿Sabes una cosa? —dijo mientras se apartaba el cabello de la cara con torpeza, deshaciendo de paso su agarre—. Eres muy guapo, pero... eres un creído. Y a mí no me gustan los creídos.

—Vaya, qué lástima... —bufó con sorna, haciendo que ella levantara ligeramente la ceja mientras se aproximaba a él y le tocaba el pecho con el dedo índice.

—¿Por qué has venido a por mí?

—Porque ese hombre quería aprovecharse de ti y tú eres la novia de un amigo...

—Nooooo, ¡qué va! —soltó Adriana con decisión—. Él sólo me decía cosas que me hacían sentir bien...

—Porque quería llevarte a la cama.

—Buff... —resopló con disgusto, como si le hubiese molestado que él le esclareciera lo que verdaderamente buscaba ese hombre de ella—. Yo sólo quiero un poco de cariño, ¿sabes?... Tampoco pido tanto, ¿no? —soltó haciendo que él se aguantara la risa, más por el gesto de niña buena que le estaba mostrando que por aquellas palabras repletas de necesidad.

—Puedes decirle eso mismo a Paul, tu novio...

—Paul no es así —añadió Adriana con desdén—. Paul es un hombre muy frío, ¿sabes? —susurró melosa mientras pasaba una de sus manos por el brazo de Michael, haciendo que él sintiese su cálido tacto, su suavidad y una mezcla de seguridad y timidez que lo sorprendió—. Aunque espero que cuando nos vayamos cambie un poquito...

—Estás muy borracha y no sabes ni lo que dices y, mucho menos, lo que haces.

—Lo sé, pero me da igual. Me he cansado de pensar, de razonarlo todo, y yo sólo... —añadió mientras se encogía ligeramente de hombros— sólo necesito calor. Llevo más de tres meses sin que Paul me acaricie, sin que me toque, sin que me bese, sin que se acueste conmigo... —informó lastimera, haciendo que él la mirase atentamente—. Y quiero saber si es por mi culpa, por si se me ha olvidado cómo excitar a un hombre, o es que a Paul ya no le gusto... ¿Tú qué crees? ¿Puedo gustarle a un hombre aún? —preguntó mientras aproximaba su cuerpo al de él sin dejar de acariciar su brazo.

Michael la observó perplejo. Después buscó con la mirada a alguna de las amigas de esa mujer que se había convertido en un pulpo rozando intencionadamente su cuerpo con el suyo, para luego tomar una decisión. Si la dejaba allí, a cualquier otro hombre le daría igual su estado de embriaguez y se la llevaría a casa, algo que intuía que ella no deseaba de verdad, pues como le había dicho, estaba saliendo con Paul, aunque éste —según estaba descubriendo— pasaba bastante de ella, algo todavía más extraño. Además, se notaba de lejos que Adriana no era así, sólo era fruto de la borrachera y de algo más que no sabía qué era.

—Vamos —dijo mientras volvía a cogerla de la mano.

—¿A tu casa? —preguntó ella con una pizca de esperanza en su voz.

—A la tuya —repuso mientras salía con ella del bar.

—¡Sí! —exclamó entusiasmada trastabillando a cada poco por culpa de los tacones—. Au, me he torcido el tobillo...

—Anda, ven, que al final te vas a matar —comentó Michael mientras la cogía en brazos, haciendo que ésta se echase a reír y se agarrara con fuerza de su cuello. En aquellos momentos parecía una chiquilla, y Michael sonrió divertido al verla de esa guisa.

—Es la primera vez que alguien me coge así... —susurró pegada a su cuello, sintiendo su calor y su respiración haciéndole cosquillas.

Parecía tan ilusionada, tan feliz por aquel gesto, que Michael la miró a los ojos. Éstos estaban brillantes, sus labios esbozaban una maravillosa sonrisa y su cabello se mecía a causa del aire. Si hubiera querido, podría haber devorado sus labios sin problema, pues éstos se encontraban a pocos centímetros de su boca, tan apetecibles, tan sugerentes, tan llamativos...

—¿Con qué hombres sales tú, Adriana? —preguntó con voz ronca, extrañado de que nadie la hubiese cogido en brazos.

—Con los que sé que voy a estar a salvo... —murmuró rozando con la nariz su cuello en un gesto tan íntimo que le erizó por completo la piel.

—¿A salvo de qué? —susurró intentando mirarla a los ojos.

Pero ella no le contestó. Michael siguió caminando hasta su coche mientras asimilaba esas palabras, sin entender qué hacía esa mujer con Paul. ¿Tal vez era por interés? Abrió la puerta como pudo y la sentó en el asiento del pasajero y le ciñó el cinturón. Estaba medio dormida, parecía tan indefensa, tan pequeña, tan adorable... Cerró la puerta y anduvo hasta el asiento del conductor.

—Adriana —la llamó en cuanto ocupó su sitio—. Adriana, tienes que decirme tu dirección...

—Paul no me quiere... —susurró en sueños.

Michael puso el motor en marcha y salió de allí en dirección a su casa, mirándola de reojo, cómo dormía y cómo su vestido se subía peligrosamente por sus torneados muslos. Desvió la vista y la centró en la carretera. «Está borracha y tú sólo eres el imbécil que la ha sacado de ahí para que no hiciera algo de lo que se arrepentiría estando lúcida», pensó mientras cogía con fuerza el volante y ponía rumbo a su apartamento, obligándose a no mirarla más.

—No lo excito... —oyó que ella decía en sueños—. Y Paul... no me excita a mí...

El camino a casa se le hizo eterno. Adriana no paraba de moverse, de balbucear palabras incomprensibles y el vestido no cesaba de subirse por sus muslos redondeados, naturales y tentadores... Estacionó el coche en el garaje de su edificio y lo rodeó para poder coger a una Adriana completamente dormida. Con ella de nuevo en brazos, se encaminó al ascensor y la joven volvió a abrazarse con posesión a su cuello, hundiendo la nariz en su cuello y haciendo que su cabello suelto rozase la cara de Michael. Éste era suave y olía a fresas, un aroma tan dulce, tan inocente como lo era esa mujer en esos momentos, tan alejada de la persona poderosa e inquebrantable que había conocido el día anterior...

—Yo tampoco lo quiero... —susurró adormilada.

—¿Y por qué estás con él? —preguntó en un tonto intento de que ella le contestase la razón por la que estaba con su amigo.

—Humm... —ronroneó, rozando de nuevo su nariz contra el cuello de él en esa caricia tan íntima que lo erizaba por completo de la cabeza a los pies—. Me gusta cómo hueles...

Michael sonrió ante su confesión, pues a él le ocurría lo mismo; tenía aquel aroma a fresas metido en la cabeza y sólo ansiaba que su cabello volviese a mecerse para poder volver a olerla. Salió del ascensor y abrió el apartamento casi haciendo malabares, luego cerró de un portazo y la llevó a su dormitorio. La dejó en la cama con cuidado, le quitó los zapatos y al levantar la mirada se encontró con la de ella, que lo observaba atentamente, como si estuviera soñando, como si fuera sonámbula, como si estuviera en mitad de un sueño...

—¿Por qué no quiere tocarme? —soltó mientras se ponía de rodillas en la cama y se subía el vestido—. ¿Es porque no tengo el cuerpo de Madison? —añadió desprendiéndose de él en un movimiento rápido, mostrándole el conjunto de ropa interior de encaje negro que llevaba, su cuerpo, con las curvas necesarias para volver loco a cualquier hombre, y esa mirada decidida pero tierna, misteriosa pero transparente, reflejando la necesidad que sentía de saber por qué su novio no quería acariciarla.

—¡Joder! —soltó él al no esperarse aquello—. No te desnudes, Adriana —pidió intentando taparla con la sábana y ocultar su maravilloso cuerpo—. Eres preciosa, pero no hace falta que te quites nada más. Acuérdate de Paul...

—Dime, por favor, ¿qué tengo de malo? —añadió ella con inquietud.

Y, de repente, sin darle tiempo a hacer nada más, se quitó el sujetador ante un sorprendido Michael, que tuvo una visión maravillosa de sus pequeños pechos con forma de pera, pero una tan deliciosa y tentadora que tuvo que hacer un esfuerzo titánico para acordarse de que esa mujer tenía novio y éste era el serio de Paul. Desvió la mirada y comenzó a dirigirse hacia la salida. De repente, una prenda se estrelló contra su espalda, miró al suelo y vio las minúsculas braguitas de esa mujer que había conseguido excitarlo sólo con desnudarse de esa manera tan natural y sin complejos, descubriéndole lo que ocultaba bajo ese vestido que había llamado su atención nada más verla esa noche. Salió del dormitorio y cerró la puerta, dando por zanjada aquella extraña situación que le había sido imposible de controlar.

—¿Por qué Paul no me toca, Michael?... —oyó desde fuera mientras se apoyaba en la puerta—. ¿No soy lo suficientemente sexy?

Él cerró los ojos intentando controlar su cuerpo, que tenía vida propia y se encontraba preparado para hacerla sentir sexy, para tocarla, lamerla y hacerle todo lo que ella quisiera. Estuvo aguardando en la puerta un buen rato, esperando a no percibir ningún movimiento de esa mujer que se había propuesto volverlo loco, y, cuando al final sólo oyó silencio, volvió a entrar en el cuarto. La encontró tumbada de espaldas, desnuda por completo. La luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba de una manera erótica su cuerpo, llenándolo de contrastes y sombras. Cogió la sábana y la tapó sin poder evitar mirar su magnífico trasero, lo que provocó que su pene se endureciese todavía más. Negó con la cabeza y volvió a salir de allí, dirigiéndose esa vez a la ducha; necesitaba enfriar su cuerpo, o por lo menos apaciguarlo. Esa mujer, que en un principio le había parecido una estirada y una esnob, había conseguido excitarlo como hacía tiempo que no le ocurría, y sólo la había salvado saber que era la novia del seco de su amigo y que ésta, además, estaba borracha como una cuba; de lo contrario, ahora mismo estaría encima de ella haciéndola gemir de placer.

Capítulo 6

Abrió los ojos y sintió cómo la cabeza no cesaba de darle vueltas, como si se hubiese montado en una montaña rusa sin parar, una y otra vez. Cuando logró enfocar la visión, pudo ver una mesilla en la que descansaba un libro con el lomo de color rojo y, encima de éste, una revista de fotografía. Justo al lado había una lámpara ultramoderna y cara y, en esa misma dirección, una pared blanca con un cuadro de una magnífica instantánea de un paisaje exótico que no supo reconocer... «Oh, oh», se dijo al no distinguir dónde se encontraba tumbada en una confortable cama. Cerró los ojos intentando hacer memoria, pero no se acordaba de nada. Levantó con cuidado la sábana que tenía encima y maldijo por dentro al ver que se encontraba totalmente desnuda. «Joder, joder, joder... Pero ¿qué he hecho?», pensó mientras miraba hacia el otro lado de la cama, pero por suerte no había nadie. Se levantó como pudo, pues sentía que la cabeza se le iba para todos los lados y un dolor punzante la acompañaba en cada movimiento. Cuando logró controlar aquel mareo, comenzó a buscar su ropa por la amplia habitación, donde los colores neutros y la alta calidad de los muebles le decían que el propietario de aquel lugar tenía un alto nivel adquisitivo. Totalmente vestida, y sintiendo cómo su garganta se había convertido en un enorme polvorón por lo seca que la sentía, abrió la puerta de aquella habitación para salir cuanto antes de allí. ¿Y si estaba en la casa de un maniaco sexual? ¿Y si había participado en una orgía y ni siquiera podía tener un leve recuerdo de aquello? Salió despacio, temiendo que alguien la viese o, lo que era aún peor, darse cuenta ella de con qué hombre había ido a parar aquella noche repleta de lagunas.

—¡Qué pronto te has despertado!

La voz masculina y ligeramente ronca la heló por completo. Se volvió hacia la derecha y vio un magnífico torso desnudo en el que se podía vislumbrar una suave tableta de chocolate apta para cualquier golosa. Unos oblicuos que señalaban hacia unos pantalones cortos de color negro la sacudieron por completo, despertándola del todo. Tuvo que parpadear varias veces para intentar aparentar que esa imagen de él no le afectaba, pero, ¡¿qué leches?!, ya le había afectado verlo de esa guisa cuando cayeron a la piscina, y ahora tenía un pase privado para ella sola... «Adriana, tía, contrólate, que vas a empezar a babear y vas a poner perdido el suelo de madera», pensó intentando calmarse. Michael era ajeno a todo lo que le provocaba con sólo verlo concentrado al echar en una máquina ultramoderna unas naranjas para exprimirlas. Al levantar la mirada, esos ojos grisáceos con líneas color miel la miraban juguetones, casi burlones. «Pero ¿qué hago aquí con el guaperas?»

—¡Menuda cara se te ha quedado! —soltó divertido al ver con qué gesto lo estaba mirando

mientras tiraba a la basura las naranjas ya exprimidas—. No te preocupes, que no hemos follado, aunque no parabas de suplicármelo con vocecita dulce e incluso poniéndome ojillos de cordero degollado...

—¿Có... cómo? —soltó sintiendo que las mejillas se le teñían de rojo. En esos momentos odiaba a su «yo» borracha, ¡era una desvergonzada!

—No veas lo perseverante que puedes ser..., y las lindezas que sueltas por esa boquita cuando estás bebida —replicó él, haciendo que Adriana todavía sintiese más vergüenza—. Pero has tenido suerte, no me gusta aprovecharme de las mujeres. Yo prefiero que estéis bien lúcidas cuando me pongo en materia —comentó con chulería, lo que hizo que ella parpadeara varias veces intentando encontrar lógica a todo aquello.

—¿Qué hago aquí? —preguntó tratando de no pensar en lo que habría pasado si se hubiese topado con otro hombre a quien no le hubiera importado su estado.

—Tus amigas te dejaron sola en el bar... Y tú estabas tan desesperada por sentir cariño que me tocó sacarte de allí —soltó mientras negaba con la cabeza—. Menos mal que eres muy obediente cuando estás como una cuba y no me costó mucho convencerte de que te vinieras conmigo... —contó mientras se daba media vuelta para coger unos vasos de un armario, dejándole ver su tonificada espalda a Adriana mientras maldecía al saber que había hecho tal cosa. ¡Ella no era así! «Joder, cómo está el guaperas, debería ser ilegal ver esta imagen recién despierta...», pensó tratando de que no se le notase que verlo así la afectaba mucho..., ¿demasiado?

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó desconfiada.

—Porque soy así de majo —repuso mostrándole una amplia sonrisa mientras echaba el zumo en los vasos—. Toma, bebe.

—Tendría que irme.

—Sí, tranquila, que no te voy a retener en mi casa para hacerte cumplir cada una de las promesas que me hiciste dándote igual que tienes novio. Sí, querida Adriana, un novio al que conozco desde que éramos unos críos... —soltó con fingido reproche, haciendo que ella diese un paso para atrás mientras maldecía por dentro «Mierda, ¡Paul!», pensó al imaginarse que a éste no le haría mucha gracia que su novia se hubiese despertado en casa de un hombre, que, para más inri, era un amigo de la infancia y ahora le estaba preparando un zumo semidesnudo...

«Adriana, concéntrate, por favor, que vas a parecer una boba delante de este hombre acostumbrado a eclipsar a las mujeres con una caidita de ojos.»

—¡Es broma! —añadió él—. Prácticamente fue sentarte en mi coche y caer dormida. Por cierto, roncas y hablas. El camino de vuelta fue... distinto.

—Entonces ¿por qué estaba desnuda dentro de tu cama? —quiso saber, ignorando su último comentario. Ya sabía que roncaba y que a veces hablaba, era una de las cosas de las que Paul se había quejado cuando empezaron a dormir juntos.

—Cuando llegamos te despertaste y comenzaste a desnudarte... No veas lo rápida que eres para quitarte la ropa. ¡No había manera de que pararas! Intenté no mirar, ¡te lo juro! —añadió

divertido mostrándole una maravillosa sonrisa.

«Qué rabia me das, gañán, no puedes despertarte como todos los mortales pareciendo una marmota con los ojos pegados, ¿no? Debes tener el aspecto de un dios griego o un modelo de perfumes caros, uno que me ha visto... ¡¡desnuda!!», pensó Adriana mientras tragaba con dificultad una gotita de saliva por su reseca garganta.

—¡Qué vergüenza! —exclamó mientras cerraba los ojos al imaginar lo que había hecho delante de ese hombre.

—Fue divertido.

—¡Para ti!

—Claro. Yo no saqué todo el bar como si fuera una esponja —dijo Michael con una sonrisa—. Tómate el zumo y ahora te doy una pastilla para el dolor de cabeza. Debes de tener una resaca de campeonato.

Adriana se acercó a la isla de la maravillosa cocina, que se encontraba perfectamente integrada en aquel salón comedor amplio y luminoso. Cogió el zumo de naranja y la pastilla que él le ofrecía y se lo terminó casi de un trago, sintiendo cómo su garganta se lo agradecía con cada sorbo.

—Gracias —dijo dejando el vaso vacío sobre la isla.

—Entonces Paul ni te toca ni te excita... —susurró Michael, haciendo que ella abriera los ojos asombrada por su afirmación.

—No me digas que te conté eso... —bufó maldiciendo mil veces ser una bocazas borracha.

—Sí —terció sonriente. Se notaba que se lo estaba pasando francamente bien con esa situación tan embarazosa para ella—. Y también me dijiste que mi bueno y serio amigo no sabía cómo tocarte... Ya te digo, fue una noche muy lúdica, supe cosas de Paul que en la vida habría sospechado, y eso que pensé que lo conocía lo suficiente como para saberlo todo de él.

—Madre mía... —bufó abochornada de haberle contado esas intimidades. «Madre mía, Adriana, la que has liado sólo por querer divertirte una noche», pensó ella inquieta—. Por favor, no le digas nada... Llevo tanto tiempo sin beber que se me subió demasiado a la cabeza y no recuerdo nada...

—No te preocupes, que no le diré nada —añadió mientras le guiñaba un ojo—. Me voy a poner una camiseta y te llevo a tu casa —dijo para después darle un último trago a su zumo.

—No hace falta, cogeré un taxi.

—Tengo que salir de todas formas...

—Creo que he abusado demasiado de tu hospitalidad —dijo mientras se alejaba de la cocina—. Muchas gracias por todo.

—Un placer, Adriana —comentó Michael, observando cómo se marchaba con el cabello revuelto y con la misma vestimenta que la noche anterior.

Ella se dio la vuelta y sonrió.

—Adiós.

Abrió la puerta de la casa y salió del apartamento de Michael sin darle opción a nada más... Ya en la calle, intentó ubicarse, mirando hacia un lado y hacia otro, buscando lugares familiares para tener una idea de dónde había ido a parar gracias a su borrachera de campeonato y a esa fantástica idea que había tenido de dejar salir por un ratito a su verdadero «yo»... Cuando se ubicó —se encontraba en Miami Beach—, se concentró en buscar un taxi. Al rato uno paró y dio su dirección esperando, ¡anhelando!, y casi suplicando, no volver a encontrarse con ese hombre jamás, aunque sabía que era bastante difícil pedir aquello cuando su novio y él eran amigos. No obstante, sólo de pensar que la había visto borracha, desesperada y... ¡desnuda!, un calor ascendía por sus mejillas y sentía que todo su control se esfumaba. «Madre mía, Adriana, si es que no sé para qué te saltas tus propias normas... ¿Ahora qué vas a hacer?»

Pagó la carrera y subió a su apartamento sintiendo que el cuerpo le pesaba más de la cuenta. Se encontraba tan cansada y tan desorientada que no podía siquiera pensar en lo que había ocurrido. Abrió la puerta de su casa y su vecina salió como un resorte antes de que ella pudiera entrar.

—¡Estaba tan preocupada por ti! —exclamó mientras la abrazaba con desesperación, como si hubiese vuelto de la guerra y no de la casa de un hombre guapo, atractivo y caballeroso que la había salvado para que no hiciera una estupidez todavía más grande que desnudarse delante de él—. Te he llamado mil veces al móvil... ¿Dónde estabas?

—Me quedé sin batería... —resopló—. ¿Por qué me dejaste sola en el bar, Madison?

—¿No te acuerdas de nada? —Adriana negó con la cabeza—. Te dije que me iba a ir a casa con un lígüe, te pregunté si te venías con nosotros y me dijiste que no, que te lo estabas pasando tan bien que no querías que esa noche se acabara nunca. Entonces, antes de marcharme, le hice prometer a Kaila que se quedaría contigo hasta que te cansaras, pero dice que, en un descuido por su parte, no te encontró por el bar... ¿Dónde has pasado la noche?

—Uf..., Madison, hace un rato me he despertado en casa de un tío... —susurró al tiempo que entraba en su apartamento.

—No me digas que te acostaste con él... —dijo en tono esperanzado mientras cerraba la puerta a su espalda.

—¡No! —exclamó, haciendo que Madison hiciese una mueca de disgusto—. Menos mal que di a parar con un hombre considerado que me vio tan borracha que sólo me dejó durmiendo en su cama.

—¿Era gay?

—No.

—¿Está a favor del celibato?

—Me da a mí que no...

—¿Entonces?

—Es un amigo de Paul... —resumió mientras achicaba los ojos al presagiar la reacción que tendría su amiga al enterarse.

—¡No! —exclamó espantada.

—Sí...

—¿Y lo conozco?

—Me temo que sí... Es el novio de Janice.

—¿Has pasado la noche con Michael Miller?! —preguntó Madison casi en un grito mientras abría los ojos desmesuradamente, como si fuera la noticia más asombrosa y maravillosa que hubiese oído en años.

—Para ser exactos, he dormido sola en la cama de Michael Miller, él no sé lo que habrá hecho...

—¡Madre mía! Adriana, ¡¡Michael está buenísimo!! —añadió emocionada. Ella asintió, no podía negar que ese hombre era increíblemente atractivo, aunque jamás lo reconocería ante él. Ya se lo tenía demasiado creído como para inflarle aún más el ego—. Esto no se lo diremos a Janice; anoche Michael rompió con ella, aunque intenta que creamos que fue al revés, pero ya la conocemos demasiado bien para saber cuándo miente... —comentó mientras negaba con la cabeza divertida para después quedarse unos segundos callada, pensativa—. ¿Me estás diciendo que Michael y Paul son amigos? —soltó asombrada de que dos hombres tan dispares compartieran amistad.

—Sí... Son amigos de la infancia.

—Vaya mala pata... Por una vez que te despiertas en casa de un tío, éste resulta ser un amigo de tu novio.

—Por lo menos, eso me ayudó a no hacer nada que no deseaba en realidad. Sin embargo, pensar que puedo volver a verlo... —bufó mientras cerraba los ojos imaginándose aquel momento. Un escalofrío la recorrió nada más pensar en esa posibilidad.

—¿Por qué temes volver a verlo?

—Porque dije e hice cosas que no debería haber hecho en su presencia, Madison... Joder, él conoce a Paul, podría decirle que su novia no es tan recatada, ni tan seria, ni tan contenida como cree que es. Él me ha visto desatada y no sé qué pensaría Paul de eso si él se lo contara...

—No sabes lo que dices, deberías estar deseando volver a encontrarte con Michael, y lo que menos te tiene que preocupar es lo que él le diga a Paul. A lo mejor ya va siendo hora de que tu novio te conozca de verdad... —terció mientras se sentaba a su lado.

—Pero es que con Paul he conseguido ser como quiero ser.

—Pero tú no eres así, Adriana, por favor —añadió para que se diese cuenta de que era un error aparentar ser alguien que no era. Ella negó con la cabeza sin querer hacerle caso—. Además, por lo que cuentan de Michael, es un hombre diez: divertido, inteligente, irresistible y una fiera en la cama.

—Te recuerdo que es el amigo de mi novio.

—Ya sabes lo que opino de ese tema, Adriana —añadió mientras negaba con la cabeza, desaprobando que ésta siguiera con Paul—. Deberías dejar de una vez por todas a ese sucedáneo

de novio tuyo y liarte con un hombretón como Michael. Ay, seguro que te hacía gritar de placer sólo con rozarte una pierna.

Ella la miró y le lanzó un cojín a la cara. Madison comenzó a reír mientras le sacaba la lengua y Adriana, sin poder evitarlo, rio con ella. No podía negar que la idea era tentadora, pero ella estaba tan tranquila sabiendo que los sentimientos estaban al margen de su relación con Paul que prefería seguir así. No deseaba que su vida se descontrolase por culpa de un hombre, aunque éste fuera increíblemente llamativo y poseedor de una mirada tan genuina como atrayente. «Con Paul estoy a salvo», se recordó mientras sentía cierto alivio al saber que tenía la excusa perfecta para obligarse a no pensar en Michael, en su cuerpo de infarto y en esa mirada tentadora y cautivadora.

* * *

Ese día no salió de su apartamento y Madison le hizo compañía en todo momento, incluso la ayudó a preparar las maletas. Al día siguiente se marcharía, y lo cierto era que estaba deseando que llegase ese momento. El domingo transcurrió de manera apacible, durmiendo, charlando y descansando; por la tarde noche, Paul la llamó para avisarla de que acababa de llegar a la ciudad y que pasaría a por ella a las cinco de la mañana... ¡Estaba ansiosa por saber adónde irían!

Adriana se despidió de su amiga y se acostó prontísimo, dejándose preparado todo el equipaje, el pasaporte y la documentación en su bolso. Debía estar preparada por si tenía que abandonar el país. Era la primera vez que Paul organizaba algo con tanto secretismo y Adriana se sentía como si fuera la víspera de Navidad.

A las cinco de la mañana, Paul se encontraba puntual esperándola debajo de su edificio. Ella lo miró con una sonrisa mientras se encaminaba hacia su Mercedes-Benz negro último modelo. Él apartó un segundo la mirada de su móvil, abrió el maletero para poder guardar el equipaje y pusieron rumbo al aeropuerto, sin un beso, sin una caricia, sin una demostración de cariño, nada, sólo una conversación banal sobre los negocios que Paul había hecho en Nueva York y la versión *light* de lo que había hecho ella en su ausencia...

—¿Hawái? —preguntó Adriana al ver el destino del avión justo en la puerta de embarque.

—Sí, vamos a disfrutar de la playa y del sol —contestó él sin demostrar ningún tipo de emoción, como si le diese igual viajar o no.

«Clarooo, porque aquí, en Miami, no tenemos ninguna de esas dos cosas...

»Joder, Adriana, ¡no seas negativa! Vas a Hawái, jamás has estado ahí y él lo ha preparado con toda la dedicación del mundo. Sonríe y disfruta del viaje», pensó ella intentando animarse.

Nueve horas después llegaron al aeropuerto de Kahului, en Maui, desembarcaron y se dirigieron al coche que los llevaría al hotel. Gracias a la diferencia horaria entre Miami y Hawái, prácticamente no desaprovecharon el día, pues llegaron por la mañana, pudiendo así disfrutar de aquel inicio de sus merecidas vacaciones, aunque llevaran ya tantísimas horas en pie. Adriana miró a Paul, con el que prácticamente ni habló en el avión, pues éste se quedó durmiendo nada

más sentarse, algo que ella intentó también, aunque le resultó imposible por culpa de las altas expectativas que tenía puestas en ese viaje. Como siempre, el rostro de su novio reflejaba la seriedad que lo caracterizaba, su seguridad innata y ese temple que le gustó nada más conocerlo. Después de una hora de trayecto en el automóvil llegaron al maravilloso y lujoso hotel Montage Kapalua Bay.

—Bienvenidos a Maui, señores Wilson —saludó el recepcionista en un cuidado inglés mientras les colocaban un collar de flores de colores alegres que a Adriana la hizo sonreír—. Los estábamos esperando.

—Muchas gracias —terció Paul, haciendo que ella se obligara a no carcajearse al verlo con el collar alrededor del cuello. Con lo serio que era no le pegaban para nada esos detalles...

—Aukai los llevará hasta su maravilloso alojamiento —dijo el recepcionista señalando al botones—. Espero que la estancia con nosotros sea de su agrado, y cualquier cosa que necesiten no duden en pedírnosla.

—Gracias —repitió Paul observando cómo un joven hawaiano cogía las maletas y comenzaba a caminar fuera del vestíbulo.

Adriana anduvo al lado de su novio, que tardó poco en desprenderse del collar para llevarlo en la mano, algo que ya esperaba que hiciera; era soso hasta para aguantar unos minutos más ese adorno tan bonito en el cuello... Observó por el camino la gran piscina flanqueada por enormes piedras grises, con distintas profundidades e incluso pequeñas cascadas, el precioso paisaje con vistas al océano Pacífico, la calma, las palmeras, el césped cuidado, el lujo, la exclusividad... Aukai, el joven botones, los guio hasta una casita muy cercana a la playa, un rincón fabuloso para poder disfrutar de la belleza de aquel lugar tan único y con tanto encanto. Un trocito de paraíso para los dos solos...

—Esto es maravilloso, Paul —confesó Adriana observando el amplio salón. Éste daba a un jardín al que se podía acceder por unas amplias cristaleras, que se encontraban en esos momentos abiertas, y que desembocaba en la orilla de la playa.

—Creo que nuestra habitación es la de la derecha —comentó él mientras abría la puerta—. Sí, ésta está vacía...

—¿Y por qué debería estar ocupada? —preguntó ella extrañada. A lo mejor compartían casa con otros huéspedes, pero dudaba que Paul deseara algo así. Era un hombre demasiado solitario como para compartir zonas comunes con extraños.

Sin embargo, él no tuvo tiempo de contestar a su pregunta, pues de pronto se oyeron unas voces alegres que se aproximaban por el jardín. Al volverse, vieron a varias personas que agitaban con efusividad los brazos para saludarlos. Paul se aproximó a ella por la espalda, pero sin llegar a rozarla, para observar cómo avanzaban hacia la casa.

—Anoche llegaron mis amigos —le explicó—. Ellos pudieron salir el domingo por la tarde de Miami.

—¿Vamos a pasar las vacaciones todos juntos aquí? —susurró Adriana, sintiendo cómo todo

aquel castillo de fantasía e ideales que se había formado se derrumbaba a medida que ellos se acercaban a la casa.

—Claro —repuso él con rotundidad—. Fue idea de Candace... —explicó, y ella supuso que se refería a esa mujer alta que balanceaba su coleta rubísima con soltura y sonreía ampliamente mientras se aproximaba a ellos—. La rutina del día a día hace inviable que nos juntemos tanto como nos gustaría, por eso decidimos realizar este viaje juntos.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuera una sorpresa para ti —añadió con desdén; incluso parecía que le molestara que ella le estuviera preguntando por esos detalles.

Adriana tragó saliva con dificultad, la escapada a solas con su novio se había convertido en unas vacaciones entre amigos. Paul se aproximó a ellos y los saludó con contenida alegría, ella hizo lo propio mientras él se los presentaba, dando un par de besos a Dexter, al único que conocía de antes; Liam, Candace y... «No, no puede ser... ¡¡Otra vez no!!», pensó al ver la sonrisa canalla de Michael dirigida a ella mientras se les acercaba para saludarlos.

Capítulo 7

—Y, bueno, a Michael ya lo conoces... —terció Paul señalándolo con la mano—. Menos mal que al final has podido venir.

—Es que Michael es de los que confirman su presencia en el último momento, aunque sea para unas vacaciones entre amigos. ¡Menos mal que había hueco para él en el avión! —añadió Candace entre risas.

—¿Qué tal la resaca? —le susurró Michael a Adriana cuando se aproximó a ella para darle un par de besos en la mejilla que la hicieron titubear.

Sintió cómo su rostro se teñía de rojo, que las palmas de las manos comenzaban a sudarle y que su cuerpo empezaba a temblar al tenerlo delante de nuevo, recordándole con aquella pregunta aquel secreto que compartían y que ansiaba arrancar de su memoria, él con el torso desnudo mientras exprimía naranjas mientras le recordaba todo lo que había hecho y dicho la noche anterior. «Si es que tengo mala suerte hasta para esto», pensó mientras se recomponía y se erguía. No quería demostrar a nadie lo que le hacía sentir con su presencia.

—No sé de qué me estás hablando... —murmuró dando un paso hacia Paul para poner distancia entre ambos, consiguiendo con su acción que él escondiese una sonrisa satisfecha, como si disfrutase al verla tan turbada.

—¿Os conocíais? —preguntó Candace con curiosidad al haber estado al quite de cómo se susurraban.

—Sí, se conocieron en la fiesta que celebraron los padres de Michael por su aniversario de bodas, digamos que tuvieron un traspie y los dos acabaron dentro de la piscina —explicó Paul dando todo lujos de detalles y ayudando a que ésta obtuviera una respuesta alejada de la versión real que Adriana no deseaba contar.

—Vaya... —añadió Candace socarrona—. Supongo que lo pasarías fatal, Paul, tú odias llamar la atención. —Él hizo una mueca de resignación que no le pasó desapercibida a Adriana. «¿Perdona?», pensó al no entender aquella conversación. La que lo pasó mal fue ella, que acabó empapada de arriba abajo, y no él—. ¿Habéis desayunado? —preguntó a continuación, mientras hacía balancear su coleta de una manera seductora sin dejar de mirar a Paul, prácticamente comiéndoselo con los ojos.

«Uy... yuyuy», pensó Adriana al no gustarle nada esa mirada dirigida a su novio.

—Algo hemos tomado en el avión.

—Mejor. Pues vamos a prepararnos y nos vamos a la piscina. Dicen que aquí se toman los mejores *mai tai* de la isla.

—Por mí, bien, estoy deseando no hacer absolutamente nada —terció Dexter, el más bajito del grupo. Rubio de una tonalidad cercana al blanco, gafas de pasta y mirada analítica, era el mejor amigo de Paul.

—¿Qué hacemos, Mike? —preguntó Liam, mimetizado con el entorno. Llevaba una camisa estampada hawaiana, su cabello era rubio, largo y ondulado y su piel estaba bronceada. Se notaba que le gustaba practicar deporte al aire libre, y su pose relajada lo distinguía demasiado del estrés perpetuo que siempre llevaban auestas Paul y Dexter. Era curioso que fueran amigos, a simple vista no tenían nada que ver, como tampoco cuadraba en ese grupo Michael...

—¿Ya os vais a escaquear? —soltó Candace mientras negaba con la cabeza no dándole opción a que Michael contestara—. Chicos, acabamos de juntarnos todo el grupo, tenemos por delante una semana para hacer lo que queramos, pero hoy nos vamos todos juntos a la piscina, nos emborracharemos, bailaremos y nos reiremos, y eso también va por ti, Paul —indicó, haciendo que éste agachase la cabeza y disimulase una sonrisa.

«Pero ¿qué ha sido eso? —pensó Adriana, extrañada de ver cómo su novio había demostrado algo parecido a la alegría—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi sonreír? Ah, sí..., ¡nunca!»

—Candace, hoy has venido guerrera —terció Michael guasón, tan canalla, tan atractivo que era impensable que alguno fuera capaz de hacerle sombra, algo bastante difícil por varias razones, pero la más obvia era su altura: era el más alto del grupo con su metro noventa y dos.

—Con vosotros debo tener la artillería siempre a mano... Unos por exceso —dijo mientras señalaba a Liam y a Michael—, y otros por defecto —añadió haciendo lo mismo con Dexter y Paul—. Me toca uniros como si fuera el pegamento extrafuerte de nuestra amistad. ¡Venga! Dejémonos de cháchara y vayamos a ponernos los bañadores.

Adriana se dirigió a su dormitorio casi por inercia, porque aún seguía en *shock* al descubrir la aplastante realidad de que sus vacaciones en pareja habían pasado a ser grupales... Era cierto que no era una romántica empedernida; es más, prefería que Paul no fuese un empalagoso, pero había albergado ciertas esperanzas de que esa escapada fuera la clave para afianzar mucho más su relación. Y ahora... simplemente no sabía qué pensar. Se metió en el cuarto de baño y oyó en segundo plano, como si estuviese demasiado lejos para atenderlo de verdad, a Paul, que comentaba lo bien que se lo pasarían todos juntos en aquella isla, disfrutando como antes, divirtiéndose y, sobre todo, descansando.

—¿Estás bien? —le preguntó él en cuanto salió del baño con un precioso trikini negro en el que él ni siquiera reparó.

—Sí, un poco cansada, pero bien... —disimuló, pues no quería que pensara que se había llevado un gran chasco al darse cuenta de que la sorpresa no había sido tal y como ella había esperado.

—Ahora reponemos fuerzas en la piscina, ¿de acuerdo? Ya verás lo bien que lo vamos a pasar con los chicos.

Adriana sonrió mientras observaba cómo éste abría de nuevo la puerta de su dormitorio y salía

al salón para hablar con sus amigos. Ella se quedó unos segundos más allí, poniéndose un vestido encima del bañador y cogiendo un bolso en el que introdujo la crema solar, unas gafas de sol y el móvil. Se colocó una enorme pamelita blanca y salió dispuesta a pasárselo lo mejor que pudiera. Estaba en Hawái, eso era lo que importaba, y debía olvidar sus altas expectativas con respecto a ese viaje y que debía compartir su tiempo libre con ese hombre que la había visto descontrolada...

Llegaron a una de las zonas con tumbonas que bordeaban aquella enorme y maravillosa piscina, se acomodaron y enseguida un amable camarero les sirvió un refrescante cóctel que les supo a gloria. Adriana cerró los ojos tras sus gafas de sol, dispuesta a relajarse, a disfrutar del tiempo libre y a estar alejada del caos de su oficina. Oyó cómo los demás hablaban de negocios y el sueño la venció lo suficiente como para desconectar del todo.

Se despertó por los gritos de Candace en el interior de la piscina, volvió la cabeza y comprobó que Paul no se encontraba a su lado. Se incorporó y lo vio en el agua, junto a Candace y Dexter, riendo... Parpadeó varias veces e incluso se quitó las gafas para corroborar que estaba viendo bien, pero, sí, su novio estaba riendo a carcajadas... «Y yo que creía que no sabía reír...», pensó extrañada ante esa imagen jamás vista de su pareja.

—Siempre se han llevado bien.

Adriana se volvió en dirección a la voz y observó cómo Michael se echaba en la tumbona de Paul, con aquel torso de infarto, unas gafas de sol que acrecentaban todavía más su atractivo y esa seguridad innata de ser el hombre más atractivo de cualquier lugar, incluido aquél...

—Ya veo... —susurró apartando su mirada de él y centrándola en su novio, que reía como jamás lo había visto hacer—. ¿Ellos...?

—Que yo sepa, no —contestó sabiendo que quería saber si Candace y Paul habían sido más que amigos—. Pero no lo sé... Piensa que, de este grupo de amigos, yo soy el que menos ha estado presente...

—Pero estás aquí —repuso sin dejar de observar el rostro relajado de Paul al hablar con Dexter y con Candace, sumergidos en la piscina.

—Sí —dijo con una gran sonrisa—. Me encanta viajar y no me pude resistir a venir, piensa que llevaba más de un año y medio sin verlos...

—Tú eres el fotógrafo, ¿verdad? —preguntó Adriana al recordar vagamente que Paul le había comentado hacía tiempo que tenía un amigo que se encontraba viajando por Europa.

—Sí —contestó él—. No pensé que Paul te hablara de mí...

—Fue de pasada. Me habló de todos los del grupo, pero el único con el que he coincidido ha sido Dexter...

—Paul siempre ha sido muy cuidadoso con sus parejas... Creo que es la primera vez que conozco a una de sus novias.

—¿Sabes si ha tenido muchas?

—No creo... Sólo hay que mirarlo para saber que no es de tener muchas relaciones...

—Claro...

—¿Por qué estás con Paul si no lo quieres? —soltó de repente.

Adriana lo miró un segundo para después poner las piernas en el suelo, dejar las gafas de sol y la pabela con displicencia y luego levantarse y alejarse de Michael y de esa pregunta que no quería responder. Bajó los escalones de piedra y notó el agua helada devolviéndola a la realidad. Se zambulló en las cristalinas aguas y nadó, liberando aquello que no entendía y que no podía explicar, alejándose de él, de todos... Volvió a buscar con la mirada a Paul. Dexter había salido de la piscina y se encontraba hablando con Liam y con Michael, y él se había quedado a solas con Candace, charlando, sonriendo... Se lo veía tan relajado, tan a gusto, que parecía otro hombre distinto del que conocía. Con ella jamás se comportaba de esa manera... Observó a esa mujer que había oído de pasada que existía. Era un poco más alta que ella, su cabello era largo, ondulado y rubio, tenía una gran sonrisa que siempre la acompañaba, y además sabía que era inteligente; Paul le había dicho que era física. No era delgada, ni tampoco parecía que se rigiera por los cánones de belleza. Era una mujer real, con curvas redondas, pecho generoso y un amplio trasero que no le importaba mostrar con un escueto bikini amarillo que prácticamente se confundía con su pálida piel. Lo que más llamaba la atención de Candace era su seguridad y su manera de reírse, estridente y gritona, como si estuviera obligada a demostrar a todo el mundo lo bien que se lo estaba pasando con el aburrido de su novio. Adriana los vio salir a los dos de la piscina y reunirse con su grupo, y Paul en ningún momento la buscó con la mirada, como si no se acordara de que tenía novia, una que había traído a ese viaje engañada... «Mierda, ¿y ahora qué hago yo durante una semana con esta gente?», pensó mientras buceaba y se alejaba aún más si cabe de ellos.

Salió del agua cuando se sintió lo suficientemente relajada como para poder afrontar la situación. Anduvo hasta las tumbonas mientras se escurría el cabello, observando el buen humor del grupo de amigos, las risas, y que todo giraba en torno a la misma persona: Candace. Se tumbó sin que Paul se percatara de su presencia, se puso las gafas de sol y la pabela y escuchó lo que ésta les contaba.

—Imaginaos, mi cara fue todo un poema... —soltó haciéndolos reír.

—Candace, lo tuyo es de portada de revista —terció Dexter entre carcajadas.

—Adriana —dijo entonces Candace, haciendo que todos, sin excepción, reparasen en ella—. Estamos hablando de nuestra primera vez, y yo les estaba contando a los chicos que la mía fue en un campamento con uno de los monitores —resumió con alegría—. ¿Cómo fue en tu caso?

Todos aguardaron expectantes a que ella hablara. Adriana se humedeció el labio inferior pensando en sus opciones y finalmente decidió hablar. Si se callaba, Candace ganaría más fuerza ante ella, algo que se temía deseaba a toda costa...

—Mi primer beso fue con quince años... Lo recuerdo corto e inocente, la verdad —informó, haciendo que Paul la mirase extrañado.

—No, querida, no nuestro primer beso, sino nuestra primera relación sexual —añadió Candace

con soberbia mientras se apartaba el pelo para que se le pudiera ver mejor el canalillo.

—Fue un poco más tarde, con dieciocho años, y lo podría resumir de la misma manera... —dijo ella volviendo a tumbarse y dando así por zanjado el tema.

—Vaya, me había dicho Paul que eras una mujer de pocas palabras, pero pensé que exageraba —terció insolente—. Bueno, chicos, ahora os toca a vosotros.

Y, así, bajo un sol de justicia, con varios cócteles ingeridos y sintiendo cómo su piel se resentía por el sol, Adriana escuchó pacientemente —simulando que no le importaba en absoluto esa conversación— cómo perdieron la virginidad aquellos cuatro hombres. Por supuesto que no le importó que Dexter lo hiciera con una amiga del instituto de la que se enamoró perdidamente, ni tampoco que Liam lo hiciera en la playa de South Beach bajo la luz de la luna con una chica que conoció esa misma noche, un par de años mayor que él, que le enseñó varios trucos. Incluso hizo un esfuerzo titánico por no aparentar interés cuando Michael, con esa voz varonil rasgada, contó con un tono erótico capaz de excitar a una estatua de mármol cómo fue su primera vez, cuando se coló en la habitación de su novia del instituto y lo hicieron allí, con sus padres a pocos metros de ellos... Pero cuando le tocó hablar a Paul, poco le faltó para acomodar un codo en la tumbona y no perder detalle de aquella conversación, pues jamás, en todo el tiempo que llevaban juntos, lo había oído hablar de sus anteriores novias, y mucho menos de sus experiencias sexuales...

—Fue en la universidad... —comenzó a decir él casi con un hilo de voz—. Con una profesora del primer año. En una de nuestras reuniones, ella... ella empezó a seducirme y, bueno..., el resto os lo podéis imaginar.

—Joder, con Paul —soltó Liam entre risas—. ¡Con una profesora! Estás hecho un gigoló. ¿Lo hicisteis en la clase?

—Sí...

—¿Veis? Eso me quedó pendiente de hacer —terció Liam, haciendo que los demás se echasen a reír, ignorando cómo Paul escondía la mirada en su regazo.

—¿Y cuánto tiempo seguiste con esa relación? —preguntó Candace con curiosidad.

—Un semestre...

—Un semestre ardiente —soltó Liam con guasa.

—Bueno, ¿quién tiene hambre? —preguntó Michael de pronto, rompiendo aquella extraña tensión y haciendo que todos levantasen las manos—. Vamos a cambiarnos y a almorzar.

Anduvieron hasta la casa charlando de lo que harían después de comer. Al entrar en el dormitorio, Adriana observó a Paul, que se encontraba observando las maravillosas vistas que se podían ver desde la amplia ventana de la playa.

—Dúchate tú primero —terció él con seriedad, sin mirarla.

—Tus amigos son muy simpáticos —comentó Adriana, esforzándose porque éste la mirase por lo menos una vez.

—Sí... Los echaba de menos.

Ella esperó unos segundos más, pero al ver que éste no quería continuar hablando y mucho

menos hacía además de algo más que no fuera contemplar las vistas, se metió en el cuarto de baño y se duchó, para después salir con una toalla blanquísima envolviendo su húmedo cuerpo. Al verla, Paul entró y cerró la puerta para hacer lo mismo, sin un beso, sin una caricia, sin nada más que esa indiferencia que era la tónica reinante en los últimos meses de su relación. Adriana ahogó un suspiro mientras se ponía un vestido de tirantes azul claro, se peinó dejando su cabello mojado al aire y se puso un poco de brillo labial para después dirigirse al jardín y esperar a que los demás acabaran de prepararse. Se sentó en un cómodo balancín desde el que se podía ver la playa y le envió un mensaje a Madison adjuntando una foto de esa maravillosa imagen. Por supuesto que prefirió no decirle que no se encontraban a solas, como ella había pensado en un primer instante; si la modelo lo supiera, ya no podría convencerla de que lo mejor para ella era precisamente estar con Paul, con ese hombre que prácticamente no la miraba, ni siquiera hablaba con ella y mucho menos la tocaba.

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó mientras sentía que todo lo que ella había pensado que era bueno para sí misma empezaba a carecer de valor, a caer en saco roto...

Capítulo 8

—¿Qué estoy haciendo? —la oyó susurrar Michael mientras se balanceaba, tan sola, tan apartada de todos, tan fuera de lugar que aún no entendía precisamente lo que ella se preguntaba.

—¿Ya estás listo? —soltó Liam al verlo quieto, a pocos pasos de donde se encontraba Adriana sentada.

—Sí, a uno no le hace falta mucho para estar resplandeciente —replicó con sorna.

—¿Qué te parece? —susurró su amigo, señalando con la cabeza a Adriana.

—No lo sé...

—Es raro que esté con Paul, ¿verdad? No le pega.

Michael asintió, por lo menos no era el único que pensaba eso. Al poco, la voz de Candace hablando a gritos con Paul hizo que Adriana se volviera y los observara. Parecía tan perdida como la noche del sábado, pero de repente su mirada se transformó ante sus narices, volviendo a ser la Adriana fuerte, decidida e inquebrantable que había conocido el viernes. ¡Esa mujer era camaleónica!

Se dirigieron al restaurante del hotel y Michael se percató de que, desde que habían llegado a la isla, Paul no había hecho ademán de acercarse a su novia, ni de cogerle de la mano ni darle un pequeño beso, nada, y eso era más que raro... Sabía que su amigo era serio, pero estaba hablando de tener un mínimo en una relación, sobre todo cuando esa mujer cada vez que se movía o se tocaba el cabello lo embriagaba con el dulce aroma de las fresas, haciendo que recordase su cuerpo desnudo sobre su cama y la tenue luz de la luna cubriéndola como un manto...

—Entonces —comenzó a decir Candace mientras alzaba su segunda copa de vino hawaiano— ¿cuánto tiempo te quedarás en Miami esta vez, Mike?

Él sonrió, porque todos los de la mesa —a excepción de Adriana— lo conocían lo suficiente como para saber que ni él mismo sabía la respuesta a esa pregunta. Él se regía por impulsos, por oleadas de necesidad al sentirse en movimiento, por la pura inspiración de ver, conocer o vivir algo, como ese viaje...

—Espero que más que la última vez, si no, mi madre me atará a la pata de la cama —terció con una sonrisa.

—¡Y con razón! —añadió Candace entre risas, desviando la mirada y enfocándola entonces en la novia de Paul, que comía en silencio—. Tienes unos rasgos latinos muy llamativos, ¿de dónde eres, Adriana?

—Soy mitad estadounidense, mitad española —contestó con seriedad, demostrándole que sabía lo que estaba haciendo y que, por supuesto, estaría al acecho.

—Vaya... Pues dicen que los españoles son muy habladores y dicharacheros...

—Sí.

—Pero tú no lo eres —dijo Candace mientras disimulaba una sonrisa pérfida.

«Ay, amiga, que se te está viendo el plumero...», pensó Michael, atento a la conversación.

—Supongo que eso lo habré sacado de mi madre —replicó Adriana con rotundidad, haciendo que él reprimiese una carcajada al haberle dado donde más le dolía a su amiga. Candace era americana de pura cepa y aborrecía que alguien hablara mal de sus raíces.

—Claro —añadió intentando disimular que no se había ofendido por su comentario—. ¿Y a qué te dedicas? Paul habla poquito de ti, la verdad...

—Soy directora de creatividad y arte en la agencia Ideal Advertising —comentó con rigidez observando de reojo a Paul, que se encontraba mirando el mantel.

«Conque abogada y modelo, ¿eh?», pensó Michael al saber la verdad.

—¡No me digas! —soltó Dexter asombrado—. No tenía ni idea. Ideal Advertising es la agencia de publicidad más importante de todo el país... Joder, Paul, qué calladito te lo tenías.

—Sí —susurró éste agachando la mirada, como si no se sintiera orgulloso de ella—. Adriana es ahí casi una eminencia.

—No tienes pinta de creativa —añadió Candace con maldad mientras la miraba de arriba abajo.

—Tú tampoco de física —replicó ella mientras alzaba la copa y le sostenía la mirada con entereza.

«¡Esta mujer es puro fuego!», pensó Michael aguantándose la risa. Le estaba encantando ver cómo Adriana no se achantaba ante las provocaciones de Candace.

—Yo tampoco tengo aspecto de ser fotógrafo, ¿verdad? —comentó intentando calmar un poco los ánimos. Se notaba que aquella conversación comenzaba a ponerse cada vez más tensa, y no precisamente por lo que se decían esas dos mujeres, sino por las miradas que se echaban.

—¡Tú de lo que tienes pinta es de ser un vividor! —soltó Liam, haciendo que todos se riesen y la extraña tensión se evaporase.

—Un poco sí que lo soy —confesó Michael observando cómo Paul se acercaba al oído de Adriana y le susurraba algo que la hizo cambiar el gesto drásticamente por uno más decidido y molesto.

—Quiero hablar contigo a solas —repuso ella, haciendo que todos los mirasen al observar cómo ésta se levantaba de la silla con una seguridad tan aplastante que podría mover esa isla de lado si se lo propusiera.

—Enseguida volvemos, continuad comiendo —susurró Paul mientras se levantaba y salía del restaurante a regañadientes, como si ir con su novia fuera lo último que deseara en ese momento.

«Qué raro...», pensó Michael observando que ni se tocaban ni se esperaban, sólo caminaban uno detrás del otro.

—No me gusta nada —confesó Candace sin dejar de mirar cómo salían.

—Parece una buena chica —dijo Dexter.

—No... Esconde algo. No sé qué ha podido ver Paul en ella, y mucho menos por qué la ha traído a esta reunión de amigos.

—Yo sí —soltó Liam, recibiendo una mirada de reproche por parte de Candace.

—No todo es un cuerpo bonito y un rostro angelical. Paul se merece algo más.

—¿Cómo tú, Candace? —terció Michael, observando cómo ésta se sorprendía ante su pregunta y cogía la copa de vino para disimular que la había cazado al vuelo.

—No sé por qué dices eso, Mike. Haría lo mismo si fuera con alguno de vosotros... Somos amigos, ¿no?

—No te lo crees ni tú, Candace. Ya que no te lo dice él, te lo diré yo: deja en paz a esa chica, es la novia de Paul, te guste a ti o no —comentó con tranquilidad, haciendo que Candace lo mirara con desprecio para después desviar la atención de él y enfocarla en Dexter para hablarle de algún tema banal y, así, salir airosa de todo aquello.

Al poco volvió Paul solo, con el gesto serio como era costumbre en él. Michael únicamente lo había visto sonreír cuando se encontraba cerca Candace, y aún no lograba entender cómo no estaban juntos. Parecía que eran el uno para el otro.

—Adriana os pide disculpas, pero se encontraba mal y se ha ido a la casa —explicó mientras se sentaba.

—Ay, pobrecita, seguramente le habrá sentado mal el sol, y eso que es medio española —comentó Candace con fingida preocupación.

—¿Por qué no te has ido con ella para cuidarla? —quiso saber Michael, intentando llegar al final de aquella extraña relación.

—Adriana es una mujer muy independiente. Me ha animado a que siguiera con vosotros...

—Claro, qué maja es —farfulló Candace, obligándose a decir algo positivo de ella.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó entonces Michael con interés.

—Coincidimos en una exposición de fotografía... —susurró Paul, y su amigo percibió que se encontraba incómodo al hablar de ella.

«¿Por qué?», pensó sin entender nada. Si era su novia debería estar ansioso por hablar de ella, e incluso debería haberse marchado con ella... Todo era demasiado extraño, y él ansiaba esclarecer aquel misterio.

—A ti no te gusta la fotografía —puntualizó. Paul prácticamente iba obligado cuando él exponía, le parecía inverosímil que hubiese ido por voluntad propia.

—Quedé con un cliente allí... Ella también se encontraba en esa exposición, fuimos a coger la misma copa de champán, ella me sonrió de una manera muy dulce y entonces comenzamos a hablar... y a quedar...

—Pero ya lleváis un tiempo, ¿verdad? —añadió Dexter.

—Sí, unos meses...

—¿La quieres?

La pregunta formulada por Michael los dejó en silencio a todos. Paul agachó la mirada, dándole la respuesta que sus labios no se atrevían a pronunciar.

—Algo la tiene que querer para traerla aquí, ¿no? —terció Dexter rompiendo el silencio.

—Claro —convino Paul llevándose la copa a los labios y bebiéndosela entera.

Pero Michael ya había averiguado la verdad y aquello era todavía más surrealista. ¿Qué hacían dos personas juntas si no había amor entre ellas?

—¿Adónde vas? —preguntó Candace al ver que éste se levantaba de la mesa.

—A dar un paseo. Nos vemos luego.

Michael salió del restaurante echándose el cabello para atrás con ambas manos, en un vano intento de calmar sus nervios y centrarse en el momento. Lo acababa de presenciar, era así, y no era un invento de su mente. Paul y Adriana estaban juntos, sí..., pero no se querían, cómo ésta le había confesado cuando estaba medio dormida en su coche, tan perdida, tan indefensa, reclamando un cariño que su amigo no le daba...

Llegó a la casa, pero se la encontró vacía. Miró en el jardín y, a lo lejos, en la playa, la vio, tan sola, tan apartada como si fuera una incomprendida, como si nadie pudiera entenderla y mucho menos darle lo que necesitaba. Sin darse cuenta, o dejando libre su instinto —ese mismo que lo había llevado a aceptar ese viaje a última hora sólo cuando supo que Paul viajaría con Adriana—, caminó hasta ella, sintiendo una necesidad incomprensible de ver que se encontraba bien.

—Hola —dijo sentándose a su lado, sobre la fina arena. Adriana lo miró y reprimió un suspiro—. ¿Estás bien?

—Claro...

—¿Qué te ha dicho Paul? —preguntó sin andarse por las ramas, haciendo que ella sonriera con amargura.

—¿Sabes? Siempre me ha gustado la playa, sentarme sobre la arena y ver cómo se mecen las olas, escuchar su murmullo y el viento húmedo acariciándome la cara... Pero nunca he ido expresamente de vacaciones a una de ellas, es mi primera vez... —contó sin dejar de observar el precioso horizonte frente a ellos.

—No me has contestado, Adriana.

—Lo sé —indicó con seriedad, dibujando en la arena un círculo con los dedos.

—Sigo sin entender qué hacéis juntos, se nota a la legua que no os queréis —añadió intentando esclarecer algo de esa extraña relación.

—El amor no lo es todo, Michael... —soltó ella mientras se levantaba y volvía a la casa con paso tranquilo, dejando que él observase cómo el viento mecía su cabello suelto y aquel maldito vestido que realzaba el tono de su piel, de sus ojos, de sus labios de fresa, como ese aroma que llevaba metido en su mente desde que la tuvo en brazos.

«¿Cómo que el amor no lo es todo?», pensó sin poder apartar la mirada de ella.

Capítulo 9

Al rato de estar tumbada en la cama oyó que su novio y sus amigos llegaban a la casa entre risas. Observó cómo se abría la puerta y vio al Paul de siempre entrar, mirarla una décima de segundo y dirigirse al armario para sacar otro bañador, como si no hubiese ocurrido nada entre ellos y como si no le hubiese pedido una tregua antes de aclararle lo que ocurría allí.

—Dexter, Candace y yo nos vamos a la piscina; Michael y Liam se van de excursión, ¿te vienes con nosotros o vas con ellos?

—Creo que me debes una explicación antes de nada, ¿no? —soltó Adriana mientras se sentaba en la cama y lo miraba con atención.

Paul alzó los ojos al techo y asintió con la cabeza mientras cerraba la ventana y se aseguraba de que la puerta estuviera bien trabada. «Parece que me vaya a confesar la fórmula secreta de la Coca-Cola...», pensó ella al ver tanta preocupación para que nadie los oyese.

—Sí, lo sé... Gracias por darme este tiempo y venirte a la casa —repuso él con gratitud mientras se aproximaba a ella—. Adriana, esto no puede continuar así —añadió muy serio, haciendo que ella lo mirase curiosa por la rotundidad con la que había verbalizado esa frase—. Llevamos saliendo varios meses.

—Llevamos juntos un año —puntualizó ella, lo que provocó que él la mirase con gesto hosco, como si le hubiese molestado aquella interrupción—. Hace un par de semanas que lo celebramos en aquel restaurante que tanto te gusta, ¿no lo recuerdas?

—Sí, es verdad, un año —reiteró con resignación—. Y parece que seamos unos desconocidos.

—¿En qué sentido lo dices, Paul?

—En que nuestra relación está muerta —resopló desesperado.

Adriana asintió con la cabeza, ella también se había dado cuenta. La falta de excitación, de ganas de verlo, de estar con él era creciente con los días, aunque no por ello iba a echarlo todo por la borda...

—¿Y qué sugieres? —tanteó. Aunque se temía la respuesta, quería que fuera él quien diese el paso, suya había sido la idea de llevarla a ese viaje...

—Lo que te voy a decir sé que puede sonar a locura y tal vez lo sea, pero espero que me entiendas y, sobre todo, comprendas por qué te pido esto... —dijo nervioso, toda una novedad para ella, que jamás lo había visto titubeando por algo—. Quiero que dejemos de ser pareja a nivel práctico, pero no teórico.

—Vale, ¿y eso qué quiere decir?

—Quiero que sigas haciéndoles creer que seguimos juntos, pero no será así...

—Sí que es una locura —bufó mientras se ponía de pie y caminaba por la habitación.

—Lo sé, Adriana, pero, por favor, necesito que hagas esto por mí.

—¿Por qué debería hacerlo? Me has traído hasta aquí para... ¿romper conmigo a nivel práctico? —reiteró confusa.

—No quería que sucediera tan pronto, pero tú has empezado a hacerme preguntas y a dudar y... ¡Esto es muy difícil! —resopló mirando al suelo.

—¿Difícil? —replicó con sorna—. Difícil es oír esto a miles de kilómetros de mi casa y tan sólo después de unas horas de aterrizar —añadió sin dejar de caminar por la habitación, anhelando sentirse en movimiento para poder pensar con claridad—. Joder, Paul, que la práctica la hemos abandonado hace mucho tiempo, y que me lo digas ahora me hace dudar de muchas cosas...

—Lo sé, pero estaba hecho un lío. Eres una persona fantástica, reúnes todo lo que siempre he deseado en una mujer: belleza, inteligencia, tranquilidad, estabilidad, pero... Yo... no te quiero, Adriana.

Ella sonrió con desgana. Adriana tampoco lo quería a él, pero no iba a hacer leña del árbol caído, ¿no? No tenían un romance, eso ya lo sabía desde hacía mucho tiempo, por eso no se sorprendió al no sentirse dolida ni mal al oír su confesión, ¡es más!, para ser sincera consigo misma, se sentía aliviada...

—Vale, no me quieres, ¿y qué leches hago aquí? —repuso señalando la habitación que compartían—. Me lo podrías haber dicho en Miami y habernos ahorrado todo este paripé. Dime, ¿cuántas horas llevamos en Hawái? ¿Seis?

—Pero es que necesitaba que vinieras conmigo... —añadió él mirándola a los ojos.

Era la primera vez que lo hacía de verdad, dejando que viese la batalla que se estaba librando en su interior y lo nervioso que se encontraba al hablar con ella de ese tema. Jamás lo había visto así de desnudo, de frágil, de sincero... Incluso dudó de haber conocido al verdadero Paul, el que tenía delante distaba muchísimo del que había llamado novio...

—¿Por qué? Paul, deja de dar rodeos y habla con claridad de una vez por todas.

—Porque estoy enamorado de Candace.

Adriana lo miró asombrada, su novio, el *antibesos* oficial y el *Rey de la Noche*, por lo frío que era en la intimidad, se había enamorado de su mejor amiga, la cual no había parado de intentar hacerla quedar mal y de pavonearse delante de ella como si fuera miss Universo y Adriana una paleta de pueblo.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Desde que Candace sabe que existes, está más pendiente de mí, me llama todos los días por teléfono, incluso nos vimos en Nueva York este fin de semana para saber cómo me encontraba... Y aquí, ¡tú lo has visto!, está por mí de una manera que jamás había ocurrido. Parece que le importe, que también sienta algo por mí.

—Pues habla con ella y dile lo que sientes...

—No puedo. Acabamos de llegar a Hawái, quiero demostrarle que también puedo ser bueno para ella, que la puedo enamorar, y sólo lo podré conseguir contigo.

—Empezar una relación engañando a la otra persona no es una buena idea, Paul.

—No es un engaño. Hasta hace unos minutos éramos novios... Sólo hay que omitir que lo hemos dejado.

—¿Y yo qué gano con esta mentira? Porque estar en una isla con mi ex y sus amigos no entra dentro de mi ideal de vacaciones perfectas.

—Lo sé, sé que te pido mucho, pero todo lo pagaré yo.

—El dinero no es la solución.

—Sé que no te hace falta, pero quiero regalártelo. Además, ¿quién sabe? A lo mejor conoces a tu alma gemela en Hawái, os liais y así Candace me podrá consolar —terció; a su rostro afloró la ilusión de verse de esa guisa—. Por favor, Adriana, hazlo por este año que hemos compartido juntos, quédate y ayúdame a conseguir que Candace se enamore de mí.

—¿Sabes que le estás pidiendo a tu ex que te ayude a conquistar a otra mujer, y todo ello sin que hayan pasado ni unos minutos de nuestra ruptura?

—Lo sé. Sé que te estoy pidiendo mucho, e incluso sé que lo lógico sería que me dejaras a mi suerte. Pero también sé que eres una mujer formidable que sabe que nosotros no teníamos futuro como pareja y tienes un corazón tan grande que harás ese esfuerzo por un novio que se convirtió en tu amigo.

Adriana lo miró un segundo mientras le sonreía. Había dado en el clavo a la hora de describir su relación, por eso no le sabía mal que le pidiera ayuda, por esa causa no sentía dolor, ni frustración, ni rabia. Lo cierto era que, como bien había dicho Paul, para ella era más un amigo que un novio. Además, se lo veía realmente perdido, como si la necesitase de verdad para dar ese paso. Percibió su angustia por si ella se negaba a llevar a cabo aquella locura, la urgencia de tenerla a su lado, el amor que sentía por esa mujer rubia que intentaba acaparar todas las atenciones, y supo que era absurdo desperdiciar sus vacaciones negándose a realizar aquel encargo. Llevaba un año con él disimulando que eran la pareja perfecta, podía aguantar un poco más y así ayudarlo a que consiguiera el corazón de su amiga. Que ella no quisiera enamorarse no significaba que no pudiera ayudar a los demás a hacerlo.

—Está bien, lo haré. Pero tienes que ser más convincente si deseas que Candace crea que seguimos juntos. Prácticamente desde que hemos llegado me has apartado de tu lado como si fuera un trasto viejo. Tenemos que aparentar que somos una pareja y no un par de conocidos. Es más, para que ella te consuele, tiene que ver que sientes algo por mí.

—Vale, entonces ¿qué sugieres que hagamos? —preguntó, a su rostro aflorando un ápice de esperanza.

—Que intentes que crean que me quieres, que te atraigo y que soy lo mejor de tu vida. Yo me convertiré en la *antinovia*, me portaré de diferente manera para que tengas excusas plausibles

para romper conmigo, empezaré a coquetear con todo aquel que haya cerca y te dejaré muchas veces solo para que tengas tiempo con Candace y así poder llorar en su hombro.

—¡Eres fabulosa! —añadió Paul con alegría, haciendo que Adriana se sintiese un poco mejor consigo misma. Verlo bien la hizo sentirse cómoda con esa nueva situación.

—Sí, sí... Pero me has traído aquí más engañada que a un bobo —terció de mejor humor—. Anda, cámbiate, que te estarán esperando para tostaros al sol. Yo iré contigo, pero luego me inventaré algo para venirme, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro. Adriana, gracias, sé que contigo a mi lado podré conquistar a Candace.

—Bueno, ya me darás las gracias cuando la hayas conseguido. Lo primero es lo primero —señaló hacia el cuarto de baño para que se cambiara de ropa.

Paul asintió mientras le mostraba una sonrisa, la primera dirigida a ella después de un año. Adriana miró al techo al saber que se estaba metiendo en algo que podría acabar muy bien o muy mal, dependiendo de cómo transcurrieran las cosas. Al poco lo vio salir con un bañador y una camiseta.

—¿Estás lista?

—No, dame cinco minutos y haré mi salida triunfal. Paul, sólo te pido una cosa: sígueme el rollo, ¿de acuerdo? No me dejes mal, porque, como lo hagas, cogeré mis cosas y me iré.

—Sí, sí, ¡te seguiré el rollo! —añadió entusiasmado.

«Cómo cambian las personas cuando entra el amor en sus vidas...», pensó ella al ver que Paul había abandonado por completo su mutismo y su autocontrol demostrando lo feliz que se sentía al ver que iba a ayudarlo a conquistar el corazón de su amiga.

—Pero antes de salir, espera —dijo mientras se acercaba a la puerta—. Tenemos que darles un motivo para que tardemos tanto en salir y hacerte quedar como un macho —añadió mientras le guiñaba el ojo para después lamerse el labio inferior y coger aire—. ¡¡OOOHHH, SÍÍÍ!! —gritó con entusiasmo mientras gemía, en grititos cortos e intensos, haciendo que Paul la mirase extrañado, casi asustado por su efusividad—. ¡¡PAAAUUULLL, ERES EL DIOS DEL SEXO!! SÍ, SÍ, SÍ, SÍÍÍ... —soltó fingiendo un orgasmo de dimensiones épicas, que, por supuesto jamás había experimentado con ese hombre, de ahí su mirada de espanto ante sus gritos—. Espera un minuto y sales como si nada. Candace te mirará con gula, ya lo verás —le susurró escondiendo una sonrisita traviesa. Aquello podía ser incluso divertido...

—Eres la mejor —murmuró dándose cuenta de lo que había hecho por él.

Adriana observó cómo salía de allí como si fuera un niño pequeño. Jamás lo había visto tan ilusionado por algo y se sintió un poco mejor al ver que podía ayudarlo. Con ella no era feliz, ni ella tampoco con él, por lo menos se sentiría bien ayudándolo a conseguir que sonriera. Abrió el armario y buscó entre la ropa que había traído una prenda específica, mientras se daba cuenta de que estaba muy mal por llegar tan lejos con esa locura. Acababa de fingir un orgasmo pegada a una puerta sólo para que esa mujer pensara que Paul era un dios del sexo, algo que ella jamás había experimentado con él. Sus relaciones sexuales eran escasas y esquematizadas, dos toqueteos

y ¡para casa!, y ahora iba a ponerse el bikini que se había comprado para utilizarlo a solas con Paul, ese que había escogido para avivar la llama extinguida de su relación, ese que era tan sexy y escaso que incluso le había dado vergüenza probárselo en la tienda... Aunque ahora eso carecía de importancia. Ella era una mujer valiente —o por lo menos quería serlo—, y además, todas esas personas con las que iba a compartir esas extrañas vacaciones pasarían a formar parte de su recuerdo, no los volvería a ver —¡incluido el guaperas!—, y podía comportarse de diferente manera a la acostumbrada, algo que la hizo animarse. Podía dejar de ser la perfecta novia para convertirse en otra versión mucho más divertida de sí misma. Se puso el diminuto bikini de color rojo, de tiras y con relleno y efecto *wonderbra* que realzaba lo que había que destacar. Se colocó un vaporoso pareo que dejaba traslucir el bañador y salió de la habitación mientras se recogía el cabello en una alta coleta, mentalizándose de que sólo era un cuerpo, de que no todas las mujeres podían ser como Madison, por ejemplo, y de que, aunque tenía sus defectos, como un poco de barriguita y ese trasero que no conseguía rebajar, podía resultar sexy si quería, porque todo estaba en la mente y ella se había propuesto ser una Adriana más directa y sexual. En Hawái no sería la perfecta novia de un abogado de éxito, en esa isla sería Adriana la rompecorazones. Con esa idea en la cabeza y sintiendo cómo todo su ser temblaba de anticipación al saber lo que iba a hacer por alguien con quien había compartido un año de su vida, se dirigió al salón y observó que se encontraban todos, Dexter, Candace y Paul, de pie, preparándose para ir a la piscina. Michael y Liam estaban sentados en el sofá hablando con ellos. Caminó con paso seguro mientras escondía una sonrisa, obviando que nada más aparecer ella la conversación se cortó de golpe y que todos, sin excepción, la miraban avanzar hasta su novio. Al llegar a su lado, se colgó del cuello de Paul, que la miró tan extrañado como el resto del grupo, y posó los labios sobre los suyos en un beso fugaz, casi de chiste, pero lo suficientemente visible para que Candace lo viese. La mujer apartó rápidamente la mirada de aquella muestra de afecto y entonces Adriana supo que la rubia también estaba enamorada de Paul. «Ay, pajarito, que te he pillado. Por eso me tratabas mal...», pensó.

—Ya estoy lista, bomboncito —terció haciendo que Paul la mirase casi sin parpadear.

—Ehm... Sí, querida, pues vamos —susurró avergonzado mientras le tocaba sin entusiasmo la mejilla y salían del salón.

Adriana se volvió un instante y se encontró con la mirada socarrona de Michael, que no dejaba de mirarla con esa intensidad tan característica en él, su pose segura, con ese atractivo innato, su magnetismo y ese aire canalla que la hizo ponerse todavía más nerviosa de lo que ya estaba por haber aceptado aquel trato. «¿Por qué me mirará de esa manera?», pensó mientras desviaba la atención de él, dándose cuenta de que se había quedado sin su escudo *antiamor* y se encontraba de nuevo soltera, sin compromiso, y, para más inri, debía permanecer en esa isla disimulando algo que ya no era con ese hombre a pocos centímetros de ella. «Si lo sé, no vengo...», pensó mientras salía con Paul y sus amigos de la casa en dirección a la piscina.

* * *

Era relajante averiguar que ya no eran pareja, también saber la verdad, y por eso disfrutó de la tarde mucho más que de la mañana. Bebió varios *mai tai* y algún que otro blue Hawái mientras se zambullía en las aguas cristalinas y observaba de reojo cómo Paul y Candace hablaban sin cesar, con un aburrido Dexter que la miraba de vez en cuando. Un poco mareada por tanto cóctel de ron, se acercó a las tumbonas. Allí sólo estaba Dexter, pues la parejita de amigos se había ido a nadar juntos.

—¿Estás bien, Adriana?

—Divinamente —repuso mostrándole una sonrisa amplia, sintiéndose un poquito mareada por culpa de los cócteles y del sol—. Me voy a ir a la casa, ¿vale? Me he cansado de tanta agua, ¿se lo dices a mi querido Paul?

—Ehm... Claro, se lo digo en cuanto vengan.

—¡Gracias! —indicó mientras se ataba el pareo a la cintura y recogía sus cosas.

Se alejó de allí pensando que poco podía hacer para que Dexter también dejara solos a Paul y a Candace sin levantar sospechas. Debía intentar conquistarla con su amigo al lado, ella ya hacía suficiente con quedarse en Hawái, realzar su nula relación con Paul y mirar hacia otro lado sabiendo que acababa de quedarse soltera y sin compromiso. Nada más llegar a la casa se dirigió a la cocina, tenía hambre. Abrió la nevera repleta de manjares que disponía el hotel todos los días; eso era servicio personificado y lo demás eran tonterías.

—Joder, qué bueno —dijo mientras sacaba de la nevera una tarta de chocolate. Partió un trozo y devolvió el resto a la nevera.

Buscó por los cajones una cuchara y, al darse media vuelta para coger el plato, tropezó con un cuerpo cálido y tentador que supo reconocer sin ni siquiera mirar, aunque intentó no darle vueltas a ese hecho sobrenatural. «Ay, madre mía, y yo tengo que enfrentarme al guaperas sin mi escudo protector. Pero no pasa nada, Adri, él no sabe que estás soltera, él aún cree que eres novia de su amigo. Sí, sigues a salvo. Tú disimula, hazte la indiferente y todo saldrá bien», pensó.

—¿Te gusta darme sustos, Michael? —preguntó con fingida tranquilidad, aunque su cuerpo estuviera erizado nada más saber que volvería a ver de muy cerca esos ojos tan expresivos y enigmáticos que la taladraban sin piedad.

—Me gusta más cuando hay una piscina entremedias —indicó con guasa al tiempo que le dirigía una sonrisa socarrona, observando cómo ella cogía el plato con la tarta y hundía la cuchara en el dulce para, acto seguido, llevársela a la boca y gemir de gusto por lo delicioso que estaba—. ¿Está buena?

—Deliciosa —comentó mientras volvía a clavar la cuchara para saborear de nuevo el dulce—. ¿Qué haces aquí? Me dijo Paul que os ibais a descubrir la isla.

—Liam ha conocido a una mujer y me ha dejado tirado... —repuso sin poder apartar la mirada de ella y de cómo disfrutaba comiendo—. ¿Y Paul?

—En la piscina, con Dexter y Candace.

—¿Y qué haces aquí sin él?

—Me he cansado de estar allí, además tenía hambre... —añadió volviendo a meterse otro trozo en la boca.

—Y dejas solo a tu *novio*.

—Sí, somos pareja, no un par de calcetines...

—¿Y no tienes miedo de que Candace intente seducirlo?

—No, confío en él. Además, lo he dejado saciado por un ratito —dijo mientras le guiñaba el ojo, dándose cuenta de cómo él no le quitaba la mirada de encima, a ella y a la tarta que se estaba comiendo—. ¿Quieres? Hay más en la nevera.

Michael observó cómo ella volvía a hundir la cuchara, cómo abría los labios para degustarla y cómo se la aproximaba, pero antes de que se la llevara a la boca, le cogió la mano y, sin apartarle la mirada, se la comió él, dejándola con la boca abierta y un cosquilleo latente que iba desde su agarre hasta alcanzar la parte más baja de su estómago. «Joder, joder, joder...», pensó al tener sus ojos a pocos centímetros y ver cómo lamía la cuchara.

—Sí, está deliciosa —susurró Michael sin retirar un segundo su mirada de ella para después darse media vuelta y dejarla sofocada y temblorosa en la cocina.

«Respira, Adriana, respira...»

Capítulo 10

Salió al jardín anhelando poner distancia entre él y esa mujer que degustaba aquella tarta como si estuviera en mitad de una escena de una película X, embriagándolo con ese maldito aroma a fresas, con ese tentador y escaso bikini, como si no fuera el ser más endiabladamente sexy que hubiese conocido, y podía decir que había conocido a muchas... Se quitó la camiseta y se metió en el *jacuzzi* en un vano intento de tranquilizar a su cuerpo, que se encontraba preparado para arrancarle el bikini y devorarla con la misma gula y dedicación que ella a ese postre. No cesaba de repetirse que esa mujer estaba con Paul, aunque éste prácticamente no reparase en ella y estuviese más pendiente de la amiga que tenían en común. Maldijo por dentro al ver que aquello comenzaba a desquiciarlo más de la cuenta, que a cada minuto que transcurría esa mujer se le metía más en la mente y en su piel, impregnándola con deseo. «Sólo es una mujer bonita, una mujer bonita que te provoca sin darse cuenta, que te desquicia cuando cambia de personalidad delante de tus putas narices... Y esa mujer que huele a fresas, que está medio desnuda en la cocina, es la novia de tu amigo. Joder, Mike, ¡no la cagues!», pensó mientras se mojaba la cara intentando controlarse.

—No sabía que estabas aquí.

Su voz y esa aparente inocencia hicieron que todavía se empalmara más de lo que ya se encontraba al haberla visto comer aquella tarta. La distinguió delante de él, como si fuera imposible que alguien la mirase, como si no pudiera provocar deseo en un hombre, como si fuese tan inocente como para seducir a alguien como él. Pero precisamente esa apariencia era lo que lo llevaba loco desde que la sacó de aquella fiesta, cuando dejó sus sábanas oliendo a ella...

—Venía a relajarme un poco en el *jacuzzi*, pero no quiero molestarte.

—No molestas.

—Bueno, no pasa nada, vendré en otro momento —añadió volviéndose para entrar de nuevo en la casa.

—¿Me tienes miedo, Adriana?

Esa pregunta hizo que ella lo mirase con decisión. Era curioso, pero podía pasar de la inocencia más pura a la fortaleza más arraigada.

—¿Puedo...? —preguntó con seriedad señalando el *jacuzzi*.

—No tienes que pedirme permiso.

—Lo sé —dijo escondiendo una sonrisa mientras se acercaba a él para introducirse en el *jacuzzi*.

Michael intentó no mirar, pero no pudo hacer mucho caso de su propia recomendación, por lo

que se embebió de su imagen, hundiéndose poco a poco en aquel reducido espacio, notando cómo su piel brillaba a medida que se mojaba, observando sus pezones endurecerse al contacto con el agua... «Joder...», pensó al sentir de nuevo aquella fuerza que lo arrastraba a ella para apartarle aquel trozo de tela y llevarse ese pezón a la boca, hacerla gemir y gritar del gusto, como cuando la había oído en el salón... Sólo con recordar aquellos gemidos y aquellos gritos de satisfacción notaba cómo su sexo se endurecía más si cabe. «Piensa en otras cosas, Mike. No vayas por ese camino. Ella es la novia del sieso de Paul...»

—Hummm—ronroneó Adriana al apoyar el cuello en la almohadilla que había en el lateral del *jacuzzi*, algo que no ayudó a apaciguarlo, ¡al contrario!—. Qué bien se está aquí.

—Sí —añadió con voz ronca. «Oblígate a hablar con ella de su novio, si no, harás algo que no puedes permitirte hacer», se dijo al sentir que sus dedos querían acariciarla, rodearla y recorrer cada centímetro de su húmeda piel—. Entonces ¿cómo conociste a Paul, Adriana?

Ella levantó la mirada y le sonrió mientras se sentaba dejándole ver su escote, donde la tela del bikini bailaba al son de las burbujas, desconcentrándolo bastante en mirarla a los ojos, esos tan grandes y sagaces que tenía.

—A través de una aplicación de citas —contestó haciendo que él contrajera ligeramente el ceño, pues Paul le había contado otra versión distinta—. Éramos afines, hablamos un par de veces por teléfono hasta que al final quedamos para tomar un café...

—Y saltó la chispa.

—Sí, de eso hace ya un año —indicó disimulando una sonrisa—. Madison me dijo que cortaste con Janice...

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no era para mí... —terció mostrándole una amplia sonrisa.

—Claro...

—Pero Paul sí que es para ti, ¿no?

—Totalmente. Queremos las mismas cosas y nos comprendemos —añadió mientras movía los brazos y la tela del bikini comenzaba a hincharse por culpa de las burbujas, despegándola de su piel y dejándole ver parte de su pecho.

—Y el amor no lo es todo... —repitió Michael con voz ronca.

—Exacto —añadió ella mientras se mojaba la cara, haciendo que él no perdiese detalle de todos sus movimientos.

—¿Te has enamorado alguna vez, Adriana?

—¿Es obligatorio hacerlo?

—Por lo menos experimentarlo una vez en la vida, sí...

—No lo veo para tanto... —indicó moviéndose nerviosa en el *jacuzzi*, algo que hizo que se moviera aún más esa maldita tela que acaparaba toda su atención, y eso que intentaba no mirar ahí, pero era superior a sus fuerzas.

—Dices eso porque no sabes lo que es que una persona se te meta en la mente con tanta fuerza que no puedas dejar de pensar en ella, en su rostro, en sus labios, en sus ojos, en su piel... Y que ansíes verla, sin importarte estar hasta arriba de trabajo, sin que la distancia o cualquier otra circunstancia te detenga, simplemente robándole minutos al día para tenerla delante. Porque para ti esa persona es el centro de tu universo. Y cuando estás con ella sólo ansías protegerla, quererla, acariciarla, amarla, lamerla, comértela... Y hacerlo despacio, Adriana, porque el amor no tiene prisa y sólo quieres disfrutar de cada sentido a su lado.

—Claro... —carraspeó volviendo a moverse incómoda en el *jacuzzi*. «¿Es posible que te afecte mi presencia tanto como a mí la tuya?», pensó Michael al observarla con atención. Era la primera vez que no comprendía los gestos de una mujer, pues los de ella eran tan contradictorios que simplemente no los distinguía—. Como te decía, no lo veo para tanto. Prefiero no perder mi identidad, ser como soy y que la otra persona no eclipse mis prioridades —terció con solemnidad.

Y cuando él iba a contestarle, de repente, la parte superior de su bikini se soltó por detrás, dejándole ver sus maravillosos pechos con forma de pera, que recordaba vívidamente desde el sábado. Al notar cómo subía hasta la superficie del agua, Adriana intentó taparse, pero con los nervios del momento no consiguió su propósito.

—Joder —maldijo haciendo que Michael le sonriera. Estaba tan adorable en ese momento...

—Déjame que te ayude —susurró con la voz tan ronca que incluso ella se sorprendió.

Él la miró con un deseo cegador, ella le devolvió la mirada. Michael se acercó un poco a ella, Adriana tragó saliva al ver cómo se aproximaba, tan lento, tan seductor, tan seguro de sí mismo. Él sintió que había nacido para eso, para atarle el bikini a esa mujer camaleónica, a la novia de su amigo, a esa mujer que olía a fresas y a la que no conseguía entender, aunque lo intentara con todas sus fuerzas.

—Ponte de rodillas.

Ella abrió los ojos al oír su petición, pero para su sorpresa le hizo caso, sin titubeos... Podía pasar toda una vida viéndola así, tan mojada, tan inofensiva, pero a la misma vez tan fuerte, como si no temiese mostrarse así de natural. Le apartó el cabello con lentitud, haciendo que ella gimiera despacio, después cogió los dos cordones del bikini, sin dejar de mirarla a los ojos, a pocos centímetros de ella, sabiendo que si bajaba un poco su boca se encontraría con sus labios entreabiertos, con su pesada respiración, con esos ojos febriles que no despegaba de su mirada. Sin tocar su piel con los dedos, pero utilizando aquellos cordones, volvió a introducir esos tentadores pechos dentro de la tela, haciendo que ella se mordiera el labio inferior, impidiendo que saliese de su garganta un gemido todavía mayor, y Michael, al verla así, sólo anheló devorarla en ese mismo instante, dejando atrás todo lo que impedía llegar a ese extremo con ella. Pero él no era así y, con todo el sacrificio del mundo, frenando sus impulsos más primarios, ató las dos tiras alrededor de su espalda, dejándola confusa, temblorosa, excitada. No obstante, no pudo refrenar sus dedos, que acariciaron intencionadamente su espalda antes de separarse de ella, sin dejar de

mirarse, sin que ella moviese un dedo, todavía de rodillas, mirándolo, como si quisiera que hiciera realidad aquel maldito deseo que le quemaba la piel.

El sonido de unas voces aproximándose a la casa hizo que Adriana saliese del *jacuzzi* rápidamente, como si se diera cuenta en ese momento de lo que habría sucedido si él no hubiese controlado la situación. Michael se quedó allí, observando cómo se marchaba dejándolo tan empalmado que incluso temía que no habría manera de bajar esa excitación si ella no estaba en esa ecuación. Al poco vio a Paul hablando animadamente con Candace y Dexter. «¿Qué coño has visto en ese tipo, Adriana? Sólo mira a Candace, como si tú no existieras...», pensó deseando saber qué ocurría entre su amigo y esa mujer a la que no podía apartar de su mente.

* * *

Después de una ducha parecía que todo se veía mejor, o por lo menos eso era lo que él quería creer. Salió al salón dispuesto a salir a cenar con sus amigos. Aquel día había sido muy intenso y parecía que no quería llegar a su fin.

—Pues vámonos —terció Paul en cuanto lo vio llegar.

—¿No viene tu novia? —preguntó al darse cuenta de que Adriana no se encontraba allí.

—No, está muy cansada y prefiere quedarse a dormir. Llevamos demasiadas horas en pie — indicó con seriedad, apartando la mirada de él y centrándola en Candace, que reía dichosa al no tener que compartir la atención de éste.

Michael caminó con sus amigos hasta el restaurante del hotel sin dejar de mirarlo, de observar sus gestos, de advertir cómo miraba a Candace, de saber que ni siquiera había hecho el amago de quedarse con su novia en la casa, teniendo la oportunidad como tenían de estar a solas, prefiriendo marcharse con ellos y dejarla sola; todo aquello comenzaba a desquiciarlo demasiado y no sabía si el motivo era ese aroma a fresas que lo perseguía sin tregua o ver que esas dos personas no encajaban ni a la fuerza.

Cenaron entre conversaciones animadas, riendo por cualquier tontería sin ni siquiera nombrar de pasada a Adriana, aunque él lo hubiese intentado varias veces, sobre todo para averiguar qué le ocurría a su amigo, pero Paul eludía contestar o lo hacía a grandes rasgos, dejándole peor sabor de boca. Después de unas copas, dieron por finalizada la velada y caminaron en dirección a la casa. El intenso día había hecho mella en todos, estaban agotados y sólo deseaban llegar a sus respectivas habitaciones para descansar. A la mañana siguiente iban a hacer una pequeña excursión, pues a Candace se le había antojado ir a ver una ruta muy famosa por esa isla. Michael vio en aquella decisión una oportunidad de oro para averiguar la verdad. Sabía que detrás de esa idílica relación que intentaban mostrar se escondía algo mucho más grande, algo que haría que todo cuadrara y cobrara sentido. Porque seguía sin entender que había visto Adriana, esa mujer tan extraordinariamente caótica y camaleónica, en el serio y gris de Paul.

Capítulo 11

—Adriana, hemos quedado para desayunar y luego irnos de excursión... —le dijo Paul mientras abría las cortinas para dejar entrar la luz del sol en el dormitorio.

—¿De excursión? —susurró ella estirándose en la cama—. ¿No me dijiste que sólo querías tumbarte en la piscina?

—Sí... Pero Candace nos lo propuso anoche...

—Ya me lo has dicho todo —repuso mientras lo miraba. Se encontraba preparado, perfectamente vestido con un polo verde y unos pantalones cortos marrones, tan ilusionado que era curioso saber que era el mismo al que Madison catalogaba de aburrido, y que todo se debía a una persona que, por supuesto, no era ella.

Se alegró de haberse quedado la noche anterior en la casa. En cuanto se marcharon a cenar, se durmió, exhausta de todo lo acontecido en ese día que parecía no tener fin mientras recordaba aquella extraña escena vivida con Michael en el *jacuzzi*. Aún no entendía qué había pasado por su cabeza para ponerse de rodillas delante de él y dejarlo que le atara la parte superior del bikini, con tanta delicadeza, de una manera tan erótica que parecía que se había aliado con las burbujas que le hacían cosquillas por todo su cuerpo, pues su presencia y esa mirada tentadora la llevaron al borde de algo que jamás había experimentado. Supuso que el cansancio, los cócteles y el sol habían trastocado su mente lo suficiente como para acceder a algo así, y sobre todo excitarse como jamás le había ocurrido sin que él la tocara. Eso sí, cuando sintió su tacto rozando su espalda, a punto estuvo de llegar al orgasmo... Pero toda esa excitación se evaporó al oír a los amigos de éste acercarse a ellos, por eso corrió hasta el dormitorio, por eso no quiso salir a cenar con ellos, porque si lo volvía a tener delante no sabría cómo comportarse... Pero esa nueva mañana tenía un fin que cumplir, por lo que se levantó un poco abotargada de tanto dormir, se vistió con unos pantalones amarillos y una camiseta de tirantes blanca, se peinó en una coleta alta y salió al salón junto con Paul, que se encontraba ansioso por tener otra larga jornada con Candace y todo el grupo.

—Buenos días, *parejita* —saludó Michael socarrón.

Adriana esbozó un amago de sonrisa, obligándose a no mirar lo bien que le sentaba aquella maldita camiseta sin mangas de color azul claro sobre sus fuertes brazos, y siguió a Paul hasta el hotel para desayunar.

—Menudo camarero más guapo, ¿verdad, Candace? —le soltó Adriana, haciendo que todos sin excepción la mirasen como si hubiese dicho alguna atrocidad.

—Bueno... A mí no me gustan tan musculitos... —terció la rubia, escondiendo una sonrisita

tras su café con leche.

—Siempre apetece comerse un buen cruasán, mujer —replicó ella mientras ponía los brazos en jarras, imitando el famoso dulce.

Michael la miró y se echó a reír, por lo menos a alguien le había hecho gracia su imitación. Adriana se esforzó mucho en que creyeran que estaba más pendiente del camarero que de su propio novio, comió, escuchó e intentó coquetear con el chico mientras ignoraba a Paul. Al terminar de desayunar, se dirigieron al vestíbulo del hotel, de donde salía un coche hacia Hana, que se encontraba en el lado este de la isla.

Después de admirar desde el amplio y confortable transporte los angostos acantilados, los florecientes bosques tropicales, vislumbrar unas maravillosas cataratas que fluían hasta unos cristalinos estanques, recorrer las seiscientos veinte intensas curvas y cruzar los cincuenta y nueve puentes, alcanzaron aquella maravillosa localidad con ganas de detenerse en varios puntos de ese camino, que el conductor y guía les prometió ver más de cerca a la vuelta. A Adriana le dio igual tener que estar sentada al lado de la ventana, sintiendo cómo Paul hablaba animadamente con Candace, la cual se sentó al lado de éste mientras ella se esforzaba en aparentar que aquel viaje le resultaba indiferente y que, además, se encontraba tan mareada que prefería no hablar siquiera. También obvió las continuas miradas que le echaba desde el asiento de delante Michael. Simplemente disfrutó de esa excursión en silencio, de esos maravillosos paisajes y de poder, al fin, descubrir parte de la isla, aunque tuviera que simular que se encontraba molesta por todo.

—¿Queréis? —preguntó Dexter al poco de salir del coche mientras exploraban aquella encantadora localidad, deteniéndose en un puesto local de fruta.

—Me niego a comer algo que se encuentre en la calle —susurró Candace alejándose de allí.

Adriana observó las deliciosas frutas de un puesto de venta ambulante. Se le hizo la boca agua al ver las piñas, las papayas y las frutas exóticas expuestas, pero se irguió poniendo cara de asco.

—Es asqueroso —terció sin sentir esas palabras mientras se obligaba a caminar al lado de Paul.

Recorrieron aquella encantadora población, a la cual Adriana puso mil peros simplemente para que Candace la mirase mal y que Paul tuviera algo más que añadir a su próxima ruptura. Se bañaron en la playa, que era considerada la más bonita del Pacífico, para después almorzar —entre comentarios negativos de Adriana sobre todo lo que veía: la comida, el lugar, los camareros e incluso el tiempo, convirtiéndose casi en un incordio que incluso comenzaba a cansarla de tanto forzarlo— y luego volver a subir al coche y dirigirse a las piscinas de Oheo. Adriana se quedó embelesada al ver los estanques en nivel, la cascada cayendo entre la vegetación y aquel rincón que le pareció el edén, aunque no lo demostró, por supuesto... Fue una pena no poder meterse en esas aguas, pues el riego por desprendimiento de piedras estaba aún latente, algo que los hizo abandonar aquel sitio antes de lo previsto. A la vuelta se detuvieron para hacer senderismo por uno de los maravillosos bosques.

—Odio los bichos —fingió Adriana por milésima vez desde que habían bajado del coche—. Si

lo sé, no vengo, Paul...

Él le sonrió mientras seguía caminando al lado de Candace, la cual no se había quejado un segundo de nada; simplemente la miraba disconforme, algo que la ayudaba a seguir redoblando sus esfuerzos para ser la mujer más impertinente del mundo. Adriana sonrió mientras miraba el cielo azul, los árboles frondosos y el murmullo de una cascada próxima. Aquel rincón del mundo era el paraíso, tan bonito, tan distinto que era imposible no quedarse embobada observando cada detalle con atención.

—Tiene que estar por aquí —añadió Dexter, que lideraba el grupo y era el más adelantado de todos junto a Liam—. Sí, está aquí. ¡Venid a verla!

Los demás se aproximaron rápidamente y, al ver cómo caía una cascada doble a pocos pasos de ellos, sonrieron con satisfacción. Se encontraban ante la cascada gemela, un lugar precioso y casi mágico. Liam fue el primero que se quitó la camiseta para meterse en el estanque y mojarse en la catarata, los demás lo imitaron riendo al oír cómo se quejaba de la temperatura helada del agua, pero estaban deseando sentirla sobre su piel, estaban acalorados.

Adriana cerró los ojos notando cómo el agua caía sobre su cabeza. Observó a Paul, que reía divertido con Candace, la cual gritaba a causa del frío, y ella, simplemente, optó por dejarlos solos, deseando que Paul diese el paso definitivo para poder dejar de comportarse como alguien que no era. Se volvió y observó una piedra que se escondía por detrás de la cascada gemela, se aproximó allí y se sentó disfrutando de encontrarse dentro de una cortina doble de agua, de sentirse como si estuviera en un escondite donde relajar sus defensas.

—Toma —dijo de repente Michael mientras le tendía una papaya y se sentaba a su lado—. He visto cómo las mirabas esta mañana en el puesto.

—¡Gracias! —exclamó con emoción mientras la cogía y le daba un buen mordisco. ¡Había pensado que se quedaría con las ganas de saborearlas!—. Está buenísima —añadió deleitándose con su sabor e intentando no mirar demasiado a ese hombre.

«Joder, estás más bueno que esta papaya, guaperas», pensó al ver su piel brillante, su cabello mojado y esa sonrisa socarrona dirigida a ella, como si la hubiese pillado en alguna mentira y, en cierto modo, lo había hecho. Pero en esos momentos a Adriana no le importaba, todo era maravilloso y la fruta estaba deliciosa.

—¿Por qué te escondes aquí?

—Me apetecía estar un rato a solas —dijo ella sin dejar de comer, estaba disfrutando como una niña de aquella pieza de fruta—. Este lugar es único —susurró con emoción, observando el paisaje que tenía delante de sus narices.

—Creía que lo odiabas...

—Ehm... —titubeó al recordar que no había parado de quejarse de todo lo que había visto, algo que no había sentido en ningún momento. ¡Adoraba aquel lugar!—. ¿Adónde va Dexter? —soltó llamándole la atención la dirección que llevaba éste.

—No cambies de tema, Adriana, es muy difícil entenderte si no hablas claro.

—Ya... ¡Gracias por la fruta! —exclamó mientras se ponía de pie, cruzaba la cascada mojándose por completo, y se dirigía hasta Dexter, que, a su vez, se encaminaba hasta donde estaban Paul y Candace—. ¡Dexter! —lo llamó mientras movía con energía el brazo.

—Dime —respondió esperando a que ella llegase a su altura.

—Me tienes que explicar cómo has conseguido llegar a este sitio.

—¿Te gusta?

—Claro —indicó mientras lo cogía del brazo y lo conducía lejos de Paul y de Candace—. Esto es precioso, aunque esté lleno de bichos... Dime, Dexter, me dijo Paul que te dedicas al asesoramiento financiero —terció mientras se inventaba una conversación para mantenerlo ocupado y que dejara en paz a sus otros dos amigos.

—¡Sí! ¿Necesitas que te ayude en algún aspecto?

—Es posible —murmuró ella sin dejar de caminar.

* * *

Llegaron al hotel agotados pero contentos de haber pasado todo el día juntos. Adriana caminó al lado de Paul hasta llegar al dormitorio. Él se encontraba visiblemente relajado.

—Bueno, ¡cuéntame! —exclamó al ver que él no decía nada.

—Me ha dicho que no me convienes —indicó con dicha mientras cogía la ropa para cambiarse después de ducharse.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Que es posible que corte contigo porque no me haces feliz.

—¡¿Posible?! Joder, Paul... Hoy me he dado rabia a mí misma por el día que os hecho pasar con mis continuas protestas. Hazlo ya. Si quieres podemos cortar en público para que sea más dramática la escena, o les dices que lo has hecho tú. Pero esto no puede continuar así, creo que empiezan a sospechar... Sobre todo, Michael.

—¿Tú crees?

—Sí, Paul, tus amigos no son tontos... Además, no pretenderás desperdiciar todas las vacaciones haciéndole creer que sigo siendo tu novia, ¿no? Los días pasan rápido y no puedes perder el tiempo. Ella ya está viendo que soy mala para ti, ahora toca que te vea dolido, pero no en exceso...

—Vale... A ver cuándo encuentro el momento. ¿Vas a venir a cenar?

—No, así tendrás tiempo para hablar con ella.

—Pero no puedes quedarte aquí, Adriana.

—Sí que puedo, es más, debo hacerlo. Así tendrás más tiempo para estar con ella y ya tienes tema para hablar un buen rato de lo mala novia que soy.

—Pero entonces ¿qué le digo si me pregunta por ti?

—Pues le dices que he preferido quedarme en la casa y listo.

—¿Y si sospecha?

—Pues le dices que te he dejado yo, pero que no sabías cómo abordar el tema porque te sientes mal... Yo qué sé, Paul, invéntate algo para quedar bien, aunque a mí me dejes mal... Piensa que cuando acaben estas vacaciones no tendré que volver a veros nunca.

—Vale... A ver cómo transcurre la velada, y te cuento, ¿de acuerdo?

—Sí, tú disfruta y sé el Paul que he conocido aquí.

Él sonrió para después meterse en el aseo, ducharse y salir luego del dormitorio dejándola sola. Adriana esperó a no oír ruido procedente de fuera para encaminarse hacia el salón tarareando una canción pegadiza después de darse una relajante ducha. Abrió la nevera para comer algo, aquella excursión le había abierto el apetito. Sacó otro trozo de tarta, como siguiera así se la acabaría al final ella, y al cerrar el frigorífico, unos ojos grises con líneas color miel la miraron socarrones, haciendo que se sobresaltase.

Capítulo 12

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras se llevaba la mano al pecho, su corazón latía acelerado por no esperárselo tan cerca.

—No me apetecía ir a cenar al restaurante, ¿y tú? —susurró.

Con el cabello húmedo oliendo a esas malditas fresas que se habían convertido en su aroma preferido, un vestidito rosa que la hacía parecer casi una niña buena y sus pies descalzos, Adriana era la viva imagen de todo lo que él ansiaba.

—Estaba muy cansada para ir.

—Claro, fingir que no te ha gustado la excursión tiene que ser agotador —añadió socarrón mientras observaba cómo disponía el plato y cogía un trozo de tarta.

—No sé por qué dices eso. ¿Quieres? —preguntó mientras señalaba la tarta como si no le afectase su presencia, algo que a él sí le ocurría.

—Sí, córtame un trozo.

—Está buenísima, creo que me la podría comer entera.

—No me digas esas cosas, Adriana... —repuso Michael, sintiendo cómo su sexo se endurecía al oírlo, aunque parecía que ella no se había dado cuenta del doble significado de esa expresión.

—El agua siempre me ha dado hambre —añadió Adriana sin darle mayor importancia. «¿Por qué me mira de esa manera? ¿He dicho algo gracioso?», pensó al verle una sonrisita socarrona.

—¿Por qué querías que Paul y Candace estuvieran a solas? —soltó haciendo que ella cortase la tarta con lentitud, como si estuviera buscando la respuesta idónea.

—¿Y por qué iba a querer yo algo así? Paul es mi novio y lo único que deseo es que esté conmigo, que seamos felices y, de paso, que comamos perdices —añadió para redondear la idílica escena amorosa.

—Por eso te has quedado sola en la casa...

—Ya te he dicho que estaba cansada...

—Lo que veo es que mientes más que hablas.

—¿Yo? —soltó ofendida al tiempo que negaba con la cabeza con ímpetu—. ¡Qué va! —exclamó mientras se metía un trozo en la boca mientras observaba cómo él clavaba la cuchara en su trozo de tarta—. ¿Por qué te interesa lo que hagamos Paul y yo?

—Porque, aunque tú no te acuerdes, me confesaste que no lo querías, que no te excitaba y que a él le pasaba lo mismo.

—Estaba borracha, no sabía lo que decía.

—O tal vez fue la única vez que te sinceraste de verdad.

—¿Qué quieres, Michael?

—La verdad.

—¿Y qué va a solucionarte la verdad?

—Poder acercarme a ti sin remordimientos...

Adriana lo miró extrañada, como si no se esperara aquella afirmación. Él se acercó un poco a ella, lo justo para poder oler su aroma a fresas, sin dejar de mirarla, observando sus gestos, su titubeo, sus nervios, pero de repente todo ello se esfumó y en sus narices volvió a cambiar. Se irguió, se colocó un mechón de su cabello detrás de la oreja y puso ante ella un escudo para que no pudiera entrever lo que pensaba en realidad.

—¿Y quién te dice que yo quiero que te acerques a mí? —terció llevándose un buen trozo de tarta a la boca.

—Tu mirada...

—Mi mirada —bufó mostrándole una sonrisa fugaz—. Michael, Paul es mi novio, te guste o no, te lo creas o no. Nos queremos, ¡nos adoramos!, y nada ni nadie va a cambiar eso —añadió con soltura mientras se terminaba el último pedazo de tarta y dejaba el plato en el fregadero—. Me voy a dormir.

—Otra vez huyendo...

—Piensa lo que quieras.

La vio entrar en el dormitorio y maldijo por dentro. Pasar todo el día con ella, verla cómo decía esas cosas sin sentirlas, observar cómo disfrutaba en realidad de todo lo que había visto no había hecho más que acrecentar su interés por ella... Salió al jardín después de terminarse la tarta, se sentó en el balancín y simplemente se quedó pensando en lo que estaba haciendo con ella. Se había obsesionado con Adriana y no sabía si se debía a esa extraña relación que mantenía con Paul o a algo más... Sin percatarse de cómo transcurría el tiempo, observó a sus amigos volver del restaurante entre risas. Debía esclarecer aquello de una vez por todas, se había cansado de deducir algo a lo que era imposible ponerle nombre y notaba cómo sus fuerzas para apartarse de esa mujer comenzaban a flaquear.

—Creíamos que te encontraríamos ya en la cama —comentó Dexter con una sonrisa.

—Se está demasiado bien aquí fuera —indicó Michael con una sonrisa—. ¿Qué tal la cena?

—Deliciosa —susurró Candace, dirigiéndole una caidita de ojos a Paul digna de ser grabada.

—¿Puedo hablar contigo un momento a solas, Paul? —preguntó Michael antes de que éste entrara en la casa.

—Claro —respondió para después mirar a sus otros dos amigos, que se encontraban entrando en el interior—. ¡Nos vemos mañana!

Éstos les desearon una feliz noche mientras Paul se sentaba al lado de Michael en el balancín del jardín.

—Tú dirás —señaló al verlo mirar al horizonte.

—¿A qué estás jugando, Paul? —soltó sin dar más rodeos.

—¿A qué te refieres?

—Tratas a Candace como si fuera tu novia, y a tu verdadera novia la dejas apartada como si fuera alguien que no te importa... ¿Para qué la has traído entonces? ¿Crees que ella es un mueble decorativo? Joder, deberías estar pendiente de ella y no ignorándola como lo haces.

—Eso a ti no te atañe. Además, Adriana tampoco se está portando muy bien conmigo. Ya has visto cómo actúa...

—Sí, he visto cómo actúa cuando está Candace delante, pero también he visto cómo lo hace cuando nadie la ve. Además, ¡claro que me importa este tema! —soltó envarado, importándole muy poco que éste tuviese razón, porque él no era nadie para pedirle explicaciones. Sin embargo, no podía soportar ver esa indiferencia—. ¿No te das cuenta de que le estás haciendo daño? Parece que te moleste su presencia...

—No sabes de lo que estás hablando. Además, Adriana y yo tenemos una relación... moderna —titubeó al encontrar la palabra indicada para describir su inexistente relación.

—¿Moderna? Mira, Paul, soy un tipo que ha vivido muchas clases de relaciones, en mi propia piel y también como un simple espectador, por tanto, sé lo que es una relación abierta, sé lo que es un «aquí te pillo, aquí te mato», sé incluso lo que es una amistad con extras y un lío de una noche; pero te juro que no entiendo lo que os traéis entre manos, y ya no sé qué pensar. Esto no parece una relación como queréis aparentar, sino un engaño, una tapadera... —terció con rotundidad, sin dejar de mirar el gesto serio de su amigo—. ¿Quién te gusta de verdad: Adriana o Candace?

—Michael, yo... —susurró mientras se ponía de pie y daba pequeñas vueltas en círculos delante de él, como si estuviera barajando la posibilidad de contarle algo—. Eso a ti no tiene que importarte, sino tan sólo a ella y a mí. ¿O es que te interesa Adriana?

—Por supuesto que no me interesa —respondió, pues aún no había podido ponerle nombre a lo que le ocurría con ella—. Es tu novia, o por lo menos de cara a la galería lo es. Pero lo importante aquí es que tú no la quieres, y no puedes negarme algo que es tan evidente como que ahora mismo es de noche.

—¿Crees que los demás también lo ven? —susurró con temor.

—No lo sé, pero ahora me doy cuenta de que temes más lo que ellos piensen que lo que esté deduciendo tu novia al ver cómo la tratas delante de todos nosotros.

—Piensa lo que quieras, Michael, somos pareja, aunque no te lo creas —farfulló intentando controlar la situación.

—Por supuesto que no me lo creo. Dime la verdad, Paul, porque si no me la dices estos días que estaremos en la isla seré como tu sombra y no te dejaré estar a solas con la mujer que de verdad quieres, que por supuesto no es la que duerme en tu cama.

Él lo miró atemorizado, después bajó la mirada al suelo como si estuviese debatiéndose entre contar la verdad o no.

—Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, y mucho menos a Candace.

—Claro, te doy mi palabra —aseguró Michael mientras observaba cómo se acercaba a él.

—No quiero a Adriana... —susurró Paul, haciendo que él asintiera con la cabeza; eso ya lo sabía—. Comencé a salir con ella pensando que lo que necesitaba era una mujer así, fuerte e independiente, alguien que me dejara mi espacio pero con la que, a la vez, pudiera contar cuando realmente la necesitara. No obstante, a medida que los meses fueron pasando me di cuenta de que esa relación no me llenaba lo suficiente. Entonces Candace comenzó a prestarme atención. Jamás lo había hecho con tanta dedicación y, desde hace unos meses me llama todos los días, quedamos para hablar de mi relación con Adriana, me escucha, me consuela, como si quisiera ayudarme a que me sintiera mejor, y me anima a que siga a mi corazón... Poco a poco me percaté de que a quien realmente quería era a Candace, pero si dejaba a Adriana, aquélla tal vez me daría otra vez de lado. Por eso la traje aquí engañada, haciéndole creer que eran unas vacaciones en pareja... Pero la subestimé. Es demasiado lista como para no darse cuenta de mis verdaderas intenciones, por eso me pidió explicaciones, le conté la verdad, rompí con ella y le pedí un favor tan grande que al aceptarlo me demostró la gran persona que es... —contó casi de carrerilla—. No se ha ido de Hawái porque ha aceptado ayudarme a demostrarle a Candace lo buen novio que puedo ser...

Michael asintió mientras se ponía de pie y le tocaba el hombro, satisfecho por saber la verdad, aunque ésta fuera tal desvarío.

—Paul, tienes que sincerarte con Candace. No puedes seguir haciéndonos creer que tienes una relación con Adriana cuando se nota, a la legua, que no te interesa.

—Pero es que no quiero perderla como amiga, por eso quiero ir despacio y que aún crea que sigo con Adriana... No quiero asustarla, quiero que vea que puedo estar con ella, que lo nuestro puede funcionar de verdad... —indicó con angustia.

Michael asintió, en ese aspecto lo comprendía. Valoraba más su amistad con Candace que su hipotética relación, aunque no aceptara aquella artimaña para seducir a la amiga de ambos.

—Entonces... ¿los gemidos que se oyeron ayer en vuestra habitación...? —preguntó intentando esclarecer aquella parte que chirriaba de toda esa historia.

—Fue idea de Adriana para que Candace me mirara con deseo —comentó mientras se encogía de hombros—. Fueron fingidos. Llevamos varios meses sin vernos desnudos... —confesó sin remordimientos—. Por favor, no le digas a nadie nada.

—De acuerdo, no te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Eso sí, Paul, prométeme que no le dirás a Adriana que lo sé —indicó con una astuta sonrisa.

—Sí, claro, además es lo mejor. Si supiera que uno de vosotros lo sabe, creo que cogería las maletas y se volvería a Miami.

—Me imagino... Parece una mujer de armas tomar —comentó con una leve sonrisa—. Aun así, ya sabes que te recomiendo que seas sincero. Candace te aprecia, sois amigos desde hace muchísimos años. Creo que entenderá que hayas dejado a Adriana y que estés enamorado de ella.

—Sí, lo sé. Sólo prefiero esperar unos días más antes de decírselo, quiero enamorarla y sé que con Adriana a mi lado lo lograré...

—Piensa bien lo que estás haciendo. A veces dar el paso correcto ayuda más que una farsa

confeccionada.

—Gracias, Michael.

Él lo miró, le dio una cordial palmada en la espalda y entró en la casa pensando que ese muro que antes había entre Adriana y él ya no existía...

Capítulo 13

Aquellas vacaciones eran la rutina en toda la extensión de la palabra. Se levantaron, desayunaron en el hotel, donde Adriana siguió haciéndoles creer que estaba más pendiente del camarero que de su propio novio, luego volvieron a la casa para cambiarse de ropa para después dirigirse a la piscina, pues Candace parecía haber tenido suficientes excursiones como para repetir.

—¿Has pensado cómo lo vas a hacer? —preguntó Adriana mientras se encontraba sentada en la cama y observaba a Paul cepillarse los dientes ante el espejo.

—No... Y estoy muerto de miedo. ¿Y si me dice que no?

—Pero ¿y si te dice que sí? No puedes echarte para atrás por temor a que ella te rechace.

—Pero es mi amiga.

—Pues díselo, que no quieres perderla como amiga.

—¿Vas a venirte a la piscina?

—No, es mejor que me quede aquí. He oído esta mañana que Dexter se va a hacer submarinismo con Liam y Michael, tienes la oportunidad perfecta para hablar con ella a solas.

—¡Estoy temblando! —exclamó mirándola con temor.

—Sé tú mismo, Paul, seguro que ella te aceptará. Se nota que estáis muy conectados.

—No sé qué habría hecho sin ti, Adriana.

—Pues seguramente hablar antes con Candace —indicó con una sonrisa—. Anda, corre, no la hagas esperar.

Paul sonrió y salió de la habitación dispuesto a declararse a la rubia, o por lo menos eso era lo que esperaba Adriana, porque se estaba cansando de interpretar el papel de novia incordio, y, sí, sabía que había transcurrido poco desde que aceptó aquella locura, pero la sensación que tenía era de que habían pasado semanas... Era como si estuviera en la casa de «Gran Hermano», todo se magnificaba, las vivencias, los sentimientos, e incluso parecía que las horas se transformaban en días... Salió al rato y se dirigió con un vestido amarillo y el bikini debajo a la playa que se encontraba pegada a la casa. Se quitó el vestido y lo dejó sobre la arena para comenzar a caminar en dirección al agua, dándole vueltas a algo que no debería pensar, en esas palabras pronunciadas por Michael que le martilleaban las sienes desde que éste las dijo: «Poder acercarme a ti sin remordimientos...». ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué pretendía? Aquello era una locura, y lo peor era que no sabía qué le ocurría a su cuerpo cuando ese hombre la miraba de esa manera tan tentadora, pero a la vez tan sincera, como si no hubiese artificios en él, como si fuese cristalino, como si su alma se desnudara ante ella. Nadó anhelando desprenderse de aquella sensación, de sentir cómo su cuerpo se preparaba para algo que no dejaría que sucediera, porque Michael no era

el prototipo de hombre que Adriana buscaba. Michael era peligroso para ella... Cuando se cansó de nadar, deshizo el camino mientras se secaba al aire, notando cómo el sol calentaba su piel, cómo la sal se encontraba pegada a ésta y la brisa la envolvía haciéndola revivir otra época mucho más alejada donde ese escudo ni siquiera existía, donde ella vivía feliz, alejada de todos los problemas, de todas las complicaciones... Alzó la cabeza al oír el sonido de las aves revoloteando por la costa mientras la envolvían una calma y una paz que llevaba demasiado tiempo sin sentir. Entró en la casa y se dirigió a la cocina, tenía sed.

—¡Joder! —exclamó asustada al ver a Michael sentado en la encimera, como si la estuviera esperando—. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

—¿Y eso por qué? —soltó obligándose a abrir la nevera y sacar la botella del agua.

—Porque soy así de majo... —repuso sin dejar de mirar cómo se echaba agua en un vaso y se la bebía.

—¿Por qué no te has ido a hacer submarinismo con tus amigos?

—No me apetecía. He pensado que podíamos ir juntos a Lahaina.

—¿Juntos? —Titubeó un instante mirándolo con desconfianza.

—Sí. Tú y yo. No tendrás miedo de estar a solas conmigo, ¿verdad? —añadió presuntuoso, haciendo que ella se irguiera con orgullo.

—¿Por qué debería?

—Pues eso digo yo —indicó con una sonrisa mientras daba un brinco y bajaba de la encimera—. ¿Te has bañado en la playa? —susurró mientras se acercaba a ella con lentitud, repasando su piel desnuda y brillante.

—Sí... ¿Puedes meterla? —dijo entonces sin pensar.

—¿Qué quieres que te meta? —murmuró de una manera pecaminosa, como si en realidad quisiera decirle otra cosa distinta.

—El agua en la nevera —susurró Adriana sin poder despegar la mirada de esos ojos ávidos de placer.

Él sonrió canalla, entonces ella se dio cuenta del doble sentido de sus palabras y sintió cómo sus mejillas se teñían de rojo. «¿Por qué con este hombre todo suena a sexo?», pensó sin poder dejar de mirarlo.

Sin apartar la vista de ella, Michael cogió la botella de agua, rozando intencionadamente su brazo con su espalda, quemándole la piel, erizándola a su paso, haciendo que cada terminación nerviosa de su cuerpo fuese arrastrada a la locura, anhelando más, sintiendo su fragancia, que la envolvía en un halo seductor, como si ella fuera una inofensiva mosquita atrapada en una telaraña, para después meter la botella en la nevera con una lentitud digna de mencionar. «¿Esto a qué ha venido?», pensó Adriana sin entender qué había pasado en esos segundos que le habían parecido eternos.

—Cámbiate de ropa y ponte un calzado cómodo, que nos vamos —añadió él con decisión.

Adriana lo miró a los ojos, que se encontraban pendientes de ella, de sus movimientos y de sus gestos. Jamás se había sentido tan observada y tan protegida como en ese momento, y aunque preferiría no ir con él a ningún lugar, también sabía que no podía negarse, pues si lo hacía tendría motivos para pensar que, sí, en efecto, estaba muerta de miedo por estar a solas con él, porque no quería que le sucediera lo mismo que la tarde anterior y también la otra, perder ese control, esa fuerza y sentirse vulnerable en su presencia, como si fuese una chiquilla, como si Michael tuviese tanto poder como para hacerla olvidar que a ella no le gustaban los hombres como él.

—Pero voy porque me apetece ir a ver ese pueblo —añadió intentando sonar indiferente.

—Por supuesto, no pensaba que lo hicieras por otro motivo —terció con guasa.

Adriana lo miró de mala manera para después dirigirse hasta su dormitorio. Se dio una ducha rápida para desprenderse de la sal, se vistió optando por unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes fucsia y luego se calzó unas deportivas. Al salir se lo encontró de pie en el salón, repasó con la mirada su atuendo y sonrió para después darse la vuelta y salir de la casa, como si le hubiese dado el visto bueno. «¡Serás creído!», pensó siguiéndolo.

—Esta mañana he alquilado un coche —la informó dirigiéndose a éste, un todoterreno verde militar que se encontraba estacionado en el parking del hotel.

—¿Siempre vas con tu cámara a todos los sitios? —señaló ella mientras se subía al vehículo y observaba cómo él la dejaba con cuidado entre los dos asientos. El día anterior también se fijó en que la llevaba colgada del cuello, incluso se percató de que hacía muchísimas fotos, tanto del entorno como de ellos.

—Sí, nunca sé cuándo me voy a encontrar una imagen que me inspire —contestó mientras se ponía las gafas de sol y arrancaba el motor, mostrándole una sonrisa condescendiente que la acaloró de golpe.

«Adriana, contrólate. No quieres nada con él porque él es todo lo que no quieres en tu vida», pensó intentando centrarse.

—¿Qué hay en ese pueblo al que vamos?

—Ese pueblo es Lahaina —repuso mostrándole una sonrisa divertida—. Me han contado que fue durante mucho tiempo uno de los puertos más importantes del archipiélago, siendo en su momento capital de Hawái. Visitaremos el puerto, que al parecer es precioso, un templo budista, donde encontraremos la estatua más grande de Buda fuera de Asia, y recorreremos sus calles en busca de rincones que fotografiar.

—Suena genial —indicó ella, sintiendo que las ganas de descubrir aquel pueblo hacían que los nervios por estar en ese coche con ese hombre se evaporasen.

—Y seguro que es todavía mejor —añadió él con una sonrisa, animándola aún más si cabe.

Después de veinte minutos de trayecto hablando de todo lo que verían en aquel sitio, salieron del coche y recorrieron la pintoresca localidad hawaiana. Michael se detenía cada poco para fotografiar rincones especiales que iban descubriendo, sin dejar un segundo de caminar y de hablar sobre ese lugar tan pintoresco y con tanta historia.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él después de recorrer todo el pueblo.

—¡Sí! —exclamó Adriana con entusiasmo.

—He visto un restaurante que tiene una pinta estupenda, espero que no te dé miedo comer la comida típica local.

—Al contrario. Me encanta descubrir nuevos sabores, y mucho más hacerlo viajando —anunció, lo que hizo que él sonriera complacido mientras entraban en el restaurante.

—Entonces, ayer estuviste fingiendo —soltó él después de pedir la comanda.

—¿Cómo? —susurró al percatarse de que había metido la pata.

—No te hagas la tonta, Adriana. Se nota que te gusta viajar, que eres toda una aventurera, aunque intentes hacernos creer que eres una urbanita que odia salir de la ciudad —añadió escudriñándola con atención—. Te has cansado de estar con Paul, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Pues, para empezar, no paras de intentar ligarte a los camareros que nos sirven...

—Ah, sí, bueno... —titubeó. ¡No se acordaba de aquello!—. En fin, ya sabes que a nadie le amarga un dulce, y Paul y yo tenemos una relación...

—Moderna, ¿no? —terminó por ella.

—¡Sí!, exacto, moderna —comentó con alegría al utilizar esa expresión para definir su relación ficticia mientras observaba cómo el camarero les dejaba en la mesa la bebida—. Una duda que tengo, Michael, ¿por qué fuiste a mi oficina el viernes por la tarde? —preguntó. Llevaba queriendo descifrar aquella incógnita desde que lo había visto en la fiesta del aniversario de sus padres.

—Fui a ver a un amigo que trabaja allí —contestó mientras le mostraba una sonrisa socarrona; parecía que a ese hombre todo le divertía—. ¿Y tú por qué me mentiste en mi cara cuando me dijiste que eras abogada?

—Fue lo primero que se me ocurrió —terció con una sonrisa—. Tenía prisa, había quedado con Paul y llegaba tarde, y tú parecías no entenderlo...

—¿Te gusta mentir, Adriana?

—No, para nada, soy una mujer muy sincera, ¿sabes?

—Ya veo... —repuso disimulando una sonrisa.

—No sé qué te hace gracia, te digo la verdad —añadió ella displicente.

—Sí, sí..., *abogada*.

—Eso fue una cosa puntual —terció con orgullo mientras apartaba los brazos para que el camarero pusiera sobre la mesa los primeros platos que habían pedido, una ración para compartir de *pupu*, un aperitivo local y, después, para cada uno, un delicioso *pā mea 'ai*, consistente en un trozo de cerdo con dos bolas de arroz y una ensalada de macarrones.

—Entonces, dime la verdad —soltó de pronto Michael, clavándole una enigmática mirada en ella mientras alzaba su copa de deliciosa cerveza hawaiana—. ¿Por qué saliste corriendo del *jacuzzi* cuando oíste que venían a la casa?

Adriana tragó saliva. Lo cierto es que era una buena pregunta, pero ¿qué podía decirle? ¿La verdad? Eso nunca. No podía darle más motivos al guaperas para creérselo, si no, explotaría con el ego inflado... Por eso se acomodó en la silla, lo miró con aparente frialdad escondiendo en ese gesto lo que realmente pensaba, hundió el tenedor en la comida y se la llevó a la boca, otorgándose así unos segundos para responder mientras saboreaba los distintos matices de aquel sabroso plato.

—¿Has probado esto? ¡Está de muerte! —soltó mientras se metía otro trozo en la boca, intentando no contestar a aquella cuestión.

—Eres una experta en quiebros, Adriana —terció él sin dejar de observar cómo gesticulaba de placer al comer—. Pero yo soy demasiado curioso para contentarme con el silencio.

—Salí del *jacuzzi* porque tenía ganas de ir al baño —añadió sin mirarlo a la cara, enfocando la vista en el plato de comida.

—Claro —bufó sabiendo que mentía—. ¿Y por qué ayer quisiste dejar a solas a Paul y a Candace? Vi cómo alejabas a Dexter de ellos...

—¿Sí? No sé... No me di cuenta. Quería hablar con él sobre un tema de finanzas... —añadió fingiendo inocencia que, por supuesto, no tenía. ¡Era culpable de todo eso y de más!

—Menos mal que no te crece la nariz como a Pinocho —replicó él sin dejar de mirarla.

Adriana lo miró asombrada, volvió a hundir el tenedor en aquel manjar exótico y se lo llevó a la boca, recordándose que sólo quedaban pocos días para marcharse de esa isla y que ya no tendría que volver a ver nunca más a esas personas, sobre todo a Michael, su mirada y ese atractivo que la hacía dudar a cada instante de saltarse sus propias normas... Cambió de tema, algo que necesitaba con urgencia, y comenzaron a hablar de la cultura hawaiana, de sus costumbres, y entre risas y con una conversación distendida, terminaron de comer.

—Sube, que nos espera otra parada más antes de ir al hotel —avisó Michael cuando salían del restaurante.

—¿Adónde vamos?

—A Iao Valley, para ver Iao Needle; son unas imponentes rocas cubiertas de musgo y vegetación que son paso obligado en la isla. Además, cuentan con unas increíbles vistas al arroyo y una senda por el bosque que podemos utilizar.

—¿Has estado antes en Hawái? —quiso saber ella, porque parecía que sabía adónde ir en cada momento.

—No, pero me gusta enterarme de los lugares de interés cuando viajo —contestó guiñándole un ojo y poniendo el motor en marcha.

Adriana lo miró esbozando una sonrisa mientras se acomodaba en el asiento del pasajero y admiraba aquel plácido lugar al que podría llegar a acostumbrarse, sin estrés, sin preocupaciones, sólo comiendo fruta, manjares exóticos, conversando de manera natural con un hombre interesante, paseando y disfrutando del sol. Si no era por aquel peliagudo tema de aparentar ser un ser

mezquino mientras trataba de poner tierra de por medio con ese hombre con la sonrisa más bonita del mundo, podía decir que esas vacaciones estaban siendo de ensueño.

Mientras comían un *shaved ice*, un helado típico hawaiano, recorrieron aquella senda, observaron la majestuosa montaña cubierta de verde, acariciaron el agua cristalina del riachuelo y Michael no cesó de fotografiar cada rincón, incluso llevándose alguna que otra instantánea de ella...

—¿Estás cansada? —preguntó caminando a su lado hacia la casa después de haber estacionado el coche en el parking del hotel al dar por terminado aquel maravilloso día juntos, en el que Adriana había descubierto que ese hombre no sólo era una cara bonita y un cuerpo de infarto, sino un aventurero, un conversador magnífico y un perfecto compañero de viaje.

—Sí, pero ha merecido la pena. Ha sido un día perfecto —contestó observando cómo la luna se cernía sobre ellos.

—Sí...

—Paul —llamó Adriana en cuanto entró en la casa, pero ésta estaba a oscuras—. Parece que no hay nadie...

—Estarán cenando en el restaurante.

—Ve tú si quieres con ellos. Yo me voy a quedar aquí, me apetece meterme un rato en el *jacuzzi* y relajar los músculos para después cenar algo rápido.

—¿Puedo meterme contigo? —preguntó canalla.

—Ehm... No creo que sea buena idea —dijo observando cómo se acercaba a ella de esa manera felina que tenía, como si fuera el depredador más temido de la Tierra y ella una simple gacela. «No me mires así, no me mires así», pensaba sin poder apartar sus ojos de él.

—¿Por qué? —preguntó él mientras apartaba un mechón rebelde que se le había soltado de la coleta y se lo colocaba detrás de la oreja. Su roce, su aproximación, su aliento haciéndole cosquillas... «Jo... der», pensó mientras tragaba saliva con dificultad.

—Porque quiero estar sola... —terció obligándose a aferrarse a la realidad, a una en la que no tenían cabida hombres tan seductores que la hacían titubear.

—Puedes estar sola, conmigo... —añadió Michael dando un paso más y acercándose peligrosamente a sus labios.

Su mirada, su cuerpo tan próximo, su voz susurrada, su suave contacto al deslizar los dedos por su mejilla haciendo que ésta cerrase los ojos al sentirlo... Su aliento y haber compartido un día tan maravilloso con él hicieron que no pudiera detener aquello que veía inminente. Observó cómo Michael daba otro paso y sintió sus dedos alzándole la barbilla para poder tener mejor acceso a sus labios entreabiertos. Quería dejar de mirarlo, tener fuerzas suficientes para parar aquello, pero a la misma vez lo deseaba con cada poro de su cuerpo, ansiaba sentirlo, cometer una locura de las grandes y besarlo, ¡oh, sí!, besarlo... Un poco más cerca, haciéndose de rogar aquel beso que estaba escrito en las estrellas. Un poco más cerca, sintiendo el cuerpo de él pegado al suyo, su respiración pesada, su olor a sal, a gel, a esa maldita fragancia entremezclada con un perfume

caro, a Michael impregnando su olfato, sus cinco sentidos. Un poco más cerca, podía incluso rozar sus labios con los de él, deslizar despacio su lengua y tocarlo, hacer realidad ese deseo pesado, esa necesidad que reclamaba su cuerpo, ese anhelo por sentirlo...

—Tengo novio —susurró en un estúpido intento de parar algo que ella deseaba hacer, pero, a la vez, sabiendo que, si no lo decía, si no intentaba detener aquello, se arrepentiría. Su afirmación hizo que él frunciera ligeramente el ceño, sin apartarse un milímetro de ella, aguantando esa proximidad tan tentadora como desquiciante, tan provocadora, tan seductora que podría morirse del gusto sólo de imaginar cómo sería besarlo.

—Sé que habéis roto.

Capítulo 14

—¿Cómo?

Adriana lo miró mientras lo apartaba con la mano, deshaciendo aquel momento erótico previo al beso. Michael la observó contrariado al sentir cómo ella se alejaba, despojándolo de su proximidad, de su calor, de su maldito aroma a fresas que lo había aturdido durante todo aquel impresionante día a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó intentando volver a acercarse a ella, retomar aquello donde se habían quedado. Se encontraba tan cerca de probar sus labios que no entendía qué había sucedido para sentir, de nuevo, aquel muro interponiéndose entre ellos.

—¿Sabes que Paul y yo ya no estamos juntos? —quiso saber ella.

—Sí, me lo dijo ayer, después de haberlo amenazado con convertirme en su sombra en estos días que nos quedan en la isla.

—¿Alguno más del grupo lo sabe? —preguntó ella nerviosa, casi frenética, como si eso fuera suficiente para frenar aquello que había surgido entre ambos.

—Que yo sepa, no. Pero le hice prometer a Paul que debía arreglar su situación enseguida —dijo mientras volvía a acercarse a ella—. Adriana...

—¡Déjame! —soltó dando un paso para atrás para después girarse y encaminarse casi a la carrera a su dormitorio.

—Por favor, hablemos. Ya puedes dejar de mentirme... —dijo mientras la seguía, pero ella simplemente cerró la puerta de su cuarto de un fuerte portazo—. Adriana, abre, hablemos.

—No tenemos nada de que hablar, Michael —dijo ella desde dentro—. ¡Déjame tranquila!

Él se despeinó con ambas manos, esa mujer era desquiciante. Parecía que también quería besarla, que estaba ansiosa por alcanzar su boca, pero ahora simplemente lo echaba de su lado, cuando había podido rozar sus tentadores labios. «¡Mierda!», pensó intentando encontrar una solución para volver a acercarse a ella. Las voces de sus amigos entrando en el salón hicieron que se asomara y dejara esa conversación para más adelante.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Liam de buen humor.

—Me he ido a descubrir la isla.

—¿Sabes si está Adriana en la casa? —quiso saber Paul.

—Está en vuestra habitación.

—Voy a hablar con ella —dijo Paul a Candace, que escondió una sonrisita satisfecha, haciendo que Michael sospechara lo que había pasado sin ellos en el hotel.

—¿Habéis estado juntos? —preguntó Liam al verle el gesto preocupado y ansioso.

—Sí, hemos pasado el día juntos.

—Menuda pájara está hecha esa mujer —terció Candace mientras se sentaba en el sofá con una prepotencia que incluso molestó a Michael—. Paul me ha contado cosas de ella que es para hacerle las maletas y llevarla al aeropuerto. Menos mal que se ha dado cuenta de que no puede continuar a su lado.

—¿Va a romper con ella aquí? —preguntó Dexter perplejo por la tensa situación que les tocaría compartir.

—Sí, por supuesto. ¿No has visto cómo se comporta con Paul? Hoy hemos hablado mucho, me ha contado cosas de esa mujer que os sorprenderían. Si es que os engañan como quieren —terció Candace mientras negaba con la cabeza—. Paul lo está pasando fatal, me ha confesado que la trajo aquí como último recurso para salvar su relación, pero que se había dado cuenta de que ella no estaba tan interesada en salvarla como él —añadió con una sonrisa, satisfecha de aquel desenlace—. La verdad es que no sé por qué ha aguantado tanto. Si es que es demasiado bueno...

—Sí, un santo... —farfulló Michael, conocedor de la verdadera historia y no de aquel sucedáneo que le había contado a ella.

—Pues menudo palo para Adriana, ¿no? Aún nos quedan unos días de vacaciones —comentó Liam.

—Supongo que volverá a Miami. No creo que se quede con nosotros. Aquí ya no la ata nadie, ¿o sí? —soltó Candace mirando a Michael con malicia.

—Que yo sepa, no —replicó él saliendo al jardín, huyendo de las miradas curiosas de sus amigos y de saber que Paul se encontraba en el interior de la habitación, junto a Adriana, pudiendo hablar con ella, pudiendo ver cómo sonreía, pudiendo olerla...

«¡Joder!», pensó mientras se despeinaba sintiendo frustración por no poder ser él quien hiciera todo eso.

* * *

Aquella noche no había podido pegar ojo y, además, se había despertado demasiado temprano, y todo por esa mujer de la que no sabía nada desde que se había metido en su dormitorio huyendo de él. Estuvo esperando pacientemente a que su amigo saliese de hablar con Adriana, pero eso no sucedió, lo que lo puso en alerta. ¿Qué haría a partir de ese momento? ¿Se marcharía? ¿Se quedaría? Salió al salón sintiéndose cansado y ansioso por verla, y se encontró con Candace y Paul, que hablaban entre susurros mientras se sonreían como bobos.

—Hoy te has levantado temprano —dijo ella con una amplia sonrisa. Se notaba que estaba de un humor excelente, algo que él no podía decir.

—Y vosotros... ¿Paul, podemos hablar?

—Sí, claro —respondió éste mientras se levantaba del sofá y le guiñaba el ojo a Candace—. Tú dirás —añadió cuando salieron al jardín.

—¿Cómo está Adriana?

—Bien, bien. Antes de que amaneciera ha cogido un taxi y se ha marchado al aeropuerto.

—¿Se ha ido?

—Sí, al final no ha querido quedarse, aunque intenté convencerla para que lo hiciera. La verdad es que esa mujer es un trozo de cielo.

—¿No te ha dicho por qué no ha querido quedarse?

—No, sólo me dijo que aquí ya no pintaba nada y que prefería volver a Miami. ¿Pasó algo entre vosotros dos? Me ha dicho Candace que pasasteis el día juntos...

—Sí, estuvimos haciendo turismo, pero no ocurrió nada...

«Algo que llevo clavado en el alma, porque yo quería besarla y ella, creo, también a mí», pensó Michael.

—Mejor. Bueno, hoy intentad dejarnos a solas a Candace y a mí, quiero declararle que estoy loco por ella.

—Claro. Me llevaré a los chicos fuera del hotel.

—¡Genial! Gracias, Michael —le dijo mientras volvía al interior de la casa.

Michael miró al cielo y maldijo por dentro. Adriana se había ido sin darle la oportunidad de hablar con ella, de saber cómo se encontraba de verdad y de decirle que no podía apartarla de su mente, aunque lo había intentado de mil maneras diferentes.

* * *

Hawái sin ella perdió encanto y, aunque siguió haciendo fotos y descubriendo la isla, le faltaba esa mujer que olía a fresas y que era capaz de interpretar un papel alejado de su persona. ¿Cómo sería la verdadera Adriana? Esa pregunta le martilleaba en las sienes sin que pudiera dar una respuesta convincente, pues no sabía si era la estirada de la fiesta del aniversario de sus padres, la divertida sinvergüenza que conoció aquel sábado que tuvo que llevársela a casa, la versión páfida de los últimos días o la mujer inteligente, aventurera y deliciosa que descubrió en la excursión que hicieron a solas... El viaje de regreso a Miami fue distinto. Candace y Paul se habían convertido en la pareja del año, no paraban de estar juntos y de sonreír a la mínima para asegurarse que los demás supiesen lo felices que estaban. Dexter, Liam y él estaban agotados de hacer excursiones y cualquier actividad que les permitiese salir de la casa y de la zona donde se encontraba la pareja para poder dejarles solos, porque, al fin y al cabo, para eso estaban los amigos...

* * *

—Mamá, ya he vuelto —avisó al entrar en casa de sus padres. Llevaba en la ciudad poco más de una hora, lo justo para llegar a su casa, dejar la maleta y coger su coche para hacerles una

visita.

—¡Pendejo! —soltó Lucre, su madre, saliendo de la cocina mientras abría los brazos para envolver a su hijo pequeño—. ¿Cómo te lo has pasado?

—Bien, pero ya sabes...

—A los días te cansaste de estar allí —añadió terminando la frase por él.

—Sí... —susurró sin querer confesarle que aquella sensación llegó justo cuando Adriana se marchó de la isla—. ¿Y papá?

—Se ha ido a pescar —indicó mientras lo acompañaba a la cocina y lo hacía sentar en uno de los taburetes altos que rodeaban la maravillosa isla—. Ayer estuvieron aquí Maca y Bastian, nos contaron que el último número de la revista está batiendo récords de ventas y seguramente tengan que aumentar la plantilla.

—Ya sabía yo que, con Maca, mi querido hermano llegaría muy lejos —comentó sintiéndose orgulloso tanto de su hermano como de su querida cuñada.

—Y tú, ¿cuándo me vas a presentar a alguna novia?

—Uf... ¿Otra vez, mamá? Ya lo hemos hablado muchas veces...

—Sí, sí, Mike, pero lo que no puedes pretender es quedarte soltero para toda la vida.

—Ya sabes que ésa no es mi intención... —terció mientras ella le ponía delante una cerveza.

—¿Has conocido a alguien en Hawái? —preguntó mirándolo de reojo. Su madre tenía el superpoder de saber si escondía algo o no simplemente con tenerlo delante.

—Más o menos.

—¿Y?

—Nada.

—Bah, Mike... —añadió Lucre dando una palmada en el aire con frustración.

—Mamá, tranquila, cuando llegue serás la primera que lo sabrá.

—La primera que sea mi futura nuera, yo me conformo con ser la segunda —indicó haciéndolo reír—. Y ahora que has vuelto de Hawái, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé...

—Podrías ponerte a trabajar con tu padre.

—¿En la inmobiliaria? —soltó poniendo mala cara, algo que le hizo reír a su madre—. No me veo vendiendo casas por Miami...

—O en la revista de tu hermano.

—Ya tiene a Maca como fotógrafa.

—Pero ya te he dicho que necesitan ampliar la plantilla.

—No, no me apetece volver a trabajar con Bastian... Lo quiero mucho, pero es un plasta de jefe.

—¿Y entonces? —preguntó mirándolo con cariño.

—No sé... A lo mejor me marchó otra vez.

—¡Madre mía, Mike! —soltó exasperada por la actitud de su hijo—. Deja de huir de no sé qué

y céntrate en echar raíces en algún lugar. Me da igual dónde, pero párate y piensa qué es lo que quieres hacer con tu vida. Ya eres un adulto, cariño, no puedes seguir como antes, dando bandazos de un lado a otro porque nada te llena lo suficiente como para asentarte...

Michael la miró. Tenía a la mejor madre del mundo. Una mujer fuerte, hecha a sí misma, una romántica empedernida y una moderna de pies a cabeza, y no sólo por su imagen externa, donde las mechas rosas, el peinado actual y la ropa alejada de los estereotipos la hacían más joven de lo que era, sino por su manera de pensar, de animarlos a que persiguieran sus sueños, a que fueran fieles a sí mismos, a que disfrutaran con su trabajo donde fuera, a conversar con ellos siempre con la verdad por delante, sin disfrazarla... Por eso sabía que tenía razón con esa petición. Ya tocaba sentar la cabeza, dejar de ir de un lado para otro, centrarse en un fin específico, pero ¿qué podía hacer un fotógrafo bohemio como él? ¿Y por qué no había conseguido quitarse de la cabeza a Adriana en todo ese tiempo? Incluso le había pedido su teléfono a Paul, su dirección, y poco le faltó para pedirle también el grupo sanguíneo, pero éste le confesó que ella le había pedido que no se lo diera.

«¿Por qué, Adriana? ¿Por qué no quieres volver a verme?»

Capítulo 15

Los días pasaron lentos para Adriana en su casa, sin ganas de salir a ningún sitio, ni siquiera a ver a su madre, que seguía creyendo que continuaba en Hawái, sólo teniendo unas terribles ganas de llorar por cualquier cosa, pero obligándose a no hacerlo porque se sentía absurda simplemente con pensarlo. Al final llegó el domingo y con él Madison, y cuando su vecina y amiga la vio alicaída nada más recibirla, la abrazó con cariño mientras se sentaban en el sofá del apartamento de ésta.

—Paul te ha hecho un favor —soltó Madison con rotundidad después de que ella le contara todo lo sucedido en Hawái.

—Ya, ya lo sé. Deberías haberlo visto con Candace. No parecía el mismo, estaba feliz, e incluso podría decir que era divertido...

—El amor hace milagros, ¿no? Entonces ¿por qué huiste de allí? Me has dicho que te lo estabas pasando bien con Michael...

—Michael se rio de mí... Sabía que ya no estaba con Paul e intentó seducirme, ¿sabes? —bufó haciendo una mueca de disgusto—. Supongo que sería una especie de apuesta a ver cuánto tardaba en caer la exnovia de su amigo en sus brazos... ¡Ese tío es un fantasma!

—Pues yo dejaría que me visitara ese fantasma todas las noches y a oscuras... —indicó mientras le guiñaba un ojo.

—Pero eso es lo de menos —añadió obviando su último comentario—. Ahora necesito volver a centrarme en lo que de verdad importa: mi trabajo.

—Y en enamorarte.

—No, Madison, ya te he dicho muchas veces que no busco eso en mi vida...

—Que no busques el amor no quiere decir que éste no te encuentre —terció con una amplia sonrisa—. ¿No te has dado cuenta, Adriana?

—¿De qué?

—Te tropezaste con Michael dos veces, te despertaste en su cama y luego has pasado unos días en una paradisíaca isla con él... Cupido está haciendo de las suyas —añadió Madison animada.

—¿Cupido? —inquirió ella, mirándola como si estuviera desvariando—. Madre mía, de verdad te voy a prohibir ver más culebrones en la tele... Eso ha sido una casualidad.

—Una tras otra, y me has dicho que te has sentido atraída por él... —añadió convencida de sus palabras—. Cupido os ha lanzado unas flechitas de amor a ti y a ese portento de hombre —canturreó con alegría mientras, como si tuviera un arco y unas flechas, lanzaba una de éstas en dirección a su amiga, que la miraba perpleja ante su imitación.

—Si llego a imaginar que lo ibas a utilizar para convencerme de algo en lo que no creo y que no deseo en mi vida, te juro que no te lo habría contado —bufó con seriedad mientras negaba con la cabeza desaprobando su conducta.

—Anda, Adri, no seas tan racional y deja que las cosas fluyan.

—No hay nada que dejar fluir. Michael seguirá su vida y yo la mía por caminos separados, muy separados, extremadamente separados. ¡Eso es un hecho! —añadió convencida de cada una de sus palabras.

—Porque tú quieres. Tú misma me has confesado que obligaste a Paul a que eliminara de su teléfono tu contacto y que no le dijese a nadie ni dónde vivías ni cómo encontrarte.

—Por supuesto —añadió tozuda.

—¿Y por qué hiciste eso, eh? ¿Tal vez tenías la esperanza de que él se lo pidiera? —preguntó Madison mientras le guiñaba el ojo, dando de lleno en el clavo.

—Por supuesto que no —mintió. Adriana sabía que, si se lo confirmaba, sería capaz de convencerla para que fuera ella quien lo llamase y... ¡no quería volver a sentir esa atracción irrefrenable que notaba cuando él estaba cerca!

—Pues para decirlo tan convencida, poco te faltó para hacerle un lavado de cerebro al más puro estilo *Men in Black* —añadió mientras cogía el mando a distancia que tenía a mano y se lo ponía delante como si se tratase del aparatito borra-memorias de la famosa película.

—Eso da igual, Madison —indicó cogiendo el mando para dejarlo sobre la mesita central—. Lo que de verdad importa es que ya no volveremos a encontrarnos y podré estar a salvo.

—¡¡¡Te gustaba!! —exclamó mientras la señalaba con entusiasmo al haber adivinado lo que le ocurría a su amiga para alejarse de un hombre como él—. Joder, Adri, ¿te gustaba y no lo probaste, aunque fuera un poquito? —añadió mientras juntaba el pulgar y el anular—. ¡Qué fuerza de voluntad, tía! Yo no podría haberlo hecho; es más, yo me habría pegado a él como si fuera una lapa, una de las más babosas y pegajosas, que una cuando se pone, ¡se pone!...

Adriana sonrió, sí que había tenido fuerza de voluntad, sobre todo cuando estuvo a punto de besarlo, cuando sintió que ya no habría vuelta atrás y cada resquicio de su cuerpo anhelaba sentirlo más cerca. Pero esa falta de control, esa sensación que se le escapaba de las manos, ese deseo cegador que había eclipsado lo que de verdad quería para sí, fue un auténtico error. Por eso, gracias a que él le contó la verdad, pudo agarrarse con uñas y dientes a un resquicio diminuto de razón para poder dejarlo solo y mantenerse a salvo de todo lo que él implicaba. Si volvía a verlo, no sabía si conseguiría volver a frenarlo...

—Vamos, Adriana, siempre estás a tiempo de encontrar a otro hombre aburrido con el que pasear y beber té con pastitas mientras comprobáis la Bolsa y escucháis ópera en mitad de una partida de ajedrez. ¿Para qué te vas a arriesgar con un hombre guapo, divertido y capaz de hacer olvidar esa tontería de no querer enamorarse?

—Madison... —bufó mientras negaba con la cabeza tratando de no reírse, aunque le estaba costando horrores no hacerlo al oír su explicación de su hombre ideal.

—Sin embargo, sigo creyendo que de vez en cuando está bien dejarse llevar por un hombre que te haga vibrar, para después centrarte en tu prototipo de hombre ideal, ya sabes, de esos a los que no les corre sangre por las venas y tienen una cara así, como de estreñidos —añadió haciendo que Adriana le lanzase un cojín mientras se contagiaba del buen humor de su amiga.

—Anda, cambiemos de tema, que al final vas a crear un club de fans de Michael —replicó esta última, cansada de darle vueltas a lo mismo.

—Pues, mira, a lo mejor lo hago y te pongo a ti como socia número uno.

—¡Payasa! —añadió mientras le sacaba la lengua, haciendo que su amiga se echara a reír divertida—. ¿Qué tal por España?

Madison sonrió ampliamente y le contó todo lo que había hecho, las anécdotas, las fotografías que le hicieron, los desfiles e incluso las fiestas en las que estuvo. Adriana sonrió al verla tan entusiasmada por su trabajo, tan realizada por hacer algo que le gustaba, y supo que ahí estaba la clave de la felicidad, y no en quién elegir para compartir su vida. A partir de ese momento se centraría en el trabajo y dejaría de buscar a su compañero ideal, ¡ya se había cansado de buscar algo que jamás encontraba! Ese por el cual no podría sentir amor, sino respeto y cariño; ese que la comprendería y la ayudaría en todo lo que necesitara sin poner su vida del revés; ese que estaría a su lado pero que no la cegaría hasta el punto de perder su identidad. El amor era un asco y, aunque Madison le jurara que estaba equivocada, ella había presenciado lo que provocaba en las personas, cómo las dejaba a su paso, cómo quedaban cuando finalizaba ese sentimiento que enloquecía a la gente, y eso no lo quería en su vida.

* * *

El sonido de la alarma de su teléfono móvil le recordó que pasarse toda la noche del domingo hablando con su amiga, cenando comida rápida y viendo películas lacrimógenas no había sido tan buena idea como en un principio pensó. Después de remolonear bastante más de lo habitual en la cama, se dio una ducha un poco más lenta de lo acostumbrado. Era como si todo su ser estuviese ralentizado por culpa de esas atípicas vacaciones, de su repentina vuelta y de esa eterna conversación en la que salió en varias ocasiones a colación cierto guaperas que la había hecho sentir algo que se había prohibido a sí misma.

Se maquilló concienzudamente para ocultar todavía un poco el cansancio que se adivinaba bajo sus párpados, su peinó pulcramente controlando su cabello en un prieto recogido bajo en la nuca y se puso un impoluto vestido blanco para dirigirse con su coche a Ideal Advertising, ubicado en pleno corazón empresarial de Miami Beach, en el tercer piso de un maravilloso edificio con unas magníficas vistas al océano Atlántico. Su paraíso. Su trabajo. Una de las metas que había alcanzado gracias a su duro trabajo, echar más horas de la cuenta y volcar todas sus fuerzas y sus energías hasta conseguir ser la directora de arte de una de las agencias publicitarias más importantes de Florida.

Entró como todas las mañanas, con paso firme, haciendo repiquetear sus finos tacones por el lustroso suelo, oyendo cómo la saludaban a su paso y sin demostrar que ese día su mente aún se encontraba un poco abotargada por culpa de esas vacaciones que no sabía cómo catalogar: ¿de ensueño o de pesadilla?

—Buenos días, señorita Álvarez, bienvenida de nuevo. ¿Qué tal las vacaciones? —dijo Marge, su secretaria, levantándose como un resorte de su silla mientras se acercaba a ella correteando.

—Buenos días, Marge, muy bien, gracias.

—Tiene la agenda preparada en su mesa, el señor Wright ha llamado para decirle que quiere reunirse con usted dentro de media hora en su despacho y el té se lo he llevado hace unos minutos para que no se lo tome tan caliente.

—Hoy necesito un café doble y un *muffin* de chocolate —terció con rotundidad sin ni siquiera mirarla ni detener su caminar, pues cuando entraba en esos dominios se transformaba en una profesional seria—. ¡No tardes! —pidió antes de cerrar la puerta de su despacho.

Se dirigió hasta su mesa y se sentó en su confortable silla. Esa mañana tenía muchísimo trabajo, debía ponerse al día y supervisar los avances de una de las campañas publicitarias más importantes del año y no podía perder el tiempo con cosas personales, recuerdos y sensaciones que no había experimentado nunca.

Al poco oyó cómo alguien llamaba a la puerta, dio paso y entró Marge cargada con un café de Starbucks que llenó con su delicioso aroma el despacho y un sabroso *muffin* que le hizo la boca agua.

—¿Necesita algo más? —preguntó su secretaria con timidez.

Adriana la miró mientras bebía un trago del fuerte brebaje que la despertaría lo suficiente como para no quedarse dormida encima de la mesa. Marge era menuda, más que ella, rubia, pelo lacio, piel blanquecina que, cuando le daba un poco el sol, se tornaba de un color rojizo y labios finos de un tono natural rosado muy apagado.

—No, puedes marcharte. Gracias, Marge.

Adriana se tomó el café y el *muffin* sin dejar de trabajar. A la hora acordada, se levantó, se alisó el vestido y salió de allí con la misma dignidad con la que había entrado, aunque su cuerpo estuviera hecho un flan. Aquella seguridad que siempre la acompañaba esa mañana se la había dejado en cualquier rincón de su casa, o tal vez en algún lugar de aquella isla paradisíaca que todavía tenía impregnada en la piel, porque ni siquiera con aquel desayuno la había recuperado...

—Buenos días, señor Wright —saludó cuando éste le cedió el paso a su despacho.

—Pasa, Adriana —invitó él mientras se levantaba de su silla para tenderle la mano y señalarle el asiento que se encontraba delante de su gran mesa de cristal. Su jefe era alto, con el cabello níveo y una expresión afable que acentuaba sus pequeños ojos azules.

—¿Qué tal las vacaciones?

—Muy bien, muchas gracias —contestó ella cruzando las piernas—. Me ha dicho Marge que quería verme...

—Sí —dijo mostrándole una afable sonrisa—. El lunes pasado Jason se marchó de la empresa y nos hemos quedado sin ilustrador en un momento tan delicado como es éste.

—¡No puede ser! —exclamó angustiada ante aquel suceso—. ¿Por qué se ha marchado?

—Parece ser que la competencia le ofreció un sueldo desorbitado para que nos dejara plantados.

—Vaya contratiempo... —murmuró frustrada. Quedarse sin ilustrador a esas alturas de la campaña era caótico.

—Sí... —convino él mirándola fijamente—. Adriana, necesito que esta campaña salga mejor que bien. Hay muchos millones de dólares en juego y no quiero que por un infortunio como éste entreguemos a nuestro cliente una idea poco elaborada o insulsa. Sé que eres una gran profesional y harás todo lo que esté en tu mano para lograr nuestro objetivo, pero también hay que ser conscientes de que necesitas a tu alrededor a un buen equipo con el que trabajar.

—Señor Wright, estoy segura de que encontraremos en breve a otro ilustrador que siga el camino que dictamos en nuestra última reunión.

—Ya lo he encontrado, Adriana, por eso te he hecho venir... Es el hijo de un buen amigo y ha accedido a trabajar para nosotros. Tengo que confesar que llevo detrás de que se una a nuestro equipo mucho tiempo, pero nunca ha coincidido que él estuviera libre para conseguirlo. Cuando ayer me llamó para confirmarme que aceptaba mi oferta, poco me faltó para llamarte a casa para comunicártelo. Tiene una visión única, es un artista en toda su magnitud, un hombre que ha viajado por todo el mundo con su cámara de fotos al cuello y un bloc en su bolsillo trasero. Sabe plasmar las ideas con maestría y estoy deseando que comencéis a trabajar juntos.

—Claro. ¿Cuándo vendrá?

El sonido de alguien llamando la puerta hizo que su jefe sonriera.

—Pues si no me falla la intuición, creo que ahora —terció él señalando la puerta—. Adelante.

Adriana se volvió y observó cómo ésta se abría y aparecía en su campo de visión un hombre de cabello castaño, vestido con unos vaqueros claros y una camiseta blanca que resaltaba el bronceado de sus fuertes brazos. Al mirarlo a la cara, el tiempo se detuvo e incluso dejó de respirar un segundo. Sintió cómo un calor subía hasta sus mejillas tiñéndolas de rojo y simplemente deseó hacerse invisible, ponerse a gritar como una demente o esconderse debajo de la mesa, porque aquello era una locura. No podía ser que el nuevo ilustrador fuera él...

Capítulo 16

Tenía delante a la versión estirada de Adriana, su pose erguida, su vestimenta estudiada, su cabello controlado en un recogido prieto que resaltaba sus rasgos femeninos, armoniosos. Sus labios carnosos se encontraban apretados, como si estuviese controlándose, pero su mirada delataba su sorpresa al verlo, mezclada con vergüenza e incluso enfado. Tuvo que esforzarse por no sonreír. Por supuesto que había contado los minutos para tenerla delante de nuevo y no se avergonzaba de haber utilizado al amigo de su padre para hacerlo después de pensarlo mucho, de barajar pros y contras y, sobre todo, meditar lo que de verdad deseaba en ese momento. Además, si lo pensaba bien, Henry Wright llevaba años ofreciéndole ese puesto, incluso el mismo día en que se cruzó con esa mujer por primera vez había ido a hablar con él para escuchar una oferta. Él no tenía culpa de haber compartido unos días con ella en Hawái, como tampoco era culpable de no poder quitarse su rostro de la mente y mucho menos ese aroma a fresas, ¿no?

—Michael —dijo el señor Wright levantándose de la silla para estrecharle la mano con alegría—, gracias por venir tan rápido; me salvas el cuello —indicó con una amplia sonrisa.

—Un placer, Henry —añadió devolviéndole el saludo.

—Quería presentarte a nuestra directora de creatividad y arte, Adriana Álvarez —comentó señalándola con una sonrisa. Ella se levantó de la silla para saludarlo, tan tiesa, tan seria que parecía increíble que fuera la misma mujer a la que había estado a punto de besar—. Adriana, él es Michael Miller, el mejor fotógrafo e ilustrador de la ciudad y, si me deja decirlo, opino que incluso del país.

—Muchas gracias, Henry, eso es lo mismo que dice mi madre —indicó con sorna—. Un placer *conocerle*, Adriana —comentó mientras se acercaba a ella y le tendía la mano, ocultando en su rostro una sonrisa traviesa.

—Lo mismo digo, Michael —masculló ella obligándose a sonreír al tiempo que le estrechaba la mano.

—¡Perfecto! Listas las presentaciones, ahora toca trabajar. Michael, te dejo en buenas manos; Adriana es un portento, hazle caso y todo irá sobre ruedas —añadió Henry Wright con alegría—. Adriana, explícale dónde trabajará a partir de ahora e infórmalo de la campaña que tenemos ahora mismo entre manos. Sé que haréis un maravilloso equipo. No sabéis la suerte que tengo de tener a los mejores trabajando en mi empresa. ¡Vamos a por todas!

—Claro, señor Wright —susurró ella comenzando a caminar en dirección a la puerta.

—Muchas gracias por todo, Henry —dijo Michael estrechándole la mano.

—A ti, y dile a tu padre que el domingo lo espero.

—Claro —indicó sonriente.

—Sígueme —terció Adriana en tono seco.

Michael la miró de reojo mientras se alejaban del despacho por aquella planta flanqueada por distintas zonas de trabajo, algunas acristaladas, en cuyo interior se podía ver a varios grupos de personas realizando diferentes tareas, y otras simplemente delimitadas por las propias mesas de sus trabajadores. Adriana iba delante de él, sin decirle palabra, caminando de manera segura, con el rostro levantado y percatándose de que esos mismos empleados que lo habían contemplado con curiosidad cuando había entrado en esa oficina ahora simplemente bajaban la mirada e intentaban aparentar que estaban muy ocupados. ¿Ese cambio perceptible sería causado por la presencia de esa mujer? Michael repasó su menudo cuerpo, las curvas ligeras que se le marcaban con ese vestido blanco largo hasta las rodillas, los contoneos de sus caderas y de su magnífico trasero y aquel recogido perfecto controlando la melena que sabía que poseía. Incluso esa versión de Adriana lo volvía loco.

—¿Qué tal la vuelta a Miami? —terció con sorna.

De repente ella se detuvo y se volvió para mirarlo a los ojos desafiante, mostrándole la gran mujer de negocios que era. Michael tuvo que reprimir una sonrisa. Adriana era como un camaleón que cambiaba según su entorno, a veces indefensa, otras fuerte como una roca, en ocasiones divertida y algunas intimidante.

—Quiero que quede esto claro desde el principio. Aquí soy tu jefa, sé que eres amigo del director general, pero eso no te salvará el culo si yo decido que no me sirves. Así pues, deja de hacerte el simpático conmigo, olvida que nos conocemos de antes y demuéstreme lo que vales —dijo con rotundidad, haciendo que él frunciera ligeramente el ceño. Parecía que ella se había tomado a mal su pregunta—. Ya hemos llegado —informó sin darle opción a que le contestase mientras abría una puerta acristalada sin llamar previamente.

Michael observó cómo al hombre que había en su interior le cambiaba el gesto por uno nervioso simplemente al verla. Era un tipo moreno, enclenque y de piel oscura, sus pequeños ojos negros miraban temeroso a esa mujer, y a Michael le resultó curioso que su ahora jefa infundiera tanto temor simplemente con su presencia. «Adriana, ¿quién eres en realidad?», pensó mirándola fijamente.

—Señorita Álvarez... —dijo el hombre casi tartamudeando.

—Ricky, te presento al nuevo ilustrador de la agencia: Michael Miller —anunció sin mirarlo a los ojos—. Ricky es nuestro diseñador, cualquier duda que tengas sobre el funcionamiento del *software* o dónde se encuentra el material para realizar tu trabajo, se lo preguntas a él —dijo mientras se aproximaba a la gran mesa central, donde se hallaba todo revuelto, sin ver siquiera que Michael había asentido a su petición—. ¿Sabes dónde se quedó Jason?

—La verdad es que sólo hizo unos garabatos en una hoja... —susurró mientras se subía las gafas metálicas con el dedo.

—¿Me estás diciendo que, en estas semanas que deberíais haber trabajado en varios bocetos

con la idea principal que os di, no habéis hecho absolutamente nada?

—No, estaba esperando a que él me diera los dibujos para digitalizarlos y así realizar las diferentes propuestas mientras yo estaba trabajando en la campaña del restaurante.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Creía que estaba bloqueado... Además, cuando él se marchó, estaba usted de vacaciones... —susurró bajando la cabeza temeroso de su reacción, algo que también le extrañó a Michael, pues ella no tenía pinta de ser tan vil.

—¡Podrías habérselo dicho al señor Wright! ¡Mierda! —maldijo Adriana mientras alzaba la vista al techo intentando serenarse—. De acuerdo. Michael, éste será tu lugar de trabajo. Ahora te explicaré lo que queremos hacer con esta campaña tan importante. Cuando tengas varios bocetos con la idea, antes de pasárselos a Ricky, quiero verlos yo. Mi despacho se encuentra al final del pasillo, a la derecha.

—Por supuesto.

Michael se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas libres, cogió una hoja de papel y un lápiz y la miró fijamente mientras ella le explicaba con una profesionalidad intachable la idea que había tenido el equipo creativo para después plasmarla ellos en una imagen llamativa para que su cliente llegara a miles de personas. Él fue anotando en la hoja lo más relevante y los puntos que querían que se viesan en el anuncio, como, en ese caso, el lujo y la exclusividad de las joyas.

—¡Y ahora, a trabajar! —terció Adriana para luego darse media vuelta y salir del estudio, dejándolos solos.

—Bienvenido al infierno —comentó Ricky subiéndose con el dedo las gafas después de asegurarse de que Adriana se alejaba de la puerta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó aguantándose la risa, más por la cara de circunstancias de su ahora compañero que por la frase en sí.

—No sé si contártelo o que lo descubras tú solito... Pero, mira, sólo te voy a decir una cosa: ten cuidado con nuestra jefa —susurró mientras negaba con la cabeza y prestaba atención a la pantalla del ordenador.

Michael se quedó pensativo recapacitando en aquellas palabras y sintiendo curiosidad por saber cuánto había de verdad en ellas. Era curioso ver cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo. Hacía unos días se encontraba perdido, sintiéndose otra vez fuera de lugar, sin encontrar un aliciente a su repetitiva vida, algo que lo hiciera levantarse por las mañanas con ganas e inspiración. Sin embargo, cruzarse con esa mujer, viajar a Hawái y regresar sintiéndose hueco lo hizo reconsiderar aquella oferta que llevaba sobre la mesa demasiado tiempo. Era un trabajo distinto, no se trataba tan sólo de hacer fotografías, sino de crear en toda su definición, algo que le apetecía mucho hacer, pues jamás había tenido la oportunidad de llevar a cabo un trabajo como aquél. Además, tenía un aliciente demasiado tentador como para no aceptar: podía volver a ver a Adriana, saber qué había pasado para que se hubiese ido de Hawái sin ni siquiera despedirse de ellos y, sobre todo, saber por qué había huido cuando estaba tan cerca de probar esos labios

tentadores... Sonrió divertido mientras cogía un bloc de hojas y comenzaba a trabajar, tenía muchas ganas de ir descubriendo cómo era en realidad su ahora jefa.

* * *

Hacía tiempo que no trabajaba en una oficina, la última vez había sido cuando estuvo ejerciendo de fotógrafo en la revista de su hermano, y sentirse de nuevo parte de un grupo lo hizo sentirse bien. Sus compañeros lo acogieron con cariño nada más presentarse, le explicaron el funcionamiento y, cómo no, le hablaron de la despiadada *Cruella de Vil*, como llamaban a Adriana cuando ésta no se encontraba presente, algo que lo hizo reír a carcajadas durante un buen rato. ¡Esa mujer no paraba de sorprenderlo!

Almorzó con Ricky y un par de compañeros más, estuvo charlando y riendo, para después volver a su estudio y seguir perfilando las ilustraciones con las pautas marcadas por su jefa.

—Perdón —susurró una mujer menuda con el pelo lacio mientras miraba al suelo y se sujetaba de la puerta medio abierta—. La señorita Álvarez me ha pedido que venga a recoger los primeros bocetos que has hecho para la campaña.

—Pero aún no he terminado —señaló Michael dejando el lápiz sobre la mesa.

—Sólo cumplo órdenes, y éstas son llevarme los bocetos como estén para que ella los vea.

—No te preocupes —dijo mientras se levantaba cogiendo las primeras ilustraciones que estaba realizando—, se las llevaré en persona.

—¡No! —soltó rápidamente, haciendo que mirase al suelo avergonzada por alzar la voz—. Ella me ha dicho... —balbuceó Marge, observando cómo él pasaba de largo de ella y se dirigía con paso decidido hasta el despacho de Adriana—. ¡Michael, no lo hagas! —Oyó cómo lo seguía para impedir que entrara en el despacho de su jefa, pero él caminaba mucho más rápido que esa menuda mujer.

Abrió sin llamar, por supuesto, y observó cómo la mirada sorprendida de su jefa se transformaba en una de furia en décimas de segundo. Michael ocultó su sonrisa satisfecha al cerrar la puerta, para después mostrarle un serio gesto profesional.

—Aquí tienes —terció tendiéndole las hojas.

Ella dudó un instante en cogerlos, pero al final lo hizo.

—Le he dicho a Marge que me los trajera ella —añadió con seriedad.

—Lo sé, pero he visto oportuno hacerlo yo en persona. Tenemos que trabajar juntos y hacerlo con intermediarios rompe un poco la magia de la creatividad —indicó mientras se sentaba delante de ella sin apartar un segundo su mirada.

Adriana desvió su atención y la centró en los papeles. Él pudo contemplarla entonces a placer, su gesto serio, su rostro inmutable, su seguridad palpable y ese maldito olor a fresas que en ese lugar cerrado se acrecentaba con cada suave movimiento de ella. El sonido de unos nudillos

llamando a la puerta la hizo desviar su atención. Marge se asomó temerosa por la puerta y los miró a ambos.

—Lo siento, señorita Álvarez, he intentado que no entrase...

—Y por lo que se ve no lo has conseguido... Puedes marcharte —replicó Adriana con determinación, sabiendo que ésta cumpliría su orden sin rechistar, algo que por supuesto hizo.

—Menudo poder tienes aquí, Adriana... Ahora entiendo menos aún por qué hiciste lo que hiciste en Hawái —comentó observando cómo ella apretaba los labios intentando frenar una parte de sí misma que él deseaba desatar. ¡Quería ver de una vez por todas a la verdadera Adriana! ¿Cuál de todas las versiones que había tenido el placer de conocer sería? ¿Guardaría otra personalidad más entre todas ellas?

—Las ilustraciones no están del todo mal —comenzó a decir ella mientras las extendía sobre la mesa—. Aunque deberías hacer más incisivo en el eslogan y en la belleza propia de las joyas. Sigue trabajando.

—¿Voy a poder fotografiar las joyas que quieren publicitar?

—Sí, tenemos prevista una sesión fotográfica —susurró mientras tecleaba en su ordenador para darle la fecha exacta—, dentro de tres días.

—¿Las voy a hacer yo?

—Por supuesto. Sé que además de ilustrador eres fotógrafo, ¿no?

—Claro —terció con una sonrisa, pero ella simplemente la ignoró.

—Puedes marcharte —añadió con desdén mientras señalaba la puerta y se concentraba en la pantalla del ordenador.

—Podríamos quedar para tomarnos unas cervezas después del trabajo.

Adriana lo miró extrañada, después se recompuso y se irguió con orgullo mientras se cruzaba de brazos.

—No tomo cervezas con mis empleados —añadió con seguridad.

—De momento.

—No, Michael. No sé qué te has creído al venir hasta aquí, pero entre tú y yo ni ha pasado ni pasará nada, ¿te ha quedado claro? —soltó con rotundidad clavando sus ojos marrones en él, sin achantarse un ápice, demostrándole la gran mujer que él sabía que era.

—Clarísimo —repuso intentando detener una sonrisa al verla tan digna y segura de sus palabras—. Voy a seguir trabajando en las ilustraciones.

Adriana lo miró mientras asentía conforme. Michael se levantó y salió del despacho percatándose de que, cuanto más difícil se lo ponía, más ganas tenía de ver lo que escondía tras esa versátil coraza.

Capítulo 17

Esa mañana llegó a la oficina como siempre, con su recogido intacto, su maquillaje perfecto y un vestido verde de tirantes. La noche anterior prácticamente no había dormido, y no era porque no estuviera cansada —estaba exhausta, ponerse al día y batallar con el nuevo la habían cansado más de lo normal—, sino por pensar que tendría que ver a Michael a diario, trabajar con él y oír cómo hablaban sus empleadas —y algún que otro trabajador también— de lo atractivo que era el nuevo ilustrador. Algo que no habían parado de hacer desde que éste había aparecido en la agencia.

Caminó decidida hasta su despacho. Marge enseguida le dio los buenos días y le explicó la agenda del día, pero ella no podía parar de pensar en las razones que había tenido Michael para aceptar trabajar allí. ¿Acaso no había tenido suficiente con lo ocurrido en Hawái? ¿Qué pretendía al ir a su agencia?, ¿acabar lo que había empezado? Adriana resopló frustrada mientras se sentaba a su mesa, no iba a ponérselo fácil. Él había querido trabajar allí, pues que se atuviera a las consecuencias. Era una jefa dura, incluso sabía que tenía un mote que utilizaban sus empleados, y si Michael había aceptado trabajar para ella no pensaba tratarlo mejor que a los demás. Más aún, lo trataría con más frialdad que al resto para provocar que se olvidara de esa parte de ella que había odiado que saliera a relucir.

—Adelante —dijo al oír cómo llamaban a su puerta después de unas horas trabajando en su despacho.

Los ojos grisáceos con líneas color miel, esa sonrisa traviesa y socarrona, su escultural cuerpo enfundado en unos vaqueros y una camiseta negra de manga corta la golpearon con tanta violencia que incluso temió no saber qué decir o, peor, no saber cómo hablar... «Respira, Adriana, que no note que te pone nerviosa su presencia y cómo te mira. Tú disimula y todo irá bien», pensó aparentando indiferencia y frialdad, como si no la afectara su presencia y verlo todavía más atractivo de lo que lo recordaba de esos días en Hawái.

—Buenos días —saludó él mientras se sentaba delante de ella—. Me dijiste que te trajera las primeras ilustraciones cuando las tuviera terminadas y aquí las tienes.

Adriana las cogió y agradeció tener algo entre las manos para no tener que mirarlo a los ojos, porque esa mirada la llevaba por el camino de la perdición, y eso era tan novedoso en ella que no sabía cómo gestionarlo... Estuvo un buen rato examinándolas, eran tres versiones de una misma idea, hechas con una precisión, un arte y una elegancia que era increíble que fuera él el creador. Se removió incómoda en el asiento, quería decirle que era malísimo, que era una atrocidad, que no estaba mal o que se podía mejorar de distintas maneras; pero no podía. Era lo mejor que había visto en toda su carrera. «¿Y ahora qué hago?», pensó barajando las pocas opciones que tenía.

—No está mal... —susurró frenando la verdad.

—¿No está mal? —replicó él en tono socarrón.

—Creo que podrías cambiar los colores por otros menos clásicos... —inventó, pues ella no cambiaría ni una milésima de aquel boceto—. Pero no te voy a hacer que lo repitas; para ser el primero, está bien como está —añadió mirándolo. Le pareció que se estaba aguantando la risa, pero ese hombre... ¿no podía estar un segundo serio?—. Entrégaselo a Ricky y dile que lo digitalice. Cuando lo tenga, que me lo envíe urgente.

—De acuerdo.

—Puedes marcharte, ahora te pasaré la información de la siguiente campaña...

—Claro —dijo mientras se levantaba y salía del despacho dejándola fría y contrariada.

¿Dónde estaban esas conversaciones personales que no venían al caso? ¿Y esas miradas de perdonavidas? ¿Y esa manera de hablarle que la erizaba? ¿Y su sonrisa canalla de «soy guapo y me lo creo»? Se levantó de un salto y abrió la puerta del despacho intentando esclarecer aquel misterio, sacó la cabeza y se lo encontró rodeado de mujeres mientras sonreía satisfecho de sí mismo, como si fuera un espectáculo digno de ver y éstas hubiesen pagado muchos dólares para poder estar a su lado, sonriéndole, acariciándole intencionadamente sus fuertes brazos, coqueteando con descaro y riéndole las gracias... «Pero ¿qué tiene ese hombre para que babeemos sin remedio?», pensó Adriana mientras negaba con la cabeza sin entender la razón de aquel galimatías.

—¿Estamos en la hora del recreo? —soltó con rabia andando hacia ellos con una seguridad tan aplastante que podría mover si quisiera el edificio de ciudad.

Su voz hizo que las nuevas fans del ilustrador se volvieran para mirarla asustadas y, al verla, todas salieron corriendo hacia sus respectivos lugares de trabajo. Pero Michael no se movió, simplemente la miró, escondiendo una sonrisa divertida, mientras se metía una mano en el bolsillo del pantalón vaquero, esperando a que ella llegase a su altura, tan prepotente, tan vanidoso, que Adriana no sabía si tirarle un vaso de agua por encima o comerle la boca.

—¿Querías decirme algo? —preguntó tan pretencioso que le dieron ganas de lanzarle algo a la cara.

—Se me ha olvidado decirte que necesito que hagas para hoy un guion para el *spot* publicitario de las joyas. Quiero que me muestres, paso a paso, todas las escenas que podemos grabar y quiero verlo antes de que te marches a casa —añadió con seriedad, como si aquel encargo fuera de vital importancia, algo que era falso, pero debía decirle algo que demostrase que había salido del despacho por una razón plausible y no para saber qué le sucedía al guaperas para que no le hiciera caso.

—Claro, jefa —repuso él mientras le guiñaba un ojo para después darse media vuelta y dejarla sola en mitad de la oficina.

«¡¡Me voy a volver loca!!», pensó mientras se obligaba a dar media vuelta para regresar al interior de su despacho y así dejar de mirar cómo le sentaban esos vaqueros sobre su trasero y sus

largas piernas.

Le costó concentrarse, pues en su mente veía todo el tiempo a esas mujeres acariciando a Michael, éste dejándose querer y ella sintiéndose una imbécil por no poder quitarse esa imagen de su cabeza. Al rato, cansada de releer una propuesta más veces de las necesarias, salió del despacho en dirección a los aseos, a lo mejor tan sólo necesitaba refrescarse. A la vuelta lo vio a través de los cristales, estaba concentrado, tan serio que no parecía él, dibujando, borrando, difuminando... Jamás pensó que fuera tan bueno en su trabajo. Supuso que su jefe no se arriesgaría contratando a alguien que no valiese para ese puesto, pero aquel hombre había superado sus altas expectativas. De repente, como si él supiera que estaba allí, se volvió y sus miradas se encontraron. Adriana tuvo que ahogar un grito de estupor, pues no esperaba verse descubierta; se obligó a desviar la mirada hacia otro punto y a caminar en dirección a su despacho. «Necesito urgentemente un escudo *antiamoríos*», pensó mientras se sentaba en la silla y se instalaba la aplicación de citas que había utilizado para conocer a Paul y le enviaba un mensaje a Madison para que contara con ella para salir por la noche...

* * *

Estiró el cuello al sentirlo agarrotado, miró la hora y maldijo por dentro. Era tardísimo y Michael aún no le había llevado los bocetos que le había pedido en un vano intento de fastidiarlo un poco. Mordisqueó el bolígrafo pensando qué hacer al respecto, pero el sonido de alguien llamando a la puerta hizo que aplazara sus pensamientos para otro momento.

—Adelante.

Y ahí estaba él, despeinado pero a la moda, con esa camiseta negra que le quedaba demasiado bien como para no hiperventilar al tenerlo delante, con esa maldita mirada que la hacía sudar y temblar, con ese impresionante cuerpo que sabía escondía bajo esa ropa... «Adriana, compórtate, que al final se te va a ver el plumero», pensó intentando aparentar una frialdad que no sentía y una indiferencia que era imposible tener cuando él se encontraba al lado.

—Acabo de terminar lo que me pediste —anunció pagado de sí mismo mientras le mostraba el boceto.

Ella lo cogió y maldijo por dentro al ver, de nuevo, lo bueno que era ese hombre como ilustrador. «¿Lo hará todo así de bien? ¡Concéntrate, Adriana, por favor!»

—¿Te parece bien? —preguntó Michael al ver que ésta no decía nada.

—Sí... —susurró sabiendo que era absurdo criticar algo que estaba perfecto como estaba—. Puedes marcharte ya a casa. Es tarde.

—Lo sé... Se han ido todos —comentó mientras observaba cómo se levantaba de la silla y se bajaba la falda del vestido.

—Normal, hace tres cuartos de hora que deberías haberte ido a casa... —dijo mientras terminaba de apagar el ordenador y cogía el bolso—. Mañana dile a Ricky que quiero una

secuencia digital de tu boceto. Cuando la tenga, se la enviaré a los clientes para que vean cómo quedará el anuncio televisivo antes de grabarlo.

—Claro —respondió dando un paso hacia ella e invadiendo su espacio vital. Lo tenía tan cerca que podría levantar un poco la mano y tocarlo...—. ¿Qué ha pasado antes ahí fuera?

—No sé a qué te refieres —susurró ella perdiéndose en esa mirada que se encontraba anclada en la suya.

—Cuando has salido y me has visto rodeado de tus empleadas, ¿por qué has hecho que se fueran? —preguntó sin perder detalle de su mirada, la cual se encontraba fija en él, anhelando que éste se acercara más, un poquito más, para poder probar esos labios que se estiraban en una pícara sonrisa.

«¿A qué has venido, Michael?», pensó intentando esclarecer aquel dilema que la estaba enloqueciendo.

—Estamos trabajando, no intentando ligar con el chico nuevo de la oficina —replicó ella con dificultad, pues la boca se le había secado. «Pero ¿por qué tiemblo cuando me mira de esa forma?»

—¿Y tú quieres intentar ligar con el chico nuevo? —espetó rozando con las yemas de los dedos su frente, como si se le hubiese soltado un mechón de su recogido, algo que sabía que era imposible.

—¿Cómo? —carraspeó ella, tratando de demostrarle que no la afectaba su presencia ni su tacto—. ¡Por favor, Michael! De verdad te lo tienes de un creído, y a mí... —añadió envarada.

—A ti no te gustan tan creídos, ya lo sé... —siguió la frase por ella—. Pero, dime, Adriana, ¿por qué te has quedado mirándome antes cuando estaba trabajando? —preguntó dando otro paso hacia ella. Se encontraban prácticamente pegados, ella alzando la cabeza para mirarlo a los ojos y él agachándola para hacer lo mismo.

—Estaba... estaba asegurándome de que trabajabas —repuso con dificultad, sintiendo cómo un cosquilleo recorría todo su cuerpo y que le faltaba el aire.

—¿Por qué te fuiste de Hawái sin despedirte de mí? —susurró él entonces mientras deslizaba con lentitud su dedo por la clavícula de Adriana.

—Michael, soy tu jefa —murmuró tragando con dificultad, notando cómo le quemaba su caricia, cómo se había incendiado todo su cuerpo al sentirla y cómo todo su ser había vuelto a despertarse al tenerlo tan cerca.

—Siempre con excusas, Adriana... —Sonrió de esa manera canalla que provocó que se le humedecieran las braguitas sin remedio—. Antes era que tenías novio, un novio que estaba más pendiente de Candace que de ti, y ahora que eres mi jefa... ¿De qué te escondes?

—De nada —añadió en un jadeo—, ¿por qué has aceptado trabajar aquí?

—Necesitaba un empleo y Henry me ofreció este puesto.

—¿Sólo por eso?

—¿Qué quieres oír?, ¿que lo hice por ti? —soltó enarcando una ceja con ese aire canalla

perdonavidas, con esa seguridad de saber que era tan atractivo que resultaba imposible no caer en sus redes de seducción.

—Quiero saber la verdad.

—Una verdad que tú siempre escondes con excusas o con personalidades inventadas. ¿Quién eres en realidad, Adriana? —murmuró recorriendo su rostro con las yemas de los dedos con tanta suavidad y devoción que tuvo que obligarse a no gemir mientras daba un último paso hacia ella que la hizo entrar en contacto con su cuerpo, sintiéndolo, nublándole la razón, haciéndola temblar y anhelar que terminara con ese suplicio de una vez por todas. Que la besara, que la desnudara y que la hiciera gemir de placer como jamás había experimentado con otro hombre.

«Páralo. Páralo ya, porque como te bese y te guste, y te va a gustar..., estarás perdida de verdad», pensó Adriana sin poder despegar la mirada de sus increíbles ojos.

—Soy lo que ves —susurró mientras cogía fuerzas de donde fuera—. Una mujer que no se deja encandilar por un rostro bonito, ni por unas palabras huecas, ni tampoco por la tentación de estar con un hombre como tú —terció mientras daba un paso para atrás y rompía el hechizo en el que estaba inmersa—. No sé con qué finalidad has aceptado este empleo, pero quiero que te quede clara una cosa: no me gustas, y tú y yo jamás vamos a tener algo más allá del trabajo —soltó con rotundidad para después salir del despacho y de esa tentación hecha hombre.

«Ay, madre mía, pero si estoy temblando como un pajarillo. Sigue andando, Adriana, sigue andando y cruza los dedos para que se haya creído lo que le has dicho. Porque no sé si podré volver a escaparme de sus increíbles labios, que me tientan para que los bese. ¿Por qué has tenido que volver a mi vida, Michael? ¿Por qué has tenido que recordarme lo que sentí a tu lado en Hawái?», pensó mientras llegaba al ascensor y apretaba el botón para abandonar la oficina casi a la carrera.

Llegó a su casa acelerada, se quitó los zapatos en dos movimientos mientras los lanzaba hacia el salón, se soltó el cabello y no tuvo tiempo ni de sentarse, porque el timbre sonó antes de llegar siquiera.

—¿Qué significa el mensaje que me has enviado antes? —soltó Madison, irrumpiendo como un huracán en su casa.

—Lo que has leído. Necesito un hombre aburrido al que llamar novio —respondió todavía acelerada. No podía desprenderse de aquel calor en su piel, de aquella necesidad, aquel anhelo por sentirlo, y ella... ¡ella no quería sentir eso!

—Estás loca.

—Sí, pero si no lo consigo creo que me volveré todavía más loca.

—¿Por qué?

—Eso no importa, Madison. Necesito tener pareja para centrarme y seguir mi vida como hasta ahora.

—Dime por qué razón, Adriana. Si no me lo cuentas, no te ayudaré a hacer algo que sé que es una locura.

—Aunque te lo cuente, vas a continuar pensando que es una locura...

—Pruébame...

—No te lo quise decir ayer, pero... tenemos nuevo ilustrador en la agencia, y es... —titubeó sintiendo cómo confesarle eso a Madison lo hacía todavía más real de lo que era.

—¡No me lo digas! —exclamó su amiga con entusiasmo mientras daba palmaditas y saltos, como si fuera una niña pequeña ante cientos de regalos—. ¡Michael!

—Sí... —bufó con pesar mientras su amiga reía con alegría al haber acertado.

—Cupido está haciendo de las suyas, Adri... —indicó con astucia.

—No, Madison, deja a esa caricatura en pañales que lanza flechas en paz. Esto es serio —resopló angustiada.

—Y yo también te lo digo en serio. Cupido ha dado en la diana contigo y, aunque tú no quieras, es inevitable que ocurra...

—Que no, Madison, es imposible. Somos dos personas totalmente diferentes. Es ilógico pensar siquiera que él esté interesado de verdad en mí. Creo que lo único que quiere es añadir una muesca más al cabecero de su cama con la ex rara de su amigo —comentó mientras negaba con la cabeza—. Sí, no me mires así, es lo que pienso y lo que tú tendrías que pensar. ¿Has visto a ese hombre? ¿Me has visto a mí? Exacto, querida Madison, todo esto es absurdo. Lo que ocurre es que Cupido se ríe de mí, pero con tanta fuerza y tantas ganas que me está volviendo más loca de lo que ya estaba.

—Ay, Adriana, disfruta por una vez en tu vida de lo que es el amooorr... —soltó mientras pestañeaba a alta velocidad y describía círculos como si fuera una mariposa o el propio Cupido... Sí, su amiga estaba más loca que ella si cabe.

—Que no es amor, es... es... —titubeó al no dar con la palabra que describiera aquello—. ¡No sé ni lo que es! Lo único que sé es que ese hombre me excerba, me pone nerviosa, me hace temblar, sudar e incluso dudar de mis palabras. Ese hombre hace que pierda el control en décimas de segundo, me lleva a un límite que no sé cómo gestionar y... ¡me pone de mal humor!

—¡Te gusta! —cantó mientras la miraba divertida.

—No —replicó malhumorada al ver cómo su amiga se estaba divirtiendo con todo lo que le estaba pasando.

—Sí, te gusta, por eso me has pedido salir, por eso quieres encontrar a otro sieso al que llamar novio, para tener una excusa plausible para rechazarlo. Porque sabes que no podrías decirle que no a ese pedazo de hombre llamado Michael.

—¿Me vas a ayudar o no? —soltó molesta de que ésta la conociese tan bien.

—¿A salir con otro tío?

—Sí.

—De verdad, si es que soy buena de más... Lo voy a hacer, pero no para ayudarte a olvidarlo, sino para que te des cuentas de que no servirá de nada esconderte detrás de otra relación hueca —

añadió Madison con convicción—. A ver, creo que vi hace poco que se iba a celebrar un evento para solteros. Ya le tenía echado el ojo, pero vamos juntas, ¿vale?

—Sí, sí, ¡lo que sea!

Capítulo 18

Los días pasaban y la frialdad de Adriana hacia él aumentaba. Michael no sabía qué hacer para romper aquella situación. Sus compañeros seguían hablando mal de ella, cada vez que aparecía cambiaban de conversación o simplemente simulaban estar muy ocupados, no sabía por qué, pero empezó a experimentar una especie de sentimiento de protección hacia ella y estuvo más pendiente de todo lo que se decía que de conocer a sus nuevos compañeros. Era cierto que podía ser dura y fría cuando se encontraba en la agencia, pero él se había dado cuenta de que esa mujer era una gran profesional, con una gran capacidad para la creatividad y para expresar lo máximo de sus empleados, era normal que Henry la tuviera en su equipo y que hubiese llegado tan lejos. Adriana había nacido para eso, aunque a sus empleados les faltara poco para sacar un muñequito de vudú de ella y hacerle mil fechorías con tal de deshacerse de ella.

El sábado llegó demasiado rápido y sin haber hecho ningún avance para descubrir lo que escondía Adriana tras esa máscara que mostraba con tanto ahínco. Se levantó bien temprano para correr, le encantaba hacerlo por el paseo de la playa, con sus cascos puestos y la música envolviéndolo, mientras él se esforzaba con cada zancada, cada vez más lejos y cada vez más veloz. Después de una ducha revitalizante, se dirigió a casa de sus padres, donde disfrutó de una divertida conversación con su madre, de los burritos y los tacos más deliciosos del mundo y del optimismo contagioso de ella. Su padre, más callado, simplemente se alegró de que él hubiese elegido trabajar con su gran amigo Henry, confesándole que estaba muy contento de tenerlo en su agencia. Por la tarde volvió a su apartamento. Brandon lo había llamado para salir y se cambió de ropa para disfrutar de la noche miamense junto a su amigo. Desde que había llegado no había tenido la oportunidad de verlo.

—¿Qué tal por Hawái? —preguntó Brandon mientras caminaban.

—No estuvo mal, pero ya sabes cómo son estas cosas, al final estábamos contando las horas para volver. Ah, y Paul y Candace se hicieron novios... —comentó con una sonrisa, haciendo que éste también sonriese al imaginarse la escena—. Pero ¿adónde me has traído? —se carcajeó Michael al ver aquel local de fiestas que se había transformado en algo distinto.

—A un *speed dating* —dijo con desdén como si fuera algo normal en ellos.

—¿Para qué? Tú tienes citas relámpago cada vez que una chica se acerca a ti a la barra del Mango's.

—Qué gracioso eres. Claro, como tú cuando vienes te pones morado, te crees que a todos nos pasa igual... Cuando estoy tras la barra estoy trabajando, y no intentando ligarme a una tía; además, me he cansado de tener ligues de una noche. Quiero algo más.

—Nos estamos haciendo mayores, Brandon —resopló con dramatismo exagerado mientras le daba una palmada en la espalda con fingida preocupación.

—Es posible que tengas razón y que ya nos cansen las mismas cosas, ¿verdad? Por cierto, a ti también te he apuntado —añadió mientras le guiñaba el ojo y se acercaba a la mesa donde tenían que coger las acreditaciones para después entrar en otra sala, supuso que para no ver de entrada a las mujeres.

—Y ¿cuándo me lo ibas a decir? —susurró Michael viéndose sin escapatoria.

—Ahora mismo. No quería venir solo y tú siempre estás quejándote de que todas las tías te salen rana... Ésta es la solución perfecta para conocer a muchas chicas en poco tiempo y hacerte una idea de si cuadran contigo o no.

Michael lo miró mientras negaba con la cabeza. Menos mal que era un buen amigo, de lo contrario, en ese mismo momento habría sido capaz de salir de allí y dejarlo tirado. No podía pensar en conocer a nadie nuevo en ese instante, sólo deseaba averiguar cómo era en realidad una mujer específica, bastante camaleónica, que no cesaba de sorprenderlo con cada una de sus acciones, y ésta, para su frustración, cada vez que se acercaba para intentar conocerla, levantaba todavía más alto su muro protector.

—Bueno, chicos, ya está todo preparado. Os comento antes de entrar —indicó uno de los organizadores—, habrá dieciséis mesas, en cada una estará sentada una mujer. Tenéis cinco minutos para hablar con ella, en cuanto oigáis el aviso, os levantáis y vais a otra mesa. Os hemos repartido un bloc de notas y un lápiz para que anotéis vuestras impresiones y el nombre y el número de la chica. Sólo os pedimos respeto y que disfrutéis conociéndolas. ¡Adelante!

Michael entró al lado de Brandon, la iluminación de la sala se había atenuado, creando una atmosfera casi mágica. Observó de pasada a las mujeres, cada hombre se iba sentando por orden delante de ellas. Él hizo lo propio, se acomodó delante de una pelirroja que ponía en la pegatina que llevaba adherida a su blusa escotada que se llamaba Tiffany y tenía veintiséis años. Michael le sonrió y comenzaron a hablar.

Cada cinco minutos, con una exactitud asombrosa, se levantaba para pasar a otra mesa, donde hacía lo mismo: hablar y conocer a la mujer que tenía delante. Cuando iba de camino a la siguiente, una alta coleta castaña oscura llamó su atención, ralentizando su caminar. La observó, parecía ella, aunque esa noche era distinta. Al mover la cabeza para hablar con el pretendiente que acababa de sentarse delante de ella, enarcó una ceja divertido al no tener ya dudas. «¿Qué hace aquí la camaleónica de mi jefa?», pensó al ver a Adriana hablando en aquella mesa con aquel hombre. Michael se sentó en la mesa que le tocaba y, al mirar quién tenía delante, sonrió y esa mujer con el cabello azul sonrió todavía con más alegría que él.

—Como te vea le van a entrar los mil males de golpe —soltó la modelo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Michael con fingida inocencia.

—¿De verdad te lo cuestionas?

—Te juro que no entiendo a tu amiga, y lo intento con mucho interés.

—De eso quería hablar contigo yo, del interés que tienes o no. Mira, me viene de lujo verte aquí y tenerte durante cinco minutos para mí sola —añadió Madison mientras se inclinaba para que sólo la oyera él—. ¿Qué quieres de Adriana?

—Conocerla. Me resulta indescriptible y no logro entenderla. A veces parece una cosa, pero luego es otra... —susurró intentando esclarecer aquello con su amiga.

—¿Con qué motivos ocultos?

—A ver, Madison, no creo que haga falta decirte qué quiero sacar al conocerla, ¿no? —añadió mientras le mostraba una amplia sonrisa.

—¿Vas a jugar con ella? —soltó intentando esclarecer todo aquello.

—No, jamás he jugado con ninguna mujer.

—Janice dice que sí.

—Janice intentó sacar provecho de nuestra amistad con beneficios. Jamás le di esperanzas, es más, siempre le dije que lo nuestro era esporádico y que duraría lo que durara. Ella simplemente no lo aceptó.

—No me extraña... Siempre ha elegido a sus conquistas dependiendo de lo que podría sacar en su propio beneficio... ¿Y tú eres igual que Janice?

—Por supuesto que no —replicó con rotundidad—. Mira, Madison, sé que no le intereso, me lo dijo el otro día, pero, aun así, no puedo dejar de buscarla para hablar con ella... Adriana tiene algo que no me deja pasar página.

—¿Te dijo que no le interesas? —preguntó con interés.

—Sí... Como ves, ante eso no puedo hacer mucho, aunque para mí sea una novedad...

—Me imagino... —Chasqueó la lengua sin dejar de observarlo—. Dime, ¿qué haces aquí si tanto te interesa Adriana?

—Me ha traído mi amigo engañado, ¿y ella?

—La he traído yo. Quiero encontrar un sustituto para Paul...

—¿Un sustituto? ¿Eso qué quiere decir?

—Eso es que está buscando un novio florero como era Paul, alguien a quien llamar novio, con el que quedar, pero a quien no querrá porque ella odia no controlarlo todo.

—No lo entiendo, ¿por qué quiere algo así para su vida?

—Porque no sabe cómo controlar la situación cuando tú estás a su lado —confesó despacio para que se diese cuenta de lo que le estaba queriendo decir.

—Sigo sin entenderlo.

—Ni ella, ni yo, ni nadie en su sano juicio. Mira, Michael, no debería decirte esto, pero, ¿¿qué leches?!, aunque al principio se enfada conmigo, espero que luego me lo agradezca... —añadió con una astuta sonrisa—. Si de verdad quieres conocerla, tienes que dejar de lado tu vena seductora y mostrarle que puede estar a salvo contigo y, sobre todo, que ella puede controlar la situación. Si no, lo único que lograrás es que se aleje más de ti.

—¿Y eso cómo lo consigo?

—No te lo puedo decir, eso lo tendrás que descubrir tú solito. Piensa una cosa: la pones muy nerviosa.

—¿La pongo nerviosa? No lo parece —susurró mirándola de reojo. Se encontraba hablando animadamente con su pareja, algo que lo enfureció bastante.

—Podríamos decir que es una experta en disimular.

—¿Por qué se esconde tras mil caras?

—Eso no te lo puedo decir, sólo ella podrá explicarte las razones que la llevan a hacer tal cosa —dijo para después alzar la mirada al oír el pitido que avisaba de que los hombres tenían que cambiar de mesa—. Michael, dale confianza y sé perseverante.

—Gracias, Madison.

—Haz que no me arrepienta; soy experta en artes marciales y te podría derribar utilizando sólo un dedo.

—Jamás se me ocurriría poner en peligro mi vida —añadió con guasa mientras se levantaba de la silla y se iba a otra mesa, un poco más cerca de su objetivo principal.

Sabía que estaba siendo el pretendiente más seco de la historia de las *speed dating*, pero no podía dejar de pensar en lo que le diría cuando se sentara a su mesa, en cómo controlar las ganas que tenía de tocarla, de acariciarla, de quitarle esa máscara que se ponía para demostrar ser alguien que no era, de besarla y de hacerle sentir cómo se sentía él cada vez que posaba su mirada en ella y cada vez que olía su delicioso aroma... No estaba enamorado, Michael sabía diferenciar una cosa de otra. Lo que le ocurría con Adriana era distinto, más carnal o extrasensorial, no lo sabía bien. De lo que sí era consciente era del poder que tenía esa mujer en su cuerpo y en su mente. Era olerla, era mirarla, era rozarle su maravilloso rostro y no poder pensar en otra cosa más que en unir sus labios a los suyos. Era posible que estuviera pillado por ella, pero eso no era amor, era algo más carnal, era deseo puro...

Después de cinco minutos eternos donde simplemente asintió a todo lo que le dijo esa mujer, oyó el pitido que lo llevaría a la mesa que le interesaba. Caminó despacio, esperando que ella reparase en él, pero Adriana estaba mirando hacia su amiga, poniendo un gesto que no supo reconocer, no sabía si lo había visto antes o no, pero eso daba igual. Iba a estar con ella, iba a hablar con esa mujer a la que no entendía y a la que ansiaba acariciar hasta que se cansara... Algo que se temía que ocurriría, como con todas las mujeres en las que se fijaba.

Capítulo 19

El pitido volvió a sonar y, para la cuenta de Adriana, ya iban diez... Resopló frustrada mientras buscaba con la mirada a su amiga, que en ese momento la estaba observando y le hacía muecas divertidas para que se relajase; algo que no la ayudó mucho a sentirse bien, pues en esas diez citas rápidas no había encontrado a ningún hombre que reuniese todos los valores que ella necesitaba para sentirse segura. Volvió a enfocar su atención en la silla vacía por la que habían pasado los diez hombres, distintos pero iguales en muchos aspectos, y tan alejados de su perfecto escudo que temía haber perdido el tiempo al haber ido allí. Se alisó el vestido amarillo, de tirantes y largo hasta la rodilla que Madison prácticamente la había obligado a que se pusiera, se tocó la cabeza en busca de algún mechón rebelde que no encontró y esperó a ver al hombre número once sentarse delante de ella, preguntando las mismas cosas y dándose cuenta de que iba a ser complicado encontrar a otro como Paul.

—Hola —oyó entonces, y esa voz, sin que le hiciera falta levantar la mirada, la erizó por completo. Pero ¿qué hacía él allí?—. Creo sinceramente que esto no puede ser casual.

Lo miró sabiendo que se arrepentiría de su osadía y, al hacerlo, maldijo por dentro porque Michael, de treinta y cinco años, según su pegatina, se sentaba delante de ella mostrándole esa preciosa y deslumbrante sonrisa, ese brillo de ojos que era el sello de aquel hombre y esa seguridad innata que la azotó con tanta virulencia que tuvo que moverse nerviosa en el asiento, temiendo que aquellos cinco minutos serían un infierno, tan tentador y excitante como todo en ese hombre.

—Entonces me estás diciendo que me sigues —afirmó Adriana intentando escudarse en la frialdad que tan bien sabía demostrar.

—Yo más bien diría que es al revés... —repuso él mientras se cruzaba de piernas observando el cartelito que ella llevaba—. Adriana, treinta y tres —indicó con guasa, haciendo que ella mostrase un gesto serio.

—Ambos sabemos que éstos serán los cinco minutos más largos de nuestras vidas —resopló mientras miraba a su alrededor, ansiando escapar de allí: ¡es que no podía estar un día sin tener que verlo!

—No tiene por qué. Dime, ¿qué buscas en un hombre?

—No busco nada —masculló de malas maneras.

—Vaya, ¿eres de las que van sobre la marcha?

—He venido aquí por mi amiga —dijo señalando a Madison, que comenzaba a hacerle morritos a su nueva cita.

—Sí, la he visto antes.

—Como le digas a alguien de la oficina que me has visto en un sitio como éste, no sé qué te hago —bufó con rabia. No sabía si le molestaba más ver cómo su cuerpo se comportaba al tenerlo delante o pensar lo que opinarían sus empleados si supieran que se habían visto fuera de la oficina. Aunque, pensándolo mejor, eso ayudaría a que aquellas lagartonas mantuvieran las manos alejadas de ese hombre... «¿Qué estás pensando, Adriana?!»

—No te preocupes, que no diré nada, si me cuentas qué buscas en un hombre...

—Pues mira —terció mientras se erguía displicente en la silla—, busco que me acepte como soy, que no quiera cambiarme, que me deje espacio, que me valore y, sobre todo, que comparta tiempo conmigo, pero sin llegar a ser agobiante —indicó con sinceridad, haciendo que Michael sonriese.

«¿Cuánto queda para que pite el aparato ese?», pensó sintiendo que llevaba horas mirándolo y no un minuto escaso.

—¿Quieres un novio o un perro? —soltó él entonces, haciendo que Adriana lo mirase con inquina—. De toda la lista que me has dicho con tanto entusiasmo, y que apoyo al cien por cien, no he oído ni una palabra referente al amor, al cariño, a la pasión, a la química, a la intimidad, al deseo...

—Ya te dije en Hawái que el amor no lo era todo.

—Es cierto —susurró con una sonrisa resplandeciente. «Joder, qué guapo que es, el muy puñetero»—. Y la verdad es que en cierto modo te envidio. Siempre he sido un hombre muy enamorado. Me encantaría ser como tú, poder frenar ese sentimiento y conocer a las mujeres de verdad.

—Te estás burlando de mí, ¿verdad? —replicó ella sin creerse por un segundo que ese hombre se enamorara de alguien que no fuera su sombra, una muy bonita, la verdad...

—No, te lo digo en serio. Soy un loco enamorado del amor. ¿Cómo haces para controlarlo? —preguntó con ávido interés mientras la miraba con atención, como si ella tuviese la clave de aquel misterio.

—Eres muy gracioso —bufó mirando hacia los lados.

—Te estoy hablando en serio. Por favor, sácame de la ignorancia.

—Busco a alguien que sé que no me va a hacer sentir así.

—Entonces buscas a un hombre con el que no conectas de esa manera, ¿no? —susurró como si de verdad estuviera interesado en el tema.

—Sí, más o menos... ¡No sé por qué te cuento esto! Se nota que tú estás aquí para buscar un rollo seguro para una noche.

—No me hace falta venir a sitios como éste para conseguirlo —repuso haciendo que ella alzara los ojos al techo, sabiendo que decía la verdad, pero dándole rabia ese mismo hecho.

—Claro, es verdad, no me acordaba de que eres un macho alfa, el buenorro de Miami, el encantador de tías —bufó Adriana con desdén y una buena dosis de ironía, lo que hizo que él se

riese.

—He venido aquí engañado por mi amigo —dijo señalando. Éste era muy atractivo, tenía un rostro muy llamativo en el que una fuerte mandíbula y unos ojos muy azules contrastaban con el tono ligeramente bronceado de su piel. Su cabello era castaño oscuro y se notaba que practicaba deporte. Bajo una camisa blanca arremangada se podían vislumbrar unos pectorales y unos brazos envidiables. Él, ajeno a su análisis exhaustivo, se encontraba charlando animadamente con una morena muy explosiva—. Mira, vamos a hacer una cosa, Adriana —terció observando su rostro fino y alargado, donde lo que más destacaba era unos ojos grandes de color marrón—. Te voy a echar una mano para que encuentres a ese hombre: a ver, hay trece tíos que sólo han venido aquí buscando sexo —susurró con voz solemne—, uno que sí busca novia, otro que quiere llevar una chica a la boda de un pariente y yo.

—¿Quién busca novia? —preguntó con curiosidad.

—Mi amigo —dijo señalándolo.

—Ya... —susurró fijándose bien en él—. No tiene pinta de necesitar un sitio como éste para buscar pareja.

—Tu amiga tampoco lo necesita y está aquí.

—Algo que sigo sin comprender... —replicó Adriana—. ¿Y tú qué buscas: sexo, compañía o novia?

—Aunque no me creas, busco una novia... Pero nada, que no hay manera.

—¿Y te sorprende? No puedes ir por ahí acercándote a las mujeres diciendo que eres terriblemente guapo.

—¿Por qué no? Lo digo de guasa, aunque sea verdad —soltó enseñándole sus blanquísimos dientes.

—Lo peor de todo es que he pillado ahora mismo a varias mujeres pendientes de ti —resopló con desgana—. Si es que somos tontas de más. Vemos un tío bueno y se nos van los ojos y las neuronas detrás.

—Humm... ¿Crees que estoy bueno? —preguntó alzando repetidamente las cejas, haciendo que ella parpadeara alucinada por su comentario—. ¡No te asustes! Era broma. Además, eso también nos pasa a nosotros —dijo mientras le guiñaba un ojo haciendo que ella se removiera incómoda en la silla.

—¿Y la personalidad? ¿Los gustos? ¿O conectar con una persona a nivel intelectual?

—Bueno, eso no se hace con una simple mirada... Eso viene después. Es normal que lo primero sea físico.

—Yo nunca he salido con alguien de quien sólo me haya atraído su físico. Necesito más que una cara bonita...

—Una cara bonita también puede esconder una personalidad atrayente, lo que ocurre es que sólo hacéis caso de lo que se ve a primera vista —susurró despacio sin dejar de mirarla, haciendo que ella frunciera ligeramente el ceño. ¿Qué quería decirle? No sabía la razón, pero con él tenía la

sensación de que se le escapaba algo de lo que decía, como si sus frases siempre tuviesen doble sentido, algo que no sabía por qué no captaba...

—Como tú, ¿no? —bufó haciendo que él sonriera.

—Si te digo que sí, me dirás que soy un creído. Por tanto, prefiero no contestar y que lo descubras tú solita.

—Ya te dije que no me gustabas —reiteró con solemnidad.

—Lo sé, y te aseguro que no soy de los que acosan a las mujeres para hacerles cambiar de opinión. He aceptado que no podré tener nada más que una relación laboral contigo —añadió alzando las manos en señal de rendición.

—¿Entonces?

—Podemos ser amigos, ¿no? Trabajamos juntos, tenemos que vernos a diario, compartimos gustos y tú puedes ayudarme a dejar de ser tan enamorado.

—¿Ahora estás enamorado?

—No —rio divertido. Adriana supuso que su expresión debía de ser la responsable de aquella risa, pero lo que no quería pensar siquiera era que él estuviera enamorado de ella. ¡No sabría cómo gestionar dicha posibilidad!—. Pero nunca se sabe cuándo me quedaré prendado de una mujer. Tienes que aconsejarme a quién elegir —dijo mientras señalaba la sala.

—Con las mujeres es más difícil... Todas quieren enamorarse, y más de un hombre como tú.

—Excepto tú.

—Sí, excepto yo... —dijo con un amago de sonrisa.

—Entonces ¿qué me dices? ¿Le pido una segunda cita a la número cinco o a la número ocho?, son las que más me han gustado... —preguntó señalándolas.

—No —añadió convencida al echarles una mirada—. Tiene que ser alguien que no te atraiga a primera vista, pero con la que puedas compartir aficiones... ¡La once! —exclamó al ver a una mujer con gafas de pasta naranja, morena y larguirucha.

—¿La once? —susurró mirándola extrañado.

—¿Ves? No lo entiendes...

—No, no... Te haré caso. ¡La once! —soltó mientras la apuntaba en su bloc, haciendo que Adriana sonriese—. Y tú, ninguno. Sólo quieren meterse en vuestras bragas.

El pitido avisó del cambio de parejas, lo que provocó que Adriana frunciera ligeramente el ceño. La verdad es que se le había pasado relativamente rápido el tiempo... Michael se levantó de la silla, le guiñó un ojo y se fue hasta otra mesa. Otro hombre se sentó en su lugar, pero ella no pudo prestar atención. Estaba nerviosa y aquello la descolocaba demasiado como para guardar las formas. Le había sugerido que se citara con otra mujer. ¡Ella misma la había elegido!, y no sabía si estar contenta de que él hubiera accedido o ponerse a gritar como una loca al ver que esa mujer enclenque podría estar a solas con ese pedazo de hombre. «Me estoy volviendo majareta perdida», pensó intentando concentrarse en su nueva cita, pero sin poder evitar mirarlo, tan

relajado mientras hablaba con otra mujer, esta vez una pelirroja exuberante que se lo comía con los ojos...

Después de dar por terminada la ronda de presentaciones, cada uno tuvo que escribir en un papel a la persona elegida para una segunda cita. Cuando los organizadores acabaron de cotejar todos los papeles y de encontrar las parejas, anunciaron las personas que habían coincidido, y entre las pocas parejas que se habían formado esa noche se encontraban Madison y Brandon y Michael y esa chica que Adriana le había recomendado...

—No sabía que era amigo de Michael —susurró Madison contenta de que Brandon también la hubiese elegido a ella.

—Eso parece...

—Lo raro es que Michael no te haya elegido a ti, ¿no?

—Le aconsejé que eligiera a esa mujer.

—Pero no le pega en nada.

—Por eso mismo. Necesita encontrar a una mujer que conocer con tranquilidad sin que el enamoramiento lo ciegue.

—Madre mía, Adriana, al final te veo creando una secta que glorifique el *antiamor* y que cree parejas tediosas y apáticas.

—No me des ideas —masculló haciendo que su amiga le diese un codazo mientras se echaba a reír por la seriedad de sus palabras.

—¿Por qué no hablas con Michael? Parece majo —añadió mirando cómo charlaba con Brandon.

—No empecemos, Madison. Además, me voy a ir ya a casa y así tienes tu segunda cita sin carabina...

—Quédate, podemos irnos todos juntos a cenar. Podemos decírselo a Michael... ¡Cuanto más seamos, mejor!

—¿Qué tenéis que decirme? —preguntó él sorprendiéndolas por detrás.

—Había pensado, ya que Brandon y tú sois amigos, y Adriana y yo también, salir a cenar los cinco juntos...

—¿Los cinco? —preguntó Brandon acercándose también.

—Sí, nosotros dos, Michael y la chica número once —dijo señalando a la mujer enclenque que había elegido éste como cita y que se encontraba detrás de él, prácticamente hiperventilando porque la hubiese elegido a ella entre todas las demás— y Adriana.

—No hagáis caso a mi amiga, creo que el pitidito le ha afectado más de lo que pensaba —replicó Adriana mientras negaba con la cabeza—. Yo me marchó a casa, pero divertíos mucho, ¿vale? —soltó mientras les guiñaba un ojo y salía del local sin darles opción a que la convencieran.

Necesitaba estar lejos de la mirada de Michael y de la mujer número once, que lo miraba obnubilada. Su cartelito decía que se llamaba Brenda y que tenía veintisiete años. «Vale, he

cometido un error y no debería haberle dicho que saliera con ella, pero esa mujer era el mal menor entre todas esas lagartonas que querían seducir a Michael o dejarlo seco... Joder, Adriana... ¡Basta ya! Deja de pensar en él, que se acueste con todo el local si quiere, que se enamore hasta las trancas de quien le dé la gana. Tú céntrate en lo que importa, aunque ya dudes incluso de lo que es...», pensó mientras detenía un taxi y daba su dirección.

Capítulo 20

—Ya voy, ya voy... —dijo mientras se levantaba de la cama a trompicones y se dirigía a la puerta de su apartamento.

—¿Qué estabas haciendo para tardar tanto en abrirme? —preguntó Madison mirando la pinta que tenía: el cabello revuelto, los ojos todavía pegados y el pijama más horrible que podría haber comprado en rebajas.

—Dormir —respondió mientras cerraba la puerta y veía que su amiga dejaba sobre la encimera una bolsa de Starbucks—. ¿Has traído el desayuno?

—Claro —indicó con una sonrisa mientras sacaba de ésta dos cafés y unos deliciosos *muffins* de chocolate.

—¡Qué bueno! —exclamó con emoción mientras cogía dos manteles individuales y los disponía en la pequeña mesa redonda que había justo al lado, entre la cocina y el salón.

—Ay, Adriana —dijo Madison mientras se sentaba y observaba a su amiga salivar por el manjar matutino que le había llevado—. Brandon es un cielo de hombre.

—¿Tan bien fue la segunda cita? —preguntó mientras cogía un *muffin* y se preparaba para degustarlo.

—Mejor que bien, diría yo —añadió, soltando de paso un suspiro para confirmar su confesión.

—Y te has acostado con él, ¿no? —bufó temiéndose que en esa historia hubiera algo que fallara—. Ya te lo he dicho muchas veces, Madison...

—No, Adri —replicó cortándola mientras le mostraba una amplia sonrisa—. Y mira que me apetecía un montón, porque menudo pibonazo. Pero fui una chica buena y él fue todo un caballero que me acompañó hasta casa y me dio un beso... ¡Menudo beso! Aún estoy flotando por culpa de él.

—¡Qué bien! —exclamó mientras le daba un gran mordisco al *muffin* de chocolate, ¡estaba delicioso!—. ¿Vas a quedar otro día con él?

—Sí, hoy —contestó mientras dejaba el café en la mesa después de darle un sorbo.

—¿Adónde iréis? —preguntó con curiosidad.

—Dirás mejor adónde *iremos*.

—¿Cómo?

—No te voy a dejar sola un domingo.

—¿Y qué quieres?, ¿que vaya sujetándoos una sombrilla para que no os dé el sol? No, no, es mejor que estéis a solas y así os conocéis mejor.

—Escúchame, señorita solitaria —añadió Madison mientras la miraba fijamente—. Anoche nos fuimos a cenar con Michael y Brenda, que es como se llamaba la mujer número once... Y, hablando de todo un poco, decidimos salir hoy a dar un paseo en barco. Parece ser que Brandon tiene uno y estoy deseando ver cómo navega mi pirata del Caribe —susurró mientras le guiñaba un ojo.

—¿Y qué pinto yo ahí?

—Es que ha invitado a un amigo suyo —dijo mientras le guiñaba un ojo—. Me ha asegurado Brandon que es intelectual, serio, respetable y, en definitiva, un aburrido de esos que te gustan a ti. ¿Qué me dices? Será como una cita a ciegas, pero en alta mar.

—Has perdido el norte, amiga...

—Un poco, pero lo he hecho con mucho cariño para ti —añadió mientras le lanzaba un beso al aire.

—No pierdo nada en conocerlo. Espero que sea como te lo ha descrito Brandon...

—Claro. Brandon es un amor de hombre, que lo sepas —confesó mientras reprimía un suspiro que las hizo a las dos reír.

* * *

—¡Es un velero! —exclamó Madison con emoción al llegar al puerto y ver a Brandon subido a una preciosa embarcación blanca.

Adriana sonrió mientras se acercaba con ella al barco, que se balanceaba con suavidad sobre las aguas cristalinas. Alzó la mirada y vio una sonrisa que la hizo detenerse de golpe.

—No me dijiste que iba a venir Michael —farfulló mientras la agarraba del brazo para detenerla.

—¿Cómo que no? Te dije que anoche lo estuvimos hablando todos y que quedamos para hoy...

—Joder, Madison, ¡no quiero pasar el día con él! —añadió con desesperación. Sólo con verlo, su cuerpo se había revolucionado y no sabía cómo detenerlo. Todo era demasiado nuevo para ella.

—Y no pasarás el día con él, sino con otras cinco personas más. ¡No te agobies, ¿vale?! —añadió mientras la cogía del brazo y caminaban pegadas la una a la otra.

Camiseta blanca, bañador largo hasta la mitad del muslo de rayitas en diferentes tonalidades de azul, lo que resaltaba todavía más su bronceado, y esa mirada socarrona dirigida a su amigo mientras estaban preparando las velas. Esa imagen de Michael se le grabó en la retina, era tan guapo, tan atractivo y tan seductor que parecía un chiste o una broma de mal gusto, y ella... ¡Adriana no sabía qué hacer para controlar todo aquello!

—Esperad, que os ayudamos a subir —dijo Brandon al verlas mientras se dirigía hasta una pasarela que comunicaba el barco con el puerto.

—Muchas gracias —susurró Madison mientras cogía su mano y subía al velero sin dejar de mirarlo a los ojos. Entonces él la cogió en brazos y le dio un rápido beso en los labios que hizo

sonreír todavía más a la modelo.

—Gracias por invitarme —dijo Adriana agarrándole la mano a Brandon para acceder también al navío.

—A ti por venir, creo que Frank no tardará mucho en llegar —informó haciendo que ella sonriese.

—Mejor.

—Hola, chicas —saludó Michael acercándose a ellas con esa sonrisa canalla y esa mirada intensa dirigida a Adriana que la hizo sentir que su cuerpo se mecía solo. «¿Cómo no se va a mecer, si estoy subida a un barco?», pensó intentando razonar lo que le ocurría.

—¿Y Brenda? —preguntó Madison.

—Brenda no vendrá al final —dijo Michael mientras se encogía de hombros—. No era lo que ella buscaba...

—Vaya, qué pena. Parecía buena chica —repuso Madison.

—Sí, lo es. Pero la vida es así... —comentó él con resignación—. Pasad y poneos cómodas. Sólo falta que venga Frank y zarpamos.

—Esto no será una encerrona, ¿verdad? —susurró Adriana mientras caminaba hacia el otro extremo del velero.

—Por supuesto que no —contestó Madison con rotundidad.

—Como no venga ese tal Frank, me tiro al agua y me voy nadando hasta casa.

—¡Qué exagerada eres! Anda, dejemos aquí los bolsos y vayamos a sentarnos en ese banco a esperar a tu cita. ¿Cómo te lo imaginas? —preguntó mientras la cogía de la mano—. Ay, yo me lo imagino guapetón, ¿sabes? Porque los aburridos no tienen por qué ser feos... Alto, que a ti te pega con altura; fibroso, pero sin ser ni un tirillas ni un muñeco de Michelin, castaño, bronceado...

—Estás describiendo a Michael —resopló Adriana mientras la miraba con inquina.

—¿Sí? —soltó como si fuera algo gracioso—. ¡No me había dado cuenta! —añadió entre risas—. Uy, mira, alguien está subiendo...

Adriana se volvió y tuvo que tragar varias veces saliva para controlarse. Estaba claro que no esperaba ver a un clon de Michael, ni siquiera la versión *Made in China* de éste, ni tampoco alguien que se le pudiese asemejar, pero ese hombre... ¡es que no tenía nada que ver con él ni con Brandon! Era mucho más bajo que ellos dos, debía de rondar el metro setenta, pelirrojo, pálido, y cuyo rostro afilado, donde una prominente nariz aguileña destacaba sin remedio, estaba repleto de pecas. Madison la cogió de la mano, supuso que para darle ánimos. Pero, aunque a primera vista no resultara grato de mirar, para Adriana aquello carecía de importancia. La belleza era efímera, y lo que de verdad importaba era el interior, sobre todo si ese interior estaba en consonancia con el suyo y con sus ideas...

—Adriana —dijo Brandon con una franca sonrisa mientras se dirigían a ella. Las chicas, al verlo, se levantaron—, te presento a Frank; Frank, ésta es la mujer de la que te hablé...

—Encantado de conocerte, Adriana —comentó Frank mientras le estrechaba la mano dejándole

un reguero de sudor que le dio un poco de grima.

—Lo mismo digo, Frank —terció ella obligándose a sonreír mientras, con disimulo, se limpiaba el sudor en los pantalones cortos que llevaba.

—¡Pues vámonos! —exclamó Brandon con alegría mientras asentía en dirección a Michael para que éste quitase el amarre y así poder partir.

Más tarde, Adriana tuvo que escuchar un monólogo lento y pausado de la vida de Frank en el que averiguó que era contable, tenía cuarenta años y sólo había tenido una novia. Hablaba como si estuviese en un mitin, sin importarle que ella tuviera que decir poco o mucho de su vida, y le comentó que vivía solo, le gustaba leer libros sobre política e historia, le encantaba viajar a lugares donde había huellas de guerras pasadas, odiaba el chocolate y las comedias románticas y aborrecía los animales y los niños. Adriana tuvo que ahogar un quejido al verse envuelta en una conversación que no tenía fin donde el único que hablaba era él, y a ella, prácticamente, no la dejaba meter baza. ¡Ni siquiera le había preguntado en qué trabajaba! Sólo hablaba de sí mismo, de sus padres, de las flores que cultivaba su madre, de sus vecinos escandalosos y de lo apasionante que era ser contable en una de las empresas con más futuro de Miami. Intentó desviar la mirada hacia un lado. El velero llevaba anclado un rato para que sus ocupantes pudieran refrescarse en esas aguas cristalinas que los llamaban a gritos. Y entre eso y las risas que podía oír procedentes del agua mientras Frank seguía hablando sin cesar...

—¿No te vas a meter? —preguntó en un descuido por parte de él mientras señalaba hacia abajo.

—¡Dios mío, no! —exclamó él horrorizado sólo de pensarlo—. Además, me quemó enseguida con el sol, prefiero quedarme aquí con mi sombrero.

—Échate crema solar, si no, llegarás a tu casa más rojo que una gamba —terció Adriana al ver cómo empezaba a tornarse rosada su piel blanquecina.

—Oh, sí, ¡es verdad!, me toca echarme. Gracias por recordármelo —indicó mientras abrió su mochila y sacaba la crema para comenzar a aplicársela en el rostro y en los brazos, pues las piernas las llevaba cubiertas por un pantalón largo que a ella le dio calor sólo de imaginárselo sobre su piel...

—De nada, hombre —susurró observando cómo se le quedaba un pegote blanco en la nariz—. Espárcela mejor —indicó señalándose la cara, mientras él asentía con alegría y hacía lo que le había pedido—. Yo sí me voy a meter un rato. ¡Tengo calor!

—Claro, te esperaré aquí para seguir conociéndonos.

Adriana se esforzó en sonreír mientras asentía. «Será para que yo te conozca, porque al revés me parece que no...», pensó mientras se acercaba al borde y observaba a Madison nadar como una sirena alrededor de Brandon.

—¡Adriana, tírate! —exclamó su amiga al verla asomada.

—Sí, ya voy —dijo mientras le sonreía para después quitarse el pantalón y la camiseta de tirantes.

Se acercó un poco más, se quitó las sandalias y se volvió para ver a Frank, que estaba más pendiente de echarse crema que de ver cómo era su cita en bikini. Negó con la cabeza, aquello era absurdo, y lo peor era que tenía que compartir aún muchas horas con el guaperas, ese hombre que no había parado de mirarla desde la distancia, como si la estuviese vigilando, como si quisiese saber cómo iba su cita con ese pelirrojo que únicamente estaba pendiente de sí mismo...

—¡Por los viejos tiempos!

Sólo pudo oír la seductora voz de Michael, pues no le dio tiempo ni siquiera a asimilar o a descifrar esa frase, ya que él simplemente la cogió en brazos como si pesase como una pluma y se tiró con ella al agua, provocando que Adriana chillase y se cogiese con fuerza de su nuca. Al sumergirse en el agua, él la soltó y Adriana notó el brusco cambio de temperatura sobre su piel, del calor al frío, pero, sobre todo, al emerger y verlo delante de ella, mostrándole esa sonrisa traviesa, no supo qué hacer: ¿buscaba un coral y se lo tiraba a la cabeza o lo agarraba de la nuca y lo besaba? Esa sonrisa que le mostraba le hacía todavía más tentadora la segunda opción, ¿y si dejaba de darle vueltas a todo y probaba lo que era la atracción física?

—Pero ¿qué haces? —soltó intentando escoger la primera opción, la más sencilla para ella y también la más cómoda.

—Te he visto dudando y no me he podido resistir —repuso él guasón sin dejar de nadar muy cerca de ella.

—De verdad que no puedo estar contigo donde hay agua, ¿eh?

—Por lo menos hoy vienes preparada —susurró mientras le guiñaba un ojo—. Por cierto, muy bonito el bikini, aunque mi preferido es el rojo. Seguro que, si te hubieses puesto ése, Frank te habría echado cremita en la espalda —añadió con sorna, haciendo que ella se acalorase al recordar que con ese bikini había estado a punto de cometer una locura con Michael dentro de un jacuzzi. «¿Qué me pasa con este hombre y el agua?»

—Frank no es de éstos. Es un hombre muy caballeroso y amable —replicó altanera intentando apaciguar a su cuerpo, que comenzaba a prepararse por si dejaba suelto su oscuro deseo.

—Sí que lo es —confirmó mientras se capuzaba y volvía a emerger todavía más cerca—. Hacéis una gran pareja. Me alegro un montón por vosotros.

—Una lástima que lo tuyo con esa mujer no cuajase.

—Sí, pero no pierdo la esperanza de encontrar a mi media naranja o, como diría mi cuñada, mi medio pomelo —respondió mientras le guiñaba un ojo y comenzaba a nadar en dirección a Brandon.

Ella lo miró, tan fuerte, tan seguro, tan guapo... «¡Joder, ese hombre no te puede gustar, Adriana! Basta ya de tonterías. Nada, sonrío e intenta que Frank te escuche un poco para variar», pensó mientras se sumergía de nuevo en el agua y buceaba sintiendo que, por primera vez en su vida, su cuerpo no estaba de acuerdo con su mente.

Capítulo 21

—¡Mierda! No puede ser, ¡me he dormido! —soltó al ver la hora en su móvil y levantarse a la carrera de la cama.

Había empezado bien el lunes, ¡superbién!, después de que la noche anterior le costase horrores conciliar el sueño porque cierto fotógrafo que resultaba ser su nuevo ilustrador no había cesado de hacer reír a los ocupantes del velero —incluido Frank, que poseía una risa estridente, tan molesta que podía oírse a kilómetros de distancia—, de contar anécdotas de sus continuos viajes. Adriana se enteró también de que, además de ser un fotógrafo con una reputación envidiable y varios premios a sus espaldas, había trabajado sin cobrar ni un dólar para varias ONG en las que había realizado reportajes simplemente porque deseaba que el mundo supiera lo que escondían ciertas zonas de la Tierra. Y todo ello sin hacer el amago de seducirla, de acercarse a ella, de posar su increíble mirada en ella, por supuesto, sin contar aquel chapuzón que se dieron juntos y que le supo a poco al darse cuenta de que éste ya no volvió a interesarse en ella... ¿Era posible que Michael ya se hubiese cansado de irle detrás? Esa pregunta que en principio debería haberla apaciguado —e incluso alegrado—, hizo que diese tantas vueltas en su cama que parecía más el centrifugado de una lavadora que una persona tranquila y serena. Era frustrante, lo sabía, pero su cuerpo no hacía caso a su mente cuando intentaba explicarle que esa indiferencia hacia ella era buena para su vida.

Se vistió y salió a la carrera mientras se ponía los tacones en el ascensor e intentaba, gracias al espejo de éste, aplicarse una crema facial con color para no parecer una muerta viviente. Después, en el interior del coche, antes de arrancar, se aplicó brillo labial y se olvidó de su imagen, dando por hecho que estaba perfecta, como siempre. ¡No tenía tiempo para nada más, llegaba tarde!

—Buenos días, Marge, necesito un café bien cargado y un *muffin* de chocolate con urgencia. ¿Ha llegado la propuesta del señor Stevens?

—Buenos días, señorita Álvarez —titubeó su secretaria mirándola extrañada, algo a lo que en un principio no le dio importancia, ¡tenía demasiadas cosas que hacer!—. Sí, ha llegado. También tiene en su mesa la agenda para hoy y ha llamado por teléfono el señor Wright, quiere que le devuelva la llamada cuanto antes.

—Perfecto. ¡Gracias! —exclamó para entrar en el despacho, dejar su bolso de malas maneras y encender el ordenador mientras se sentaba en la silla—. Adelante, Marge, ¡qué rápida eres! —exclamó al oír que alguien llamaba a la puerta.

—No soy Marge —informó un sonriente y resplandeciente Michael mientras caminaba hacia su mesa. Una camiseta amarilla resaltaba el bronceado que había ganado el día anterior, y esos

vaqueros oscuros simplemente la hicieron boquear como un pez. «¿Por qué la vida es tan injusta y este hombre está para darle mordiscos incluso un lunes tan temprano?!»—. Me encanta tu *look* salvaje.

—¿Mi qué? —soltó ella sin entender nada, volviendo a posar los pies en la Tierra. Con ese hombre simplemente se olvidaba estar anclada al suelo...

Él le señaló el cabello y, de inmediato, ella cerró los ojos maldiciendo por dentro, ¡se le había olvidado peinarse! Resopló mientras se percataba de que en el ascensor había estado más pendiente de maquillarse que de otra cosa.

—¿Cómo tengo el pelo? —preguntó intentando mirarse en el reflejo de la pantalla del ordenador, algo que no logró conseguir—. ¡Mierda! —maldijo cogiendo su bolso y buscando en su interior algo para recoger su melena rebelde. Al encontrar una goma suspiró aliviada mientras, con la ayuda de sus dedos, se peinaba para poder hacerse una coleta o lo que fuera, porque con tanta vuelta en la cama su cabello se había vuelto una maraña incontrolable.

Se levantó de la silla de un salto sin dejar de intentar acomodarse el cabello, miró a su alrededor y vio cerca de unas estanterías una botella con un poco de agua. Se mojó las manos, puso la cabeza hacia abajo y, humedeciéndose el cabello, se alzó un recogido que ató con maestría y enrolló controlando su enmarañado pelo. Mucho más tranquila, o por lo menos hasta que él saliese del despacho y ella utilizase la cámara frontal de su teléfono móvil para ver cómo había quedado, se dirigió de nuevo a su silla.

—¿Qué querías, Michael?

—Espera —dijo mientras se inclinaba con decisión hacia ella, le apartaba un mechón de cabello y se lo colocaba tras la oreja de una manera tan seductora, sin ni siquiera llegar a tocarla, que incluso tuvo que reprimir un gemido frustrante por no poder sentir su cálido contacto—. Así está mucho mejor...

—Gracias —susurró intentando mantener el control de la situación, ignorando a su cuerpo, que la empujaba hasta él, olvidando sus normas, que era su jefa y que ella no quería tener nada con ese hombre.

—Te quería mostrar cómo habían quedado las fotografías que elegiste de todas las que hice la semana pasada para la campaña de las joyas.

—Oh, estupendo —terció levantando el brazo para que él le diese las copias. Al cogerlas, rozó sin querer sus dedos fuertes y sus ojos se enredaron en unos segundos lo suficientemente eternos como para que Adriana tuviese que obligarse a mirar esos papeles que él le había traído mientras fingía estar muy concentrada en ellos y no en el cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo al sentir su tacto.

Lo cierto era que ese hombre era un profesional de la fotografía. No se imaginó que pudiera sacar tanto provecho de filtros, ángulos y desenfoces hasta que vio sus diapositivas. Le costó mucho elegir entre tantas fotos hechas con una maestría envidiable, pero al final logró escoger

entre cuatro, las que tenía en esos momentos en las manos y que la hicieron sonreír al ver lo bien que habían quedado. ¡Esa campaña iba a ser un éxito!

—Has hecho un trabajo estupendo, Michael —confesó sabiendo que era imposible decirle lo contrario—. Cuando las vea el cliente, va a estar más que contento.

—Que me lo digas tú tiene el doble de valor —indicó con una sonrisa.

—Bueno, bueno, pero no te relajes, ¿eh? Esta campaña es muy importante a nivel económico, pero nuestra agencia tiene el nombre que tiene porque nos tomamos muy en serio a todos nuestros clientes. ¿Has empezado a trabajar en la nueva campaña que te he enviado?

—Sí, pero aún me queda un poco para poder enseñarte los bocetos.

—Cuando los tengas, me lo traes. ¡Sigue así!

Michael sonrió y salió del despacho sin decirle nada más. Adriana expulsó el aire con fuerza, sintiendo que aquello no era lo que ella quería, algo absurdo y contradictorio, pero echaba de menos ese halo de seducción hacia ella... Al poco, Marge entró con el café y el delicioso dulce y, aunque los disfrutó muchísimo, aquel vacío en su estómago, esa sensación extraña que revoleaba en su cuerpo no se disipó.

—Recuerde que tiene que llamar al señor Wright, señorita Álvarez —dijo al rato su secretaria después de entregarle unos dosieres.

—¡Oh, sí! —exclamó al haberse olvidado por completo—. Ahora mismo llamo. Gracias, Marge.

«Pero ¿qué me pasa?», pensó al darse cuenta de que, en los siete años que llevaba trabajando en la agencia, era la primera vez que llegaba tarde y se le olvidaban las cosas...

—Buenos días, señor Wright —dijo después de que él contestara—. Me ha dicho Marge que me había llamado.

—Hola, Adriana, sí... —repuso su jefe. De fondo ella oyó como si estuviese andando por la calle—. Esta mañana me ha llamado a primera hora Tommy Parker. —Adriana asintió. Era el cliente de la campaña de las joyas—. Me ha comentado que está muy contento con todas las muestras que le estamos presentando y que quiere lanzar la campaña la semana que viene con una gran fiesta en el hotel Four Seasons, en Nueva York.

—Para esa fecha tendrá entregada la campaña completa. Michael me acaba de enseñar las fotografías para la publicidad impresa, y han quedado espectaculares.

—¡Perfecto! —exclamó con emoción—. Sabía que haríais un equipo estupendo. Pues coméntale a Michael que el viernes de la semana que viene no haga planes, quiero que venga con nosotros a la fiesta del lanzamiento. Desde que Tommy se enteró de que él trabajaba en su campaña, está detrás de mí para que se lo presente... ¡Hemos tenido mucha suerte de que Michael haya aceptado trabajar en nuestra agencia, Adriana!

—Sí, señor Wright —añadió sabiendo que éste no exageraba. Ya lo había comprobado y ese hombre, aunque le costase reconocerlo, era magnífico en todo lo que hacía...

—Nos vemos. ¡Seguid así!

Adriana se despidió de él y colgó el teléfono mientras se quedaba observando las paredes. Tenía por delante mucho trabajo hasta llegar a la fecha acordada del lanzamiento y aún les quedaban un par de cosillas que podrían zanjar esa misma semana para poder utilizar la siguiente para los preparativos de la gran presentación. Tenía que salir todo a la perfección y no podía dejar que ese embotamiento transitorio que padecía pusiera patas arriba meses de trabajo.

* * *

El día siguiente no fue mejor. Se levantó a su hora, sí, pero ese agotamiento causado por no pegar ojo por la noche la dejaba abotargada.

—Vamos —dijo Adriana abriendo la puerta del estudio de creatividad mientras miraba a Michael, que se encontraba absorto en el trabajo.

—¿Adónde? —preguntó él extrañado.

—Al rodaje del *spot*, por supuesto. ¿No te han dicho que tienes que venir conmigo?

—No...

—Pues muévete, que no tenemos todo el día —terció como si nada.

Michael se levantó de su silla, miró a Ricky, que ni siquiera hizo amago de apartar la mirada del ordenador, y se dirigió hacia la puerta. Adriana comenzó a caminar hacia la salida de la oficina mientras comprobaba que estuviera todo el equipo para comenzar a rodar y que no se olvidara de nada ni de nadie. ¡Menuda semanita de olvidadiza llevaba!

La grabación se hacía, primero, en un asombroso yate de lujo, después grabarían una escena en un fastuoso hotel de la ciudad y por último deberían esperar a la noche para grabar en la playa. Tenían por delante un largo día de trabajo y no podía salir nada mal.

* * *

—¡Qué calor hace! Asegúrate de que las modelos no tengan brillos indeseados en el rostro. Tienen que parecer de porcelana, que sean perfectas como lo son las joyas, ¿de acuerdo? —comentó Adriana a una de las maquilladoras antes de comenzar a grabar en el yate.

Miró hacia atrás y maldijo por dentro. Era increíble que, allá donde fuera, Michael tuviera que ser el centro de atención de todo el mundo, como en ese momento. Las maquilladoras, las peluqueras e incluso las propias modelos hablaban con él mientras le hacían ojitos, intentando que él posara la mirada en ellas. «Somos tontas de más», pensó Adriana frustrada al ver que todas caían sin remedio ante el atractivo innegable de ese hombre.

—¡¡Michael!! —gritó al rato, harta de que él no parara de reír con esas mujeres, ignorándola de paso.

Él se acercó con tranquilidad mientras les guiñaba un ojo y hacía que ellas sonriesen de manera bobalicona.

—Dime, jefa.

—Mira, fijate, no se ven bien los pendientes en esta escena.

—Sí, ya veo... —susurró mientras prestaba atención a la escena—. Recógele el pelo.

—No, no quiero que sea tan obvio. Quiero que se muestren las joyas como si fuera algo casual.

—Vale... —Pensó mientras daba un paso hacia la modelo y la rodeaba barajando varias posibilidades—. ¡Ya lo tengo! Que el modelo se ponga a su espalda y que le aparte el cabello para darle un beso en la nuca, es una manera rápida y eficaz de mostrar los pendientes sin que sea algo obvio —dijo mientras éste lo hacía y la modelo sonreía obnubilada por tener a ese hombre tan cerca apartándole el cabello con tanto mimo.

—Sí, me gusta —terció Adriana disimulando que presenciar esa escena no le estaba molestando, aunque por dentro echaba humo y lo único que deseaba era coger a Michael y mantenerlo pegado a su lado, impidiendo así que alguien se acercara a él—. Vamos a repetir la escena —le comentó al director, y éste asintió para poner desde el principio la grabación.

—¿Puedo irme ya? —preguntó volviendo a su lado.

—No, quédate conmigo. Quiero que me ayudes por si se me escapa algún detalle. Tiene que salir todo perfecto, Michael —añadió con seriedad sin ni siquiera mirarlo.

* * *

La jornada fue larga, agotadora y extraña, sobre todo porque Adriana no podía soportar verlo al lado de otra mujer, pero a la vez sabía que era lo mejor para ella. Almorzaron todos juntos en un restaurante a cuenta de la empresa y, después de una buena comilona, de ver cómo Michael no había cesado ni un segundo de hablar y de dejarse querer por las modelos o por cualquier mujer que tuviese ojos en la cara y de sentir cómo su malestar crecía a medida que se percataba de que él ni siquiera se había dignado mirarla por un segundo, se dirigieron a la playa para comenzar a prepararlo todo para la grabación de la noche.

—Jamás pensé que me podría gustar tanto este trabajo —confesó Michael nada más ponerse a su lado. Adriana estaba supervisando cómo estaba quedando la zona de grabación.

—Seguro que echas de menos sacar fotos sin que nadie te obligue a hacer mil instantáneas de un reloj —repuso ella con dejadez. Estaba molesta consigo misma por sentir aquello que no podía controlar por ese hombre.

—Siempre puedo utilizar mi cámara para dejar volar mi instinto —terció con una sonrisa—. Pero esto es diferente, y a la vez tan creativo y llamativo que me encanta.

—El señor Wright estará contento de saberlo —añadió disimulando una sonrisa.

—¿Y tú no?

—Lo normal. Eres un buen ilustrador, no te lo voy a negar.

—Vaya, gracias...

—Por cierto, el señor Wright me ha comentado que quiere que vengas a la presentación de la

campaña. Será el viernes de la semana que viene en Nueva York.

—¿Vas a ir con Frank?

—Claro... —susurró Adriana, obligándose a confirmar algo que ni siquiera había pensado. ¡Ni siquiera se acordaba de ese hombre!—. ¿Y tú vas a ir con alguna mujer?

—No lo sé todavía...

—Bueno, hoy has tenido varias candidatas para elegir, ¿no? —replicó mientras señalaba a las deslumbrantes modelos, haciendo que Michael la mirase extrañado, atento a sus palabras—. ¿Cuál será la elegida?, ¿la morena, la rubia?, o, ¡vivamos a lo loco!, ¿tal vez las dos?

—Nos conocemos desde hace casi tres semanas... ¿De verdad crees que soy así?

—¡Claro! Eres un conquistador. Eres el Alejandro Magno de las tías. Ahora no te hagas el santo, Michael, que se nota que te encanta que te veneren, que te toquen y que dejen rastros de babas a tu alrededor —añadió con rotundidad. Lo sabía, estaba volcando su frustración en él, ¡pero él tenía la culpa de que se sintiera así!

—Madre mía, no tienes ni idea de cómo soy, y lo peor de todo es que realmente no quieres conocerme. Me has colgado un sambenito simplemente por cómo crees que soy, sin esforzarte en conocerme de verdad. ¿Y sabes por qué te da miedo hacerlo? Porque temes enamorarte de mí.

«¿Que... qué?», pensó ella mirándolo boquiabierta.

Capítulo 22

—¡Lo que me faltaba por oír hoy! —exclamó Adriana mientras hacía aspavientos con los brazos —. ¿Que tengo miedo de conocerte porque, si no, me enamoraré de tí? Pero, tío, ¿tú te escuchas cuando hablas?

—Demuéstramelo —replicó Michael sin ni siquiera inmutarse, controlando aquella extraña situación que la tenía más que alterada, ¡frenética!

—¿El qué?

—Que no te da miedo conocerme y dejar que yo te conozca.

—¡¡Soy tu jefa!!

—¿Y qué? ¿Ahora está prohibido conocer a tus empleados? Ah, claro, es verdad, estoy ante la mismísima Cruella de Vil, una jefa seria, despiadada, que hace que cambie el ambiente sólo con su presencia, una mujer que no cree en el buen rollo con sus empleados, una persona que prefiere que la teman a hacerse su amiga.

—Muy gracioso —bufó ella con sorna, sintiendo cómo descubrir ese mote la dejaba contrariada. «¿En serio, Cruella de Vil? Pero si a mí me gustan los perros...», pensó sin entender por qué le habían puesto ese nombre.

—Es la verdad. Todos te tienen miedo.

—Mejor así —resopló sintiendo que su enfado aumentaba de manera irracional.

—¿Por qué? —preguntó Michael, haciendo que ella lo mirase con atención. ¿De verdad se lo tenía que explicar?

—¿Tú sabes lo que cuesta que una mujer medio latina desempeñe un cargo tan importante en una gran compañía? Tú no sabes lo que es trabajar el triple que otras personas para que reconozcan lo que vales porque simplemente tienes tetas y un apellido español... ¿Y sabes por qué no lo sabes? Porque tú tienes algo colgando entre las piernas, tienes un apellido norteamericano y, además, perteneces a una familia adinerada que te respalda. ¡Qué fácil es hablar desde la comodidad! —soltó para después encaminarse hasta donde se encontraba el director sin darle opción a que él le contestase.

¡Estaba furiosa! Sentía cómo le temblaban las manos, cómo su corazón se encontraba acelerado, pero lo que más rabia la hacía sentir era que Michael tenía razón: le daba miedo conocerlo porque no quería enamorarse de él ni de nadie. Se concentró en el rodaje obligándose a no mirarlo, tenía que hacerlo para que saliese todo bien, no podía permitirse el lujo de pensar en algo que podía cavilar a solas. Cuando el director dio por buena la toma, recogieron y se

marcharon cada uno a su casa. No vio a Michael, ni siquiera él se despidió ella, y eso la hizo sentirse un poco mal. A lo mejor se había pasado con él...

* * *

Otra noche más sin dormir como debería, y ya sumaban demasiadas para contarlas. Antes de salir del ascensor se miró en el espejo, repasando minuciosamente su imagen: cabello controlado, maquillaje tapando el cansancio, ropa elegante. Salió de allí y se dirigió hasta su despacho. Observó a Marge, que daba un brinco en su silla al verla. ¿Era verdad que le tenían miedo? Jamás se había parado a pensar en esa opción, siempre había creído que le tenían respeto, pero no miedo...

—Buenos días, señorita Álvarez, ya tiene el té en su mesa, la agenda para hoy y el informe de ventas que me pidió de la pasada campaña.

—Buenos días, Marge, muchas gracias.

Se sentó frente a su mesa y encendió el ordenador, pero algo llamó su atención antes de coger el vaso de té. Un sobre estaba escondido debajo del teclado. Lo cogió, lo abrió y sacó lo que contenía.

—Pero...

Era una foto de ella, sonriendo de verdad, con el rostro sin maquillaje, con la melena suelta y revuelta por la brisa marina, ante la cascada gemela mientras miraba hacia arriba, embelesada por la gran belleza de aquel rincón de la isla... Era una instantánea llena de detalles, con una calidad maravillosa, y lo peor de todo era que no se reconocía y mucho menos recordaba cuando Michael se la había hecho en Hawái... Volvió la foto y sonrió al leer una frase escrita con rotulador negro:

Quiero conocer a la verdadera Adriana.

Miró de nuevo la imagen. No parecía ella, era más bien la versión de sí misma que siempre ocultaba, tan indefensa, tan débil, tan feliz... Reprimió un suspiro y guardó la foto, cogió el vaso y le dio un trago al té. Tenía dos opciones: podía seguir como estaba y confirmarle a Michael que no quería conocerlo porque sentía un miedo atroz a enamorarse de él o demostrarle que podía dar ese paso y que no tenía miedo de nada porque ella no creía en el amor. ¿Cómo se iba a enamorar alguien que no creía en ese sentimiento?

—Estoy loca —bufó mientras elegía la segunda opción y esperaba no cometer un grave error por intentar demostrarle algo a Michael.

* * *

—Adelante —dijo a media tarde, después de ni siquiera haber descansado para almorzar.

—Hola, Adriana —saludó Michael mientras cerraba tras él—. He terminado los bocetos para

la siguiente campaña.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó al ver que sujetaba una bolsa de papel en la otra mano.

—Te he traído el almuerzo; me ha dicho Marge que no habías salido del despacho —comentó mostrándole una amplia sonrisa.

—Espero que no sea una insípida ensalada —susurró mientras ponía cara de asco mientras cogía la bolsa y la abría.

—No —terció entre risas cuando vio el gesto de repugnancia al imaginarse aquella posibilidad—. Es una hamburguesa con patatas y un buen trozo de tarta de chocolate.

—¡Qué bueno! —exclamó con emoción mientras hacía hueco en su mesa para darse el festín—. Muchas gracias, Michael.

—De nada, me he imaginado que tendrías hambre.

—¡Muchísima!

Adriana sonrió mientras asentía. Era de los que no se rendían, y le recordó a Madison esa perseverancia por abrirse un hueco en su vida, esa testarudez envidiable, esa firme convicción de que podrían tener una bonita amistad. ¿Podría ser amiga de un hombre que aceleraba su cuerpo? Eso no lo sabía, era algo tan novedoso para ella que no entendía cómo podría hacerlo...

—¿Sólo tienes una amiga? —preguntó él sin venir al caso, supuso que estaba dispuesto a conocerla sin importarles nada más.

—Sí, no tengo mucho tiempo para hacer amistades. Ya sé que tú tienes cientos de ellos, y seguramente repartidos por todo el mundo.

—Pues sí, no te lo quería decir, pero tengo muchas casas a las que ir gratis a dormir —terció haciendo que ella sonriese mientras se preparaba para darle un gran mordisco a su hamburguesa.

—¡Qué buena! —exclamó deleitándose con su sabor.

—Paul no suele comer estas cosas.

—Lo sé —dijo mientras se limpiaba la boca con una servilleta—. He comido más tofu y soja de lo que debería admitir... Pero debes reconocer que Janice tampoco habría comido jamás una hamburguesa...

—Ni las patatas, y mucho menos la tarta de chocolate. Ella se cuida mucho...

—Es lo malo de vivir de tu imagen —añadió sin dejar de degustar la hamburguesa con devoción. ¡¡Estaba famélica!!

—Pues me temo que Frank es un vegano confeso.

—Puf... —resopló Adriana con frustración—. Lo peor de que sean así es que no respetan que yo coma comida rápida o dulces...

—Y a ti te encantan.

—Sí, demasiado —confesó mientras alzaba risueña los ojos al techo—. Sé que no es la mejor dieta para una persona, pero no lo puedo evitar...

—Adriana, quería pedirte perdón por todo lo que te dije ayer. No debería haberte dicho esas cosas.

—Ni yo a ti... Supongo que son cosas que se dicen sin pensar.

—Sí... —murmuró Michael levantándose de la silla—. Bueno, te dejo que te termines la comida tranquila, yo tengo trabajo aún para otro rato más.

—Déjame los bocetos, luego los miro.

—Vale —dijo mientras los apoyaba encima de la mesa—. Brandon me ha enviado un mensaje y me ha dicho que podríamos quedar todos juntos para tomar algo hoy, ¿qué te parece?

—¿También irá Madison? —preguntó mirándolo con curiosidad, haciendo que él sonriese divertido.

—Claro, y también estará tu amado Frank —terció mientras le guiñaba un ojo haciendo que ella parpadease varias veces.

—Ehm... Claro. Entonces no puedo declinar la invitación —añadió forzando una alegría que no sentía.

A continuación observó cómo él salía del despacho dejándola sola y degustando el almuerzo que le había comprado sin que ella se lo hubiese pedido. «Joder, si es que además es detallista...», pensó entre bocado y bocado. Era la primera vez que alguien hacía algo por ella sin pedirlo expresamente y, además, dando en el clavo con sus gustos... Miró su despacho mientras pensaba en aquella cita entre amigos. Desde aquella jornada marítima, no había vuelto a saber nada de Frank, no había respondido a sus mensajes escuetos donde le pedía otra cita para conocerse más profundamente, y mucho menos había vuelto a hablar con él. Sabía que debía poner fin a esa relación que ni siquiera había comenzado, pues lo que no deseaba era hacer daño a una persona a la que simplemente quería tener cerca para sentirse a salvo de Michael. «Adriana, puedes ser sólo su amiga. ¿Acaso no has logrado ser la directora de creatividad y arte de una de las empresas más importantes de Florida? Ser amiga de un hombre tan atractivo como Michael será coser y cantar», pensó sin dejar de comer.

* * *

—¿Te queda mucho? —preguntó Michael entrando en su despacho sin llamar.

Ella lo miró extrañada; primero, por no haber llamado previamente y, después, porque tenía la sensación de que había pasado muy poco tiempo desde que le había llevado el almuerzo como para que la avisara de que tenía que marcharse ya.

—¿Qué hora es?

—Pasadas las seis.

—¡Mierda! —exclamó mientras terminaba de redactar un informe, enviaba un correo y cerraba el ordenador, todo tan rápido que incluso se sorprendió ella misma—. Siempre me pasa lo mismo —dijo mientras se levantaba de la silla y cogía el bolso asegurándose de que todo estuviese en orden.

—¿Se te pasa la hora volando?

—¡Sííí! —bufó haciéndolo sonreír.

—Hemos quedado en el Sugar.

—Me encanta ese local —comentó Adriana saliendo del despacho y observando que eran los últimos de la oficina en marcharse.

—¿Has venido en coche?

—Sí.

—Mejor, porque yo hoy me lo he dejado en casa —indicó él mientras subían en el ascensor—. No me mires así, que, si luego tu amorcito y tú tenéis ganas de ir solos, puedo cogerme un taxi.

—Claro...

—Dime, Adriana, ¿tienes hermanos? —preguntó como si nada, haciendo que ella lo mirase un segundo y después supiera que era normal que quisiera saber cosas de ella. Los amigos se conocían de verdad...

—Podría decir que soy hija única.

—¿Podrías decir?

—Mi madre no tuvo más hijos, pero no sé si mi padre los ha tenido después...

—Vaya... —dijo mirándola con atención—. Yo tengo un hermano mayor; se llama Bastian. Lo viste en la fiesta del aniversario de mis padres con su mujer, Maca.

—¿Ella es...? —quiso saber, pues aquel nombre no era americano.

—¿Española? ¡Sí! Es de Valencia, no sé si conoces la ciudad. Yo fui hace poco con ellos de visita; me enseñaron el casco antiguo, la Albufera, sus playas...

—Sí, sí que conozco Valencia. Yo nací en las islas Baleares, en Mallorca. ¿La conoces? Allí viví hasta los quince años...

—Conozco Ibiza, pero Mallorca no he tenido el placer de visitarla.

—Hace mucho tiempo que no voy, desde que me vine con mi madre...

—¿Se divorciaron?

—Se separaron. Mi madre no llegó a casarse con mi padre, pero no fue eso lo que nos hizo venirnos aquí.

—¿Y por qué os vinisteis a Miami?

—Mi madre es estadounidense, texana, para ser más exactos. Se fue a Mallorca de vacaciones y, al final, vivió allí durante veinte años... Se casó con otro hombre, yo tenía un par de años, se divorciaron; volvió a casarse cuando tenía ocho, se separaron, y luego se ha juntado con varios más. La verdad es que llegó un momento en que perdí la cuenta —dijo mientras salía del ascensor y caminaba hasta el coche.

—Y el último fue la gota que colmó el vaso, me temo, ¿no?

—Sí... Ella es de las que se enamoran dejando su alma y su corazón en cada relación. El causante de que cambiásemos de país la destrozó por completo, se lo encontró manteniendo relaciones sexuales con su mejor amiga en la cama de mi madre. Imagínate cómo se quedó la pobre. Por eso nos volvimos a Estados Unidos, primero vivimos unos meses en casa de mis

abuelos en Texas, pero mi madre no podía soportar estar lejos del mar. ¡Se había acostumbrado a vivir rodeada de agua! Por eso nos vinimos a Miami...

—¿Y sigue viviendo aquí?

—Sí, de vez en cuando me acerco a su casa a verla. Pero sigue igual, no importa donde viva, sigue enamorándose hasta las trancas de cualquier imbécil que le sonría, y luego me toca consolarla hecha un mar de lágrimas cuando se da cuenta de que ha vuelto a cometer un error al confiar su amor a alguien que ni siquiera la valora —informó mientras ponía el motor en marcha y salía del garaje del edificio.

—Supongo que eso te marcó...

—¿Sabes? Madison siempre me dice que me escudo en los errores de mi madre para no cometer los míos propios. Pero ella no entiende que he visto tanto sufrimiento, tanto amor y desamor, que no quiero pasar por eso otra vez y mucho menos vivirlo en primera persona.

—Es verdad que a veces el amor puede doler, sobre todo cuando no es correspondido o cuando uno de los dos deja de amar al otro, engañándolo de paso. Pero yo tengo como ejemplo a mis padres. Mi madre es mexicana, con un carácter de mil demonios y una fuerza capaz de movilizarlos a todos si es lo que ella desea —terció con una sonrisa adorable repleta del cariño que sentía hacia ella—, mi padre es norteamericano, serio, introvertido y tan distinto de mi madre que es incomprendible que estén juntos. Pero se enamoraron, Adriana, y de eso hace muchísimos años. Tú los viste en la fiesta, siguen juntos, siguen queriéndose, siguen apoyándose como el primer día... Que a tu madre le haya salido mal no significa que siempre tenga que salir mal.

—Tienes suerte de haber vivido eso en tu casa. Ahora entiendo esas ganas que tienes de encontrar novia.

—Y yo entiendo esas ganas de huir del amor... —susurró haciendo que ella hiciera un amago de sonrisa.

Adriana jamás habría pensado que hablar con él de ese tema resultara tan liberador. A lo mejor había sido buena idea aceptar que podían ser sólo amigos...

Capítulo 23

Michael dejó el vaso de cerveza sobre la mesa y la miró de reojo. Adriana se encontraba escuchando la perorata de Frank con un estoicismo digno de aplaudir. Aún no entendía cómo se le había ocurrido a Brandon presentársela. ¿No se había dado cuenta de que su amigo no pintaba nada con una mujer como ella? Adriana, ajena a sus pensamientos y a su escrutinio, asentía lentamente con resignación, pues era lo único que podía hacer. Frank había cogido carrerilla y le estaba contando, con pelos y señales, toda su vida, y sabía que ésta no era tan interesante como él pensaba. Intentó apartar la mirada y se concentró en su amigo y en Madison. Parecía que conectaban, que había química entre ellos, y se alegró por él. Llevaba mucho tiempo con ganas de conocer a una mujer que reuniese todas las cualidades que poseía la amiga de Adriana, y a Madison daba la impresión de que también le gustaba. ¡Bien por ellos! Y él... No sabía qué le ocurría, pero, desde que había oído parte de la historia de Adriana, había comprendido por qué ella tenía tanto miedo de mostrarse como realmente era. Tenía un escudo levantado para mantener a raya a los hombres y sobre todo el amor, porque tenía miedo de que le ocurriese lo mismo que a su madre.

—Este fin de semana veníos al Mango's —terció Brandon intentando captar la atención de toda la mesa.

—Claro —asintió Michael, apuntándose a cualquier cosa que lo sacara de casa un par de horas —. Siempre y cuando me prepares un mojito.

—¡Eso está hecho!

—¿Adriana? —preguntó Madison al verla cabizbaja y seria.

—A mí no me gustan esos sitios —replicó Frank con parsimonia—. Le estaba diciendo a Adriana que podríamos ir a la ópera el sábado por la noche...

Ella sonrió sin alegría y volvió a verse sumergida en una tediosa conversación que giraba en torno a todas las óperas que había visto Frank en su vida, obviando contestar a esa pregunta. Lo único que Michael quería era seguir compartiendo tiempo juntos, seguir conociéndola, ya que, con cada cosa descubierta, sus ganas aumentaban, y eso era una novedad para él. Jamás le había interesado conocer a una mujer como le estaba ocurriendo con ella... Se encontraba en esos momentos tan seria, tan digna y artificial, camuflando sus verdaderos instintos y forzando algo que realmente no era, que lo único que deseaba era cogerle de la mano y escaparse a algún lugar apartado, para seguir escuchándola, para seguir conociéndola y poder mirarla sin espectadores. Solos ella y él. Y, en cierta medida, habían dado un pequeño paso hacia delante. Parecía que Adriana le estaba mostrando lo que escondía tras veinte mil capas perfectamente sobrepuestas, y

eso quería decir algo, o por lo menos eso era lo que él quería pensar. Y, aunque sólo fueran amigos, debía ayudarla a dejar de soportar el monólogo impuesto por aquel tipo, ¿no?

—Frank —dijo de repente ella, deteniendo su plan de intentar salvarla de una velada tan soporífera como absurda—. ¿Podemos hablar a solas un segundo?

Él miró a todos los ocupantes de la mesa y asintió para después levantarse de sus sillas y dirigirse hacia un lateral de la impresionante terraza donde estaban. No pudo disimular su interés, tanto que Brandon comenzó a reírse a carcajadas haciendo que Michael lo mirase con curiosidad.

—Para no gustarte esa mujer, no apartas la mirada de ella ni un instante —indicó haciendo que Madison sonriese dándole la razón.

—Somos amigos.

—Claro... —resopló con guasa.

Michael lo miró sin entender qué era lo que le hacía tanta gracia.

—¿Tú crees que le estará diciendo que no quiere saber nada de él? —le preguntó entonces a Madison, obviando las carcajadas de su amigo.

—Con Adriana, todo es posible. Se nota que no le gusta lo más mínimo. Espero que no haga ninguna locura como pedirle matrimonio o algo parecido... —bufó mientras negaba con la cabeza, haciendo que él sintiese todavía más inquietud.

—Aún sigo sin comprender por qué tuviste que presentárselo —resopló Michael.

—Fue idea de Madison —señaló Brandon—, me preguntó si tenía algún amigo aburrido y me acordé de él... La chica es de gustos raros...

—No, lo único que le ocurre es que tiene miedo... —añadió Michael, haciendo que Madison lo mirase sorprendida al oírlo.

—Me voy —anunció de pronto Adriana acercándose a la mesa. Detrás de ella iba Frank cabizbajo.

—No hace falta que te vayas —murmuró éste con seriedad.

—Pero ¿qué pasa? —soltó Madison con curiosidad.

—Nada —susurró Adriana mirándola fijamente—. Divertíos.

—Espera, que te acompaño —indicó Michael levantándose de la silla y dejándolos solos—. Espera, Adriana. ¿Qué te pasa?

—Nada —masculló sin dejar de caminar para salir de la terraza de la planta cuarenta de aquel edificio—. Sólo le he dicho a vuestro amigo que no estoy interesada en él —confesó, haciendo que Michael se alegrase mucho al oír esas palabras.

—¿Y eso por qué? —preguntó intentando hacerla hablar.

—Porque no me apetece meterme otra vez en una relación como la que tenía con Paul —añadió mientras pulsaba el botón del ascensor—. Además, es que hace muy poco que él y yo lo dejamos... Necesito un tiempo para mí sola.

—Haces bien. Necesitas reencontrarte.

—Necesito más que eso. Necesito aclararme, saber realmente lo que quiero y a lo que soy

capaz de renunciar por tener una estabilidad emocional con alguien que me dé la seguridad que siempre he querido.

—¿Y por qué no pruebas a dejar de pensar tanto las cosas y simplemente te limitas a disfrutar de todo lo que te encuentres por el camino?

—¿En qué sentido?

—En todos, Adriana. Relájate y disfruta del momento, sin preocuparte de qué harás dentro de diez años, de si encontrarás a ese hombre que cuadrará en tu vida después de cinco citas o si serás capaz algún día de relajarte de verdad y demostrar a todos los que te rodean cómo eres realmente.

Ella lo miró con seriedad y después entró en el ascensor. Michael la acompañó y esperó a que le contestara. Sabía que estaba rumiando sus palabras, poco a poco la iba conociendo.

—Desde que cumplí los veinte llevó controlando mi vida para que vaya según mis deseos. ¡No puedo pensar en relajarme para desperdiciarlo todo ahora!

—A lo mejor no desperdicias nada, sino que incrementas lo que tienes con vivencias, con risas, con diversión, con experiencias...

—¿Crees que si me relajo y dejo que ocurran las cosas por sí solas seré más feliz?

—¡Por supuesto que sí! Creo que ya te va tocando saber lo que es vivir y no sólo ensayar para una vida —añadió mientras le guiñaba un ojo.

Ella lo miró, frunció ligeramente el ceño y miró al suelo. Adriana llevaba demasiados años reprimiendo su verdadera personalidad, ya le tocaba ser ella misma, ya le tocaba ser feliz.

—Dime la dirección de tu casa —dijo ella cuando bajaron del ascensor y se dirigían hacia el coche.

—Te la diré, pero con la condición de que cenemos juntos.

—Michael...

—Somos amigos, Adriana. Los amigos cenan, toman cervezas y hablan —terció haciendo que ella sonriese.

—Vale, está bien. Tienes suerte de que tenga hambre.

Michael sonrió. Le encantaba su naturalidad, esa manera de ser que le demostraba que escondía mucho más entre frases aprendidas, miradas estudiadas y movimientos repetidos. Se subieron al coche y ella condujo hasta Miami Beach. Estacionó el coche cerca de donde él vivía y se fueron caminando hacia la playa, donde se encontraba uno de los restaurantes preferidos de Michael.

—¿Cómo es Adriana cuando nadie la ve? —preguntó él mientras dejaba la copa de vino sobre la mesa. Después de haber comido una deliciosa carne a la brasa y haber conversado sobre temas banales, ahora tocaba conocerla un poco más.

—Menuda preguntita —silbó ésta, haciendo que él sonriese—. No sé cómo responderte, la verdad.

—A ver, ¿qué haces en la intimidad que normalmente no haces delante de la gente?

—Voy despeinada, desmaquillada, descalza y con cualquier trapo que encuentre por casa. Me

encanta sentarme delante de la televisión, ver una serie policíaca mientras engullo una gran tarrina de helado de chocolate. Madison siempre dice que me transformo al llegar a casa, que dejo de ser la perfecta mujer ejecutiva para convertirme en una versión *antifemenina* de mi persona —dijo mientras sonreía divertida—. Pero es normal, en el trabajo debo mantener una imagen intachable de mí. No puedo ir de cualquier forma...

—Pero ¿te gusta vestirse como la perfecta ejecutiva?

—No —resopló haciéndolo sonreír—. Pero para mí es importante demostrar a todo el mundo lo seria y profesional que soy, y nuestra imagen es nuestra carta de bienvenida.

—No deberías darle tanto poder a la gente —susurró mirándola fijamente—. ¿Qué importa que la gente crea que eres de cierta manera? Lo importante es que estés cómoda contigo misma, que te vistas como te gusta, no porque quieras demostrar lo gran profesional que eres, porque no hace falta, Adriana. Sé que eres buena, que tienes una capacidad asombrosa para liderar un equipo, para manejarlos a tu antojo y estrujar al máximo sus habilidades con tal de conseguir un buen resultado, y eso lo haces tú y no la ropa que elijas, el maquillaje que te pongas o el peinado que lleves.

Adriana abrió la boca para decir algo, pero después la cerró. Lo miró sin saber qué decir, observó los platos vacíos y volvió a mirarlo.

—¿Nos podemos ir? —susurró. De pronto, parecía perdida.

—Claro —dijo mientras llamaba al camarero para que les llevase la cuenta.

Salieron después de batallar quién pagaría la cena; al final tuvieron que llegar un acuerdo resolutivo: pagar a medias. Adriana era una luchadora hasta en las cosas más banales. Michael jamás había salido con una mujer como ella... Se encontraban en silencio, caminando uno al lado del otro, dirigiéndose hacia ninguna parte en concreto, sólo andando despacio por aquel paseo donde en los bares de moda se agolpaban turistas con ganas de pasarlo bien. Le apetecía cogerla de la mano, abrazarla, tocarla, sentirla... Pero sabía que, si lo hacía, ella huiría de nuevo, se cerraría en banda, y no quería eso. Comenzaba a descubrir cómo era en realidad esa mujer y deseaba llegar al final de ese propósito, quería saber qué escondía detrás de esa máscara que con tanto esfuerzo mostraba a todo el mundo, y aunque tuviera que olvidarse de esa parte que sentía tan cierta como el aire que respiraba, de esa química que notaba cuando estaba cerca de ella, de ese aroma a fresas que seguía enloqueciéndolo, debía reprimirse y pensar que era mejor tenerla como amiga que no tenerla...

—¿Has tenido alguna vez un sueño que se repitiera demasiadas veces en el tiempo? —preguntó Adriana en un susurro. Michael asintió y se dio cuenta de que su mirada escondía algo nuevo que no había visto jamás..., ¿anhelo?—. Desde que tenía veinte años he tenido el mismo sueño, en él alcanzaba un puesto de relevancia en una empresa de renombre...

—Algo que has conseguido —dijo con una sonrisa.

—Sí. —Sonrió de una manera tan adorable que él tuvo que refrenarse, pues su cuerpo lo empujaba hasta ella para cogerle la cara y besarla hasta que el sol despuntara en el horizonte—.

También tenía mi propia casa, algo que también he logrado, pero no estaba sola...

—¿Te enamorabas en tu sueño? —preguntó con curiosidad. A lo mejor su sueño le estaba demostrando lo que de verdad ansiaba, algo que ella misma se prohibía por su experiencia equivocada en el amor.

—No, no... Ya sabes que no soy de esas —indicó con una sonrisa divertida—. Pero compartía mi vida con alguien que me valoraba.

—¿Te has enamorado alguna vez, Adriana? —inquirió él con curiosidad.

—No, nunca. Cuando notaba que empezaba a interesarme algún tipo más de lo normal, rompía con él y lo alejaba de mí...

—Entonces no sabes lo que es el amor... —susurró mirándola con una sonrisa.

—No, ni tampoco sé lo que es la atracción —masculló con dificultad, manteniéndole la mirada.

—¿Nunca te has sentido atraída por nadie? —preguntó deteniéndose sin dejar de mirarla. Ella negó con la cabeza sin apartar la suya de él—. Creo que mientes, Adriana... —añadió dando un paso hacia ella—. En Hawái, en aquel *jacuzzi*, vi en tus pupilas deseo...

—Crearías verlo, yo jamás... —susurró con dificultad.

Michael sabía que le estaba mintiendo, lo notaba en el tono de su voz, lo veía en sus ojos y lo sentía con el suave temblor de su cuerpo.

—No —murmuró mientras le apartaba un fino mechón de cabello que se le había escapado de su recogido—, querías besarme, lo sabes, como yo también sé que me moría de ganas de hacerlo. Si ellos hubiesen tardado un poco más en venir a la casa, tú y yo...

—Michael... —susurró escondiendo en su voz un gemido diminuto, dándole la pista que él sabía que le faltaba. ¡Había dado en el clavo! Ella también lo deseaba, y eso era tan maravilloso como tenerla ahora mismo para él a solas.

—Adriana, no te escondas de mí —añadió rozando despacio con los dedos su mejilla.

Ella lo miraba fijamente. Si él quisiera, sólo debería inclinar un poco la cabeza y alcanzar sus labios entreabiertos. La deseaba, quería besarla desde hacía tanto tiempo que no entendía qué hacían dando tumbos perdiendo el tiempo...

—Yo...

—¿Michael? —Esa voz...

Al oírla, Adriana frunció ligeramente el ceño y dio un paso atrás, rompiendo así de nuevo el contacto visual y, con él, ese mágico momento. Él se giró para ver de dónde provenía esa voz que había echado a perder la oportunidad de probar los dulces labios de esa mujer que jugaba al despiste con él.

—Pero ¿qué hacéis por aquí? —inquirió Michael al ver a su hermano y a Maca caminar hasta ellos.

—Hemos venido a cenar con unos amigos —contestó Bastian mirando por primera vez a Adriana—. Hola, creo que te conozco, ¿verdad?

—Sí, ella es Adriana. La conocisteis en la fiesta de aniversario —dijo Michael—. Adriana,

ellos son mi hermano, Bastian, y su loquita y encantadora mujer, Maca.

—Encantada de conocerlos —terció Adriana dándoles un par de besos a los dos.

—Íbamos a tomarnos unas últimas cervezas, ¿os venís? —preguntó Maca con una sonrisa.

—No, yo... Mejor me marchó, mañana tengo que madrugar... —balbuceó Adriana forzando una sonrisa y comenzando a alejarse de ellos—. Encantada de conocerlos. Nos vemos mañana, Michael... —dijo a unos pasos de distancia.

—¿Hemos interrumpido algo? —susurró Maca mientras observaba cómo se marchaba Adriana con demasiada celeridad.

—No... —repuso él viendo cómo de nuevo esa mujer había levantado un muro entre ellos, mientras maldecía por dentro haber perdido otra vez la oportunidad de tenerla entre sus brazos.

—¿Otra nueva conquista, hermanito? —soltó Bastian mientras le clavaba el codo en el costado.

—No, es una amiga...

—Mike, que nos conocemos y tú no sabes tener sólo amigas —añadió Maca mientras comenzaban a caminar en dirección a un bar.

—Con ella, todo es diferente. La mayor parte del tiempo no logro entenderla, parece una cosa, pero de repente hace otra. Es camaleónica, desquiciante, pero a la vez adorable, inteligente, fuerte, sagaz, creativa, femenina pero genuina, es...

—Mike... —susurró Maca intentando controlar las carcajadas.

—¡No sé para qué os cuento nada! —exclamó él de buen humor—. Siempre me miráis de esa manera, como si no parara de cometer los mismos errores una y otra vez...

—Es que siempre los cometes, Mike —sentenció Bastian—. ¿Te has acostado con ella?

—No, ya te he dicho que sólo somos amigos.

—¿La has besado?

—No.

—¿Entonces? —preguntó Bastian sin entender qué estaba haciendo.

—Sólo quiero conocerla.

Maca y Bastian se miraron extrañados para después mirarlo a él.

—Anda, vamos a tomarnos una cerveza y nos lo cuentas todo, todito, todo, cuñado —añadió Maca con guasa.

Capítulo 24

Levantó la mirada del ordenador por primera vez esa mañana. Llevaba un par de horas trabajando sin descanso, sin darse la oportunidad de pensar, pues ya ni siquiera se asombraba de levantarse tan cansada, de soñar cosas que debería descartar por completo, de revivir una y otra vez aquel momento, cuando Michael la estaba mirando, con el murmullo de las olas rompiendo en la orilla, bajo una noche estrellada, confesándole que él también se moría por besarla... Resopló con frustración al sentirse excitada, anhelante, deseosa de que cumpliera su palabra, y al mismo tiempo cabreada, molesta y hasta las narices de ver que no podía controlar aquello. Había dejado que pasara lo que siempre se había prohibido y ahora no sabía cómo detener aquello. Porque principalmente no deseaba que acabara, sino que quería materializarlo, deseaba sentir los labios de Michael sobre su boca, sus fuertes manos sobre su cuerpo y su cálido aliento recorriendo cada centímetro de su piel. ¿Cómo podía controlar algo que deseaba tanto? Suspiró y trató de concentrarse en el trabajo, aquel día parecía que iba a ser tranquilo y lo único que pedía era no volver a verlo, porque no sabía qué hacer ni qué decir...

Al poco recibió un mensaje de WhatsApp que la hizo sonreír:

Vete haciendo a la idea de que esta noche vas a salir conmigo. ¡Sólo chicas! Tenemos que ponernos al día.

Era Madison, y aunque en otras circunstancias le habría dicho que no, lo cierto era que necesitaba desconectar y divertirse, y qué mejor que hacerlo con su amiga.

* * *

Salió de su despacho como si fuera una fugitiva. Le parecía casi un milagro no haberse cruzado con Michael en todo el día, ni siquiera él hizo el amago de acercarse a su despacho, algo que agradeció mucho pero también la frustró. Sí, sabía que estaba contradiciéndose, pero con él siempre acababa hecha un lío. Se dirigió flechada hacia el ascensor, casi a la carrera, aunque había salido tarde adrede para asegurarse de que no lo vería. En el interior de su coche suspiró tranquila. ¡Lo había conseguido!

Llegó a su casa, se duchó y se preparó para salir con Madison. Se dejó el cabello suelto, se puso un vestido rosa pálido que se amoldaba a sus curvas y se maquilló a conciencia. Al poco, su amiga tocó al timbre y al verla le faltó silbarle.

—¡Qué guapa te has puesto, Adri!

—Sé que te vas a reír, pero esta noche me he propuesto ligarme a un tío y liarme con él —añadió mientras cogía un pequeño bolso y salían hacia el ascensor.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó extrañada ante esa determinación tan atípica en ella.

—Nada, sólo necesito sexo. Llevo tantos meses sin que nadie me toque que creo que puedo entrar en combustión espontánea en cualquier momento.

—No, si eso me parece genial. Pero no entiendo qué ha pasado para que llegues a una conclusión a la que llevo animándote tantos años.

—Habré abierto los ojos...

—¿Y cierto hombre que trabaja contigo no tendrá algo que ver?

—No —repuso Adriana sin mirarla a los ojos.

—Claro... —susurró aguantándose la risa sin creerse aquello.

—¿Adónde vamos? —preguntó entonces.

—Esta noche cogemos mi coche. ¡Me apetece conducir! —exclamó Madison llevándola a su deportivo rojo.

Adriana se subió y observó cómo su amiga ponía el motor en marcha y salían en dirección a no sabía dónde.

* * *

Después de la segunda copa se sintió mucho mejor. Observó el ambiente distendido, las confortables camas blancas donde la gente se relajaba mientras tomaba su bebida, la música y el ambiente elitista de Nikki Beach, uno de los locales de moda de la ciudad, donde se concentraba la *crème de la crème* de Miami.

—Creo que me estoy enamorando, Adri —comentó Madison haciendo una señal de que se alejase al tercer hombre que se acercaba a ella para pedirle un baile o lo que fuera.

—¡No puede ser! —exclamó Adriana. Su amiga era una loca enamorada del amor, pero también le costaba muchísimo encontrar al hombre que la hacía sentir ese estado, por eso le duraban tan poco sus conquistas.

—¡Lo sé! —soltó también sorprendida por aquello—. Pero Brandon es... ¡Uf! Puro fuego. Me gusta tanto que lo echo terriblemente de menos.

—¿Y para qué has querido quedar esta noche conmigo?

—Porque sé que no lo estás pasando bien, que estás hecha un lío y que te cuesta entender que hay cosas que no se pueden controlar, como el deseo, la atracción, la química, el amor...

—No empecemos, Madison... —bufó cansada de aquella conversación repetitiva.

—Yo no he dicho nada —dijo mostrándole una amplia sonrisa mientras brindaba con ella—. Dime, ¿has visto a alguien interesante? —preguntó cambiando de tema mientras observaba cómo su amiga miraba a su alrededor.

—No... —resopló Adriana con frustración, porque, aunque había visto a varios hombres

atractivos, ninguno de ellos le había gustado lo suficiente como para dar ese paso.

—He visto a un par mirándote.

—Te estarían mirando a ti... —bufó con indiferencia.

—Deja de infravalorarte, Adriana —soltó molesta de esa actitud negativa por parte de su amiga—. Eres preciosa, lo único que te falta es abrirte más a la gente y que descubran cómo eres en realidad.

—No quiero una pareja, Madison, sólo un rollito de una noche. Tampoco pido tanto, ¿no? —bufó con resignación, sabiendo que en parte su amiga tenía razón, pero para ella mostrarse cómo era en realidad era casi un sacrificio. ¡Con lo que le había costado inventarse una personalidad acorde con sus ideales!

—Uy, mira —soltó Madison sacando el móvil de su bolso y leyendo con atención—. Me acaba de decir Brandon que están en una fiesta privada muy cerca de aquí —informó después de leer un whatsapp que le había enviado éste.

—Buf... —resopló al pensar que Brandon no se encontraría precisamente solo en una fiesta, sino con un hombre al que ansiaba alejar de su persona, un hombre que la hacía sentir demasiado...

—Espera —susurró su amiga tecleando y sonriendo ligeramente—. Me está diciendo que está aburrido. Michael lo ha dejado solo en la fiesta por una tía que acaba de conocer.

—Ah..., ¿sí? —susurró sintiendo cómo se revolucionaba su cuerpo sólo de pensar en esa posibilidad.

—Sí, dice que esa mujer no lo deja ni respirar... Pobrecito, mi Brandon... ¿Te parece bien que vayamos y le hagamos compañía? —preguntó mientras le ponía ojitos de niña buena—. Ya has oído que Michael no te molestará. Está demasiado pendiente de otra mujer...

—Vamos —masculló Adriana terminándose de golpe la copa y levantándose de la cama mientras sentía que necesitaba ver aquello con sus propios ojos y así cerciorarse de que ese hombre era un mujeriego y, por ende, contraproducente para ella.

Cogieron el coche y se dirigieron al norte de Miami Beach. Madison se detuvo delante de una preciosa casa de estilo moderno donde no encontraron lo que se esperaba de una fiesta: ni la música alta ni el ambiente de personas entrando y saliendo ni la decoración vistosa...

—¿De verdad es aquí? —preguntó Adriana al ver que ella tocaba al timbre.

—Sí —dijo Madison con una sonrisa.

La verja se abrió y entraron en un maravilloso jardín cuidado, donde varias antorchas eléctricas clavadas en el suelo delimitaban un sendero hasta la entrada de la fabulosa casa cuadrada, blanca y con amplios ventanales del suelo hasta el techo. A la izquierda se veía una preciosa piscina iluminada. Todo estaba demasiado tranquilo para estar celebrándose una fiesta...

—Al fin —dijo Brandon abriendo la puerta de entrada y apareciendo delante de ellas mientras cogía por la cintura a su novia y le daba un beso de película que a Adriana la hizo sonreír—. Creía que me iba a morir de aburrimiento.

—¿Dónde está Michael? —inquirió Madison con aparente inocencia.

—Ahí —señaló, y al hacerlo Adriana no pudo contener las ganas de ver con sus propios ojos cómo ligaba con otra.

Lo que vio la dejó extrañada. Se encontraba solo, sentado en el borde de la piscina, con los pies sumergidos en el agua. La oscuridad parcial de aquella zona le había impedido verlo entrar, pero sí, en efecto era él... Volvió a mirar a Brandon y a Madison, que la observaban con una sonrisita culpable. ¡Le habían tendido una emboscada!

—¿Qué vas a hacer, Adriana? —preguntó su amiga cuando la vio alejarse de ellos sin decir palabra.

La habían engañado, ésa era la verdad. En esa preciosa casa, que seguramente sería propiedad de Brandon, no se estaba celebrando una fiesta, ni tampoco Michael estaba ligando con una mujer, simplemente Madison se lo había dicho para que se diera cuenta de que ella no quería que él se fijara en otra que no fuera ella y que, además, Adriana no podía fijarse en otro hombre que no fuese él... Y lo peor de todo era, precisamente, que había caído en esa mentira y que había sentido tanta rabia, tantos celos, tanta frustración que creía que verlo ligar con otra mujer le abriría los ojos a la realidad. Pero ¿qué realidad era ésa? Lo único que sabía era que ese hombre la tenía hechizada, no podía apartarlo de su mente y, aunque lo había intentado de todas las maneras posible, no había conseguido su fin, sino todo lo contrario...

—¿Qué haces aquí? —preguntó Michael al darse cuenta de que ella se le acercaba.

—Eso mismo me pregunto yo... —susurró Adriana sentándose a su lado después de deshacerse de los tacones y sumergir los pies en las cristalinas aguas.

—Me había dicho Brandon que tenías una cita...

—¿Una cita? —soltó extrañada—. A mí me ha dicho Madison que aquí se celebraba una fiesta y que tú estabas muy ocupado ligándote a una tía...

—Parece que nuestros amigos querían que estuviéramos a solas —indicó con una sonrisa al percatarse de la artimaña de ambos.

—Debemos parar todo esto, Michael... No puedo permitir que esto se descontrolé... —farfulló sin sentir esas palabras.

—¿Por qué? ¿Es que no te gusto, Adriana? —preguntó mientras le levantaba el rostro con el índice para que ella lo mirase a los ojos.

—No, no me gustas...

—Claro —soltó mostrándole una sonrisa divertida al no creérselo.

—¡Te digo la verdad! Ya sabes que no me gustan los hombres tan creídos, y tú lo eres mucho, muchísimo.

—Ya... Entonces no te resulto atractivo —susurró sin dejar de mirarla un segundo, como si pudiera leer sus gestos y saber la verdad.

—Lo siento, pero no —repuso tragando saliva con dificultad.

—Qué lástima... —añadió mientras se quitaba la camiseta y la dejaba en el césped.

—¿Qué... qué haces? —tartamudeó Adriana al descubrir su maravilloso torso tonificado.

—Darne un baño —dijo mientras se dejaba caer dentro de la piscina, haciendo que la zambullida la salpicase—. Si no quieres que te tire con ese precioso vestido, quítatelo...

—¡Estás loco!

—Sí, es uno de mis encantos —soltó antes de capuzarse grácilmente en el agua para después salir cerca de donde tenía sumergidos los pies ella—. No sabía yo que te gustaba bañarte con ropa, *jefa* —soltó con sorna.

—¡No tengo por qué aguantar esto! —añadió Adriana altanera, haciendo que él se riera ante su réplica.

—No, pero lo estás deseando, aunque intentes ocultarlo con tanto ahínco... —dijo socarrón mientras volvía a zambullirse, alejándose esta vez de ella.

Adriana se levantó con orgullo del suelo. Tenía que marcharse de allí, pero si lo hacía él no tendría duda de que le gustaba, y eso no lo podía permitir. Debía hacerle ver que no le resultaba atractivo, podía meterse en el agua con Michael, por supuesto, y así le confirmaría que no le gustaba, ¡que no quería nada con él! Dirigió la mirada a la entrada de la casa y observó que sus amigos habían desaparecido en el interior, dejándoles intimidad para que arreglasen aquella extraña situación. A continuación, lo buscó con la mirada. Seguía buceando, dándole tiempo para que pensara, y aunque sabía que cada vez le resultaba más complicado alejarse de él, debía demostrarle que podía controlar esa situación. Se deshizo del vestido y se tiró de cabeza a la piscina. Cuando emergió, Michael le sonrió y comenzó a nadar hasta ella. Tenía la sensación de ser un cándido pez que estuviera frente al mayor depredador de todos, cada vez más cerca, y ella sintiéndose cada vez más nerviosa. «No ha sido buena idea, Adri...», pensó al sentir cómo su cuerpo se encontraba exultante al tenerlo cada vez más próximo al suyo.

—Me gusta cómo te queda el cabello suelto... —susurró él mientras cogía un mechón de pelo y se lo apartaba de la cara.

—No empecemos, Michael —bufó volviendo a perderse en su mirada.

—No te vuelvas a escapar de mí, Adriana...

—Yo... yo no me escapo —susurró nadando hacia atrás, sin dejar de mirarlo porque era imposible no hacerlo, hasta hacer pie y apoyarse contra una de las paredes.

—No me mires de esa manera, con ganas de que te bese —murmuró Michael.

—No quiero que me beses —replicó ella con dificultad, sintiendo cómo le quemaba cada resquicio de su cuerpo, anhelando precisamente eso.

—Mentirosa —añadió con una maravillosa sonrisa que hizo que sintiera un calambre placentero bajo su estómago—. Lo peor no es que me mires de esa manera, creyendo que nadie querría probar esos labios que piensas ilusamente que son poco apetecibles; o que nadie se fijaría en ti porque no eres tan llamativa como Madison. Lo increíble es que no sabes que cualquiera que te mirara dos segundos más de lo necesario y descubriera lo que escondes tras esa fachada

estudiada caería rendido a tus pies, Adriana... Cuando te des cuenta de que posees ese poder, estaremos irremediabilmente perdidos.

—Yo no soy como Madison; ella sí tiene ese poder.

—No, lo tuyo es aún mejor. Tienes el poder de volvernos locos sin darte cuenta... —replicó mientras recorría con tranquilidad su rostro.

—Michael...

—Dilo.

—Yo...

—Dilo —reiteró él sin dejar un segundo de mirarla fijamente, tan cerca que podría morirse por la anticipación de lo que ocurriría si ella se lo pedía.

—¿Qué me has hecho, Michael? —susurró muy bajito, escondiendo tras esas palabras lo que anhelaba, lo que realmente llevaba prohibiéndose desde aquel día que cayeron los dos a la piscina de aquel hotel...

Luego levantó lentamente una mano y la apoyó en su pecho, percatándose de cómo su respiración y su corazón se encontraban acelerados. Comenzó a ascender despacio, deleitándose con la suavidad de su piel, de su calidez, de sentir cómo él le dejaba libertad para explorar a su antojo, sin meterle prisa, sin exigirle nada. Ella marcaba el ritmo, y eso le gustó mucho. Alcanzó su rostro y sintió tanto en tan poco que no sabía qué hacer. Para ella era todo demasiado nuevo, jamás tocar a un hombre la había hecho sentirse así. Sus dedos trazaron su barbilla, ascendieron por sus mejillas, cruzaron su frente, se internaron en su cabello rebelde, para después hacer el camino inverso hasta alcanzar sus labios entreabiertos. Adriana se humedeció los suyos propios. Michael no había apartado un segundo la mirada de ella, esperando a que tomara el control de la situación, dejándole tiempo para que se diera cuenta de que lo deseaba tanto como él a ella. ¿Cómo se sentiría si lo besaba, si tan sólo con tocarlo su cuerpo se hallaba preparado para recibirlo, anhelante, deseoso, tan excitado que incluso la sorprendía? «Hazlo, Adriana, hazlo y no te quedes con las ganas», pensó notando que estaba perdida, que ya no había vuelta atrás y que su ser se había confabulado en su contra para hacer una cosa que sabría que sería el inicio de algo que no podría controlar. Ahogó un gemido, lo cogió de la nuca y acercó su boca a los maravillosos y tentadores labios de Michael. El contacto fue brutal, la hizo renacer, sentir y creer que podría morir y nacer, a la vez, en ese mismo momento. Se olvidó de que estaban dentro de una piscina. No le importó llevar únicamente un conjunto de ropa interior de color blanco. Le dio igual haber caído sin remedio en algo que ella misma se había prohibido, porque sentirlo, porque materializar aquel oscuro deseo, la incendió tanto que todo el remordimiento, las dudas, las inquietudes y sus pensamientos se evaporaron a la velocidad de un rayo. Michael la acercó más a él, profundizando más en ese beso que había comenzado siendo delicado, suave, como si estuvieran conociéndose. Ahora mismo era una locura. Era dientes, lengua, besos, muchos besos... Eran gemidos, eran caricias, era sentir algo que Adriana jamás había logrado sentir con sus anteriores parejas. Notó una de las manos de Michael agarrándole el trasero y aquello la hizo

gemir de nuevo. Él sonrió contra su boca sin dejar de besarla, de morderla, de lamerla. Ese hombre era un maestro besando, ese hombre había nacido para volverla loca de excitación, sin importarle estar en una casa que no era suya. Deseaba que no parara jamás de besarla, de tocarla, de acariciarla, de hacerla sentir, de explorar un nuevo mundo, de ver de lo que era capaz su cuerpo, su ser... Sin pensar, porque su mente se encontraba demasiado abotargada por tantas sensaciones tan vívidas, tan brillantes que hacían que aquello fuera lo más real que había vivido en años, a la vez que tenía la sensación de que estaba dentro de un sueño tan dulce como caliente. Sin pensar, porque ella ya había perdido esa capacidad de raciocinio, entrelazó las piernas en la cintura de Michael, notando su erección justo en su sexo, creyendo que simplemente con ese roce podría alcanzar el clímax. Él la miró un segundo sin dejar de acariciarle el rostro, mientras de vez en cuando le daba algún beso, como si quisiera cerciorarse de que deseaba eso. Y ¡ella no quería parar!, porque si lo hacía podría echarse atrás, y se estaba tan bien entre los brazos de ese hombre, era tan maravilloso sentir su boca en sus labios, tan especial notar su calidez, tan placentero sentirse deseada...

—Adriana —susurró Michael con voz ronca—, no me hagas esto...

—¿El qué? —preguntó sin entender a qué se refería, y sobre todo sin comprender por qué había parado.

—Joder... —farfulló con impotencia, como si estuviera haciendo algo que le costara demasiado, algo que le creaba todavía más confusión—. Tenemos que parar...

Esa frase hizo que Adriana bajara de la nube algonada de erotismo y pasión en la que estaba subida casi de golpe, enfriándolo todo a su paso y dejando a una vocecilla estridente y mandona al cargo de la situación. Bajó las piernas y comenzó a nadar en dirección a la escalera para salir de la piscina. «No le he gustado... No quiere estar conmigo... ¡Idiota! Eres idiota por creer que un hombre como él podría estar contigo», pensó abatida, sintiéndose una escoria, creyendo que Michael se había reído de ella.

—Adriana, escúchame —dijo él entonces en un vano intento por detenerla, pero ella ya estaba saliendo. Cogió su ropa y se marchó disparada a la calle.

Michael salió casi a la carrera, con tan mal tino que se hizo daño en un pie. Medio cojeando, alcanzó la puerta, pero ella ya no estaba en la calle.

—¡¡Adriana!! —llamó con desesperación.

Capítulo 25

Llegó a su casa nerviosa y caliente, muy caliente, tanto que no sabía cómo ponerse, qué hacer, y mucho menos pensar en dormir. Tanta era su desazón que no le importó sentir su ropa interior empapada y su vestido mojado por culpa de ésta. Simplemente necesitaba sentirse en movimiento y por eso no pudo parar de caminar en círculos por su salón, pensando qué haría cuando lo volviese a ver, cuando lo tuviese delante otra vez... Había traspasado una línea invisible que ella misma había interpuesto entre ambos y ahora no sabía qué hacer cuando volviera a verlo en la agencia. El timbre de su apartamento hizo que se sobresaltase, sabía que había sido una ilusa al pensar que su amiga se quedaría en casa de Brandon cuando se enterara de que ella había huido en taxi, otra vez, de Michael. Lo peor era que no tenía ni idea de lo que le iba a decir a Madison... Abrió la puerta como siempre, sin mirar, pero en lugar de ver el cabello azul de su amiga y esa mirada de «¿Qué has hecho esta vez, Adriana?», se encontró con los ojos grisáceos con líneas color miel de ese hombre tan irresistiblemente tentador.

—¿Cómo... cómo has sabido dónde vivo? —tartamudeó dando un paso atrás al ver cómo él se le acercaba con decisión.

—¿Por qué te has ido? —preguntó mientras daba otro paso hacia ella y cerraba la puerta, evitando contestar a esa pregunta que se respondería al pronunciar el nombre de su querida amiga entrometida.

—Tú no querías, y yo...

—¡Maldita sea, Adriana! No quería follarte allí, en casa de Brandon —soltó Michael con rotundidad, haciendo que ella boquease como si fuera un pececillo, comprendiendo aquello que le estaba diciendo—. Pero eso no significa que no esté deseando arrancarte la ropa y lamerte entera. Sólo tengo esa puta idea en la cabeza desde que nos caímos en aquella maldita piscina...

—Michael... —murmuró sintiendo cómo su sexo se retorció de placer simplemente al oír esas palabras tan alejadas de lo que había pensado que ocurría.

—Deja de huir de mí, Adriana, porque me vas a volver más loco de lo que ya estoy —añadió Michael mientras le cogía la cara y la besaba con tanta pasión, tanta devoción que a ella se le olvidó por qué se había marchado antes de su lado.

—Esto no... no es una relación —comentó Adriana entre beso y beso, sintiendo cómo él comenzaba a quitarle el vestido con urgencia.

—Por supuesto que no —susurró sin dejar de acariciarla, de besar sus labios, de cogerle el rostro para mirarla fijamente y después besarla todavía con más pasión.

—Somos amigos —gimió al sentir cómo le quitaba el sujetador empapado y lo tiraba al suelo

para después bajar la vista a sus pechos y relamerse antes de cogerla en brazos y llevarse uno de los pezones a la boca.

—Sí —repuso mirándola a los ojos—, amigos especiales... —susurró con una pizca de diversión en la voz.

Adriana cerró los párpados al sentir su lengua torturándole el pezón. Entrelazó las piernas en su cintura y le revolvió el cabello, percibiendo que podría llegar al clímax simplemente así, sintiendo cómo la tocaba, cómo la acariciaba y, sobre todo, cómo la miraba. Michael caminó con ella en brazos sin dejar de tentarla, de hacerla gemir y retorcerse de placer. La dejó con cuidado encima del sofá, se quitó la camiseta y los pantalones a una velocidad envidiable y se agachó ante ella. Luego le quitó las braguitas y la miró de una manera tan tentadora que Adriana temió alcanzar el orgasmo sin que él la tocara. «¿Todo se te tiene que dar tan bien, guaperas?», pensó mientras se mordía el labio y sentía la lengua de él rozar su clítoris. Se inclinó para observarlo. Él la estaba mirando mientras continuaba lamiendo, tentando aquella parte de su cuerpo que podría decir que prácticamente nadie había tenido la consideración de probar, pero eso ya no importaba. Cerró los ojos al notar una oleada de placer que le cruzó la espina dorsal y la recorrió entera. Estaba muy cerca, demasiado para lo poco que llevaba lamiéndola. Sin previo aviso, comenzó a gemir entrecortadamente, sintiendo un placer enloquecedor, un fuego que lo nublaba todo a su alrededor. Michael aumentó sus atenciones y ella alcanzó un orgasmo de dimensiones épicas que dejaba a la altura del betún cualquier experiencia pasada. Cuando acabó de sentir esos espasmos que la sacudieron por completo, él le sonrió con ese aire canalla mientras se acercaba a su boca para darle un beso tan salvaje y con tanto ardor que notó cómo su cuerpo se preparaba para un segundo a salto. Luego él se levantó, dejó caer los calzoncillos al suelo y Adriana se entretuvo mirando su formidable cuerpo. «Grábatelo a fuego, maja. Estos hombres raramente repiten...», pensó mientras se levantaba del sofá y comenzaba a acariciar su fibroso cuerpo, haciendo que él sonriese ante su iniciativa.

—Llevo pensando en este momento demasiado tiempo, Adriana... Me temo que no me voy a poder contentar sólo con una vez. Porque tengo tantas cosas que hacerte que me van a faltar horas... —murmuró haciendo que ella sonriese para después aproximarse a su boca y volver a besarlo.

* * *

Abrió los ojos y notó la mano de Michael envolviendo su cintura. Sonrió al darse cuenta de que había podido dormir de un tirón, dejando atrás esas noches en vela en las que lo único que hacía era dar vueltas sin sentido. ¡No podía parar de sonreír, y eso que lo llevaba intentando varios minutos! Jamás creyó que el sexo pudiera ser así de especial, excitante y placentero. Para ella siempre había sido un trámite más en las relaciones, pero con él era una aventura repleta de sensaciones y lujuria. Sintió cómo la cogía con más fuerza, había pensado que al despertarse ya no

se lo encontraría allí, en su cama, pero se había equivocado, como con todo lo que pensaba de él... De repente se percató de la luz que entraba en la habitación, alcanzó con dificultad el móvil y miró la hora.

—¡¡Vamos a llegar tarde!! —exclamó haciendo que él se despertase.

—Hummm... Ven aquí, señorita Correcaminos —dijo intentando agarrarla para volver a meterla en la cama.

—Michael, tenemos que irnos ya. Llegaremos tarde... ¡Y no podemos hacerlo los dos a la vez! —exclamó mientras entraba en el aseo para darse una ducha rápida—. No quiero que nadie sospeche que entre tú y yo...

—¿Ha habido sexo del bueno? —soltó haciendo que ella negase con la cabeza.

No lo podía ver, pero se lo imaginaba con esa sonrisa canalla cruzándole la cara.

—A veces eres tan desesperante... —resopló mientras se metía debajo de la ducha.

—Pero te gusta...

Adriana no contestó. ¡Por supuesto que le gustaba! Incluso esa parte de él canalla, burlona, chulesca. No obstante, tenía que ser práctica, debía controlar aquella situación... «Joder, me he acostado con uno de mis empleados...», pensó mientras se frotaba enérgicamente el cabello.

Salió de la ducha, se secó y, al abandonar el cuarto de baño, vio que Michael ya no estaba. «¡Mejor así!», pensó mientras se vestía y se dirigía al salón. No tenía tiempo de hacerse el desayuno, debía marcharse ya.

—Pero... —susurró al ver encima de la encimera un café de Starbucks y un *muffin* de chocolate—. ¿Michael? —lo llamó por si aún estaba en su casa, pero nadie respondió—. ¡Qué difícil me lo estás poniendo, majo! —añadió dándose cuenta de que ese hombre la conocía más que cualquiera de sus exnovios...

* * *

Llegó a la oficina cinco minutos más tarde de lo acostumbrado. Salió del ascensor flechada y se percató de que todos sus empleados la miraban sorprendidos. «¿Otra vez me he olvidado de peinarme?», se preguntó al ver sus gestos extrañados.

—¡Marge! —exclamó haciendo que su secretaria pegase un brinco en su silla—. Quiero que llames a la secretaria de Tommy Parker y le digas que necesito concertar una reunión con él a principios de semana.

—Claro, señorita Álvarez —susurró mirándola de una manera distinta de la habitual.

—¿Por qué me miras así? —soltó de repente, haciendo que ésta se pusiera nerviosa hasta tal punto que sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Está muy guapa con el cabello mojado y suelto...

Adriana asintió. No le había dado tiempo a recogerse en su casa y había optado por dejar que se secara al aire para después hacerse una coleta en la oficina.

—Gracias...

Entró en su despacho y cerró la puerta. Debía concentrarse, debía trabajar y dejar de pensar en lo ocurrido la noche anterior. «Ya está hecho, ya has dado el paso. Ahora tienes que mentalizarte de que no ocurrirá nunca más porque él no tiene pinta de ser de los que repiten y tú no puedes permitirte que vuelva a pasar», se dijo antes de ponerse a trabajar.

Dos horas después, salió del despacho en dirección a los aseos. El cabello le estaba molestando demasiado como para dejarla pensar. Delante del espejo, se lo recogió con ayuda de los dedos, se lo ató en una alta coleta y, de repente, oyó cómo dos mujeres hablaban muy cerca de donde estaba.

—¿Has visto lo guapo que ha venido hoy Michael?

—¡Ya te digo! Ese hombre me tiene loca.

—A ti y a toda la oficina. Hoy lo voy a invitar a cenar... ¡Espero que acepte!

—Seguro que lo hace. Hoy has venido matadora —se jactó haciendo que la otra se riera.

—Eso espero, que mis dos amigas hagan que diga que sí.

La puerta del cuarto de baño se abrió entonces y las dos mujeres aparecieron delante de Adriana. Al verla, agacharon de inmediato la cabeza y se dirigieron cada una a su cubículo. Adriana se percató de que una de ellas llevaba un pronunciado escote por el que se podía ver sin mucha dificultad su abultado canalillo... Cerró los ojos para tranquilizarse y salió de allí sintiendo algo a lo que no sabría poner nombre.

De camino a su despacho lo vio. Se encontraba de espaldas, sentado sobre la mesa hablando animadamente con una mujer que no debería estar en la sala de creatividad. Ésta se apartaba el cabello de los hombros, lo miraba con intensidad y se humedecía los labios sensualmente.

—Oh, por favor —masculló Adriana al darse cuenta de que ese hombre atraía a las mujeres como si fueran moscas.

Abrió la puerta de cristal sin pararse a llamar previamente. La mujer, una de las contables de la agencia, se volvió al notar movimiento y poco le faltó para salir corriendo.

—¿Qué haces aquí, Lisa? —preguntó Adriana con seriedad.

—Emm... Yo... —susurró al no saber qué decir.

—No estamos en la hora del recreo. Aquí se viene a trabajar y no a hacer amigos —añadió con rotundidad, haciendo que Michael se aguantara una sonrisa socarrona.

—Sí, sí, claro, señorita Álvarez... —repuso ella saliendo disparada de allí.

—¿Querías algo, jefa? —soltó Michael con voz seductora.

—¿Has terminado los bocetos que te pedí? —preguntó mirando de reojo a Ricky, que intentaba aparentar que estaba terriblemente ocupado y no atento, como en realidad estaba, a la conversación de ambos.

—Me quedan unos detalles, pero hoy los tendrás en tu mesa.

—No tardes.

—Nunca lo hago...

Adriana frunció ligeramente el ceño al ver esa chispa de burla en sus ojos. Se dio media vuelta, cerró la puerta y se dirigió hacia su despacho sintiéndose todavía más enfadada y más frustrada, y no entendía el porqué.

—«Nunca lo hago...» —se burló con una vocecilla infantil después de cerrar la puerta de su despacho con fuerza, lo que provocó que el estruendo se oyera en toda la agencia.

* * *

Llamaron a la puerta, levantó la mirada y lo vio aparecer. Lo cierto era que tenía que darles la razón a las dos mujeres a las que había oído hablar de él en el baño. Esa mañana tenía el guapo subido. Esa camiseta azul, esos vaqueros oscuros y ese maldito cabello rebelde lo hacían todavía más atractivo de lo que ya de por sí era, y Adriana había tenido la suerte de haberlo tenido para ella sola durante toda una noche... «No pienses en eso, que nos conocemos...», se dijo intentando interpretar el papel del año por su frialdad e indiferencia ante él.

—Te he traído los bocetos —dijo él mientras se los tendía y ella los cogía con un movimiento seguro y preciso.

—Muy bien... —susurró sintiendo cómo la rabia se le agolpaba en la garganta—. ¿Qué? Hoy te han salido muchos planes, ¿no? —masculló sin poder reprimir su lengua.

—¿Muchos planes? —repitió mientras se sentaba en la silla que había delante de ella.

—No, no... ¡Si me parece fenomenal! —soltó con fingida indiferencia—. Esta noche yo también había pensado salir con Frank...

—¿Con Frank? —quiso saber extrañado.

—Claro, quiero darle una segunda oportunidad. Él reúne todo lo que busco, ¿sabes?... —susurró sin prestar atención a los bocetos—. Pues nada, pásatelo muy bien con Rachel...

De repente Michael se relajó y sonrió ampliamente, algo que la descolocó bastante. La miró con esa parsimonia de saber que era atractivo y que podía tener a quien quisiera, cruzó la pierna en un movimiento grácil, casi felino, y se humedeció el labio inferior como si estuviese pensando las palabras que quería decirle.

—¿Estás celosa, Adriana?

—¿Qué?! —soltó ella casi en un grito al oír esa pregunta que la aturdió todavía más de lo que ya lo estaba al tenerlo delante—. Claro —resopló con ironía—, no tengo otra cosa que hacer que estar celosa, y además de ti —añadió con el mismo tono de voz.

—Es curioso —dijo él sin apartar su mirada socarrona y seductora—. Oigo lo que dicen tus labios, pero tus gestos, tu ligero tartamudeo, tus movimientos nerviosos y el leve rubor de tus mejillas dicen lo contrario...

—Eso es lo que tú quieres creer. Ya te he dicho que no estoy celosa y que me alegro un montón, ¡muchísimo!, de que salgas con Rachel...

—No voy a salir con Rachel, Adriana... —susurró lentamente mientras se ponía de pie y

avanzaba hacia ella.

—¿CÓ... cómo? ¿Y eso por qué? Ella es muy atractiva y directa... —replicó sintiéndose de nuevo a merced de ese hombre.

«Por favor, Adriana, ya te has acostado con él. ¡Basta! Páralo de una vez», pensó intentando entrar en razón.

—Tengo otros planes mucho más tentadores —añadió sentándose en el borde de la mesa, pegado a donde estaba ella, que debía levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Ah... —tragó saliva con dificultad—. Claro, eres un hombre con una agenda muy apretada.

—Había pensado en pasar el fin de semana contigo —susurró mientras le acariciaba la mejilla, haciendo que ella cerrara los ojos al sentir su cálido y sugerente contacto, para después, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, levantarse de un salto de la silla y alejarse de él.

—No es buena idea.

—¿Por qué? ¡Ah, sí! —terció levantándose y dirigiéndose hacia ella despacio—. Que no te gusto y no te resulto, para nada, atractivo —añadió jocoso.

—¡Exacto!

—Aunque anoche no me decías eso... —susurró seductor.

—Fue un lapsus...

—Un lapsus que se repitió tres veces y donde conseguiste cinco orgasmos, si no recuerdo mal... —informó haciendo que ella chocara contra la pared y se viera acorralada y terriblemente excitada.

—Michael... —farfulló sintiendo cómo él se aproximaba a escasos centímetros de ella mientras apoyaba una mano en la pared y bajaba la cabeza lo suficiente como para tenerla a un suspiro de su boca.

—Dime, Adriana...

—Somos amigos, ¿recuerdas? —dijo con dificultad.

—Qué bien suena viniendo de tus labios... Me gusta ser tu amigo, Adriana.

—Los amigos no se acuestan juntos.

—¿No? —preguntó con aparente inocencia—. ¿Y eso quién lo dice? —susurró acercando sus labios a los de ella, tentándola, pero sin llegar a rozarlos.

—Todo el mundo —dijo con dificultad, sintiéndose una pequeña mosca pegada en una telaraña confeccionada por ese hombre.

—No hay que hacer caso de lo que diga la gente, Adriana... —murmuró tan bajito y tan cerca de ella que tuvo que reprimir un gemido al verse tan próxima a sus labios pero a la vez tan lejos —. ¿Quieres que te bese?

—¿Estás jugando conmigo, Michael?

—No soy de ese tipo de hombres, Adriana. Soy sincero, siempre lo he sido... —repuso mientras deslizaba con parsimonia sus labios por el cuello de ésta, haciendo que jadeara muy

despacio—. Me gusta cómo sabes, me gusta cómo hueles —dijo hundiendo la nariz en su piel—, y lo de anoche me gustó tanto que únicamente quiero repetir...

—¿Repetir? —preguntó poniendo cara de circunstancias.

—Sí —dijo mostrándole una amplia sonrisa.

—No es buena idea.

—¿Por qué?

—Porque no lo es, Michael —susurró mientras le ponía la mano en el pecho y lo separaba de ella, rechazando aquella posibilidad de golpe.

—¿Otra vez huyendo de mí?

—No huyo, Michael —dijo mientras se dirigía al otro lado del despacho—. Sólo necesito un poco de espacio para pensar.

—Confiesa que te pongo nerviosa, que te gusto tanto que no sabes qué hacer... —añadió Michael terriblemente seductor.

—Oh..., ¡por favor, qué creído eres! —exclamó exasperada de que tuviera razón—. Puedes marcharte.

—No has mirado los bocetos —soltó haciendo que ella cerrara los ojos. ¡Lo había olvidado!

—No te preocupes, ahora los miro y le digo a Marge que te los lleve —repuso mientras abría la puerta del despacho y señalaba la salida, invitándolo a que se fuera de allí cuanto antes.

—Entonces ¿es una negativa? —preguntó él, lo que provocó que ella se pusiera nerviosa. ¡Marge podía estar oyéndolos!

—Sí.

—Entonces, a lo mejor cambio de opinión y acepto el otro plan... —comentó con parsimonia mientras se acercaba a ella.

—Harás bien —concluyó sin dejar de mirarlo.

Michael sonrió. Adriana se encontraba justo detrás de la puerta, Marge sólo podía ver el interior del despacho, pero no a su jefa. Y, antes de ponerse en el punto de mira de la secretaria, se acercó veloz a ella y le dio un beso tan rápido en los labios que a punto estuvo de hacerla gritar por el susto y por el placer de sentirlo de nuevo. Luego, con esa actitud canalla, le guiñó el ojo y salió del despacho como si no hubiese hecho nada, como si no hubiese roto un plato, aunque en su historial llevase cientos de vajillas hechas trizas... Adriana cerró la puerta, se apoyó en ella y sintió cómo ese diminuto beso la incendiaba de la cabeza a los pies.

—¿Y ahora qué, maja? —susurró dándose cuenta de que haber probado las mieles del paraíso la había dejado con ganas de más, mucho más.

Capítulo 26

—Perdona, Michael —dijo Marge entrando con timidez—, me ha dicho la señorita Álvarez que te entregue los bocetos y que te diga que están bien, que sigas por ese camino —añadió como si estuviera recitando un mantra.

—Al final te vas a convertir en su ojito derecho, Mike —soltó Ricky con sorna.

—No sé qué le pasa, pero hoy está muy rara... —confesó Marge sin mirarlo a los ojos—. Es como si le hubiese ocurrido algo.

—Lo que tiene que hacer es dimitir —bufó Ricky de malas maneras—. Oye, podrías sustituirla tú, ¿te imaginas? —añadió mirando a Michael.

—Yo no sirvo para ser jefe —contestó con sinceridad—. Además, aún no he visto lo mala que aseguráis que es Adriana.

—Como te oiga llamarla por su nombre y no por su apellido, te vas directo a la calle —aseguró Ricky.

—Creo que exageráis. Es una persona comprometida con su cargo, nada más...

—Es verdad que desde que llegó de las vacaciones está más, ¿cómo lo diría?... , más suave —dijo Marge intentando encontrar el adjetivo que lo resumiese—. Antes, cuando entraba en la oficina, todo eran gritos, prisas, órdenes y estrés; ahora es diferente, como si hubiese cambiado algo en ella en esos días...

—¿Sabéis qué? —susurró Ricky acercándose a ellos—. James, el anterior ilustrador —dijo mirando a Michael para que supiera de quién estaba hablando—, me dijo que antes de presentar su renuncia habló con el señor Wright y aprovechó para decirle cómo era en realidad la jefa de creatividad. Me dijo que nuestro jefe simplemente le dio la razón y que le confesó —susurró todavía más bajito— que estaba esperando encontrar a un sustituto a su altura para despedirla, porque todos nosotros nos habíamos quejado de la manera que tiene de tratarnos.

—¿Tú crees que será verdad? —preguntó Marge casi con esperanza.

—¡Sí! —exclamó con rotundidad—. Cruella de Vil se ha convertido en un lastre para esta agencia. Nadie la quiere como jefa, y para el señor Wright el buen rollo en la oficina es casi vital.

—Ojalá sea verdad... Estoy cansada de servirle el té, de que casi ni me mire cuando aparezco por su despacho y de que me trate como si no valiese para nada más que para servirle como una esclava —resopló Marge—. ¡Y me voy ya! Que, si se le ocurre salir y no me ve en mi mesa, es capaz de venir a buscarme y cogermelo de la oreja.

—Corre y ánimo, Marge —dijo Ricky observando cómo la secretaria salía de aquella sala—. Esa mujer tiene el cielo ganado... Lleva un año trabajando con ella. Imagínate cuántas secretarías

han pasado por aquí antes que Marge... —susurró Ricky para volver de nuevo delante del ordenador.

Michael se quedó pensativo. No le había gustado oír esas cosas de Adriana, esa conspiración que había detrás, incluso esa remota posibilidad de que fuera verdad lo que había dicho Henry de ella. ¿Tendría pensado despedirla en un futuro próximo? Pero si era una maravillosa profesional... Era cierto que era despegada con el resto de los empleados, fría incluso y un poco condescendiente, pero él había visto cómo trabajaba y su labor era intachable... Cogió los bocetos que le había llevado Marge y siguió trabajando, sin poder dejar de pensar en la verdadera Adriana, esa que comenzaba a tener la suerte de ver, esa que lo llevaba loco, esa a la que deseaba tener otra vez entre sus brazos, a ser posible sin ropa y sin ese escudo antihombres levantado.

* * *

—Entonces... ¿no puedo hacerte cambiar de opinión? —susurró Rachel de manera seductora.

—No —dijo él con una sonrisa. Estaba esperando a que el ascensor llegara, había acabado su turno y ésta lo había asaltado, supuso que no casualmente—. Ya había quedado.

—Bueno... Si cambias de opinión... —añadió mientras sacaba de entre sus voluptuosos pechos un trocito de papel con su número de teléfono para que él lo cogiese, aunque supiera que no lo iba a utilizar.

—Claro —contestó con una sonrisa.

El sonido de unos tacones y, sobre todo, el efecto de su presencia hizo que levantara la mirada. Se encontró con sus ojos vivos, curiosos, que intentaban demostrar una frialdad que sabía que no poseía, pero era uno de sus muchos recursos para esconder su verdadera personalidad, esa que aún llevaba intentando esclarecer. Adriana se puso al lado de ellos, esperando también el ascensor. Rachel dio entonces un paso atrás, como si no quisiera compartir el espacio vital con Adriana, y él, simplemente, se quedó donde estaba, mirándola de reojo. Ella estaba concentrada en la puerta, seria, imperturbable, íntegra, perfecta... La campanilla avisó de que las puertas se abrirían, y Michael señaló el interior del ascensor en un ademán caballeroso que a ella la hizo refunfuñar algo entre dientes que no logró entender, pero que causó que él disimulara una sonrisa. Con ella todo era diferente. Después de Adriana, entró Rachel, que intentó colocarse lo más alejada que podía de su jefa, y él, al final, acabó en medio de las dos mujeres. El silencio y la tensión se palpaban en el ambiente. Michael no entendía ese mutismo, pero prefirió no romperlo. Si hubiesen estado a solas, habría probado a ponerla nerviosa, y Adriana no podía imaginarse lo que disfrutaba provocándola, intentando sacar esa versión que ninguna de las personas que llevaban tantísimos años trabajando con ella sabían siquiera que existía...

—¿No te bajas aquí? —preguntó Rachel con tono lastimero al ver que él se quedaba todavía en el ascensor al alcanzar la planta baja.

—Tengo el coche abajo.

—Ah... —susurró mirando de reojo a Adriana, que se encontraba, curiosamente, en silencio—. ¡Lámame!

Las puertas volvieron a cerrarse y él la miró, tan recta, tan seria, tan irresistible...

—Hacéis buena pareja —comentó Adriana haciendo que él la mirase extrañado ante esa afirmación que él veía muy alejada de la realidad. Era cierto que Rachel era atractiva y voluptuosa, pero no sólo se fijaba en el físico...

—Adriana...

—No, Michael —cortó mientras se parapetaba tras su bolso y levantaba la mirada enfocada en el techo—. Somos amigos y, simplemente, me alegro de que salgas con una chica tan... —se interrumpió como si estuviese buscando la definición apropiada— tan directa como lo es Rachel. Seguro que os lo pasáis genial esta noche.

—¿Cómo quieres que te diga que Rachel no me interesa? —espetó sin conseguir que lo mirase.

—Hasta el lunes —dijo mientras salía rápidamente del ascensor y se dirigía hacia su coche.

—¡Adriana! —la llamó, pero ella no se detuvo—. ¡Qué cabezota es esta mujer! —resopló mientras la perseguía—. ¿Quieres parar un segundo? —soltó mientras la cogía del brazo para que se detuviera.

—¿Qué quieres, Michael?

—Quiero decirte que tengas cuidado, ¡joder! —soltó molesto por su indiferencia. Jamás le había ocurrido algo así y lo frustraba que fuera ella la primera.

—¿Cuidado con qué? ¿Con los celos? ¿Contigo? ¿Con Rachel? —replicó ella altanera, demostrándole de nuevo aquel carácter que lo enloquecía hasta límites insospechados.

—Con tus empleados... He oído que James habló mal de ti con Henry y que otros también se han quejado de tu manera de ser con ellos...

—¡Que se quejen! Henry sabe cómo soy.

—Lo sé —susurró ocultándole la segunda parte, esa de la que debería hablar con Henry antes para asegurarse de que no fuera un bulo, o, llegado el caso que fuera verdad, convencerlo para que reconsiderase su decisión de despedirla—. Ten cuidado, ¿vale? Cambia tus formas hacia ellos. Sé más tú y deja a Cruella de Vil en casa. No te hace ningún favor esa coraza que te has fabricado para que te tengan respeto.

—¿Por qué me lo estás contando?

—Los amigos están para eso...

—Gracias —murmuró para después continuar andando y así entrar en su pequeño coche.

Michael esperó a ver cómo salía del garaje y luego se dirigió al suyo. En el interior de su vehículo supo que debería hacer algo para que ella dejara de poner trabas y escudos siempre que se encontraban a solas. Quería volver a tener entre sus brazos a la verdadera Adriana y esperaba que su plan funcionase; con ella todo era posible, y eso, lejos de asustarlo, lo motivaba todavía más a no rendirse. Arrancó el motor y salió en dirección a casa de sus padres.

—¿Dónde está la madre más guapa e increíble del universo? —soltó entrando en su casa, pero

no oyó respuesta, algo extraño. A su madre le encantaba que entrara gritando a los cuatro vientos las mil virtudes que ésta poseía...

Se dirigió a la cocina y entonces vio que estaban sus padres en el jardín, sentados alrededor de la mesa junto a Maca y a Bastian.

—¡Hombre, pero si mi hermano ha hecho acto de presencia! —exclamó Bastian nada más verlo. Desde que Maca había entrado en su vida desprendía felicidad, buen rollo y simpatía.

—Ya sabes, hay personas que trabajamos duramente —añadió con guasa mientras saludaba a todos los miembros de su familia—. ¿Qué hacéis vosotros por aquí?

—Nos hemos acercado a despedirnos. Nos vamos unos días de vacaciones por Europa —dijo Bastian mientras miraba a Maca de una manera tan empalagosa que Michael no pudo reprimir una sonrisa. ¿Quién le habría dicho a su hermano que acabaría enamorado hasta la médula de una mujer tan distinta de él?

—Maca, eres mi *ídola* —añadió Michael categóricamente, haciendo que ella riera complacida—. Mi hermano dejando la revista, ¡de nuevo!, para irse de vacaciones... ¡Haces milagros, muñeca!

—Lo mío me ha costado, Mike —repuso ella siguiéndole el juego. Bastian fingía que eso le molestaba, pero en el fondo disfrutaba como ellos dos de esa complicidad y ese buen rollo entre cuñados.

—Id a París —soltó Lucre con una sonrisa resplandeciente—. Dicen que de ahí vienen los niños...

Todos se miraron y se echaron a reír a carcajadas. Su madre no perdía la esperanza y sin venir a cuento recordaba que quería ser abuela, por si alguien no se había dado cuenta de que los quería ya y que se había cansado de esperar.

—Ay, Michael, ellos no paran de darme largas, pero tú sí que vas a consentir a tu madre, ¿a qué sí?

—Mamá, primero necesito encontrar a una mujer, ¿no?

—Siempre con lo mismo... ¿Y cuándo vas a presentarme a una novia de verdad? —preguntó su madre.

—¿Cómo llevas el tema de Adriana? —inquirió Bastian como si nada, sin dejar que éste respondiese a la cuestión que le había formulado su madre.

Michael lo miró molesto. «Vale, Bastian, me las estás devolviendo con intereses, ¿no?», pensó al saber que su hermano llevaba mucho tiempo esperando precisamente una oportunidad como ésa, poder hablar de una mujer que su madre aún no sabía que existía en su vida...

—¿Quién es Adriana? —preguntó Lucre con curiosidad mirando tanto a uno como al otro.

—La ex de Paul —contestó Maca llevándose de paso una mirada reprobadora de parte de Michael, a la que ella contestó con una amplia sonrisa.

—¿La que se cayó contigo en la piscina?

—Sí, mamá, la misma.

—Y la misma con la que estuvo en Hawái —añadió Bastian, ocultando en su rostro una páfida sonrisa que hizo que Michael lo mirase con burla. «Hermanito, la venganza será terrible», pensó éste.

—¿La misma?! No me lo habías dicho, Mike...

—Bueno, ya me conoces, mamá —dijo con fingida indiferencia mirando de malas maneras a Bastian, que ocultaba en su rostro una sonrisa satisfecha al haberle devuelto con creces lo que éste le hizo cuando conoció a Maca.

—¿Y qué le pasa a esa mujer? No sé, me pareció un poco maleducada... Vino a nuestra fiesta y se fue sin ni siquiera saludarnos... Aunque, claro, en un principio no me extrañó, al saber que estaba con Paul...

—Nada, mamá. Adriana es mi jefa y no es en absoluto maleducada... Lo que ocurrió aquella noche es que la asusté tanto que nos precipitamos a la piscina, y, claro, se enfadó mucho conmigo... —informó con una sonrisita divertida al recordarlo.

—Ya, me imagino que mucha gracia no le haría... ¿Y por qué te ha preguntado tu hermano por ella?

—Supongo que será porque le gusta tocarme las pelotas, ¡oye!, algo que entiendo. Yo también se las tocaba cuando andaba dando tumbos con Maca. Ay, cuñadita, no sabes el coñazo que dio hasta que se dio cuenta de lo que le ocurría contigo —soltó haciendo que ésta se riera divertida al imaginárselo.

—No cambies de tema. Estábamos hablando de esa mujer, que ahora es tu jefa y... —susurró Lucre sin terminar la frase para que él prosiguiera.

—Y nada. Bueno, sí hay algo, no entiendo por qué mis compañeros quieren deshacerse de ella... Vale, es un poco mandona y fría a la hora de relacionarse con ellos, pero es una gran profesional; es brillante, creativa, decidida...

—Ya...

—He intentado hacerla entrar en razón, que cambie un poco, porque ella no es así, ¿sabéis? Adriana es divertida pero muy responsable. Es práctica, pero a veces se salta las normas; jura que no quiere enamorarse nunca, pero me temo que no sabe que eso no se puede controlar, aunque tiene unas ideas bastantes innovadoras para mantener ese sentimiento a raya. Es vulnerable, pero a la vez increíblemente fuerte. Es camaleónica y con cada personalidad que saca a flote, con cada matiz que descubro de ella, hace que quiera saber más, como si fuera una de esas muñecas que esconden otras, ¡las matrioskas! Ella es un poco así y yo sólo quiero saber qué esconde tras tantos escudos...

—Vamos, que es una montaña rusa de personalidades... —añadió su madre sin perderse ni una sola palabra de lo que él decía.

—Más o menos.

—¿Y?

—Nada.

—Michael Miller... —lo llamó con ese tono de madre que decía que, si no comenzaba a hablar, luego sería infinitamente peor.

—Me atrae... mucho.

—¿Te atrae esa mujer?! —exclamó Lucre sorprendida—. Si, por lo que has dicho, es caótica y con varias personalidades, ¿cómo te puede gustar?

—Es que en realidad no es así; es un escudo que se ha fabricado para sentirse segura. Ella tiene una idea equivocada del amor y la pareja. Piensa que enamorarse es sufrir y no se da cuenta de que el amor verdadero no hace daño. Además, mamá, ella es única, es especial, es... es... ¡Es Adriana! —dijo como si decir su nombre fuese suficiente como para que su familia lo entendiese. Sin embargo, no había otra explicación. Ella era así, un cúmulo de circunstancias, de pros y de contras, de contradicciones, del dulce aroma a fresas, de miradas repletas de significado, de gemidos ahogados, de poses estudiadas, de risas, de confesiones...

—Y, claro, por lo que se ve, te has enamorado de ella —bufó Lucre sin darle importancia a ese hecho. Su hijo era así, un enamorado en potencia, aunque Michael supiera que lo que tenía con Adriana no era lo que ellos creían, era algo diferente que tenía ganas de descubrir.

—Pero ¿a ella le gustas? —preguntó Bastian intentando esclarecer aquel embrollo.

—No lo sé, porque, cuando creo que sí, de repente me trastoca las ideas y me confiesa a la cara que no, que ni siquiera me ve atractivo e incluso me anima a que salga con otras mujeres... —añadió sin entender que hiciera eso. ¡Él sólo quería estar con ella!—. ¿Te lo puedes creer? —se jactó sin entender nada.

—Pero ¿tú le has dicho que te gusta? —preguntó Maca.

—Sí, y poco le faltó para tirarme la grapadora a la cara... —resopló observando cómo todos sonreían divertidos al imaginarse la escena.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues tengo en mente un plan —bufó mostrando una sonrisita traviesa mientras oía cómo comenzaba a sonar su teléfono móvil—. Perdonad —dijo mientras aceptaba la llamada—. Dime, Brandon.

—¿Qué ha pasado entre Adriana y tú?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me acaba de llamar Madison para decirme que ella esta noche tiene una cita.

—¿Con quién?

—Ni idea, pero te aseguro que no es Frank, acabo de hablar con él...

—Averigua dónde va a estar, Brandon —añadió mientras se ponía de pie.

—¿Qué vas a hacer?

—Hazlo por mí y, si sale bien, te lo cuento. Gracias, colega —terció mientras finalizaba la llamada—. Tengo que irme —informó a su familia.

—¿Mike?

—Dime, mamá.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Siempre lo tengo —dijo mientras se despedía de ellos—. Maca, Bastian, divertíos mucho por Europa.

—¡Eso está hecho! —exclamó ella con gracia.

Capítulo 27

Observó la comida en aquel plato tan enorme. Parecía ridículo poner unos pocos trozos en una superficie tan grande, como si quisieran que los comensales se percatasen de lo poco que iban a ingerir, como si fuera una broma de mal gusto para las personas que iban allí con hambre. Sólo deseó que los demás platos fueran más contundentes, si no, cuando llegara a casa, tendría que volver a cenar... Cogió los palillos japoneses, tratando de mimetizarse con el lugar y con su cita, que comía con delicadeza aquellos bocaditos refinados, y ella intentó, por lo menos, llevarse uno a la boca sin que fuera a parar al suelo. Algo en lo que puso mucho ahínco, sobre todo cuando ese hombre la observaba con tanto detalle...

—Siempre me ha gustado este sitio —comentó Walter mientras se secaba con sutileza con una servilleta su frondoso bigote de color castaño con pequeñas hebras plateadas que cubría totalmente sus labios, unos que Adriana supuso estarían debajo, porque era imposible apreciar si éstos eran finos o definidos—. ¿Habías venido antes aquí?

—No... —susurró ella observando la maravillosa decoración del Nobu, donde la madera creaba un ambiente cálido, tanto en el suelo como en todas las mesas que había repartidas por la amplia sala. Incluso en el techo había unas placas curvas de ese mismo material, creando ondas sofisticadas que llenaban el espacio convirtiéndolo en algo único. Se notaba que aquel restaurante asiático, que poseía el mismo nombre que el hotel que se hallaba en el mismo edificio, era elitista y chic, algo que encajaba con la imagen de ese hombre perfectamente trajeado y con unos modales exquisitos.

—Entonces he acertado al invitarte aquí para nuestra primera cita —añadió Walter presuntuoso mientras alzaba la copa de vino y la miraba a través de sus enormes gafas doradas, que le cubrían la mayor parte del rostro. Ese hombre rondaría los cuarenta si no los pasaba ya, dedujo Adriana por su manera de hablar, de moverse e incluso de vestirse—. Es difícil dar con una mujer que encaje en mi mundo —susurró sin dejar de observarla—. Soy un hombre con muchos compromisos sociales y poco tiempo para andar con tonterías. Ha sido una suerte que nuestros perfiles coincidieran en la aplicación.

—Sí, mucha suerte —dijo ella forzando una sonrisa mientras cogía la copa de vino blanco y le daba un largo trago—. Dime, Walter, ¿a qué te dedicas?

—Soy el director del City National Bank of Florida. Tú me dijiste que eras directora creativa, ¿verdad?

—Sí, en la agencia de publicidad Ideal Advertising.

—La verdad es que fue una de las cosas que me hicieron animarme a conocerte. Necesito una

mujer inteligente a mi lado, que quiera las mismas cosas que yo y que me siga el ritmo...

—Claro...

—Para luego, cuando la cosa vaya sola, que se quede en casa a cuidar de los niños... —añadió haciendo que Adriana lo mirase nerviosa. ¡Eso no lo ponía en su perfil!

—Y, dime, Walter, ¿qué buscas en una mujer además de un alto cargo y un útero? —replicó intentando soportar aquella cena, que le estaba resultando incómoda y también tediosa, algo que no entendía. Ella había elegido al candidato y pensaba que sería un acierto quedar con él.

—Pues busco lo que casi todo el mundo, una bonita mujer con la que se pueda conversar de temas de actualidad, a la que poder llevar a la ópera o a algún evento solidario, poder viajar y, sobre todo, quiero una mujer con la que tener hijos, muchos hijos... Siempre he soñado con tener una gran familia. ¿A ti te gustan los niños?

—No especialmente... —susurró temiéndose que esa respuesta no fuera del agrado de ese hombre.

—Eso lo dices porque aún no has tenido uno propio... Tienes pinta de ser buena madre.

—Si tú lo dices... —murmuró con desdén. «¿Qué leches estás haciendo aquí, Adriana? ¡Cállate! Necesito olvidarme de él. Claro, y qué mejor que hacerlo con este hombre, que quiere que me quede embarazada muchas veces... Oh, a veces eres odiosa», pensó con poca convicción, como si estuviera batallando contra su propia conciencia.

—Tengo buen ojo para esas cosas. Brindemos, pues, por esta noche —dijo él mientras alzaba la copa en el aire.

Adriana bebió no para brindar por ese futuro que no le resultaba en absoluto atractivo, sino para borrar el dulce recuerdo de todos los momentos vividos con Michael. Al levantar la vista, algo llamó su atención, concretamente un hombre alto, con una camisa blanca con las mangas subidas que mostraban sus increíbles antebrazos bronceados y unos pantalones vaqueros oscuros. Llevaba cogida de la cintura a una preciosa mujer con una maravillosa melena morena que caía en cascada por su espalda, con un ajustadísimo vestido rosa chicle que se amoldaba a cada curva de su sugerente cuerpo.

—No puede ser... —susurró mientras miraba al frente e intentaba que éste no la viese, utilizando recursos tan útiles como apoyar el codo en la mesa y taparse con esa mano la cara... Algo infalible, sí...

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Walter al ver que se comportaba de manera extraña, sobre todo mientras comenzaba a resbalar por la silla intentando que ese hombre no la viese ahí.

—¿Adriana? —Su voz, su maldita voz a pocos centímetros de ella, volviéndolo todo todavía más real, incluso esas ansias por desaparecer, porque no la viese, por no tenerlo delante...

Levantó la mirada, se irguió en la silla mientras forzaba una sonrisa y éste se la devolvió con tanto entusiasmo que estuvo a punto de pensar que aquel encuentro no era casual, pero ¿cómo podría haberlo sabido, y por qué tenía que ser tan endiabladamente guapo?

—Hola, Michael...

—Oh, qué casualidad —añadió él sin dejar de mirarla ni de coger un segundo a esa mujer por la cintura—. Fíjate que hemos venido aquí porque Linda quería conocer el Nobu —informó mirando por primera vez a Walter—. ¡Menudos modales! Hola, soy Michael Miller, encantado de conocerte.

—¿Michael Miller, el fotógrafo?

«No puede ser...», pensó Adriana al ver el gesto de fascinación de éste al percatarse de quién era él.

—Sí —confirmó éste con una amplia sonrisa, pagado de sí mismo.

«¡Lo que le faltaba al guaperas para creérselo un poquito más!», se dijo ella exasperada.

—¿Conoces a Michael Miller? —le preguntó Walter a Adriana, que intentaba aparentar indiferencia y frialdad, aunque lo único que quería era: primero, hacer callar a ese hombre con el bigote más espeso del mundo; dos, apartar a esa bella mujer del cuerpo de Michael, y tres... ¡salir corriendo! Porque no sabía qué hacer en una situación como aquélla. Era todo tan nuevo y a la vez tan desquiciante que no tenía ni repajolera idea de cómo comportarse.

—Trabaja conmigo —contestó con desdén mientras apretaba los dientes e intentaba que su carácter se apaciguara. «Demuéstrale que controlas la situación, aunque sólo tengas que coger tu bolso y salir por piernas», pensó sintiendo que en ese mismo momento estaba que echaba humo por las orejas.

—Bueno, para ser justos, ella es mi jefa.

—¡No puede ser! Adriana no me había dicho nada —añadió Walter como si aquello debiera decirlo casi pegado a su nombre. «Hola, soy Adriana Álvarez y conozco a Michael Miller... ¡Absurdo!», pensó ella—. Soy Walter Smith, encantado de conocerte. Soy un seguidor de tu obra, incluso compré varias fotografías que has realizado y que tengo colgadas en mi casa.

—Vaya, muchas gracias, Walter —dijo mientras le estrechaba cordialmente la mano mostrándole esa sonrisa... que la volvía loca.

—Estábamos empezando a cenar, ¿queréis sentaros con nosotros? —preguntó Walter con tanta ilusión, con tanta urgencia en su voz que le dio un poquito más de rabia si cabe.

«Di que no, di que no, di que no...», pensó Adriana mientras cruzaba los dedos por debajo de la mesa.

—No queremos molestar, ¿verdad, preciosa? —dijo Michael a la exuberante mujer, que miraba con curiosidad a Adriana, para después mirarlo a él y dedicarle una sonrisa resplandeciente—. Pero, ¡claro!, no voy a hacerle un feo a mi jefa —añadió, recibiendo de paso una mirada de odio de ésta.

Al poco, casi como si estuviera preparado —algo que comenzó a temerse Adriana—, un camarero apareció a su lado y juntó a su pequeña mesa otra igual. Luego añadió dos sillas para después disponer encima todo lo necesario para cenar. Adriana cogió la copa y se la acabó por completo, mientras observaba cómo al final Michael acababa sentado a su lado y la cita de éste al lado de Walter... ¿Casualidad? ¡Lo dudaba! «¿Qué pretendes, Michael? ¿Que esté celosa? Joder,

lo peor de todo es que lo estoy, y no sabes cuánto... Pero lo que no sabes es con quién te la estás jugando, chaval», pensó sintiendo cómo sus fuerzas aumentaban y una idea loca cruzaba por su mente.

—Cuando lo cuente en el banco no se lo van a creer. ¡Estoy cenando con Michael Miller! — exclamó Walter, haciendo que Adriana levantara los ojos al techo.

«He ido a dar con un fanático del guaperas. ¡Di que sí, maja! Tienes un ojo para las citas...», pensó sintiéndose incómoda y con muchas ganas de irse.

—Luego, si quieres, nos hacemos una foto.

—¿En serio? ¡Madre mía, Adriana, no me habías dicho que fuera tan simpático!

—No me ha dado tiempo... —farfulló ella con sarcasmo.

—¿Lleváis mucho tiempo saliendo? —preguntó Michael como si nada.

—Oh, no... Ésta es nuestra primera cita —dijo Walter fascinado por poder cenar con el famoso fotógrafo.

«Has bajado muchos puntos, Walter», pensó Adriana cogiendo la botella de vino y sirviéndose un poco más en su copa vacía.

—Supongo que como vosotros, ¿no? —terció mirando a esa morena que la miraba con demasiada curiosidad.

«¿Le habrá hablado de mí? ¡Oh, cállate, Adri! ¿Cómo va a hablarle de ti? Para él, tú sólo eres una muesca más en su cabecero, y lo único que quiere es recordártelo con mucho ahínco. Por eso está sentado a tu lado y ella enfrente, para que te des cuenta de que él es así. De que cuando ha obtenido lo que él quiere, ¡a otra cosa, mariposa!», pensó sintiendo cómo la rabia, o los celos (algo que jamás había experimentado), comenzaba a cegarla.

—No, nosotros nos conocemos desde hace muchos años —dijo la tal Linda con una voz suave y un suave acento latino.

«Oh..., ¡qué coraje me das, guapita! Hasta eres mona hablando», pensó ella con inquina. Sabía que esa mujer no tenía culpa de nada, pero sólo de ver cómo Michael le hablaba o la miraba..., ¡se la llevaban los demonios!

—Incluso hace años estuvimos trabajando juntos, ¿verdad, Linda?

—Sí —contestó con una sonrisa mientras se llevaba la copa a los labios sin dejar de mirarla fijamente.

—La verdad es que hacéis una pareja encantadora, ¿eh, Adriana? —preguntó Walter proclamándose fan número uno de Michael y de todo lo relacionado con él.

—Encantadora —escupió ella de malas maneras para después darle un largo trago a su copa, intentando no acercarse al cálido y sugerente cuerpo de Michael, que se encontraba a tan pocos centímetros del suyo que era inevitable rozar su brazo u oler su maravillosa fragancia—. Y dime, Walter, ¿qué planes tienes para después? Porque la verdad es que esta noche no quiero que se acabe jamás... —añadió seductora mientras acariciaba con delicadeza el borde de la copa,

clavando su mirada en él y obviando que el guaperas estuviera a su lado. «¿Quieres guerra? ¡Pues toma guerra!», pensó divertida.

—No bebas tanto, Adriana, que ya sabes luego lo que te pasa —dijo Michael, cortando la contestación de éste y haciendo que ella lo mirase con inquina—. Es que le sienta horrible el alcohol. Luego empieza a hacer tonterías, a decir cosas que ni siquiera piensa e incluso a quitarse la ropa con el primero que se encuentra... —informó a Walter con un tono de voz paternal.

«Pero... ¿quién leches se cree que es?», pensó ella maldiciendo por dentro.

—Oh, vaya —susurró Walter mirándola con atención, con mucha, la verdad...

—No le hagas caso, Michael es un guasón —farfulló Adriana mientras le clavaba una mirada fiera y éste le sonreía disfrutando del momento—. Además, sé que tú eres todo un caballero y jamás permitirías que hiciera algo así, ¿verdad, Walter? —susurró con voz melosa mientras deslizaba con lentitud su mano por el cuello, para que éste se fijara en el escote de pico que tenía ese vestido azul.

—Por supuesto —balbuceó sin apartar su mirada de cada gesto sugerente de ella hacia él.

«Yo también sé jugar sucio, Michael», pensó Adriana al observar cómo a éste le cambiaba la cara ante su muestra de seducción hacia otro hombre que no era él.

—Por lo que veo, os conocéis bastante, ¿no? —comentó Linda intentando romper aquella extraña tensión en la mesa.

—No tanto como él quiere hacer ver —terció Adriana mientras mostraba una amplia sonrisa dirigida a Walter.

—¿Cómo que no? —soltó Michael mientras negaba con la cabeza—. Ay, Adriana, mentir está muy feo —dijo mientras la miraba con ternura como si estuviera riñendo a un niño pequeño, para luego mirar a Walter y continuar—: Somos amigos.

—Eso está muy bien. Con amigos se trabaja mejor —indicó éste haciendo que Adriana alzara la mirada al techo.

—Eso es lo que le digo yo a ella continuamente, ¿verdad? —Ésta lo miró con seriedad—. Y aunque la veas tan seria, tan rígida, tan perfecta y tan callada..., te aseguro que no es así. Adriana es como un volcán, cuando menos te lo esperas, entra en erupción: ¡pum! —exclamó haciendo que Linda reprimiese unas carcajadas al oír la sonora palmada que había dado para rematar su explicación.

—No... no lo parece —murmuró Walter observándola con mayor atención.

—Ya, me imagino... A ella le gusta hacer ver a la gente que es así de aburrida. Pero te aseguro que es muy divertida, aventurera, osada, peleona, con un carácter, uf..., ¡tela marinera, compañero!, y valiente, muy valiente. Te lo vas a pasar genial con esta mujer, ¡te lo aseguro!

—Oh... —susurró Walter mirándola fijamente—. No tiene pinta de todo eso —dijo repasando de nuevo su cuerpo con lentitud.

Ella se movió incómoda por su escrutinio.

—Eso es porque lo disimula muy bien —indicó Michael sonriente.

—Bueno, es lo que dicen, ¿no? Hay que ser una señora en la calle y una perra en la cama —terció Adriana, haciendo que todos la mirasen con atención, incluido Michael, que se había quedado perplejo ante su afirmación. «Sí, Michael, yo también sé provocar», pensó sintiendo que aquella pequeña batalla la había ganado ella.

—Sí, por supuesto —afirmó Walter con demasiado ímpetu.

—¿Ya le has dicho a Linda que te encanta tratar de seducir a todas las mujeres que se te acercan? —preguntó Adriana con fingida indiferencia, dirigiendo el foco de atención hacia ellos al tiempo que lo alejaba todo lo posible de sí misma.

—Linda sabe cómo soy, ¿a que sí, preciosa? —Ésta le sonrió, haciendo que Adriana maldijera por dentro. Su plan de que su conquista se diese cuenta de que él era un rompecorazones se había ido al traste—. Ella y yo tenemos una relación abierta.

—¿Abierta? —reiteró Walter mirando fijamente a la escultural mujer, que le dedicó una caída de pestañas a la altura de Marilyn Monroe.

«Tengo que practicar esa mirada... ¡Mira cómo se ha quedado! Si sólo le falta babear...», pensó Adriana, dándose cuenta del efecto que había tenido en Walter.

—Sí... Incluso si os apetece luego podemos... —dijo mientras se inclinaba hacia él y le guiñaba un ojo dejando la frase a medias pero dándole a entender lo que quería decirle.

—¿¡Qué?! —soltó Adriana deteniendo aquel disparate que ya pasaba de castaño oscuro—. Disculpádnos un segundo —añadió cogiendo del brazo a Michael y empujándolo para poder hablar a solas con él, sin darle opción a que declinara su oferta.

—Bueno, bueno... ¡Qué prisas tienes, *jefa!* —exclamó él guasón al llegar al pasillo donde se encontraban los cuartos de baño, lejos de las miradas de sus acompañantes y, a decir verdad, de todo el restaurante.

—¿Qué estás haciendo, Michael?

—Pues he venido a cenar con Linda... —susurró con inocencia.

«¡Ja! No te lo crees ni tú», pensó ella intentando calmarse, algo bastante difícil, dadas las circunstancias.

—No —replicó tratando de frenar su carácter, que comenzaba a descontrolarse y que prometía explotar en mitad de aquella cena que había comenzado siendo aburrida para convertirse en la cita más surrealista de la historia—. ¿Cómo se te ocurre sugerirle hacer algo los cuatro juntos?

—A ver, para empezar, y que conste en acta, ese tipo es peor que Paul y Frank juntos. ¿Cómo puedes tener tan mal gusto, Adriana? —soltó mientras negaba con la cabeza con desaprobación.

—Eso a ti no te importa —replicó ella displicente.

—Ay, sí, el tema ese de buscarse a alguien que sea lo contrario de lo que te gusta para no enamorarte... Joder, pero si me han entrado arcadas al verle ese mostacho. ¿De verdad pensabas darle un beso? —repuso poniendo cara de asco—. ¿No te has dado cuenta de que se le queda la comida pegada ahí, en los pelillos?

—¡Estoy conociéndolo, Michael! —exclamó exasperada haciendo un esfuerzo monumental por

no echarse a reír. Si es que el guaperas sabía cómo cambiarle el estado de ánimo en décimas de segundo...

—Es un cretino, ya te lo digo yo. ¿No te has dado cuenta de dónde te ha citado? Hay un puto hotel aquí al lado —añadió con fiereza, haciendo que ella frunciera ligeramente el ceño. ¿Por qué le molestaba tanto?

—Walter no es así.

—Uy, claro. Walter no quiere meterse en tus bragas, porque tú no eres atractiva, tú no excitas a ningún hombre y tú no has dicho que hay que ser muy perra en la cama... —añadió con ironía, masticando las palabras, como si de verdad estuviera furioso al pensar en esa posibilidad.

—¿Y a ti qué te importa que acabemos en una habitación de hotel follando como perros? —soltó envarada, sabiendo que eso no ocurriría en la vida, pero él no tenía por qué enterarse—. ¿No has traído tú a esa belleza aquí por lo mismo?

—Oh, por favor, a mí no me hacen falta estos trucos de aprendiz de tercera para llevarme a una tía a la cama.

—Oh, claro. Sólo te basta con posar tus increíbles ojos en ellas para hacer que se desnuden. ¡Es verdad, oh, dios poderoso del sexo! —añadió con sarcasmo, fuera de sus casillas y harta de todo.

—No me habías dicho que te gustaban mis ojos, ¿eh, pillina? —susurró mientras meneaba seductoramente las cejas y se acercaba a ella con esa manera cautivadora de moverse, de atraparla contra su cuerpo.

«¿Le estampo el bolso, que no llevo, o le como la boca? Uf... ¡Dame fuerzas, por favor!», pensó Adriana al notar de nuevo esa atracción irracional que sentía hacia él.

—¡Eres increíble! —bufó agotada de que éste les diese siempre la vuelta a todas las conversaciones para hablar de sí mismo.

—¡Menos mal que al final te has dado cuenta! —añadió socarrón, haciendo que ella enarcara una ceja. Con ese hombre era imposible hablar en serio.

—¡Para ya, Michael, no todo gira en torno a ti!

—Adriana, la que tiene que parar eres tú. Deja de hacer algo que sabes que, a la larga, no te llena. Deja ya de pensar que una relación vacía es lo que necesitas. ¡Arriésgate de una vez por todas! —exclamó desesperado.

—¿A qué?, ¿a enamorarme o a volver a acostarme contigo? Las dos preguntas tienen la misma respuesta: no, gracias, prefiero conocer a Walter —replicó mientras se daba media vuelta y volvía a la mesa sintiendo cómo le temblaba todo el cuerpo. Sin embargo, lo único que deseaba era precisamente lo contrario de lo que había dicho. «En menudo lío te estás metiendo, maja», pensó tratando de forzar una sonrisa para que ni Walter ni Linda ni el propio Michael supieran que se sentía irresistiblemente atraída por el famoso fotógrafo.

Capítulo 28

Adriana había ingerido ya demasiadas copas de vino, lo sabía porque llevaba la cuenta desde que había irrumpido en mitad de su cita, algo, que, por supuestísimo, no era para nada casual. Linda, la secretaria de su hermano y un anterior ligue, lo miraba con resignación. Esa mujer tenía el cielo ganado, primero por aceptar aquella locura a la que la había arrastrado y que ella había aceptado por ser tan buena amiga y persona y, segundo, por aguantar estoicamente aquella velada extraña en la que Michael había intentado sacar a flote los trapos sucios de Adriana y viceversa, algo que había utilizado para que ésta se diera cuenta de que no tenía que esconderse detrás de ningún hombre para sentirse segura o a salvo, sino que debía de una vez por todas relajarse y disfrutar, ¿y qué mejor que hacerlo entre sus brazos? Pero ella, lejos de enfurecerse o blindarse —como era normal en su persona—, había comenzado a seducir a ese hombre que la miraba con un hambre voraz. Ahora, lo único que Michael deseaba era echarlo a empujones de ese restaurante y alejarlo de esa mujer que lo había vuelto a sorprender al sacar a relucir otra de sus personalidades, esta vez una muy tentadora y seductora que lo había vuelto loco durante toda la velada.

—Muchísimas gracias por invitarnos a cenar, Walter —comentó levantándose de la mesa y dirigiéndose a la salida del restaurante.

—Es lo menos que podía hacer —dijo éste presuntuoso mientras salían todos del local, casi en fila, primero Adriana, la cual parecía tener mucha prisa por salir, después Walter, luego él y por último su amiga Linda—. Tengo hecha una reserva en una *suite* aquí arriba, si queréis nos podemos tomar la última copa allí.

Michael miró a Adriana, a la que le cambió el semblante por uno duro, inquebrantable y decidido, y forzó una sonrisa. Esperó a llegar a la calle, todos estaban pendientes de su decisión, pues ni Linda ni él querían subir a ningún sitio con ese hombre, eso lo tenían claro, ahora faltaba que ella decidiera, y él estaba deseoso por saber su veredicto... «Dame lo que quiero oír, preciosa», pensó observándola con atención.

—Walter, creo que debemos dejar a la parejita que se vayan solos... Les hemos interrumpido demasiado la noche y, así, nosotros podemos seguir conociéndonos profundamente —dijo con voz melosa mientras se acercaba a ese hombre.

«Pero ¿qué coño haces, Adriana?», pensó Michael al ver que ésta se colgaba de su brazo ebria, vulnerable y tan increíblemente hermosa que le costó un mundo no cogerla y apartarla de ese hombre con el bigote más frondoso que había visto en años.

—Ha sido un placer —comentó Linda cogiendo el mando de la situación, pues Michael se había quedado paralizado al ver cómo Adriana elegía la respuesta incorrecta, ya que él lo que

había deseado era llevarla a casa, tentarla lo justo para que ella tomara las riendas de la situación y disfrutar de una increíble noche de sexo ellos dos a solas.

—Lo mismo digo —añadió Walter cogiendo con firmeza la cintura de Adriana y pegándola a su cuerpo para que no hubiese duda de que iba a hacer lo que deseaba—. Espero que nos podamos encontrar en otra ocasión.

—Claro —masculló con fiereza Michael, clavando sus ojos en Walter, que miraba como si fuera un depredador a la versión más dulce y sumisa de esa mujer que no conseguía despegarse de su mente y de su piel

Sintió la mano de Linda cogerle el brazo y obligarlo a caminar para dejarlos solos y se dejó llevar sin un ápice de ganas. ¡No quería dejar a solas a Adriana con ese tipo! Se volvió en un vano intento de que ésta viera que estaba preocupado por ella y que no quería que hiciera algo así. Pero ya no estaban en la calle y eso sólo podía significar...

—¡Joder! —maldijo deteniéndose en mitad de la acera.

—Pero ¿qué te pasa con esa mujer, Michael? —preguntó Linda soltándolo al fin y comportándose como la amiga que era.

—No lo sé... —resopló nervioso, sin poder apartar de su mente a ese hombre cogiéndola, a Adriana apoyándose en su brazo y ese sentimiento que lo ahogaba, que lo arrastraba hasta ese hotel para poder hacer algo que él jamás había tenido la necesidad de hacer: romperle la nariz a un tipo por estar con la mujer que él deseaba.

—Algo debes de intuir cuando me has hecho venir hasta aquí para ponerla celosa...

—Pero no lo he conseguido... —susurró contrariado, porque al final quien había acabado estando celoso era él.

—A lo mejor a ella no le gustas.

—Sé que le gusto, pero le cuesta aceptarlo.

—Michael, nos conocemos desde hace muchos años, he conocido a varios de tus ligues, incluso yo he sido una de ellos, y jamás te he visto así de descentrado y loco por una mujer...

—Tienes razón... Pero con ella todo es diferente, incluso me hace sentirme distinto. No lo sé, Linda, no sé qué me ocurre con ella. Lo único que sé ahora mismo es que quiero ponerme delante de ese tipo y liarle a hostias como se le ocurra tocarle un solo pelo de esa desquiciante cabecita que tiene.

—Si de verdad te importa esa mujer, no hagas eso. No te comportes como un cromañón. Confía en ella, no hagas nada y a ver qué ocurre...

—¿Y si se acuesta con él? —preguntó, y sintió que esa opción, simplemente al barajarla, lo ahogaba, lo enfurecía y lo frustraba como jamás pensó que le ocurriría.

—No sois pareja, Michael. Adriana es libre de hacer lo que ella crea oportuno.

—¡No me estás ayudando! —exclamó molesto por sentirse así y por no poder hacer nada por evitar algo que él no quería que sucediera.

—Aunque no lo parezca, sí que lo estoy haciendo. Piensa una cosa, Michael, si ella se hubiese

comportado como la mayoría de las mujeres, si hubiese caído en tus brazos en cuanto tú abrías la boca, ¿seguirías estando interesado en ella? No hace falta que me contestes, porque ambos sabemos la respuesta, y es «no». Lo que te atrae de esa mujer es, precisamente, su manera de comportarse contigo. Por eso te llama la atención, por eso no quieres que se vaya con ese hombre, porque quieres ser tú quien esté en su lugar, pero para demostrarte que puedes conquistarla, como a todas las demás, algo que en ella no surte efecto...

—No, Linda... —susurró sabiendo que ella, en parte, no iba desencaminada con su teoría, pero él ya se había acostado con Adriana, algo que, por supuesto, no había contado, y aun así quería seguir conociéndola, quería seguir teniéndola entre sus brazos, seguir compartiendo todos los momentos de que disponía con ella—. No es eso lo que me ocurre con ella... Es distinto, y sé por qué piensas así, la verdad es que siempre me he comportado de esa manera. Me he cansado relativamente pronto de todas las mujeres... Pero con ella es distinto, lo sé, lo noto y, no, no estoy enamorado, es algo diferente que no logro explicar —añadió con una sonrisa—. Anda, vamos, que te llevo a tu casa. Brian debe de estar dándose golpetazos contra la pared al ver que estás tardando.

—¡Qué exagerado eres! Brian sabe que puede confiar en mí.

—Sí, pero seguramente no confie mucho en mí —repuso mientras le guiñaba un ojo y ella reía coqueta—. Brian es un hombre afortunado —comentó con sinceridad—. Eres una mujer increíble y me alegro mucho de que sigas unida a ese hombre que conociste en el gimnasio hace tantos años.

—No te equivoques, la afortunada soy yo. Al final conseguí encontrar al hombre de mi vida, en un momento que había perdido la esperanza. Y todo fue gracias a Emily, a su ruptura con Jayden y a esas ganas locas que tenía de empezar a vivir de verdad. Nos apuntamos juntas al gimnasio, ¡y fíjate!, yo conocí a Brian, nos enamoramos y dentro de poco nos casaremos —comentó con una sonrisa tan resplandeciente que Michael supo que era feliz de verdad.

—¡Cuánto me alegro por vosotros! —exclamó con sinceridad—. ¿Y Emily?

—Emily... —susurró mientras negaba con la cabeza divertida al pensar en su amiga y compañera de trabajo—. Emily es un caso aparte. Ya sabes que al poco de romper con Jayden estuvo saliendo con nuestro profesor de pilates, el pobre tiene el cielo ganado con la paciencia que tuvo al principio con ella. ¡Pero era normal! Acababa de salir de una relación tóxica y caótica que al fin consiguió apartar de su vida. Anthony se enamoró tanto de ella que esperó pacientemente su oportunidad, algo que por supuesto le llegó. Ahora están viviendo juntos y son tan felices, Michael, que es increíble ver cómo puede cambiarle la vida a alguien en tan poco tiempo, simplemente al dar con la persona que necesitaba...

—La verdad es que las dos os merecéis esa felicidad, y espero estar invitado a tu boda.

—Por supuesto —añadió ella sonriente—. Es dentro de cinco meses... Dime, ¿vendrías con Adriana? —preguntó mirándolo con atención.

—Sí —dijo con una amplia sonrisa, sin ni siquiera pensarlo—. ¿Ves cómo es diferente?

Linda asintió y él supo que ella lo estaba empezando a comprender. Con Adriana no lo

agobiaba el paso del tiempo, ¡al contrario!, quería pasarlo todo junto a ella, desgranar su personalidad, reírse con la versión divertida de ella, besar la pasional y conversar con la racional.

De repente se detuvo en mitad de la calle y se quedó mirándola fijamente. Linda se asustó por su gesto contrariado.

—¿Qué te ocurre?

—Madre mía... ¡Me acabo de dar cuenta de una cosa que lo cambia todo!

—¿De qué?

—Joder, ¡qué imbécil he sido!

—Por Dios, ¡dime qué es! —exclamó Linda angustiada.

—Me he enamorado de verdad —susurró percatándose de que ese sentimiento era tan distinto de sus acostumbrados enamoramientos fugaces que ni siquiera había reparado en él, desechándolo por completo, porque no era como él estaba acostumbrado. Era distinto, era real, no sólo un capricho...

—¿Estás seguro?

—Me temo que sí. ¡Qué idiota he sido! Siempre he pensado que era porque deseaba saber cómo era, pero, a medida que la iba conociendo, aquel deseo aumentaba junto a las ganas de estar a su lado... —bufó dándose cuenta de que los sentimientos que tenía hacia Adriana iban en aumento y no sólo era que deseara acostarse con ella una vez más, sino que quería estar a su lado cada minuto del día—. Ahora sí que estoy jodido, Linda... ¿Cómo puedo enamorar a una mujer que no quiere saber nada del amor?

Ella lo miró y resopló. No tenía la respuesta a esa peliaguda cuestión, y él menos aún. Se subieron al coche en silencio, pensando en todo aquello. Michael la dejó en la casa donde vivía con su novio y prometido, y al salir se dijo que cuando se casara Linda con Brian les haría un gran regalo. Gracias a su conversación, había descubierto algo que él mismo se negaba a ver. Detuvo el coche en la calle de Adriana, cerca de la puerta de acceso. Sólo anhelaba verla aparecer y darse cuenta de que aquella estratagema simplemente había sido para provocarle celos, algo que por supuesto había logrado y le había hecho ver lo que realmente sentía por ella. Permaneció allí minutos que le parecieron horas. Estaba nervioso sólo de pensar que Adriana hubiese subido a la *suite* con ese hombre cuando él estaba ahí, dispuesto a hacer lo que hiciera falta para demostrarle que el amor podía ser algo precioso si era con la persona indicada. Harto de esperar, cogió el teléfono móvil sin importar la hora que era y buscó en su agenda.

—Madison —dijo cuando ésta le cogió el teléfono.

—Dime.

—¿Estás con Adriana?

—Sí, acabo de entrar en su apartamento... ¿Pasa algo?

—No, ahora ya no —susurró sintiendo alivio al saber que se encontraba en su apartamento, a salvo de ese hombre y con su gran amiga—. No le digas que he llamado para preguntar por ella.

—Como quieras.

—Adiós y gracias —dijo mientras finalizaba la llamada y arrancaba el coche para dirigirse a su casa.

* * *

Se levantó temprano como todos los días, aunque fuera sábado. Corrió por el paseo, se duchó y se vistió para salir de nuevo a la calle porque había quedado con sus amigos Liam, Dexter, Candace y Paul. Se sintió extraño al estar con ellos sin Adriana, sin ver su sonrisa, la manera única que tenía de ocultar sus emociones, de ver cómo reprimía las sonrisas que la sorprendían cuando menos lo esperaba, de oler ese maldito aroma a fresas y de sentir que la tenía a pocos centímetros de distancia. La echaba de menos y ahora sabía la razón.

—Estás muy callado —dijo Liam.

—Os estoy escuchando, para variar —añadió Michael mientras sonreía.

—Me dijo Paul que estás trabajando con su ex... —susurró Candace sin soltar un segundo la mano de su ahora novio.

—Sí, Adriana es una gran profesional.

—Pero un poco rara, ¿no creéis? —masculló Candace. Parecía que estuviera celosa de la anterior novia de Paul.

—Cada uno es como es, Candace —comentó Michael frenando su carácter, que se izaba como si estuvieran en una guerra cada vez que oía algún comentario negativo de Adriana.

—A mí me cayó muy bien —añadió Liam dejando su cerveza sobre la mesa redonda.

—Es una mujer muy inteligente, además de bonita —siguió Dexter, haciendo que éste sonriera. Sí, realmente era las dos cosas.

—¡Todos los tíos sois iguales! —resopló Candace al darse cuenta de que no podía hablar mal de la ex de su novio, algo que parecía tener mucho interés en hacer.

—Bueno, palomita —añadió Paul en tono empalagoso, mirándola como si fuera el ser más especial sobre la faz de la Tierra, y seguramente para él lo sería—. Aunque fue mi novia, Adriana es una buena mujer que me ayudó a dar el paso para acercarme a ti...

—Sí, eso es verdad —susurró Candace mientras mostraba una sonrisa complacida dándole la pista de que Paul le había contado la verdad a su novia—. Pues, Michael, cuando la veas le das recuerdos de nuestra parte —añadió con una simpatía forzada.

—Claro —dijo él anhelando tener cualquier oportunidad para verla ese fin de semana.

El sonido de un mensaje de WhatsApp hizo que sacara el teléfono y, al leerlo, sonrió: ¡acababa de recibir la excusa perfecta!

Capítulo 29

Se encontraba sentada en medio de cientos de personas que habían tenido la oportunidad — después de pagar el desorbitado precio de la entrada— de presenciar aquel importante desfile de Glory Ang en la Miami Fashion Week, que se celebraba en el Ice Palace Films Studios. Se trataba de una construcción de color blanco que escondía en su interior varias zonas delimitadas para contentar a su exclusivo público, donde un maravilloso bar, una zona de descanso con confortables sofás e incluso un cuidado jardín con tumbonas hacían las delicias de cualquiera. Adriana se hallaba pendiente de aquel importante desfile en el que participaba su amiga Madison. A su lado se encontraba Brandon, que aplaudía como si estuviera viendo cualquier espectáculo deportivo, mientras ella intentaba no pensar, simplemente llenar su desazón con aquello tan banal: la moda. Lo cierto era que los vestidos de aquella diseñadora colombiana eran preciosos, los colores vivos, las flores y la fluidez de las telas los hacían llamativos y perfectos para cualquier mujer.

—¡Qué guapa está Madison! —dijo Brandon comiéndose a su amiga con la mirada mientras ésta desfilaba con un garbo y un saber estar que ya les gustaría a muchas. Disfrutaba con su trabajo, parecía que había nacido para caminar delante de las personas, y eso se notaba.

Visto desde fuera resultaba evidente que tanto Brandon como la propia Adriana eran fans indiscutibles de Madison, porque al acabar el desfile y al saludar junto con la diseñadora, silbaron y aplaudieron con tanta efusividad que incluso su amiga se rio al verlos dándolo todo por ella.

—Me gustaría pedirte un favor, Adriana —comentó Brandon mientras caminaban en dirección al jardín para esperar a que Madison se cambiara de ropa y saliera para marcharse todos juntos.

—Dime —susurró con tranquilidad. Lo cierto era que le caía bien el novio de su amiga, era un hombre respetuoso, simpático, y adoraba a la modelo.

—Bueno... Hoy es un día importante para Madison; lleva hablando de este desfile desde que comenzamos a salir y, bueno, tengo una sorpresa preparada para ella...

—¡Eso es genial! Madison adora las sorpresas, y si son románticas te la habrás ganado por completo —repuso con una sonrisa.

—Pues sí, sí que es romántica. Este fin de semana, al final, he conseguido cambiar mi turno en el Mango's y he reservado una habitación de hotel en los Cayos de Florida. Pasaremos los dos días en una cabaña pegada a la playa... —murmuró con una sonrisa resplandeciente.

—¡Le va a encantar, Brandon!

—Eso espero —dijo él de buen humor—. El tema es que hemos venido juntos en mi coche y,

bueno...

—Quieres que me busque la vida para dejaros solos, ¡sin problemas! —lo cortó al imaginarse lo que deseaba pedirle.

—Ya me había dicho Madison que eras fantástica. ¡Gracias!

—No hay de qué. Me voy a ir ya, espero que os lo paséis genial.

—No te vayas aún, Adriana... Además, habíamos dicho que iríamos a tomar algo para celebrar que Madison ha desfilado esta tarde. Sería después, ¿vale?

—Claro —añadió con una sonrisa, observando la mirada de enamorado de Brandon al verla aparecer. Su amiga al final había encontrado a su príncipe azul.

Se dirigieron caminando a un local argentino que se encontraba muy cerca de allí, tomaron vino y degustaron unas sabrosas tapas mientras Madison intentaba hacer planes para después, que Adriana rechazaba siempre.

—¡No te voy a dejar sola! —añadió la modelo con rotundidad, cansada de que ella se negara a todo lo que sugería.

—Pero, vamos a ver, Madison —dijo Adriana con una paciencia extrema—. He aceptado venir a verte desfilando, también a tomarnos un vino... ¿No te das cuenta de que aquí sobro? Sois dos, una pareja, y yo estoy en medio...

—Brandon sabe que para mí eres muy importante. Eres mi mejor amiga y sé que no lo estás pasando bien.

—Estoy bien, Madi... —susurró por enésima vez en ese rato que llevaban sentados.

—No, no lo estás. ¿Y lo que hiciste anoche, eh? De verdad, es que no puedo dejarte sola... —repuso Madison, pero de repente algo llamó su atención y dejó de hablar—. ¿Ése no es Michael? —preguntó en voz baja, haciendo que tanto Brandon como Adriana siguieran la dirección de su mirada.

—Sí, es él —contestó Brandon alzando la mano para que su amigo los viese.

Michael sonrió al percatarse de su presencia y se apartó de un gran grupo de personas con las que estaba sentado para dirigirse a ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó después de saludarlos.

—Madison ha desfilado en la Miami Fashion Week y hemos decidido venir a tomarnos algo para celebrar su éxito —contestó Brandon.

—Vaya, felicidades, Madison.

—Muchas gracias —comentó la modelo con una sonrisa—. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Acabo de salir de la galería de arte que hay aquí al lado —dijo señalando el otro extremo de la calle—. He venido a ver una exposición de un compañero... —añadió sin ni siquiera mirar a Adriana.

—¿Quieres tomarte algo con nosotros? —propuso Brandon.

—No, gracias... Divertíos —repuso él para, a continuación, darse media vuelta y volver junto al grupo con el que estaba antes.

Adriana se quedó callada mientras Madison hablaba de lo buen hombre que era Michael, de lo simpático, amable y encantador que era siempre, y lo vio claro. Sabía que no tenía otra opción para que Madison se marchara de fin de semana con Brandon, debía hacer eso por su amiga, aunque supusiera volver a tener muy cerca a ese hombre tentador. Cogió su copa de vino, se la bebió de golpe y se levantó de la silla haciendo que Madison la mirase extrañada. A continuación, se dirigió hasta donde estaba Michael, que ni siquiera reparó en su presencia, pues estaba charlando y riendo con sus colegas de profesión, artistas como él.

—¿Podemos hablar? —le preguntó mientras le tocaba ligeramente el brazo, gesto que provocó que sintiera de nuevo aquella atracción que lo borraba todo a su paso. «Lo que tiene que hacer una por su amiga...», pensó.

—Claro... —contestó él mientras se excusaba con sus compañeros y salían a la calle para conversar.

—Sé que va a sonar a locura, y en cierto modo lo es, pero Brandon tiene una sorpresa para Madison y ella está muy protectora conmigo... El tema es que necesito que me acompañes y que delante de ella digamos que nos vamos juntos a donde sea, me da igual. Es sólo para que se quede tranquila y disfrute de una velada romántica con tu amigo.

—Pero será mentira, claro...

—Sí, por supuesto. Salimos del bar y luego cada uno por su lado.

—Claro, no vaya a ser que te enamores de mí y, no sé, se acabe el mundo —soltó Michael con sorna.

—No sé para qué te pido nada —bufó al ver que era imposible hablar con él.

—Espera, Adriana —dijo mientras la cogía de la mano, haciendo que ella se zafase rápidamente al sentir una corriente eléctrica que le cruzaba cada terminación nerviosa—. Vaya, no sabía que te daba tanto asco... Parece que anoche el amor, digo..., el plan perfecto funcionó.

—¿Vas a hacer lo que te he pedido o me marchó? —añadió con una seguridad que por supuesto en esos momentos no sentía.

—Lo haré —contestó mientras se acercaba un poco más a ella—. Pero para que Madison crea que nos vamos juntos..., no sé, debe verte un poquito más cerca de mí, ¿no? —susurró cogiéndola por la cintura y acercándola a su cuerpo.

—Michael...

—Dime, Adriana —susurró mientras la miraba de esa manera tan seductora, clavando sus hipnóticos ojos en ella, agachando la cabeza para poder estar a su altura, entreabriendo sus labios, que prometían un beso de película.

«Céntrate, Adriana, por favor», pensó ella parpadeando e intentando deshacerse de aquel embrujo que siempre sufría cuando ese hombre estaba cerca.

—Haré lo necesario para que Madison se convenza de que estamos juntos.

—¡Así me gusta! —soltó mostrándole una amplia sonrisa—. Vamos —añadió mientras la cogía de la mano y volvían a entrar en el bar.

Adriana se dio cuenta de cómo su amiga los miraba, primero con sorpresa, después con alegría. Se notaba que quería que se relajara con él, pero no imaginaba que lo estaba haciendo para que ella pudiera disfrutar de un fin de semana de película.

—Hemos entrado para despedirnos de vosotros —dijo Michael tomando el control de la situación mientras cogía a Adriana por la cintura y la acercaba a su cuerpo.

—¿Os vais? —preguntó Madison mirando fijamente a su amiga como si pudiera leerle la mente, y se apostaba que algún día lo haría. La modelo era tozuda cuando se le metía algo en la cabeza.

—Sí, claro. Nos vamos juntos, tenemos muchas cosas de que hablar —contestó ésta mostrándole una amplia sonrisa.

—Claro... —susurró su amiga no muy convencida.

—Madison, no te preocupes, te prometo solemnemente que cuidaré de Adriana y estaré a su lado todo el fin de semana —indicó Michael con seriedad.

Adriana lo miró asombrada por sus palabras y tuvo que forzar una sonrisa para que su amiga no sospechase.

—Sí, bueno, Michael me ha dicho que quiere pasar este *finde* conmigo... —comentó intentando sonar convincente, aunque a esas alturas dudaba que lo hubiese conseguido, pues su mente y su cuerpo estaban pendientes de su proximidad, de la fuerte mano que tenía alrededor de su cintura, de su cálido y seguro agarre y de esa fragancia que era su seña de identidad.

—¿Y tú le has dicho que sí?

—Claro. Tengo que hacer caso de los consejos de mi alocada amiga, ¿no? —repuso Adriana mientras se acercaba a ella y le daba un beso en la mejilla—. Diviértete mucho.

—Y tú —dijo estrechándola con fuerza en un abrazo—. Me alegro de que al final hayas entrado en razón y hayas decidido vivir un poco para variar...

Adriana sonrió, asintió y luego salieron juntos del bar, dejando sola a la parejita.

—Gracias por ayudarme —susurró acercándose al borde de la acera para buscar un taxi y, de paso, soltando su agarre.

—Para eso estamos los amigos —comentó Michael mientras le mostraba una amplia sonrisa—. Además, quiero que sepas que, aunque hubieses querido estar conmigo, esta noche tenía una cita...

—¿Con Linda? —preguntó recordando a aquella mujer tan bella y perfecta.

—No... Con Rachel.

—Ya... —Chasqueó la lengua con disgusto.

«No tenías suficiente con el bombonazo de Linda, que has dicho: “¡Vamos a por Rachel y así rematamos!”. O, a lo mejor, ¿has quedado con las dos y, ya de paso, haces un trío? Claro, porque ninguna te dice que no...», pensó intentando mostrar una calma que en esos momentos no sentía.

—Iremos al Mango's a bailar y, bueno..., supongo que algo más.

—Estupendo —masculló con los dientes apretados—. Veo que cambias de mujer como de camisa...

—Sí, ya sabes cómo soy, ¿no? —soltó sin dejar de mirarla fijamente.

—Pues que te diviertas.

—Lo mismo te digo —añadió observando cómo ella detenía un taxi y se metía en él.

* * *

La tarde transcurrió lenta y pesada en su casa. No sabía qué hacer, ya había limpiado, arreglado el armario e incluso había planchado. Y aún le quedaban muchas horas para irse a dormir, algo que comenzó a agobiarla. ¡No iba a quedarse en casa sólo por el hecho de que su amiga no estuviera! Por supuesto, estaba descartado volver a salir con Walter, ese hombre que se convirtió en un pulpo nada más desaparecer Michael y Linda de su lado y que a Adriana le costó bastante que entendiera que no quería nada con él, y mucho menos subir a una suite a solas. Miró la hora, observó su móvil y supo que tenía que asegurarse de que Michael entendiera que ella se alegraba mucho, ¡muchísimo!, de que él saliera con otras mujeres, con muchas, incluso con la lagartona de Rachel. Buscó en la aplicación de citas a un candidato, ¡le daba igual quién!, y se citó con él en el Mango's. Ella también sabía jugar sucio, e intuía que no había sido casualidad que él se presentara precisamente en el restaurante Nobu con esa deslumbrante mujer con la que mantenía una relación abierta, y se preparó para devolverle el favor. Jamás un plan le había resultado tan interesante como demostrarle que ella también podía salir con muchos hombres, ¡incluso atractivos!, y probarle que, para ella, él, ya era agua pasada.

Capítulo 30

Se acercó a la barra de aquel local, donde la decoración selvática y los ritmos latinos envolvían de sensualidad y erotismo a todo aquel que se adentraba para pasar un buen rato. Buscó con la mirada a su cita, había quedado justo allí con él, un lugar perfecto para comenzar a hablar y, sobre todo, donde observar y ser observada, algo en lo que había puesto mucho ahínco antes de darse el visto bueno frente al espejo, cuando se probó ese vestido rojo que se había comprado hacía años y que jamás había tenido el coraje de ponerse. Ese que llevaba ahora mismo y que le tapaba lo justo para no enseñar las braguitas. El barman se acercó a ella y Adriana le pidió un mojito mientras esperaba a su cita. Lo cierto era que había sido un alivio saber que Brandon no estaría trabajando esa noche, de lo contrario, su amiga habría sido capaz de presentarse allí y cogerla de la oreja al sospechar lo que estaba dispuesta a hacer para dar carpetazo a aquella locura en la que se estaba convirtiendo su relación con Michael.

—¿Adriana? —preguntó un hombre alto con una bonita sonrisa y unos ojos verdes muy llamativos.

—Sí —asintió ella con alegría al ver que la foto de su perfil no le había hecho justicia. Ese hombre era todavía más atractivo de lo que se había figurado—. Hola, Joe —dijo mientras le daba un par de besos.

—Vaya —soltó él sin disimular que le estaba haciendo un chequeo visual en toda regla—. Eres mucho más atractiva que en las fotos.

—Gracias —terció sonriente y sintiéndose un poquito más segura si cabe—. Lo mismo digo.

Adriana observó cómo él le pedía una copa al barman para después dirigirse a una zona un poco más tranquila, pero no muy alejada a petición de ella. Analizó a su cita exhaustivamente. Era la primera vez que elegía a un hombre por su aspecto exterior, y la verdad era que no sabía cómo comportarse, por tanto, dejó que fuera él quien llevara las riendas de la conversación y así ella, mientras tanto, observaría el local por si veía aparecer a Michael...

—¿Te gusta bailar?

—Lo normal, supongo.

—Eres una mujer de pocas palabras —señaló Joe con una maravillosa sonrisa mientras le quitaba la copa semivacia de las manos y la dejaba encima de una mesa—. Vamos a mover un poco las caderas.

Adriana sonrió mientras él la llevaba de la mano casi en medio de la pista. A continuación, la estrechó contra su cuerpo —no era como el de Michael, pero no estaba mal— y comenzó a guiarla para bailar esos ritmos frenéticos, en los que ella tuvo que esmerarse para seguir los pasos que él

le dictaba, los giros, las media vueltas e incluso alguna que otra pirueta. Al final, comenzó a reírse a carcajadas, parecía que estaba protagonizando un musical al más puro estilo de *Dirty Dancing*. Y, en una de esas vueltas, controlada minuciosamente por Joe, se topó con el escultural pecho de Michael, que la miraba con el rostro serio.

—Ups, perdón —dijo Adriana antes de alejarse y volver con su pareja, que parecía no cansarse de bailar.

—Se nota que eres latina —comentó Joe, que la dirigía con una precisión asombrosa.

—La verdad es que no sé bailar —afirmó entre risas, porque saber que Michael estaba pendiente de ella la hacía estar más nerviosa y más centrada, al mismo tiempo, en su propósito.

—Pues para no saber, lo haces muy bien —añadió Joe mientras volvía estrecharla contra su cuerpo y se balanceaba con sensualidad.

Adriana miró de reojo a Michael, que se encontraba a pocos pasos de donde ellos estaban bailando, y se entretuvo deleitándose con lo atractivo que era, aun sin pretenderlo. Esa camisa negra arremangada y esos vaqueros claros le quedaban como un guante. Se concentró en ver a Rachel, seguramente estaría contoneándose a su alrededor, tratando de llamar su atención, seduciéndolo, y él, cómo no, se dejaría seducir. Pero... ¡¡al lado de Michael no estaba Rachel!! Sólo estaba él, mirando cómo bailaban y cómo ese extraño la cogía con firmeza de la cintura, envolviendo su cuerpo con el suyo al son de la música. ¿Por qué estaba solo? ¿Dónde estaba su pareja?

—Necesito ir un momento al baño. ¡Pero vuelvo enseguida! —exclamó Adriana al sentir que debía refrescarse y, sobre todo, entender qué hacía Michael allí solo.

—Voy a pedir unos mojitos.

—¡Perfecto!

Después de refrescarse un poco y de comprobar cómo llevaba el cabello —que se había convertido en una maraña descontrolada por culpa de tanta vuelta—, optó por sujetárselo en una alta coleta gracias a la goma que siempre llevaba en el bolso. Se retocó el maquillaje, se repasó los labios con carmín rojo, de la misma tonalidad que su vestido, unas gotitas de perfume, y salió dispuesta a rematar su plan. Sin embargo, de camino, el agarre de una mano sobre su muñeca hizo que se desviara y llegara enfrente de ese hombre con la mirada más hipnótica y maravillosa del mundo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Michael con el rostro serio, una novedad para ella, que siempre se quejaba de que le hiciera todo gracia.

—Bailar —contestó con una amplia sonrisa dispuesta a demostrarle que no la hacía sentir nada, aunque su cuerpo estuviera vibrando por tenerlo delante.

—Eso no es bailar, eso es dejarse sobar por un extraño —replicó mirándola de una manera tan tentadora que incluso podía sentir cómo su cuerpo se preparaba para recibirlo. «¡Esto es una locura!», pensó al ser la primera vez que le ocurría algo así.

—Joe no es un extraño. Es un hombre muy simpático que me está enseñando a bailar... —

contraatacó simplemente para molestarlo—. ¿Y Rachel? ¿Dónde te has dejado a tu cita?

Sólo entonces él sonrió, su rostro se relajó y la miró de esa manera tan suya de decirle lo guapo que sabía que era.

—He cambiado de planes a última hora —contestó mientras deslizaba lentamente el dedo por su barbilla, haciendo que ella levantara todavía más la cara para mirarlo, para acto seguido alejarse de donde estaba, sin decirle nada más, dejando un reguero de cosquillas por la zona que él había acariciado con tanto mimo.

Adriana, confundida por aquel extraño roce suyo, se encaminó hacia donde estaba Joe, que la esperaba con un par de mojitos sobre una mesa alta, en uno de los rincones más tranquilos de la zona de baile. Ella le sonrió y él le devolvió el gesto repasando su atuendo. Sí, había sido un acierto ponerse ese vestido.

—¡Mira qué bien bailan esos dos! —exclamó Joe señalando la pista central y, al hacerlo, Adriana maldijo por dentro mil veces.

—¿Sabes quién es esa mujer? —preguntó al darse cuenta de que el hombre que acaparaba todas las miradas y suspiros era, nada más y nada menos, que Michael...

«En serio, ¿también sabe bailar? Lo que le faltaba al guaperas...», pensó con rabia al percatarse de que ese hombre tenía un don para convertir en erótica cualquier acción que realizara.

—No, pero baila como una profesional... —contestó Joe observando a la escultura morena con rasgos latinos que movía sus caderas de una manera magistral.

Adriana asintió. Era cierto, estaban bailando de una manera que parecía imposible siquiera seguirles el ritmo. Michael se movía de un modo seductor, pasional, tan seguro de sí mismo que incluso a Adriana la enfureció saber que muchas de esas mujeres —y algún que otro hombre— en ese preciso momento estarían babeando al ver cómo se movía, con esa pasión que ponía en cualquier cosa que se propusiera, con facilidad, como si hubiese nacido para deslumbrar a las personas, pero, sobre todo, a ella... Cogió la copa y comenzó a beber intentando saciar su frustración, Adriana había ido al Mango's para dejarle claro que no quería saber nada de él y no para sentir unos celos que incluso la cegaban por completo, sin darle opción a la razón para que intentase serenarlos.

—¡Vamos a bailar! —exclamó mientras se terminaba el último sorbo del mojito y cogía a su pareja para situarse lo más cerca posible de ellos dos.

Y bailaron, se movieron dándolo todo, se miraron cada vez que se encontraban cerca, cuando los pasos los hacían encontrarse justo a la mitad, como si estuviesen batallando, como si aquello fuera una guerra o un campeonato. Sólo podía ganar uno y ambos odiaban perder. La música se acabó y sus respectivas parejas se dieron por vencidas, pero ellos dos no, se miraron, con rabia, con deseo, con ansias, con anhelo... Adriana se acercó entonces a Michael, que le sostenía la mirada, que la devoraba sólo con ese gesto. Ella deslizó despacio su mano por uno de sus increíbles brazos y, sólo al sentirlo, se erizó por completo, pero intentó disimularlo mientras

trazaba un camino ascendente hasta llegar a su hombro, desde donde cruzó su pecho hasta alcanzar su rostro. Michael no se movió, dejando que ella tomara el control, sin decir ni una palabra, sólo mirándose, como si las personas a su alrededor hubiesen desaparecido, como si la música que sonaba atronadora se hubiese silenciado. Entonces Adriana se puso de puntillas, él se agachó un poco, sin tocarla, simplemente ayudándola a que pudiera alcanzar su meta, y ella, con una coquetería que creía que no tenía, se acercó a su oído despacio, lentamente, sin dejar de acariciarlo, percatándose de que estaba expectante por lo que ella haría o diría.

—Gracias por convencerme de que tenía que arriesgarme. Sin ti, no habría conocido a Joe, y sé que esta noche voy a disfrutar mucho entre sus brazos... —susurró seductora para después mirarlo a los ojos y alejarse de él, contoneando adrede las caderas, sabiendo que él la estaría mirando y simplemente devolviéndole los celos que ella sintió la noche anterior al verlo con esa morena tan exuberante.

No quiso mirarlo porque temía ver algo que la echara para atrás en aquel loco plan en el que se estaba convirtiendo esa decisión de hacerle ver que lo había olvidado. Por eso, se dejó abrazar, dejó que Joe la besara en el cuello, volvieron a bailar, pero de una manera mucho más sensual y pausada, todo ello prohibiéndose mirar a Michael, aunque sentía sus ojos clavados en la espalda, siguiéndola, acariciándola... Al rato, cansada de fingir algo que no le apetecía, y después de haberle hecho la cobra a Joe varias veces consecutivas y con una precisión que le habría dado envidia incluso al propio maestro Yoda, buscó a Michael por el local, pero, para su desgracia, no estaba... ¡No estaba! Adriana se puso nerviosa, repasó minuciosamente cada rincón, pero no había ni rastro de él. Miró a Joe, que seguía intentando besarla, acariciarla, pero ella... A ella se le habían quitado las ganas de todo.

—Lo siento, Joe. Me lo he pasado genial esta noche, pero me voy a marchar a mi casa...

—Puedo acompañarte...

—No —dijo con una sonrisa. Era normal que lo intentase, ella le había dado señales equivocadas durante toda la noche—, pero gracias.

—Estoy deseando volver a verte, Adriana...

—Claro —añadió sabiendo que no sucedería—. Nos vemos en otra ocasión.

Acto seguido, sonrió y salió del Mango's sintiendo que algo fallaba en todo aquel despropósito que había montado, porque lo único que sentía era un vacío enorme en su interior al percatarse de que Michael se había marchado y la había dejado sola con ese hombre sin hacer nada... «Pero ¿qué pretendías, Adri? Ya ha visto que has pasado página, que no quieres saber nada de él, aunque te mueras por verlo, por tocarlo, por besarlo... ¡Ya está! Era lo que querías, ¿no? Pues olvídale de una vez por todas y sigue tu vida», pensó, pero incluso sabiendo que había conseguido lo que quería no se sentía satisfecha.

—¿Ya te has cansado, Adriana?

Esa voz a sus espaldas hizo que su corazón se alegrase, se acelerase e incluso diera varias volteretas de satisfacción. Se volvió intentando disimular aquella revolución en su interior y lo

vio apoyado en su coche. «¿Por qué tienes que ser tan endiabladamente guapo, simpático, atractivo, inteligente, carismático y divertido? ¿Por qué, Michael? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti?», se dijo con frustración al sentir que su cuerpo se aceleraba sólo con posar sus ojos en él.

—Estos tacones me están matando, sí... —contestó al no saber qué inventarse para que él no sospechara que todo era una treta para hacerle ver algo que no era.

—¿Y no te ha sacado ese hombre en brazos para aliviar así tus pies? —preguntó mientras comenzaba a caminar hacia ella despacio, sin dejar de mirarla, repasando su escueto vestido mientras negaba con la cabeza desaprobando la falta de consideración de Joe—. ¿O puedo sentirme orgulloso de ser el único que te ha llevado de esa manera?

—¿Qué haces aquí? —inquirió ella obviando responder a aquella pregunta peligrosa, pues no recordaba que él la hubiese cogido en brazos. Supuso que debía de haber sido aquella noche en que se pasó bebiendo e hizo más de una locura delante de él.

—Esperar a que te hartaras de aparentar algo que no es.

—No he aparentado nada.

—Claro... —susurró mientras se situaba a pocos centímetros de ella—. ¿Has traído el coche?

—No... He venido en taxi.

—Mejor —dijo mientras la cogía de un movimiento rápido en brazos, haciendo que Adriana gritase y se tapase para no enseñar a nadie lo que escondía su corto vestido.

—¡Suéltame!

—¿Sabes? La primera vez que te cogí en brazos te acurrucaste en mi cuello y deslizaste la nariz por él —susurró complacido dirigiéndose a su coche—. Hoy no me lo estás poniendo tan fácil.

—Esa noche estaba borracha. ¡Suéltame, Michael! —exclamó tratando de que el bajo del vestido no se le subiera más de lo estrictamente necesario.

—Ahora, en cuanto lleguemos al coche. No quiero que te duelan los pies por culpa de esos tacones... —dijo con una sonrisa resplandeciente que la excitó sin remedio.

—No me gustas, Michael —indicó en un tonto intento de que él la dejara en el suelo y le permitiera volver a su casa sola, algo que no deseaba, pero debía intentarlo, ¿no? La señal de peligro en su mente se encontraba encendida y parpadeaba muy rápidamente cada vez que lo tenía delante.

—Lo sé, Adriana, pero eso no quita que te acerque a tu casa —susurró mientras la dejaba junto a la puerta del pasajero, se la abría y la invitaba a entrar.

Adriana montó demostrando un enfado que no sentía, porque lo único que quería era colgarse de su cuello y besarlo hasta que se hiciera de día... «Madre mía, maja, ¿qué te está pasando?», pensó al observar cómo él tomaba asiento y arrancaba el coche.

Capítulo 31

Miró por la ventanilla y observó que ya se encontraba en la calle donde vivía, justo delante de la puerta que daba acceso al edificio donde se hallaba su apartamento, tras un tenso viaje provocado por todo lo que ella no debería sentir. No hablaron, pues, para frustración de Adriana, Michael no pronunció palabra en todo el camino, limitándose a conducir, sin ni siquiera mirarla de reojo, sin mostrarle esa sonrisa canalla que era su seña personal, sin hacer amago de seducirla... Era absurdo, lo sabía, pero echaba de menos todo eso.

—Bueno... —susurró mientras se quitaba el cinturón e intentaba ganar un poco de tiempo por si él le sugería algo, por si le sonreía, por si trataba de acomodar algún mechón de pelo tras su oreja, por si la miraba de esa manera que hacía que todo se detuviese a su alrededor...

—Buenas noches, Adriana —dijo él en tono serio mientras la miraba una décima de segundo para después volver la vista al frente. ¿Por qué la había acompañado si tenía tantas ganas de marcharse?

«Qué boba eres, Adri... Por la estúpida promesa que le hizo a Madison de que cuidaría de ti, ¿qué pensabas?, ¿que te estaba esperando porque le gustabas?», pensó esa parte gritona e impertinente de ella que intentaba mantenerla con los pies en la Tierra.

—Buenas noches... —murmuró con pesar.

Frunció ligeramente el ceño y salió del coche sin ganas. Antes de abrir la puerta del edificio oyó cómo el coche de Michael se alejaba de allí y se sintió desamparada, sola y tonta... Entró en su apartamento sin entender qué le ocurría. ¡Ella misma había provocado esa reacción!, entonces... ¿por qué sentía ese vacío en su pecho, esa tristeza que lo envolvía y ese desinterés por todo lo demás? Se quitó la ropa, se puso el pijama y se metió en la cama sin ganas de nada más que de volver a verlo...

* * *

Suspiró y miró el techo. Se había despertado demasiado temprano para ser domingo, pero ese maldito sueño la había hecho abrir los ojos de par en par, anhelando que fuera real, tenerlo allí, sentirlo... Michael, ese hombre que con cada cosa que descubría de él se le metía más adentro. Michael..., su mirada, su sonrisa, su manera de ser, sencilla, jovial, dicharachera, amable, traviesa... Los labios de Michael, sus besos, sus manos, su cuerpo... Michael, ¡¡Michael!! Se levantó de golpe y se dirigió a la ducha. Necesitaba refrescarse las ideas o su cuerpo, ¡o las dos cosas a la vez! Jamás había sentido algo así, no poder quitarse de la mente a alguien, pensar en él

y sonreír sin motivos, y tener ganas de verlo, de estar con él, de hablar, de besarlo, de acariciarlo... Ese beso lo llevaba grabado en la piel con tanto ardor que se temió que jamás podría eliminarlo de su memoria, y todo lo sintió en aquella noche en la que irrumpió en su apartamento. Era sencillamente imposible pensar que volvería a sentirlo con nadie más... Había tenido varios novios y por supuesto no era virgen, pero lo de esa noche con Michael era, sin lugar a dudas, lo mejor que había vivido en su vida, y lo peor era que él no pensaba igual que ella, su indiferencia la noche anterior se lo confirmó. «¿Qué te creías?, ¿que estaba loco por ti? ¡Ilusa!», pensó recriminándose su conducta mientras ponía el agua de la ducha lo más fría que su cuerpo le permitiera, porque ese calor, ese incendio que sentía cada vez que pensaba en Michael no conseguía aliviarlo con nada. Salió sintiéndose igual, hipersensible, nerviosa, frenética, ansiosa, excitada, caliente... Se vistió, agarró su bolso, bajó al garaje para coger su coche y se marchó. Necesitaba hacer algo, moverse, y estar encerrada en su apartamento sin otra cosa que hacer más que evocar el dulce y excitante recuerdo de Michael no la ayudaría en absoluto.

—Adri, ¿te ocurre algo? —preguntó su madre al verla delante de la puerta de su casa.

—Sólo he venido a verte...

—Pasa, pasa... —dijo mientras se alisaba el enmarañado cabello rubio, dándole la pista de que estaba durmiendo, algo normal, por la hora que era.

Adriana entró en la que fue su casa durante la adolescencia, un pequeño apartamento de dos habitaciones en uno de los barrios más económicos de Miami. Siguió a su madre hasta la cocina y observó cómo ésta comenzaba a preparar el café con los movimientos aprendidos de toda una vida. Sonrió al percatarse de que los años habían pasado, pero ella seguía teniendo el mismo espíritu. Era atrevida, apasionada, divertida, y le encantaba disfrutar de la vida. Se volvió y ella le mostró una sonrisa; su cabello rubio rizado era un caos, su piel bronceada por las horas en la playa, su delgado cuerpo conseguido por nadar todos los días y esa vitalidad que siempre recordaba. Adriana no se parecía en nada a su madre, ni en el físico ni en la personalidad, y supuso que ambas cosas habrían sido heredadas de su padre, un hombre al que había visto de pasada los primeros años de su infancia; después, sin percatarse de la realidad, dejó de saber de él, dejó de verlo, dejó de existir para ella... Se sentó a la barra de la cocina y esperó a que su madre le pusiese delante una taza de café con leche para después acomodarse a su lado.

—Has venido muy temprano sólo para hacerme una visita... —añadió su madre dando en el clavo. Aunque no se pareciesen, no era tonta y sabía que algo debía de pasarle a su única hija para presentarse a las ocho de la mañana un domingo.

—Hacía mucho tiempo que no me acercaba.

—Lo sé. Me habría acercado yo, pero he andado muy liada últimamente —informó, y Adriana sonrió. Sus ocupaciones eran: trabajar en una tienda de bisutería, nadar, salir de fiesta y encontrar pareja.

—¿Algún novio a la vista?

—¿Y cuándo no, hija? —soltó haciéndole gracia, porque su madre era así... A veces pensaba

que los roles se habían invertido hacía muchos años y que Adriana había aceptado la responsabilidad de cuidar a su madre y no al revés—. ¿Tú sigues con ese hombre tan serio?

—No... Hace unas semanas que rompimos —susurró mientras removía lentamente el café. Aún no entendía qué la había empujado a ir hasta allí, jamás había necesitado contarle sus problemas a su madre, en cambio, esa mañana...

—¡Me alegro! Se notaba que no os querías. No entiendo qué hacías con él... —mencionó la mujer con elocuencia, haciéndola sonreír. Su madre se regía por sentimientos y no por valores, planes o cualquier circunstancia ajena al amor.

—¿No te cansas de buscar algo que no existe, mamá? —preguntó despacio, intentando esclarecer las causas por las que su madre seguía anhelando encontrar al amor de su vida, el cual, por supuesto, nunca hallaba.

—¿Y quién dice que no existe? Yo lo he encontrado muchas veces, lo que ocurre es que ha acabado antes de lo que me habría gustado... —alegó haciendo una mueca de disgusto que la rejuveneció todavía más que la ropa juvenil que siempre llevaba, como ese camión de Daisy Donald.

—¿Qué tiene de especial el amor para que sigas buscándolo después de tantos traspies y noches en vela llorando?

—Lo tiene todo, cariño. El amor te levanta, te rejuvenece, te hace especial, te hace única, te complementa, te hace crecer, superarte, te llena, te expande, te hace sonreír, sentir, vibrar... Enamorarse es precioso, y que te quieran a la misma vez es lo mejor que le puede ocurrir a alguien. Encontrar a esa persona que con sólo mirarla se te acelere el corazón, que con sólo tenerla a pocos centímetros de tu piel te cosquilleen las yemas de los dedos por querer acariciarlo, que, con tenerlo cerca, ansíes besarlo hasta que se acabe el mundo, es una vivencia tan bonita como especial... ¿No sentías nada de eso con ese exnovio tuyo?

—No... Paul y yo teníamos una relación práctica y cómoda —susurró dándose cuenta de que todo eso lo había sentido en realidad con otro hombre, con uno que había echado de su lado, precisamente, para evitar enamorarse... ¿Eso sería el amor? No, no podía ser. Enamorarse debía de ser algo más, algo que cambiaba a las personas, ella lo sabía bien porque lo había visto en su madre.

—¿Y no había sentimientos? —quiso saber ella, intentando entender aquello.

—No.

—¿Y por qué estabas con él si no lo querías?

—Porque era el hombre que reunía todo lo que yo deseaba ser: serio, profesional, cabal, centrado...

—Pero eso no puedes buscarlo en otra persona que no seas tú... Además, tú no eres tan seria como ese exnovio tuyo.

—Pero cuando estaba con él sí que lo era.

—Entonces te convertiste en alguien alejado de tu persona por un hombre al que no querías —

susurró sin entender las razones que había tenido su hija para hacer semejante disparate—. ¿Y piensas que hacer eso es mejor que enamorarse?

—Sí... —bufó temiéndose estar equivocada.

—¿Y has sentido alguna vez algo más especial por alguien?

—Sí... —susurró agachando la mirada y sintiéndose muy nerviosa, como si, en vez de su madre, estuviera delante de la directora del colegio, explicándole por qué había copiado en clase.

—¿Y?

—He intentado alejarme de él, echarlo de mi lado, olvidarme de todo lo que siento, pero no puedo... Siempre vuelve y, cuando lo hace, yo... me siento perdida, distinta, me siento...

—¿Te sientes más tú? —preguntó su madre, haciendo que Adriana la mirase sorprendida.

—¡Sí! —exclamó al percatarse de que era precisamente eso lo que le ocurría con Michael. Él la hacía ser más ella que nadie, y eso era tan nuevo para Adriana que no sabía qué hacer... ¡Llevaba demasiados años escondiendo su verdadera personalidad!!

—¿Y qué tiene de malo ese hombre para que lo alejes de ti? —inquirió su madre con curiosidad.

—No tiene nada de malo, es guapísimo, divertido, brillante...

—Pero... —susurró ésta intentando que le diese la clave por la cual lo había echado de su lado.

—No quiero pasarlo mal —murmuró con pesar.

—Ay, cariño —comentó mientras le cogía la mano y la miraba con ternura—. Tienes una madre que no sabe elegir a un buen hombre, por eso siempre acabo destrozada cuando me doy cuenta de que he vuelto a cometer el mismo error. Pero tú no eres como yo... —añadió con una tierna sonrisa—. Tú eres inteligente, perseverante, astuta, despierta, capaz de defenderte solita y de consolar a tu loca madre cuando ves que he vuelto a meter la pata —dijo haciendo que Adriana sonriese.

—Tengo miedo, mamá.

—Lo sé —repuso con una sonrisa—. Pero tras el miedo se esconde un mundo de posibilidades, y, entre ellas, está el ser feliz.

—¿Y si él únicamente quiere un par de días de sexo y nada más? —preguntó con angustia sólo de pensar en aquella posibilidad—. Él es de ese tipo de hombres, mamá. Está acostumbrado a estar rodeado de mujeres preciosas, exuberantes, a las que descarta enseguida, cuando se aburre de ellas.

—Pues disfrútalos como si el mundo se acabará después del último día...

—Pero lo pasaré mal al ver que ya no puedo volver con él —replicó sintiendo un nudo en la garganta al imaginárselo.

—Lo sé, cariño, pero sabrás que has hecho lo que deseabas en ese momento... ¿O acaso prefieres arrepentirte cuando seas una anciana decrépita de todo lo que has dejado por vivir? —preguntó con una amplia sonrisa.

Adriana la miró con sorpresa un instante. Jamás había pensado de esa manera. ¿Se arrepentiría de haber echado de su lado al único hombre que la había atraído físicamente y que la había hecho sentir como nunca nadie anteriormente?

—Dime, cariño, ¿quieres a ese hombre?

—No lo sé, mamá... —susurró con pesar, pues no sabía lo que uno sentía al enamorarse—. ¿Cómo puedo estar segura?

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Ahora lo que tienes que hacer, querida Adriana, es dejar de ponerte límites y disfrutar de todas las oportunidades que te lleguen. Eres joven, pero te aseguro que la vida pasa demasiado deprisa y, cuando te des cuentas, estarás cerca de los sesenta, tu cuerpo habrá cambiado, tus sueños también, porque en esta vida todo se va modificando a medida que vas eligiendo; pero tienes que asegurarte de que cuando eches la vista atrás sonrías al saber que has vivido experiencias, has palpado mil sentimientos, te has divertido como si no hubiese un mañana y, ¿por qué no?, te has enamorado perdidamente.

Capítulo 32

—¡Estoy loca! —dijo Adriana mirándose en el espejo para después coger su bolso y salir en dirección a la agencia.

Era posible que pasar todo el día con su madre, hablar como jamás lo habían hecho, reírse recordando buenos momentos compartidos, escuchar cómo le contaba cómo era su último novio —el cual quería que conociera en breve— e ir al cine juntas le hubiera afectado demasiado como para darse cuenta de que lo que estaba a punto de hacer era una locura, pues había decidido ir al trabajo de una manera un poco especial: con un escueto vestido azul eléctrico, unos altísimos zapatos de tacón, el cabello suelto y maquillaje para ocultar los nervios previos y la falta de sueño, todo ello para llamar la atención de cierto hombre que había perdido el interés por ella.

Nada más salir del ascensor observó la reacción de sus empleados al verla. Adriana caminó con seguridad hacia su despacho, aunque estuviera muerta de miedo y sin saber si podría volver a seducirlo. Saludó con una sonrisa a Marge, que prácticamente boqueó como si fuera un pez al verla, y se encerró para dirigirse hasta su mesa. Luego se concentró en trabajar y adelantar tareas pendientes. Miró la hora, observó la puerta cerrada y decidió arriesgarse.

—Marge, ¿puedes decirle a Michael que necesito ver los bocetos de la siguiente campaña? —preguntó llamándola por la línea interna.

—Claro, señorita Álvarez... —susurró su secretaria todavía estupefacta ante tanta amabilidad.

—Oh, por favor, tutéame. Creo que ya nos lo merecemos, ¿no? —soltó ella, y supo, sin hacerle falta verla, que Marge había palidecido por su petición.

—Cla... claro, A... Adriana —repuso titubeante.

—Buena chica —añadió para después colgar y esperar a que él hiciera acto de presencia.

Se puso de pie, pensando que lo mejor sería esperarlo de esa manera, pero luego se dio cuenta de que resultaba demasiado obvio. ¡Tampoco quería asustarlo! Volvió a sentarse separando su silla para, así, cruzar las piernas y que él viese lo corta que era la falda. ¡No sabía cómo comportarse! Negó con la cabeza y se sentó como siempre lo hacía. Esperó pacientemente mientras fingía trabajar, pero él no llegaba... Entonces llamaron a la puerta y Adriana disimuló una sonrisa de satisfacción. ¡Había llegado su gran momento!

—Adelante —dijo haciendo ver que estaba ocupada y no esperándolo.

—Seño..., digo, Adriana —susurró Marge con timidez—. Michael me ha comentado que aún no están los bocetos terminados y que hasta mañana no puede enseñártelos...

Ella cerró los ojos intentando calmarse, se levantó de la silla y sonrió a su secretaria, a la que poco le faltó para sacar el móvil y capturar aquel milagro. Sin embargo, sabía que no podía

culparla, ella sólo era la mensajera. Se dirigió entonces hacia el estudio, lo que provocó que todo el mundo fingiese estar muy ocupado. «¿De verdad se creen que me lo trago?», pensó sin ni siquiera mirarlos. Abrió sin llamar, algo que, por supuesto no iba a empezar a hacer, sobre todo cuando él la había desobedecido, con lo que le había costado decidirse a ponerse esa ropa para que ahora Michael no se la viese...

—Señorita Álvarez... —susurró Ricky asustado al verla entrar.

—Llámame Adriana, y déjanos unos segundos a solas, por favor —dijo disimulando una sonrisa, esforzándose por no mirar a Michael, aunque su cuerpo ya sabía que se encontraba cerca, tanto que incluso podía oler su maravillosa fragancia mezclada con su piel y el olor al gel caro que utilizaba.

—Sí... —susurró Ricky aturdido mientras se levantaba—. Claro.

Adriana esperó a que éste cerrase la puerta, algo absurdo cuando aquel estudio era acristalado y se veía perfectamente desde fuera, pero, aunque se viese no quería que nadie los oyese. Entonces se volvió para mirarlo. Michael la observaba impasible, sentado delante de su mesa, tan guapo, tan endiabladamente atractivo que tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no cogerlo de la nuca y besarlo, sin importarle que estuviera en el trabajo y que cualquiera pudiera verlos.

—Michael —dijo acercándose a él despacio, dándole tiempo para que pudiera observarla con detenimiento.

—Adriana... —susurró él dejando el lápiz sobre la mesa.

—Me ha dicho Marge que no tenías los bocetos que quería ver —añadió mientras se ponía al lado de él y se inclinaba para ver en lo que estaba trabajando, de tal forma que, visto desde fuera, ella lo tapaba con su cuerpo.

—¿Has venido para asegurarte de que no mentía? —preguntó mientras alzaba el rostro para mirarla.

—Aborrezco que no cumplan mis órdenes...

—Habría sido absurdo ir para no poder enseñarte nada. Estoy ahora mismo empezando —anunció señalando las primeras líneas que llevaba marcadas.

—Da igual —murmuró mientras deslizaba lentamente los dedos por su espalda.

—¿Qué haces, Adriana? —preguntó él sorprendido ante su caricia.

—Nada... —contestó ella mientras se apartaba el cabello y deslizaba lentamente la lengua por encima de su labio inferior. Michael se la quedó mirando tan fijamente que Adriana temió estar haciendo algo mal—. Tenías un bicho ahí y... y sólo te lo estaba apartando —balbuceó nerviosa mientras daba un paso atrás y toda la seguridad que tenía esa mañana se disipaba al ver que no conseguía la reacción deseada. ¡Parecía que no se daba cuenta de que intentaba seducirlo!

—Ya..., un bicho —susurró Michaeloplejo.

—Sigue así —animó comenzando a caminar en dirección a la puerta—. Mañana sin falta quiero ver esos bocetos —soltó volviéndose, más para asegurarse de que él la estaba mirando, algo que en efecto hacía, y aquello la hizo sonreír. Sin embargo, al volver la vista al frente, no

controló bien la distancia y chocó contra la puerta—. ¡Joder! —exclamó mientras se tocaba la frente, donde había recibido el impacto.

—¿Estás bien? —preguntó él aguantando la risa mientras se ponía de pie para comprobar si se había lastimado.

—Sí, ¡de lujo! —farfulló mientras salía apresuradamente de allí, notando que eso de seducir se le daba de pena.

Se dirigió atropelladamente hacia su despacho, notando cómo los tacones resbalaban en el lustrado suelo encerado y dándose cuenta de que era una imbécil al pensar que, con sólo posar la mirada en él, Michael caería rendido a sus pies. «Adriana, ese hombre está acostumbrado a estar con mujeres más decididas, más directas y mucho más atractivas que tú. ¡Fíjate en Linda! Sólo le bastó pestañear para que Walter cayera a sus pies...», pensó mientras regresaba a la seguridad de su despacho, temiendo que no podría alcanzar el objetivo que se había marcado esa mañana.

* * *

Miró a la puerta cerrada de su despacho, no había vuelto a verlo y no había vuelto a hacer amago de ir al estudio. Cogió su bolso, después de haberlo apagado todo, y salió hacia el ascensor. La agencia estaba desierta, había esperado a ser la última para evitar hacer más el ridículo, porque así era cómo se sentía después de intentar conquistar a Michael... Las puertas del elevador se abrieron y entró, se volvió para observar su malogrado *look* de seducción e hizo un mohín de disgusto. Era la primera vez en la vida que había intentado hacer algo así y había fracasado. Se giró de nuevo mientras observaba cómo las puertas comenzaban a cerrarse lentamente, pero un pie interponiéndose en el sensor hizo que éstas volviesen a abrirse. Y ahí estaba él, el protagonista de sus sueños, el culpable de que no pudiera dormir plácidamente, el hombre que llevaba grabado en la piel y en la mente, entrando con paso seguro, mirándola con seriedad, un gesto tan alejado de él que anheló apartarlo con sus labios, con sus manos, con cualquier parte de su cuerpo. Lo único que deseaba era verlo sonreír, oír su manera canalla de hablar y que la mirase de esa manera tan suya.

—¿Mucho trabajo? —susurró Adriana al ver que Michael se situaba a su lado, tan cerca pero a la vez tan lejos, tan atractivo con esa camiseta blanca, con ese cabello revuelto, que le estaba resultando muy complicado no mirarlo babeante.

—Tengo una jefa que me lo pone bastante difícil... —añadió con sequedad, lo que hizo que ella se extrañara ante esa afirmación.

—Vaya —farfulló mientras alzaba la mirada al techo al observar cómo las puertas se cerraban del todo y el ascensor comenzaba a bajar. Sintió que ese reducido espacio le complicaba todavía más las cosas, porque su cuerpo se encontraba hipersensible, su corazón comenzaba a cabalgar desbocado, sus manos a sudar y su sexo... su sexo ansiaba sentirlo. «No es amor, es sólo atracción física», pensó al intentar dar nombre a lo que sentía, a lo que le provocaba ese hombre.

—¿Y ya está? —soltó el bruscamente, haciendo que ella lo mirase extrañada, pues no se esperaba esa reacción por su parte.

—¿El qué? —preguntó sin entender qué le ocurría.

—Entras en el estudio esta mañana con esa ropa que prácticamente ni te tapa —señaló mientras daba un repaso a su cuerpo—, me pones tu precioso culo casi en mis narices, me acaricias la espalda y dejas tu maldito aroma a fresas envolviéndolo todo, y... ¿te rindes?

—¿A qué te refieres?

—No has vuelto a intentar acercarte a mí, no me has llamado con cualquier excusa tonta ni tampoco has venido a verme haciendo que todo aquel que te mirase apartara los ojos. Simplemente te has ido sin hacer nada...

—¿Pero tú no querías nada! —exclamó tratando de encontrar alguna lógica a todo eso.

—¿Cómo que no quería nada, Adriana? ¡Llevo todo el puto día empalmado por tu culpa! —soltó con frustración, haciendo que ella sonriese tímidamente.

—¿De verdad? —susurró con una pizca de esperanza.

—¿Aún no te has dado cuenta de cómo me afectas? —preguntó mirándola intensamente.

—No... —murmuró dando un paso hacia él—. ¿Te afecto?

—Muchísimo... —confesó mirándola de esa manera que a ella tanto le gustaba.

Adriana sonrió mientras colocaba una mano sobre el pecho de él y lo acariciaba en sentido ascendente para luego envolver su nuca, sin dejar de acercarse a él, clavando su mirada en él y éste devolviéndosela. Quería besarlo, necesitaba hacerlo, y saber que él también lo quería era simplemente maravilloso.

—¿Sabes si en este ascensor hay cámaras de seguridad? —preguntó de repente Michael.

—No, no las hay, ¿por qué?

—Porque no puedo esperar, Adriana —añadió con esfuerzo mientras apretaba el botón rojo para detener el aparato y la miraba de tal manera que ella comenzó a excitarse sin remedio.

Adriana gimió antes de que éste la besara con tantas ansias, con tanta hambre que parecía que llevaban los dos sin comer semanas. Sintió la mano de él envolverle el trasero mientras la llevaba hasta uno de los extremos del ascensor. Ella se agarró a su cuello mientras lo despeinaba, sin dejar de besarlo, de sentirlo, de lamerlo, de estrecharse contra su espectacular cuerpo... Él clavó su erección en su estómago y ella jadeó excitada, notando que lo deseaba con tanta urgencia como él a ella.

—No sabes las pasiones que has despertado con este vestidito, Adriana... —susurró contra su boca mientras introducía una de sus manos por debajo de la tela, quemándole la piel nada más sentir su tacto mientras le cogía el trasero desnudo—. Humm... Eres una descarada —añadió al ver que ella había ido sin braguitas al trabajo.

—No puedo ponerme ropa interior con este vestido, si no, se notarían las costuras... —explicó sintiendo cómo el calor y la excitación lo nublaban todo a su alrededor.

—Menos mal que no lo he sabido antes, de lo contrario, no podría haber aguantado tantas horas

esperando a ver cuál era tu siguiente paso...

—Entonces —añadió gimiendo al sentir cómo uno de los dedos de Michael comenzaba a tentar a su clítoris, arrancándole olas de placer nada más notar su cálido tacto— ¿te he excitado esta mañana?

—Me has vuelto loco —comentó mientras la cogía en un rápido movimiento, obligando así a que ella lo rodeara con sus piernas—. Adriana —susurró mientras se desabrochaba el pantalón y sacaba su erección para guiarla hacia su húmedo sexo—, joder, Adriana... Sólo con olerme, con verte, me entran ganas de desnudarte, de lamerte, de comerte, de saciarme de ti, pero, cada vez que te pruebo, me dejas con más hambre...

Ella sonrió de dicha al oír esas palabras, al sentir cómo él comenzaba a encajar en su interior, sin apartar su mirada hambrienta de ella, sin soltarla, sin dejar de darle besos húmedos, sensuales, calientes, haciéndola especial con cada uno de ellos, como si no hubiese nadie más que ellos dos en todo el universo. Jamás había practicado sexo en un lugar público, pero con Michael todo era distinto, especial, único, por eso disfrutó al sentirlo dentro. Gimió descontrolada cuando él la embistió con fuerza, con urgencia, con necesidad. Grabó en su retina el instante previo al orgasmo, uno tan fuerte, tan salvaje como aquel encuentro. Sin dejar de mirarla, él alcanzó el clímax, la besó con devoción, la miró mientras todavía permanecían encajados, y Adriana supo que deseaba más, ansiaba saborear ese momento, desnudarse con calma, acariciar su cuerpo y percatarse de que ella podía excitar a un hombre como él.

—Y ahora, *Mata Hari* —dijo Michael socarrón mientras accionaba el botón para que el ascensor prosiguiera, después de recomponer su ropa—, elige adónde vamos, ¿a tu casa o a la mía?

Adriana sonrió mientras se acercaba a él y volvía a besarle, haciendo que éste la estrechase contra su cuerpo, envolviéndola con sus brazos, besándola sin respiro, hasta que el sonido del ascensor los avisó de que habían llegado al garaje.

—Señorita Álvarez, que nos conocemos... No me hagas ninguna táctica de despiste y dime adónde quieres que vayamos —insistió él jocosamente, haciendo que ella sonriese al ser la primera vez que la llamaba de esa manera tan formal.

—A tu casa. Si vamos a la mía, Madison no nos dejará solos —añadió mientras le guiñaba un ojo y montaba en su coche.

Michael sonrió mientras se subía a su automóvil y ponían rumbo a su apartamento. Mientras tanto, Adriana sentía cómo la seguridad y la confianza regresaban de nuevo a su ser, deseando llegar cuanto antes para volver a estar en los increíbles brazos de ese hombre. «Ten cuidado, Adri...», pensó.

—Oh..., ¡cállate, aguafiestas! —dijo para sí, desoyendo la impertinente voz de su conciencia, que intentaba avisarla de que se estaba adentrando en un terreno desconocido que siempre había evitado cruzar.

Capítulo 33

Los diestros labios de Michael, los increíbles ojos de Michael, los espectaculares pectorales de Michael, los seductores oblicuos de Michael, el tacto erótico de Michael, la húmeda lengua de Michael, la risa socarrona de Michael...

—Señori..., digo, Adriana... Adriana..., ¿estás bien?

Tuvo que parpadear varias veces para darse cuenta de que Marge llevaba intentando llamar su atención desde hacía rato, cuando ella sólo estaba pensando en él, en la maravillosa noche que habían pasado juntos en el apartamento de él, en el sexo placentero que habían practicado un par de veces más, en las conversaciones distendidas, las risas y la complicidad que alcanzaron sin darse cuenta...

—Perdona, Marge —dijo mientras carraspeaba para controlar su cuerpo y su mente, que la había llevado a estar más pendiente de sus recuerdos que del trabajo—, dime.

—Te estaba diciendo que ha llamado la secretaria del señor Parker para decirnos que su jefe quiere reunirse con usted, ¡digo, contigo!, para ultimar el lanzamiento de la campaña.

—El lanzamiento es el viernes... Llámalo y concreta una cita con él esta tarde o como muy tarde mañana por la mañana. Tenemos toda la campaña preparada, sólo falta entregársela, y sé que quiere que se la entregue yo en persona —argumentó con seguridad.

—De acuerdo.

—Gracias, Marge —replicó haciendo que la secretaria mirase al suelo sin saber qué hacer ante tanta amabilidad por parte de su jefa.

Luego se obligó a concentrarse en el trabajo, dejando para otro momento todo lo vivido con Michael, pero no tuvo tiempo para mucho, pues volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante, ¡qué rápida eres, Marge! —añadió con una sonrisa.

Al levantar la vista no vio a la menuda secretaria, que titubeaba más si cabe ahora que ella se había relajado ante sus empleados, sino al hombre que la hacía gritar —¡sí, gritar!— de placer. Algo que creía impensable en su persona, pero con ese hombre estaba descubriendo que las relaciones sexuales podían ser excitantes, divertidas y muy, pero que muy placenteras.

—Te he estado esperando, pero viendo que no venías a provocarme, he optado por venir yo a hacerlo... —susurró con ese aire gamberro que la enloquecía mientras se acercaba a ella sin dejar de mirar cómo a ésta la afectaba su presencia—. Porque no me dirás que ya no quieres nada conmigo, ¿no? —añadió mientras se levantaba la camiseta negra y le dejaba ver ese torso por el que había pasado su lengua y sus dedos hacía pocas horas.

—No se me ocurriría decir algo así —anunció de buen humor mientras se levantaba de la silla

y se bajaba el sobrio vestido blanco que llevaba.

—Vaya..., hoy no vienes matadora —bufó Michael mientras negaba con la cabeza, la cogía por las caderas y la estrechaba contra su cuerpo—. Mis compañeros se habrán llevado un gran chasco al no ver la versión seductora de Cruella de Vil —indicó mientras bajaba la cabeza para darle un maravilloso beso en los labios.

—Luego, si quieres, te hago un pase especial... —susurró ella mientras volvía a besarlo.

—Humm... Eso me gusta aún más —comentó profundizando en el beso y volviéndolo más caliente y excitante—. Los llevas a todos locos, y no sólo por el vestidito de ayer, sino por tu cambio con respecto a ellos...

—Bueno, cierta persona entrometida me sugirió que me relajara y, ¡no sé!, me apetecía hacerlo...

—Seguro que esa persona es increíblemente atractiva y un amante de primera.

—Sí, aunque no se lo digas —sugirió Adriana, siguiéndole el juego—, luego se pone insoportable hablando de sí mismo.

Michael rio divertido y la miró a los ojos para después acariciarle lentamente el rostro, sin dejar de observarla en silencio, los dos abrazados. El sonido de alguien llamando a la puerta hizo que Adriana se separara velozmente de él, dejándolo extrañado por su reacción mientras observaba cómo ella se sentaba en su silla y adoptaba una postura seria frente a la mesa.

—Adelante.

—Perdona, Adriana —dijo Marge mirando tanto a ella como a Michael, que seguía de pie en mitad del despacho—, la cita está confirmada para esta tarde a las ocho.

—Gracias, Marge —asintió ella con una sonrisa, observando cómo su secretaria cerraba la puerta para volver a dejarlos a solas.

—¿Tienes una cita? —farfulló Michael lentamente al tiempo que se acercaba de nuevo a ella.

—Sí —bufó Adriana con desdén mientras apoyaba la espalda en la silla para poder verlo mejor—, tengo que entregarle la campaña a Tommy Parker antes de su lanzamiento... —explicó, y observó cómo su expresión pasaba a ser de alivio—. ¿Qué creías que era?

—Nada, nada —contestó mostrándole una amplia sonrisa.

—¿Celoso, señor Miller?

—¿Yo? No, en absoluto, señorita Álvarez —replicó mientras le guiñaba un ojo—. Cuando termines con tu tediosa cita, llámame y quedamos. Creo que me faltaron varias cosas por hacerte, digo..., por decirte anoche —insinuó acercándose a ella y tendiéndole los bocetos con ese aire canalla, gamberro y tan excitante que Adriana ya estaba contando las horas que quedaban para estar con él—. Como te prometí, aquí los tienes.

Ella sonrió mientras los cogía y sintió un maravilloso cosquilleo de anticipación al saber que esa noche volvería a estar en los brazos de ese increíble hombre.

* * *

Adriana entró en la agencia mostrando una amplia sonrisa mientras avanzaba hasta su despacho. Sus empleados habían comenzado a relajarse cuando ella estaba cerca, e incluso la saludaban con más entusiasmo, algo que la hacía sentir bien. Se sentó delante de su silla después de hablar un poco con Marge sobre la única cita que tenía preparada para ese día, en la cual se iba a celebrar el lanzamiento de la campaña más importante del año —su entrega había sido un éxito y Tommy Parker se marchó más que contento con el trabajo que habían realizado—, y cuando la dejó sola se permitió sonreír como jamás pensó que podría hacerlo. Llevaba desde el lunes —desde ese encuentro caliente en el ascensor— quedando con Michael después del trabajo, se había relajado entre sus brazos y había descubierto lo sencillo que era todo con él, como si no tuviera que forzar nada, simplemente dejándose llevar, siendo ella misma, sin artificios ni personalidades inventadas, tan sólo gozando del increíble hombre que tenía a su lado. Estaba contando las horas para disfrutar de esa noche tan especial a su lado y poner el broche de oro a esa campaña que los había juntado y con la que había descubierto el gran profesional que se escondía tras esa sonrisa canalla que la revolucionaba. Suspiró sintiendo algo en su interior a lo que no supo poner nombre, pero que no la asustó; sólo estaba deseando terminar ese compromiso que no había podido aplazar para la semana siguiente y que la había obligado a dirigirse allí antes de viajar hasta el corazón de Manhattan.

Sonrió satisfecha al saber que había merecido la pena ir esa mañana a trabajar, acababa de conseguir otro cliente, y eso siempre era motivo de celebración. Se levantó, cogió el bolso después de apagarlo todo, dio las instrucciones necesarias a Marge para que comenzara a preparar el papeleo para el contrato que firmarían la semana próxima y se dirigió con paso seguro hasta el estudio. Desde que había comenzado a ser más simpática en la agencia, aquel efecto dominó que causaba nada más salir se había ido evaporando con los días, relajando el ambiente en la oficina. Anduvo observando cómo varios empleados hablaban en vez de trabajar, a dos de ellos los pilló con las piernas sobre la mesa mientras conversaban por teléfono, y una —Rachel, para ser exactos—, con una falda muy corta con la que dejaba ver sus larguísimas piernas, se encontraba sentada sobre la mesa de Michael... Él la miraba con una sonrisa mientras ella lo manoseaba y lo provocaba, lo tentaba mientras se inclinaba para que él pudiera ver sin esfuerzo su escote. La furia cegó a Adriana, la rabia se le agolpaba en la garganta y sólo deseaba que esa mujer dejara de tocarlo. Observó de nuevo la agencia, a sus empleados ganduleando, el poco respeto que le tenían a ella y a esa empresa, y volvió a mirar a esa mujer con desagrado. Si fuera otra persona, la echaría sin dudarle, pero, aunque la llamaban Cruella de Vil, no era ni tan cruel ni tan vengativa. Sin embargo, era la jefa, la que más mandaba en esos momentos allí, la responsable de que aquello se mantuviera a flote, por eso se prometió que a la semana siguiente volvería a ser la que era. Ser simpática no funcionaba. Sus empleados se relajaban y no rendían. Con esa decisión tomada, se obligó a tocar con los nudillos a la puerta para después abrir. Observar cómo

Rachel ni siquiera hacía amago de levantarse al verla la enfureció, pero comprobar cómo Michael le sonreía sólo a ella disipó su mal humor.

—Nos tenemos que marchar —anunció haciendo que él asintiera y se levantara de la silla.

—¿Me llamarás? —preguntó Rachel con voz infantil. Adriana se quedó quieta esperando su contestación.

—No —susurró Michael con una sonrisa—. Ya te he dicho que estoy conociendo a otra mujer, y no soy de los que juegan a dos bandas.

—Qué suerte la suya... —bufó Rachel con resquemor.

—Eso es lo que yo le digo, pero creo que ella no se da cuenta —soltó canalla mientras se volvía hacia Adriana y le guiñaba un ojo.

Se dirigieron sin tocarse al ascensor mientras Adriana observaba horrorizada el poco respeto de sus empleados, que holgazaneaban sin vergüenza por la agencia entre risas y gritos, como si aquello fuera un patio de colegio. Al cerrarse las puertas todo aquello se evaporó al notar la mano de Michael cogerle la suya, acercarla a su cuerpo, mientras le levantaba la barbilla y la besaba lentamente.

—Estaba deseando que vinieras a salvarme —confesó él entre beso y beso, disipando todas sus preocupaciones de un plumazo.

—No se te veía que sufrieras —comentó Adriana sin dejar de besarle y de estrecharse contra su cuerpo.

—No sabía ya cómo decirle que no quería nada con ella —anunció haciendo una mueca de terror que la hizo sonreír—. ¿Cuándo vamos a hacer oficial lo nuestro?

—¿Qué?! —soltó Adriana mirándolo con extrañeza, como si le hubiese preguntado algo tan absurdo como imposible.

Pero el sonido del ascensor al detenerse en una de las plantas hizo que los dos se separasen y dejasen esa conversación para después, aunque ella pudo ver como Michael sonreía divertido. «¿Qué tenía tanta gracia?», pensó intentando relajarse, aunque aquella pregunta suya la había puesto más histérica de lo que ya estaba.

* * *

Después de tres horas de vuelo, de volver a sonreír —gracias a las conversaciones de Michael y a aquel magnífico humor que lo acompañaba siempre—, e incluso de olvidarse de aquella preguntita que la había hecho hiperventilar, llegaron a Nueva York, al espectacular hotel de cinco estrellas Four Seasons, en pleno corazón de Manhattan, donde tenían reservada una habitación para cada uno cortesía de la agencia, aunque ambos sabían que sólo utilizarían una...

—El hotel es impresionante —comentó Adriana dejando su maleta al lado de un pequeño salón con unas inmejorables vistas a Central Park.

—La compañía lo es mejor —susurró Michael mientras la cogía por la cintura y la besaba—.

Nueva York siempre me ha gustado, ¿lo conocías?

—Más o menos... Por supuesto que no me hospedé aquí cuando vine, pero estuve unos días haciendo turismo... —respondió Adriana mientras se dejaba besar y abrazar, pensando que les quedaban unas cuantas horas para comenzar a prepararse para la fiesta, y poder disfrutarlas entre los brazos de ese hombre era un plan perfecto—. Oh... ¡Mierda! —maldijo al oír el sonido persistente de su teléfono móvil—. Es Henry —avisó antes de aceptar la llamada—. Señor Wright... Sí, claro... Sí, acabamos de llegar... Claro... No se preocupe.

—¿Ocurre algo? —preguntó Michael al ver que colgaba y su gesto se tornaba serio, casi marchito, pero era normal, sus planes se habían trastocado por culpa de esa llamada.

—Sólo me ha pedido que supervise cómo van los detalles del lanzamiento, quiere que compruebe que todo está como es debido y que nuestro cliente esté satisfecho tanto del material que le hemos entregado como de la fiesta —informó mientras volvía a coger el bolso que había dejado encima de un sillón—. Quédate aquí y disfruta de la habitación, que enseguida vuelvo —comentó mientras le daba otro beso.

—¡No tardes! Tengo varias ideas que poner en práctica en esta cama —le dijo Michael, haciendo que ella sonriera mientras él maldecía la hora en que Adriana había cogido el teléfono. Ahora mismo la tendría sin ropa y debajo de su cuerpo, o tal vez encima...

Ella le dio un pequeño beso y salió dejándolo solo, con ganas de tenerla entre sus brazos, de besarla y de hacerla gemir del placer, como había hecho durante toda esa semana, sin saltarse ni un solo día. Era curioso, pero cuanto más tiempo pasaba con ella, cuanto más la conocía, cuantas más noches disfrutaban juntos, más ansiaba... Al poco, como si hubiese estado preparado, alguien llamó a la puerta de su habitación. Michael se acercó pensando que sería Adriana, pero al abrirla se encontró con la última persona que esperaba en esos momentos.

Capítulo 34

Miró la hora, ¡era tardísimo!, pero podía asegurar que todo estaba a la perfección. Incluso había hablado con Tommy Parker, lo había guiado por aquella preciosa sala que parecía un bosque encantado gracias a los majestuosos árboles que había en su interior y a la exquisita decoración por parte del hotel donde iban a celebrar el lanzamiento de la campaña, y el hombre se encontraba satisfecho con su trabajo. Adriana volvió a la habitación sabiendo que había tardado más de lo que le habría gustado, ¡muchísimo más!, porque si hubiese sido por ella se habría quedado entre los brazos de Michael, besándolo, acariciándolo y disfrutando del placer que siempre le daba. Abrió la puerta y se percató de la quietud de la habitación. Se dirigió al cuarto de baño por sí se encontraba allí, pero tampoco estaba. Encima de la cama, una nota llamó entonces su atención; estaba escrita con la clara y redonda letra de Michael. La cogió y la leyó:

Nos vemos en la fiesta. ¡No tardes! Yo seré el hombre que está esperando ver a la mujer más increíble de Nueva York, y, sí, eres tú, señorita Álvarez.

MICHAEL

Sonrió como una boba mientras se dirigía de nuevo al cuarto de baño, se daba una ducha rápida y se preparaba para aquel acontecimiento que esperaba que saliese perfecto.

Bajó sintiendo un nido de nervios en el estómago, y no era tanto por el lanzamiento de esa campaña, ya que después de tantos años sabía que todo saldría bien, sino por verlo y, más que nada, por ver su expresión cuando la viese con ese vestido largo, de seda, de color rosa palo que se había comprado para la ocasión y que le quedaba como un guante, cayendo con gracia por sus curvas, las cuales había empezado a aceptar. Al entrar sonrió al percatarse de que la gente ya había comenzado a llegar. Sonreían al ver la decoración para el evento, las pantallas planas donde se podía ver tanto el logo de la marca de las joyas como el de la agencia de publicidad, las preciosas vitrinas ocultas por una tela de raso negra donde destaparían la nueva colección de joyas, los elegantes invitados que charlaban entre sí, el ambiente distendido... Y, al final, Adriana lo vio. Se encontraba hablando con Tommy Parker. Llevaba un esmoquin que aumentaba su atractivo, algo que pensaba que era imposible, pero le sentaba tan bien que parecía que esa prenda se hubiera creado para envolver su cuerpo. Al acercarse, Michael se volvió y le sonrió de esa manera tan suya que ella sintió cómo mil cosquillas se instalaban en su estómago y lo hacían levitar hasta el rascacielos más alto de la ciudad. «Qué guapo eres...», pensó devolviéndole la sonrisa sin dejar de caminar hacia ellos.

—Vaya, señorita Álvarez, está usted todavía más preciosa que hace unos minutos —le dijo

Tommy Parker al verla acercarse.

—Lo mismo digo, caballeros —añadió de un humor excelente.

—No es un cumplido, se lo aseguro... Está radiante —reiteró su cliente, haciendo que ella sonriera dichosa.

—Sí, a la señorita Álvarez le sienta bien tener pareja —terció Michael con seriedad, lo que provocó que Adriana se volviera para mirarlo extrañada. «¿A qué ha venido ese comentario?», pensó sin entender por qué había dicho eso Michael.

—Oh, vaya, espero que no le haya molestado que le dijese lo bella que se encuentra esta noche. Su pareja es un hombre con suerte, ¿ha venido con él?

—No —soltó Adriana, haciendo que Michael la mirase con seriedad, como si estuviese esperando su contestación—. No ha venido conmigo, tenía mucho trabajo... Pero muchas gracias, señor Parker.

—Gracias las que tiene usted... —contestó zalamero, con lo que Michael tuvo que reprimir una respuesta que lo obligase a parar aquel acto de seducción hacia ella—. Estaba hablando con el señor Miller del gran trabajo que han realizado.

—Por favor, señor Parker, se lo he pedido antes..., tutéeme —dijo Adriana con una sonrisa que le contagió—, y, sí, ha quedado todo espectacular, seguro que va a ser un auténtico éxito.

—Si quieres que te tutee, no puedes llamarme de usted —comentó Tommy con una amplia sonrisa que a Michael lo hizo apretar la mandíbula, frenando algo que nunca había sentido antes.

—De acuerdo —anunció Adriana divertida—. ¿Sabéis si ha llegado el señor Wright?

—Sí —dijo Michael señalando al fondo de la sala, donde se encontraba su jefe hablando con varias personas de la alta sociedad neoyorquina—. Ahí está.

—Perfecto. Dentro de poco empezaremos con el lanzamiento —avisó ella.

Tommy no dejaba de sonreír ni de repasar su cuerpo enfundado en aquel sugerente vestido.

—Estoy deseando que llegue ese momento —susurró sin apartar un segundo la mirada de ella.

—¿Nos disculpas un momento? —comentó Michael forzando una sonrisa mientras cogía del brazo a Adriana para alejarla de él.

»Tengo que hablar contigo... —susurró cuando estuvieron lo suficientemente alejados de ese hombre que se comía con los ojos a su jefa.

—Ahora no es buen momento, Mike —murmuró ella, mirando que todo estuviese según lo previsto y que los invitados a la celebración se lo estuvieran pasando bien—. Cuando termine esto, seré toda tuya.

—¿Me lo prometes? —preguntó con un matiz distinto en su voz que Adriana no supo identificar.

—Claro —contestó mostrándole una amplia sonrisa—. Uy... ¡No están sirviendo el cava que les pedí! —exclamó para después salir corriendo para hablar con el encargado.

Estuvo sin parar de moverse por el salón, asegurándose de que todo se encontrara como había pedido, hasta que llegó la hora del lanzamiento. Sólo pudo acercarse a Michael cuando Henry

Wright anunció con grandes palabras de elogio, tanto para ella como para su atractivo ilustrador, el gran trabajo que habían realizado, para después dar paso al *spot* publicitario que se emitiría a partir de ese momento en todas las cadenas importantes de televisión, en páginas de internet e incluso en redes sociales. Al terminar, los aplausos efusivos de los invitados les dieron el visto bueno, haciendo que su trabajo hubiese merecido la pena y la fiesta continuara de manera mucho más distendida, reflejando *in situ* la valiosa colección de joyas, pues unas elegantes azafatas se encontraban al lado de las vitrinas explicando a quien se acercara los detalles de éstas. Y aunque Adriana pensó que al lanzar la campaña podría estar más tiempo con Michael, lo cierto era que Tommy Parker no paraba de llamarla para presentarle a amigos suyos que podrían ser futuros clientes. Así pues, tuvo que contentarse con ver a Michael desde lejos, con el rostro serio, algo tan extraño en él que era la viva imagen de la alegría.

—¡Adriana! —exclamó Henry al verla caminar hacia los aseos con premura, gracias a un quiebro que le había hecho a su cliente, deseando acabar pronto para poder dirigirse, ¡al fin!, junto a Michael—. Ha salido todo fenomenal.

—Sí, Tommy Parker está muy contento, que es nuestra finalidad.

—Sí... Ya sabía yo que harías un buen equipo con Michael —alegó con una sonrisa—. ¿Has hablado con él? —le preguntó haciendo que Adriana frunciera ligeramente el ceño.

—He hablado de muchas cosas con él, sea más preciso —contestó nerviosa. ¿Y si sabía que estaban liados? ¿Y si sabía que eran amantes? Aquello comenzó a ponerla muy nerviosa, demasiado.

—De lo que ocurre en la agencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó temiendo haber metido la pata durante esos días, en los que se encontraba demasiado despistada para su gusto.

—No te lo ha contado... —indicó con una sonrisa mientras negaba con la cabeza—. No pasa nada, ya lo hablaremos el lunes en mi despacho.

—No, señor Wright, dígame qué ocurre en la agencia.

—No es momento para hablar de esto... Disfruta de la fiesta.

—Insisto —añadió con seriedad. ¡Ahora no podría disfrutar de la fiesta sabiendo que ocurría algo en la agencia!

—Adriana, alguien me ha enviado unas fotos en las que se ve la desorganización de la oficina. La gente no te tiene respeto y tú haces la vista gorda como si no te importara que esas personas que cobran por trabajar no hagan nada...

—¿Cómo? —balbuceó sin entender lo que le estaba diciendo.

—Antes se quejaban de tu mano firme, algo que a mí no me importaba, pues sabía que si tú estabas en la agencia todo saldría como esperaba; pero no sé qué te ocurrió desde que volviste de las vacaciones para cambiar tanto...

—No... no lo entiendo —susurró pensando en quién estaría detrás de aquel complot urdido para dejarla mal ante su jefe.

—Es muy sencillo, últimamente tu comportamiento ha cambiado, vas vestida como si estuvieras en una discoteca, se te olvidan cosas importantes, y es tu secretaria quien te las tiene que recordar, incluso salvándote el trasero... —relató él con sequedad—. No me digas que es falso, porque tengo pruebas en las que se ve todo lo que te he dicho, incluso me han contado que has intentado seducir a uno de tus empleados... —prosiguió mientras negaba con la cabeza reprochando su comportamiento—. Creo que necesitas un cambio, se te ve desmotivada, sin ganas de seguir al frente de esta agencia. No sé qué te ha ocurrido, pero no eres la misma, y he pensado que Michael ocupe tu lugar.

—Michael... —murmuró mientras sentía un fuerte pinchazo en el pecho y un ligero mareo al intentar comprender qué había pasado para que cambiara todo en tan poco tiempo.

—No es un despido si no lo deseas así, puedes seguir trabajando para mí, pero ya no serías la directora, lo sería él.

—Él... —balbuceó al ver cómo todo se le caía encima, sus sueños, su plan, su trabajo, sus esfuerzos, las horas empleadas...

—Es una decisión firme, Adriana. El lunes mismo lo haré formal. Espero que sigas en la empresa y que ayudes a Michael en todo lo que necesite. Sigo pensando que hacéis un buen equipo, pero ya no puedes seguir al frente del departamento de arte y creatividad, no puedes ser mi segunda a bordo... Necesitamos a un hombre carismático, a un emprendedor, y Michael es perfecto para el encargo, su renombre nos abriría muchas más puertas. Espero que lo entiendas, Adriana —añadió muy serio para después alejarse de ella haciendo que todo se disipase a su alrededor.

Se quedó paralizada, sin oír nada, con la visión borrosa, notando cómo aquel pinchazo en el pecho aumentaba de intensidad, haciendo que incluso no pudiera respirar como siempre, ahogándola... Acababa de perder el puesto por el que había luchado durante tantísimos años, y todo por él. Salió a la fiesta sintiendo que en breves instantes podría desfallecer, recordando sus palabras para que fuera más simpática con sus empleados, más amable, menos dura... De repente su mirada se encontró con la de Michael, que la observaba desde la distancia. Su rostro reflejaba la encrucijada que estaba viviendo en esos momentos, y aquello, seguramente, lo alertó... Al verlo dirigirse hacia ella, Adriana echó a correr fuera de la fiesta, alejándose de él, del culpable de que ella se quedase sin nada. «Imbécil, eres una imbécil», pensaba sintiendo cómo los ojos le escocían avisándola de que estaba a punto de llorar de rabia, de dolor, de frustración, pero sobre todo por verse traicionada por esa persona a la que había dejado entrar en su vida, a la que le había permitido ver cómo era, sin antifaces, sin modales aprendidos, y ahora... ahora todo aquello había caído a sus pies, revelándole la gran mentira que había vivido.

—¡Adriana! —Oyó su voz, pero no pensaba detenerse, no quería escucharlo, no quería mirarlo, no quería enfrentarse a él, aunque sonara a cobardía...

Lo único que quería era marcharse, salir de allí, huir de algo que ella misma se había prohibido repetidas veces y, al final, había caído en la tentación, provocando que su vida, que

todos sus sueños se marchitasen por culpa de su mala elección, por culpa de dejar que los sentimientos nublasen su razón, su criterio... Siguió corriendo, sintiendo cómo sus tacones se doblaban ligeramente por el esfuerzo, que se pisaba el bajo del vestido de vez en cuando, pero no le importó, sólo quería alejarse de él, de su jefe, de esa fiesta, de todos. De repente, como si no hubiese tenido bastante con lo que había vivido, uno de sus tacones se desquebrajó y Adriana tropezó y cayó al suelo, sintiendo que no podía caer más bajo que en ese momento. Trató de levantarse, pero las lágrimas que habían comenzado a nublarle la visión, el vestido, que se había quedado enganchado con el tacón, y el temblor de su cuerpo le dificultaban los movimientos.

—¿Estás bien? —preguntó Michael cogiéndola del brazo para ayudarla a levantarse.

—¡Suéltame! —masculó con rabia, ya de pie, apartando con fuerza su agarre, obligándose a no mirarlo a los ojos, esos que la hechizaban sin remedio—. Qué bien te ha salido la jugada... —escupió con dolor.

—¿Qué dices? —quiso saber él intentando tocarla, pero ella se alejó más de su lado, impidiendo que rozara su piel con la de ella.

—No te hagas el tonto, ¡me lo acaba de decir tu querido amigo Henry! —replicó con frustración.

—¿Qué te ha dicho? Joder, me ha prometido que no te diría nada hasta que yo hablara contigo... —resopló angustiado al ver que su jefe no había cumplido su palabra.

—¿Para qué? ¿Para seguir mintiéndome? Qué imbécil he sido, ¿verdad? Yo pensando, ilusa de mí, que te me habías acercado porque te interesaba de verdad, cuando lo único que querías desde el principio era mi puesto... Joder, ¡qué bien lo has hecho! Me lo he tragado por completo —susurró con pesar.

—¿Cómo? No, no, no —protestó Michael con seriedad mientras avanzaba hacia ella, haciendo que Adriana se alejase a la vez—. No sé qué coño te habrá dicho Henry, pero...

—¡Déjalo! No me apetece oír más mentiras —soltó interrumpiendo su explicación mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Qué quieres?, ¿un polvete de despedida? —preguntó con rabia y con un dolor que jamás pensó que experimentaría—. Fue conocerte y mi vida ha ido de mal en peor —añadió con dolor, sintiendo que todo a su alrededor, que todo su ser se marchitaba con aquella revelación—. Maldita la hora en que me tropecé contigo...

—No, te equivocas, Adriana... Desde que me conoces has empezado a vivir de verdad, te has arriesgado y has sentido.

—¡¡Pero todo era mentira!! —gritó enfadada.

—No —susurró acercándose más a ella, lo que provocó que Adriana retrocediese un par de pasos.

—¿No te das cuenta de que contigo he sido más yo que con nadie? —preguntó dolida.

—Lo sé... Y siempre he sido sincero contigo, por eso tienes que saber que jamás te haría daño —reveló mostrándole una tímida sonrisa—. Estoy enamorado de ti, Adriana...

—¿Qué? —balbuceó sin entender nada. ¡¿Acababa de robarle el puesto y ahora le hablaba de

amor?!—. ¿Enamorado? —repitió extrañada—. ¡Enamorado!... ¿Cómo de enamorado? ¡No, no, no! Es todo una mentira, ¡no puedes estar enamorado de mí! Me acabas de quitar mi puesto en la agencia, ¡joder! ¿Qué pretendes, Michael?, ¿quieres volverme todavía más loca de lo que estoy?

—Te quiero, estoy locamente enamorado de ti, Adriana... —confesó sin dejar de mirarla a los ojos. Ésta intentó descifrar si había verdad en ellos, pero no tenía ni idea. Estaba aturdida, hecha polvo, y él..., ¿él le estaba diciendo que la quería? ¡Era una locura!—. Yo jamás te haría daño...

—No, no, ¡no! —protestó con rotundidad mientras negaba con la cabeza y retrocedía aún más si cabe, alejándose de él—. Ya sé cómo te enamoras tú... En dos días seré parte del recuerdo y te reirás junto a Marge, ¡o Rachel!, cuando te sientes a mi mesa, ocupes mi puesto y yo me vea sola y sin trabajo —susurró sintiendo cómo las lágrimas volvían a aflorar con más fuerza simplemente al pensar en esa opción—. Lo has conseguido, Michael. Eres el nuevo director de arte y creatividad de Ideal Advertising. Enhorabuena —farfulló mientras se quitaba el otro zapato, los dejaba los dos en el suelo y salía corriendo.

—¡¡Adriana!! —la llamó Michael corriendo tras ella—. Detente, Adriana, confía en mí...

Capítulo 35

Pasó la noche en el aeropuerto esperando el primer avión que la llevaría a su casa, sin importarle ir descalza, con aquel bonito vestido de fiesta —sin opción a cambiarse de ropa porque había dejado su equipaje en la habitación que compartía con Michael—, y sabiendo que su vida se había desmoronado en muy poco tiempo. Lloró sin consuelo en la sala de espera, se compró unos zapatos en la primera tienda que vio abrir y le importó muy poco acaparar las miradas curiosas de los demás pasajeros al verla vestida tan elegante con unos zapatos planos y el maquillaje esparcido. Llegó a su apartamento de buena mañana, se duchó, se cambió de ropa y salió sin ser vista hacia casa de su madre. No quería darle opción a que Michael la encontrase, no quería hablar con él, y sabía que era de los que no se rendían. Pasó el día tumbada en el sofá de la que fue su casa, oyendo a su madre intentando levantarle el ánimo, pero sabía que nada ni nadie podría ayudarla...

—¿No vas a coger el móvil? —preguntó su madre después de aguantar estoicamente todo el día la musiquita que avisaba de una llamada entrante.

—No.

—¿Y si no es ese hombre?

—No quiero hablar con nadie —murmuró haciéndose un ovillo en el sofá.

La mujer asintió y no volvió a preguntar. Lo había intentado en varias ocasiones, pero su hija se había encerrado en sí misma y no lo permitía. Sólo lloraba, dormía y volvía a llorar... Por la tarde noche, alguien llamó al timbre y la mujer se levantó para abrir.

—Dime que está aquí, por favor, Holly —susurró Madison preocupada.

—Sí... —respondió la madre de Adriana—. Pasa, no quiere hablar con nadie, ni siquiera conmigo, y no sé qué le ha pasado...

—¿Por qué no me coges el puto teléfono, Adriana? —soltó Madison entrando en el salón. Sin embargo, al verla tumbada, vestida con unos *shorts* y una camiseta ancha, los ojos hinchados de llorar y el gesto angustiado, aquella fuerza con la que había entrado se disipó de golpe—. Dios mío... —balbuceó sentándose a su lado y abrazándola con cariño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, notando cómo las lágrimas campaban a sus anchas y se derramaban sin motivos. A ese paso se iba a deshidratar de tanto llorar...

—He hablado con Michael hace un momento; estaba muy preocupado al ver que no estabas en tu casa y me ha dicho que anoche te fuiste sola de Nueva York.

—Uf... —bufó volviendo a tumbarse y sintiendo que oír ese nombre volvía a hacer que notara un fuerte pinchazo atravesándole el pecho, aquel vacío instalándose en su estómago, esa

desolación que le impedía incluso respirar.

—No me ha contado qué pasó... —confesó mientras le acariciaba la cabeza—. Sólo se lo veía muy preocupado y enfadado.

—No debería estar enfadado. Ha conseguido lo que andaba buscando desde el principio —susurró con congoja.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Madison sin entender nada.

—Cariño —dijo su madre sentándose en el pequeño sillón que había a su lado y cogiéndole la mano—, si lo cuentas, te sentirás mejor...

—Es que no puedo —sollozó sintiendo una presión enorme en el pecho y llorando sin cesar.

—¿Quieres que me marche y hablas a solas con Madison? —preguntó su madre con una sonrisa.

—No, mamá... —terció sabiendo que ésta lo único que deseaba era que se sintiera mejor, algo bastante complicado cuando todo se había ido al traste—. Él... me ha traicionado... Me ha engañado, me ha seducido, para quedarse con mi puesto de directora —explicó sin poder controlar las lágrimas y los sollozos.

—¡Me lo cargo! —bramó Madison poniéndose de pie y dando vueltas por el pequeño salón—. Te juro que me lo cargo... ¿Estás segura de eso, Adriana?

—Sí... Luego me dijo que me quería... ¿Cómo me va a querer después de hacerme lo que me ha hecho? —se lamentó entre hipidos—. Seguro que es parte de su estrategia para hundirme del todo... Y yo, Madi, yo... —murmuró acongojada.

—Joder —bufó su amiga tapándose la boca con la mano, asombrada ante aquel descubrimiento—. Te has enamorado de él... —susurró al ver su rostro compungido.

Adriana asintió sin poder dejar de llorar, notando cómo al aceptar aquello una parte de ella, la más mandona e impertinente, le echaba en cara todas las advertencias que le había hecho desde que Michael había entrado en su vida. Pero ya era demasiado tarde para las reprimendas. La verdad era que estaba locamente enamorada de Michael Miller, y él, simplemente, había jugado con ella a su antojo, para conseguir su puesto.

—¿Dónde está ahora Cupido, Madison? ¿Ves cómo el amor es un asco? —preguntó con ironía, haciendo que su amiga la abrazara con más fuerza mientras asentía y miraba a Holly, sabiendo que, en parte, todo aquello era culpa suya. Si no la hubiese animado a salir con Michael, si no la hubiese instigado a que dejara de salir con hombres con los que no sentía absolutamente nada, ahora no estaría así, deshecha por dentro, sintiendo que el amor la había traicionado y que Cupido estaba desternillándose a su costa...

—¿Qué vas a hacer ahora, Adriana? —preguntó Madison después de ver que ésta había dejado de llorar.

—¿Qué quieres que haga? Mañana no voy a ir a la agencia, no quiero trabajar para él... No quiero volver a verlo en mi vida... —susurró convencida de sus palabras.

—¿Estás segura de querer eso? Te has esforzado mucho para llegar hasta donde estabas en esa

agencia, ¿no vas a luchar por tu puesto?

—No, Madison, no tengo opción de réplica ni de lucha. Henry me lo dijo claro anoche... Ya lo había decidido, Michael será el nuevo director.

—Cómo me ha engañado... —murmuró su amiga mientras negaba con la cabeza con disgusto al saber que Michael también le había mentado a ella. Un mensaje en su teléfono móvil la hizo levantarse del sofá con gesto serio, como si no le hubiese gustado leer aquellas palabras—. Tengo que irme, Adriana, pero luego te llamo. Por favor, coge el teléfono esta vez...

—Vale... —aceptó notando los brazos de su amiga envolverla en otro reconfortante abrazo.

—Nos vemos mañana —dijo mientras caminaba en dirección a la puerta de la calle seguida por Holly—. Adiós —se despidió de la madre de Adriana.

Después, Holly cerró la puerta y regresó al salón.

—Estaba yo pensando que hace muchísimos años que no nos vamos tú y yo por ahí de vacaciones...

—La última vez tenía diecisiete años... —masculló Adriana alicaída.

—¡Pues eso hay que cambiarlo, pero ya! —exclamó su madre con una sonrisa tierna—. Voy a llamar al trabajo y a pedir unos días libres que tenía guardados para una emergencia, y, así, tú y yo nos vamos a ir bien lejos, ¿qué te parece? —propuso con una amplia sonrisa.

—No lo sé, mamá. No tengo ganas de nada ahora mismo...

—Lo sé —comentó mientras la cogía de la mano—. Yo también he pasado por donde estás tú ahora y sé que quedarse tumbada en el sofá llorando no es la solución, como tú bien me decías... Por eso, vamos a preparar las maletas y nos iremos de aquí unos días. Te vendrá bien poner distancia con ese hombre, con tu antiguo trabajo y con los recuerdos... Déjame hacer esto por ti, cariño. Déjame que sea yo la que te cuide y no al revés —susurró con ternura.

Adriana asintió, no tenía nada que perder, pues ya lo había perdido todo...

* * *

Se asomó a la ventana después de dejar la maleta en su dormitorio. Ante ella se encontraba el mar Mediterráneo, que la llenó de recuerdos, de risas, de delicioso helado, de tardes correteando por la calle, de nostalgia... Sonrió al oír cómo su madre se le acercaba por detrás.

—Pensé que no volvería a esta isla jamás... —susurró Holly poniéndose a su lado y observando la preciosa vista de la cala Llombards, con sus aguas turquesas y su fina arena.

—Ni yo...

—Entonces, hemos hecho bien en venir —indicó intentando animar a su hija—. Cámbiate de ropa y bajamos a probar el agua, ¿vale?

Adriana asintió mientras se alejaba de la ventana del salón para acercarse al dormitorio. Se encontraba en una preciosa casa propiedad de unos amigos de su madre, los cuales se la habían dejado en alquiler vacacional a mitad de precio por ser ellas, y lo cierto era que aquella idea

descabellada que había tenido Holly de regresar a sus orígenes le había sentado bien, pues volver a ver esos paisajes que prácticamente no recordaba y caminar por aquellas calles por las que jugaba cuando era una niña la habían hecho sonreír, algo que llevaba sin hacer desde el sábado... Se quitó el vestido que llevaba y se puso un bikini debajo, pensando en todo lo que habían hecho hasta llegar hasta allí. Su llamada fría y distante a Henry y su dimisión telefónica habían hecho que su jefe se enfadase todavía más con ella, algo que a Adriana le importó bien poco. Al terminar esa conversación seca y tensa, apagó el móvil, dando así por zanjadas todas las posibles conversaciones. Sabía que Michael seguía intentando contactar con ella, Madison se lo había dicho el día anterior, pero Adriana no quería saber nada más de ese hombre ni de todas las mentiras que le había dicho. Después de almorzar con su madre, habían ido a su apartamento para prepararse una pequeña maleta y luego se habían dirigido al aeropuerto para volar hasta allí. Diez horas después, habían llegado a la isla de Mallorca la mañana del martes, un día soleado, maravilloso, que le daban ganas de exprimir al máximo, sin importar el cansancio que arrastraba.

Pasearon, se bañaron en las cálidas aguas del Mediterráneo y recordaron tiempos pasados...

—¿Cuánto tiempo sin comer comida española! —exclamó Holly sentándose delante de una mesa en una terraza cerca de donde tenía la casa.

—¿Tienes hambre ya, mamá? —preguntó Adriana con una sonrisa. Después de tomar el sol, de bañarse en esas templadas aguas y de intentar controlar sus pensamientos, que la arrastraban a Miami, se encontraba mejor.

—No, pero vamos a hacer hueco cuando nos entre —indicó con una amplia sonrisa—. ¿Sabes qué? Este chiringuito era de un amigo de tu padre. No sé si seguirá siendo suyo...

—Mamá, me gustaría saber una cosa, y espero que seas sincera conmigo. ¿Mi padre alguna vez se ha puesto en contacto contigo?

—No, hija... Es más, aun sabiendo que, viviendo en la misma isla, él jamás hizo ademán de verte, antes de marcharnos a Texas fui yo a hablar con él. Le expliqué mi situación y le dije que necesitaba irme... No me puso impedimentos, como tampoco me preguntó nada más.

—Nunca me has contado qué pasó para que él renunciara a mí de esa forma. Siempre he estado contigo, incluso cuando vivíamos aquí, ¿por qué?

—Cuando me quedé embarazada de ti, se puso muy contento —empezó a decir con una sonrisa—, pero cuando los problemas entre nosotros aumentaron, él se distanció de nosotras, encontró a otra mujer, rehízo su vida y...

—Se olvidó de que tenía una hija —susurró acabando la frase por ella.

—Sí... Pero, cariño, no se puede obligar a nadie a hacer algo que no le sale del corazón —anunció mientras la cogía de la mano.

Adriana asintió.

Recordaba su infancia mirándolo desde lejos, sabiendo que ese hombre que se paseaba con una mujer que no era su madre era su padre, pero que éste prefería mantenerse alejado de ella. Ni siquiera la miraba a la cara, como si fuera una repudiada, como si se arrepintiera de haber dejado

embarazada a la que fue su novia, como si ella no fuera digna de su amor... Con la adolescencia, aquel dolor por ver la indiferencia de su padre hacia ella —algo que era inevitable, pues la casa de su madre estaba cerca de la de él— hizo que Adriana se volviera rebelde, contestona, y se encerrara en sí misma. Y el cambio de país impuesto por su madre al finalizar su última relación la benefició para poder desprenderse de la imagen de su padre con un niño en brazos, mientras le sonreía con ternura y seguía ignorando a su primogénita...

—¡No puede ser...! ¿Holly?

Ambas se volvieron al oír aquella voz varonil con un marcado acento mallorquín a pocos pasos de donde se encontraban. La aludida, al ver a ese hombre, alto, moreno y con un bronceado envidiable, una sonrisa blanquísima y sincera, el cabello castaño salpicado de canas y unas ligeras arrugas que bordeaban sus ojos y sus labios, sonrió con alegría mientras se levantaba de la silla para darle un par de besos con emoción.

—¡No has cambiado nada! —exclamó el hombre sin dejar de mirarla.

—¡Tú sí! —soltó Holly haciéndole sonreír con ganas, dulcificando su rostro y dejándole entrever a Adriana lo atractivo que debía de haber sido de joven, pues incluso con el paso de los años, ese hombre era llamativo.

—No me digas que ella es... —susurró entonces él señalando a Adriana.

—Sí, sí que lo es —dijo con orgullo mientras ésta sonreía—. Adriana, seguramente no te acordarás de Enric, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza, tenía un vago recuerdo de todo lo que había vivido en esa isla—. Es uno de los mejores amigos de tu padre y, si no me equivoco por la camiseta que luces —indicó señalando el nombre del bar donde estaban sentadas—, sigues regentando este maravilloso chiringuito...

—Aquí seguimos; dicen que las cosas buenas hay que continuarlas hasta el final —comentó con una radiante sonrisa—. Madre mía, Adriana, cómo pasan los años. Te recuerdo como una muchachita adorable, y ahora mírate: ¡eres toda una mujer! —añadió Enric dándole un par de besos—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Hemos venido unos días de vacaciones —contestó Holly volviendo a sentarse—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, como ves, ¡al pie del cañón! Habéis venido en una época inmejorable para disfrutar de Mallorca —indicó Enric mirándola con una sonrisa—. Decidme, ¿qué queréis tomar?

—¡Una sangría! —exclamaron las dos a la vez, haciendo que él riese divertido.

—Os la traigo ya y me tomo una copita con vosotras. ¡Hay celebrar que Holly ha vuelto! —exclamó con alegría.

—Mamá... —susurró al ver que ésta comenzaba a atusarse el cabello y a bajar el escote del vestido para que se le viese más el canalillo—. ¿Tú y Enric tuvisteis algo?

—Ay, hija, no. ¡Pero no fue por falta de ganas! ¿Has visto qué guapo que es? ¡Ahora recuerdo por qué me quedé aquí! Los españoles son muy guapos, Adriana —confesó haciendo que ella se echase a reír ante la seriedad con que había verbalizado esas palabras.

—¿Y Kevin? —preguntó acordándose del último novio de su madre.

—Kevin es agua pasada, cariño. ¿Qué le vamos a hacer? Atraigo a los hombres que no quieren relaciones serias —indicó con resignación—. Uy, mira, ¡por ahí viene! No sé qué tiene mejor pinta, si él o la sangría.

Adriana se echó a reír con ganas al ver a su madre centrada en seducir a ese hombre que la miraba con adoración. Estuvieron hablando del pasado entre copas de deliciosa y dulce sangría, de todo lo que había sucedido desde que se marcharon, de cómo la habían echado de menos sus amistades...

—¿Y sabes algo de Marc? —preguntó Holly al rato.

—Pues hace nueve años se marchó de Mallorca para vivir en la Península y no he vuelto a saber nada de él... Se casó, ¿lo sabes?

—¿Con esa mujer con la que tuvo un niño?

—Sí... A ella no le gustaba vivir en la isla y no paró hasta convencerlo para marcharse a la capital de España.

—Hay mujeres que saben hacerlo —susurró Holly mientras cogía la copa de sangría y bebía un largo trago.

—Él se portó muy mal con vosotras —afirmó Enric con seriedad.

—Lo sé.

—Muchas veces pienso que sólo se quería a sí mismo, porque lo que hizo no tiene nombre.

—Mamá, me voy a ir a la casa a descansar... —dijo Adriana levantándose de la silla—. Así podéis poner os al día todavía más —añadió mientras le guiñaba un ojo.

—Descansa, cariño —recomendó Holly sin dejar de mirarla.

—Claro —susurró con una tímida sonrisa—. Nos vemos.

—Cómo se parece a Marc... —confesó Enric mientras la observaba marcharse.

—Sí... —convino Holly sin dejar de mirarla—. Pero ella vale muchísimo más que su padre.

* * *

Adriana llegó a la casa ligeramente mareada. Cogió su bolso y, en un acto cotidiano, sacó su teléfono móvil y lo encendió. De inmediato, el aparato comenzó a sonar repetidamente, sin descanso. Observó asombrada los mensajes, las llamadas perdidas e incluso los *e-mails* que tenía de Michael, pero no abrió ninguno. Desde la pantalla de inicio lo borró todo, le envió un escueto mensaje a Madison diciéndole que se encontraba bien, que estaba de vacaciones y que le dijera a Michael que se olvidara de ella. Al poco, como si hubiese esperado ese mensaje, su amiga la llamó.

—¡Adriana, ¿dónde estás?!

—He vuelto a mis raíces —dijo con una sonrisa mientras se asomaba a ver cómo el cielo se teñía de naranja sobre el azul del mar.

—Michael me contó...

—¡No! —la cortó de golpe sin darle opción a que continuara por ese camino.

—Pero...

—No quiero que me hables de él, Madi... No quiero oír su nombre ni quiero que me cuentes nada. Para mí, ese hombre ya no existe.

—Pero, Adriana, ¡no seas cabezota y escúchame!...

—Lo siento, Madi. Tengo que colgar —susurró con pesar, a sabiendas de que, cuando a su amiga se le metía algo entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguirlo, y ella..., Adriana no podía soportar oír su nombre y, mucho menos, lo que ésta quería contarle de él.

Apagó el móvil y se quedó mirando el horizonte. Qué fácil habría sido todo si no se hubiese enamorado de Michael...

Capítulo 36

Los días pasaban y, con ellos, las semanas, pero su mente no paraba de recordarlo, reviviendo los grandes momentos que habían llevado a que Adriana se enamorara de él: su sonrisa, su socarronería, su mirada, su presencia, su manera de moverse, de caminar e incluso de hablarle... Y, aunque el dolor y el sentimiento de traición la ahogaban y la hacían despertarse de madrugada notando cómo un dolor punzante en el pecho y una desolación en su interior impedían incluso que respirase, trataba de llenar el vacío con cosas tan sencillas pero tan gratificantes como pasear por la playa, zambullirse en esa maravillosa cala y comer en el chiringuito de Enric. Mientras tanto, era testigo de cómo su madre caía otra vez rendida al amor por culpa de ese mallorquín que la miraba como si fuera la única mujer en el mundo. No obstante, Adriana sabía que todo era una mera ilusión para mantener distraída a su mente, pues en la soledad de su dormitorio recordaba la razón que la había llevado de nuevo a aquel lugar...

Se miró en el espejo de pared que había en su habitación. Llevaba el bikini puesto y observó que su cuerpo se encontraba un poco más redondeado, sabía que había cogido un par de kilos. La tristeza le había dado todavía más hambre de la que normalmente tenía y no paraba de comer a todas horas, aunque contrarrestaba aquellos atracones con largas horas en el mar nadando, algo que esperaba frenara aquella subida de peso... Su cabello se encontraba alborotado, el sol y la humedad hacían imposible llevarlo decente, por eso se lo sujetó en una larga trenza. Se observó concienzudamente, sus ojos habían perdido el brillo, su tez, mucho más bronceada, se encontraba apagada y sus ánimos continuaban por los suelos. Lo había intentado de multitud de maneras, e incluso creyó que al estar allí lo conseguiría y, en cierto modo, los dos primeros días pensó haber acertado, pero después se percató de que no podía apartar de su mente al único hombre que había amado... Se volvió mientras se ponía un vestido holgado de color blanco, cogía un bolso y de disponía a bajar a la playa. Miró el teléfono móvil, que descansaba en la cómoda. No había vuelto a encenderlo desde esa llamada que recibió de Madison intentando hablarle de Michael, habían pasado demasiadas semanas sin saber nada de ninguno ellos... La tentación fue mucho más fuerte que la razón, lo cogió con manos temblorosas y lo encendió. Cuando se cargó la pantalla de inicio comenzó a sonar sin cesar, llamadas de Madison, de Michael, de varios números que no conocía y de Henry Wright, sin contar con los mensajes que tenía pendientes de leer. No obstante, lo que más le extrañaba era aquella llamada de su jefe, ¿qué quería? Borró sin darse opción a leerlos todos los mensajes de Michael, después estuvo dudando sobre si llamar a Henry o no. ¿Y si había ocurrido algo? Negó con la cabeza, apagó el teléfono y salió de la casa. No quería saber nada. Sólo pensar en las razones por las cuales su jefe podría haberla llamado había hecho que se

sintiera de nuevo triste, la había hecho retroceder hasta ese mismo momento en Nueva York, cuando le dijo que ya no valía como directora... ¡No! No iba a permitirse el lujo de volver a llorar por lo mismo. ¡Estaba harta! Ese traspie no la detendría, y sabía que no tardaría mucho en volver a Miami para enfrentarse a sus problemas con fuerzas renovadas.

Se quitó el vestido nada más alcanzar la orilla y se metió sintiendo cómo el agua la calmaba. Cerró los ojos al zambullirse y, al abrirlos, algo llamó su atención. «No puede ser...», pensó intentando controlar su mente, que inventaba imágenes que le aceleraban el corazón, porque era imposible que él estuviera allí, en esa cala, buscándola... Siguió a ese hombre que se parecía tanto a Michael, forzándose en convencerse de que no era él, porque era imposible que éste hubiese viajado hasta allí por ella. Lo miró desde el agua, desde esa distancia no podía verle bien la cara. Él se quitó la camiseta dejándole ver su magnífico torso bronceado. Adriana tuvo que parpadear varias veces tratando de controlar a su cuerpo, que se encontraba expectante, como si realmente supiera que era él. El hombre nadó con gracia en su dirección, sin mirarla. «No es él, Adriana; además, si lo fuera..., ¿qué más daría?», pensó intentando ser realista, pero a la vez anhelando equivocarse. Por eso no apartó la mirada de él, por eso lo siguió pacientemente hasta que la alcanzó y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, sintió una desolación tan grande al percatarse de que no era Michael que la dejó todavía más triste de lo que ya estaba. Siguió nadando mientras sentía unas ganas increíbles de llorar y maldecía por dentro ser tan patética, tan imbécil y tan ilusa por querer que fuera verdad, que éste hubiese ido hasta allí..., ¿a qué? «Esto no es una telenovela de esas que ve Madison. Los chicos guapos no van detrás de la chica normalita, y mucho menos cruzan medio mundo para buscarla», pensó esforzándose al máximo para desquitarse de aquella desazón que la aturdió. Cuando se cansó, salió del agua, sacó de su bolso una toalla, la dejó sobre la arena y se tumbó sobre ésta, sintiendo cómo las lágrimas caían de sus ojos sin remedio y una presión en el pecho la obligaba a ahogar un lamento.

—Joder... —susurró dándose cuenta de que no conseguía estar tranquila.

Se levantó de allí, metió las cosas en el bolso y se marchó. No podía quedarse más tiempo en aquella preciosa cala. Necesitaba respuestas, aunque éstas fueran tan afiladas que se le clavaran en el alma; necesitaba verlo, aunque sabía que, al hacerlo, se sentiría perdida, desolada y una estúpida por enamorarse de un hombre que había jugado con ella... Se había cansado de mirar hacia otro lado, ¡ella no era así! Y, con esa decisión firme en su mente, se dirigió al chiringuito de Enric, donde seguramente encontraría a su madre...

—¡Cariño! —exclamó Holly con alegría al verla—. ¿Ya te has cansado de nadar?

—Más o menos... —dijo mientras se sentaba a su mesa—. Me voy a ir a Miami.

—¿Ya? Pero, cariño, sólo llevamos veinticinco días aquí y aún nos quedan unos pocos más de vacaciones... —le comentó haciéndola sonreír. Al final, su madre había podido juntar los días que le debían con las vacaciones de ese año y, en principio, se iban a quedar en la isla un mes completo.

—Necesito irme. Quiero encauzar mi vida, buscar otro trabajo y hablar con Michael... Tengo

la sensación de estar perdiendo el tiempo aquí. Ahora toca moverme.

—¿Vas a intentar arreglar las cosas con él?

—No. Pero necesito respuestas... Estos días que hemos estado aquí me han ayudado a coger fuerzas, ver las cosas desde otra perspectiva y hacerme más fuerte. Ahora sé que puedo volver a verlo sin achantarme, cuando antes ni siquiera entraba en mi mente esa posibilidad.

—Siempre viene bien un cambio de aires —dijo mientras miraba a Enric, que acababa de pasar por su lado—. Ay, Adriana...

—Quédate, si quieres —susurró al imaginarse por lo que su madre estaba pasando.

—¿Y dejarte sola? No, no y no.

—Ya soy mayor, mamá. Además, se os ve tan bien a los dos...

—Y lo estamos. Jamás pensé que Enric fuera tan... ¡Uf! —exclamó como si le hubiese dado un escalofrío—. Tan especial.

—Se ve que es un buen hombre.

—Lo es... Me confesó que se enamoró de mí hace muchísimos años, justo cuando Marc y yo lo dejamos, pero que no me dijo nada porque no quería que tu padre se enfadara con él...

—Entonces habéis tenido una segunda oportunidad —anunció con una sonrisa—. No la desperdicies, mamá. Así tendré un lugar en el que esconderme si vuelven a ponerse turbias las cosas allí —repuso mientras le guiñaba un ojo.

—¿De verdad, hija? No quiero dejarte ahora, cuando más me necesitas.

—Estoy bien, en serio. Sólo necesito volver a sentir que cojo las riendas de mi vida y únicamente lo conseguiré si me enfrento a mis problemas.

—Eres una mujer valiente, cariño, y no sabes lo orgullosa que estoy de ti. Sé que conseguirás lo que te propongas, porque tienes carisma y fuerza suficiente para hacerlo... —dijo mientras le cogía la mano con cariño y Adriana sonreía ante sus palabras de aliento—. Le he dicho a Enric que nos prepare hoy para comer una paellita de marisco. Cuando eras pequeña te encantaba.

—Sí... Me acuerdo —comentó con una sonrisa.

—Ay, hija... Entonces ¿cuándo te vas?

—Pues voy a mirar por internet los vuelos, pero quiero marcharme cuanto antes.

Holly la miró mientras Adriana cogía su teléfono móvil para buscar un vuelo que la llevaría de vuelta a Miami. Desvió la mirada hacia Enric, que se encontraba sirviendo unas mesas para después, cuando se acercó a ellas, guiñarle el ojo. Holly sonrió como una adolescente, pero su sonrisa se apagó al ver las ojeras de su hija, su rostro serio, y supo que no podía dejarla sola, aunque tuviera que dejar perder al único hombre bueno que se había fijado en ella.

—Qué buena está la paella de marisco, ¿verdad, cariño? —preguntó su madre al cabo de un rato, delante de un gran plato de aquella comida mediterránea.

—Sí —dijo Adriana cogiendo un poco con el tenedor. Pero, de repente, el olor de la comida y su aspecto le provocó una náusea que la hizo arquearse y soltar el cubierto de golpe.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre preocupada por su reacción.

—No lo sé... —susurró sintiéndose mal de pronto—. Voy...

Pero no pudo terminar de decir la frase. Se levantó corriendo y se dirigió al cuarto de baño del que disponía el local en el interior.

—¿Adriana? —oyó que preguntaba su madre al poco—. ¿Estás bien?

Pero ella no podía contestar, pues las náuseas se habían transformado en algo peor que la hacía estar abrazada al váter, notando un sudor frío en la espalda y un malestar generalizado.

—¡Voy a avisar a Enric para que nos acerque al hospital! —oyó decir a su madre al rato con preocupación.

No tuvo tiempo para negarse a ir a Urgencias, tampoco era tan grave vomitar, pero su madre y Enric no le hicieron caso. Seguramente verla tan pálida, tan temblorosa y mareada los hizo obligarla a subir al coche de éste. Su madre montó delante y ella se puso detrás con varias bolsas de plástico, una superpuesta a la otra, por si todavía le quedaba comida en el cuerpo que echar, algo complicado, pues Adriana pensaba que no debía de quedarle nada...

Ir a Urgencias era desesperante; las horas se les hicieron eternas en la sala de espera, incluso le había dado tiempo a reponerse e intentó convencer tanto a su madre como a Enric de que podían marcharse a casa, pero éstos no quisieron escucharla. Ya que estaban allí, querían que un médico la visitase y, al final, después de unas cuantas horas aburrida observando cómo Enric y su madre se comían con los ojos, Adriana pasó a uno de esos habitáculos separados por cortinas, donde se sentó en la camilla y esperó a que el médico se acercase a verla.

—Buenas tardes —dijo el doctor con una mueca parecida a la sonrisa—. ¿Cómo se encuentra?

—Ahora bien —contestó Adriana, sabiendo que, si su madre hubiese estado con ella, le habría echado una mirada reprochadora. Sabía que no estaba bien, pero no era por cuestiones de salud, sino por otras circunstancias...

—¿Tiene dolor estomacal?

—No... Pero es cierto que llevo unos días levantándome por las mañanas con náuseas, aunque no he llegado a vomitar hasta hoy...

—¿Es posible que esté embarazada?

Adriana miró al médico sintiendo cómo las piernas comenzaban a fallarle, que su visión se nublaba y que era incapaz de responder a esa simple pregunta, pues de pronto su mente la transportó a Miami, a sus despistes continuos, a su falta de sueño, a sus prisas matutinas...

—¿Es posible que esté embarazada? —repitió el médico.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Tomo la píldora... —susurró, consciente de que la caja de pastillas se la había dejado en su pequeño apartamento de Miami, sabiendo que era absurdo tomársela ahora que su relación con Michael había terminado para siempre.

—¿Se le ha olvidado alguna dosis en este tiempo? —quiso saber el doctor, pero ella, simplemente, lo miró sin poder responder a aquella cuestión.

Desde que Michael entró en su vida, tenía pequeños despistes, que junto a las pocas horas de

sueño y a las carreras matutinas que se pegaba para llegar a tiempo al trabajo, le habían hecho perder su rutina y el control de todo. ¿Era posible que se le hubiera olvidado tomarse la pequeña píldora? No, no lo creía, era imposible. Estaba muy concienciada con ese método anticonceptivo que siempre le había resultado..., pero ¿y si esas náuseas matutinas, esa hambre voraz y esa hinchazón del pecho era causados por un embarazo? ¿Y si realmente se le había olvidado tomarse alguna pastilla o el método falló y se había quedado embarazada?

—Vale, no se preocupe. Vamos a hacerle primero una prueba de embarazo para descartar. La píldora es un método anticonceptivo bastante fiable, pero sabe que existe un porcentaje bajo de que falle... —dijo él en tono profesional.

Adriana asintió y se sintió en medio de un océano de dudas, de posibilidades remotas y de miedo, mucho miedo. ¡No podía estar embarazada! Y si lo estaba..., ¿qué haría? ¡¡Ella no quería tener hijos y mucho menos sola!! Los nervios se agolparon en su interior impidiéndole pensar, simplemente anhelando que la prueba diese negativo, que fuera una falsa alarma, un virus estomacal, ¡lo que fuese!, porque no podía llevar en su interior al hijo del único hombre al que había amado, y mucho menos ahora que se había propuesto redirigir de nuevo su vida, enfrentarse a sus problemas y volver a verlo...

Capítulo 37

Michael cerró la puerta y tiró la mochila de malas maneras en mitad del salón. Estaba cabreado, frustrado, y se sentía un imbécil de primera. Dio una vuelta por su apartamento sin saber qué hacer, se asomó a las ventanas como si, al hacerlo, tuviera que hallar la respuesta a aquella pregunta que lo carcomía por dentro, y volvió a salir de su casa sin ganas de estar solo, pero, a la vez, anhelando estarlo. Condujo sin pensar y su inconsciente lo llevó delante del edificio donde se encontraba la revista de su hermano. Sabía que era absurdo reprimir las ganas de estar con su gente, de sentir que no se encontraba solo en aquella odisea en la que se había embarcado solito. Entró en el edificio, saludó al portero y subió hasta donde se hallaba la redacción de la famosa y galardonada revista *Miami Life Magazine*. Sonrió al entrar en la amplia oficina de estilo moderno y minimalista, donde cada sección se confundía con otra y formaba parte de un todo. Los espacios de trabajo no se encontraban divididos con separadores de pladur, sino que las mesas se hallaban perfectamente alineadas, unas junto a otras, sin ningún tipo de división real entre ellas. Justo al fondo estaba el despacho de su hermano, delimitado parcialmente por cristales —a excepción del hueco donde habría ido la puerta, ya que ésta no existía y en su lugar había una abertura—, por lo que todo aquel que estuviera en aquella planta podía ver lo que estaba haciendo el jefe y al revés. Antes de dirigirse hasta allí, buscó con la mirada a la alocada de su cuñada, pero ésta no se encontraba en su sitio. Michael supuso que estaría en el estudio, el único lugar en esos momentos donde había unas cortinas que impedían observar lo que se llevaba a cabo dentro. Antes de entrar en el despacho, le guiñó un ojo a Linda, la secretaria de su hermano, la misma que lo había ayudado a intentar darle celos a esa mujer que había desaparecido de su lado y de la que llevaba casi un mes sin tener siquiera una pista de ella.

—¡Cuánto tiempo sin venir por aquí! —exclamó Linda con una amplia sonrisa—. ¿Qué tal todo con esa mujer?

—Uf... Mejor no te lo cuento, si no, nos tendríamos que emborrachar, y ya sabes que mi hermano es un sieso cuando a uno le apetece divertirse —respondió consciente de que éste estaba pendiente de la conversación.

—Anda, entra y deja trabajar a Linda —comentó Bastian disimulando una sonrisa y levantándose de la silla para darle un abrazo—. ¿La has encontrado? —preguntó cuando se disponían a sentarse.

—Qué va... —resopló mientras se despeinaba con ahínco y alzaba la mirada al techo—. ¿Y Maca?

—Está haciendo un reportaje fotográfico en el estudio... —respondió con seriedad—. ¡Menuda

cara tienes!

—He tenido días mejores... —susurró sintiendo que había perdido la única esperanza que tenía—. Recorrí toda la isla, pregunté a todo aquel que pasaba por mi lado, pero nadie sabía nada de ella...

—Ya te dije que era una idea descabellada viajar hasta una isla, sin tener una dirección determinada, a buscarla. A lo mejor no se ha ido allí y has perdido casi un mes para nada...

—Y si no ha vuelto a Mallorca, ¿dónde puede estar?

—No lo sé, Mike, pero ya sabes lo que pienso de esa mujer...

—Ella no es como crees, Bastian. Adriana es dulce, simpática, centrada, seria, pero a la vez divertida... No sé, ella me hace sentirme bien.

—¿Cuánto tiempo llevas conociéndola?

—Dos meses y unos días...

—¿Y aún no te has cansado de ella?! —preguntó asombrado de que su hermano no hubiese perdido el interés. Nunca le duraba tanto, lo máximo que aguantaba era una semana...

—No, al contrario, me parece tan poco lo que llevo a su lado que sólo quiero saber más de ella.

—Esto sí que es nuevo —anunció mientras lo miraba concienzudamente.

—La quiero de verdad, Bastian... Estoy locamente enamorado de ella. En cambio..., no sé si ella lo está de mí.

—Sabes que estas cosas se me dan fatal —bufó éste como si tuviera que hacer un esfuerzo titánico al hablar de ese tema con su hermano.

—¡Lo sé! Fui yo quien te ayudó a darte cuenta de que estabas loco por Maca —soltó jocoso al recordarlo.

—Creo que es por eso por lo que no entiendo cómo no has conseguido saber si ella está enamorada de ti o no... Tú no eres como yo, no das mil vueltas a las cosas, eres directo, vas a por todas...

—Lo sé, pero ella me desconcierta... A veces creo que sí siente lo mismo por mí, pero, cuando soy sincero y le digo todo lo que siento, simplemente no me cree y retrocede mientras pone delante de nosotros uno de sus mil escudos...

—Es posible que te conozca mejor de lo que piensas —comentó con una sonrisa—. Eres un veleta, Mike, eso no lo puedes negar. Es normal que esa mujer tenga miedo de dar ese paso, por si tú cambias de opinión y la dejas plantada.

—¿Tú crees que es por eso?

—No lo sé, pero es posible que tenga algo que ver tu manía de cansarte de todo...

—Es posible, aunque de momento no voy a poder resolver esa cuestión si ella no regresa, si no contesta a mis mensajes y mucho menos si no me coge el teléfono... —Bastian asintió, de acuerdo con él—. ¿Qué tal vuestro viaje por Europa? —preguntó entonces Michael. Acababa de darse

cuenta de que hacía tiempo que no veía a su hermano y ni siquiera le había preguntado por sus vacaciones.

—Cansado, pero maravilloso. Hemos hecho muchas fotos...

—Algo que sabía que ocurriría si iba Maca —indicó haciendo que él sonriese.

—Y no hemos parado de andar y ver cosas. La verdad es que lo hemos pasado muy bien.

—Me alegro un montón. Eso era lo que tenías que hacer; ¿has visto cómo la revista seguía en pie cuando has vuelto? —preguntó socarrón, pues su hermano era dado a trabajar en exceso, algo que la presencia de Maca había relajado, permitiéndole disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

—Sí, ya veo, ya... —terció entre risas.

—Oh, perdona... —dijo Michael para después desviar su atención al teléfono móvil, que sonaba persistente—. ¿Sí?

—Hola. Me gustaría hablar contigo en persona, ¿es posible que te pases ahora por la agencia?

—Hola, Henry. La verdad es que no estoy de humor para hablar, aparte de que entre tú y yo está todo más que hablado...

—Por favor, hazlo por la amistad que tengo con tu padre. Es importante, si no, no te lo pediría...

—De acuerdo... —susurró dando por finalizada la llamada—. Tengo que marcharme, Henry quiere hablar conmigo de no sé qué...

—¿Has pensado bien tu decisión de dimitir en esa empresa? Estabas contento trabajando allí, Mike, se te veía realizado. No entiendo esa decisión tan drástica...

—¿Tú podrías soportar trabajar en la revista sabiendo que no volverías a ver a Maca jamás? —preguntó con seriedad, lo que provocó que Bastian lo mirase con atención, pensando en esa posibilidad.

—Sé que es distinto, porque ésta es mi empresa, pero entiendo lo que quieres decirme —añadió mientras asentía despacio, dándole la razón. Para él también sería una situación difícil trabajar sin que su querida Macarena estuviera bajo su mismo techo.

—Pues eso... —susurró Michael mientras se levantaba—. Dale un beso bien grande a mi cuñada cuando la veas.

—Cuidate.

Michael sonrió para después dirigirse hasta el coche y, de ahí, a la agencia. Entrar de nuevo en aquella oficina, después de todo lo ocurrido, le resultó extraño e incómodo. Se dirigió al despacho de Henry, su secretaria lo hizo pasar con una sonrisita llena de pervertidas intenciones que él ignoró y, al entrar, el rostro afable del amigo de su padre lo recibió.

—Michael, gracias por venir —dijo Henry acercándose a él para estrecharle la mano con cordialidad—. Por favor, siéntate, tengo que hablar un segundo contigo... —indicó señalándole la silla que se encontraba delante de su mesa.

—Tú dirás —susurró mientras se sentaba, recordando la vez que lo hizo y se encontró con el

rostro sorprendido de esa mujer.

«¿Dónde estás, Adriana?», pensó entonces, sintiendo que había pasado mucho tiempo desde aquel día en que la sorprendió al aparecer allí y, a la vez, demasiado poco para saciarse de esa mujer que no conseguía olvidar.

—Quería que reconsiderases volver a la agencia...

—¿Para eso me has hecho venir? —soltó molesto mientras se levantaba de la silla.

—Por favor, siéntate y escúchame...

—Es que no sé qué quieres que escuche, Henry. Ya lo hablamos en Nueva York y cuando regresamos te lo volví a decir, con el añadido de que, además, Adriana se había marchado... Mi respuesta sigue siendo la misma: no —lo cortó tajante.

—Las cosas han cambiado mucho desde entonces, Michael —añadió su jefe con una sonrisa cansada, como si todo aquello fuera demasiado para él, algo que él mismo había provocado—. No te estoy ofreciendo el puesto de director de arte y creatividad, pues éste ya está ocupado..., sino el de ilustrador.

—Mi respuesta sigue siendo la misma, Henry —resopló incómodo. ¡No podía pensar siquiera en trabajar de ilustrador con otro director que no fuera esa mujer!

—¿Es por Adriana?

—Sí —añadió con rotundidad—. Me gusta trabajar con los mejores, y ella lo es.

—Lo sé... Por eso he hecho lo imposible para que volviese y, tras muchos días de negociar, no sabes lo dura que es esa mujer, he conseguido que se reincorporara a su puesto.

—No puede ser... —masculló Michael confundido, temiendo incluso no haber oído bien—. ¿Adriana está aquí?

—Sí, se incorporó hace poco. He tenido suerte de que no sea rencorosa y una profesional como la copa de un pino, aunque la verdad es que he tenido que ofrecerle bastantes cosas para que aceptara el puesto... Jamás la voy a volver a subestimar, es implacable y decidida.

—¿Ella sabe que estoy aquí? —quiso saber con un ápice de esperanza.

—Una de sus condiciones era que tú fueras el ilustrador de la agencia —comentó Henry con resignación—. Como comprenderás, no puedo permitirme quedarme sin mi mejor empleada y dejarla a la competencia, que sé que está al acecho para quitármela... Dime qué quieres, pon una cifra encima de la mesa para que aceptes el puesto que tenías antes.

—Ehm... —susurró nervioso, ¡ahora mismo no estaba para negociar!—. Yo... tengo que verla —dijo mientras se levantaba de la silla y se dirigía hacia la puerta.

—¿No quieres oír antes mi oferta?

—¡No! —añadió con una sonrisa, saliendo del despacho y dirigiéndose hasta donde sabía que estaría ella.

Observó cómo sus antiguos compañeros lo miraban con curiosidad mientras avanzaba por aquel pasillo, incluso varios de ellos intentaron que se detuviese para charlar, pero tenía demasiada prisa para verla como para pararse a conversar con ellos. Al alcanzar la puerta, se

percató de que la mesa donde siempre se sentaba Marge se encontraba vacía, para después sonreír mientras abría sin llamar. Como esperaba, su reacción fue lo primero que lo recibió: pasó de la sorpresa al verlo ante ella a la seriedad en décimas de segundo y, de ahí, a la crispación. Se hallaba sentada ante su mesa, con una alta coleta que dejaba libres sus armoniosas facciones, sin rastro de maquillaje —algo que era toda una novedad, viniendo de una mujer que controlaba hasta el más mínimo detalle—, pero no le hacía falta, pues su tez estaba bronceada, se notaba que había pasado largas horas al aire libre. En esos momentos Michael se dio cuenta de que su mente no había sido fiel a la realidad: Adriana era mucho más bella de lo que la había recordado en esas eternas semanas sin saber dónde se encontraba. Cerró la puerta sin dejar de mirarla, ella dejó el bolígrafo sobre su mesa y esperó pacientemente a que él se acercara, como si hubiese estado aguardando ese momento y lo hubiese ensayado previamente: cómo ponerse, cómo mirar... Le estaba mostrando la expresión rígida y estudiada de una mujer que Michael sabía que era todo pasión, dedicación, erotismo y risas...

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó él.

—Hace una semana.

—Te he estado buscando como un loco, Adriana... —susurró sintiendo que las yemas de los dedos le quemaban, queriendo tocarla, abrazarla y besarla hasta el fin de los días.

—Siéntate, por favor —señaló con tono profesional mientras se erguía. «Otra vez ese escudo protector... ¿De qué te escondes, Adriana?», pensó Michael mientras hacía lo que le había pedido —. Supongo que habrás venido para hablar de la campaña con la que estamos trabajando...

—No —dijo con una sonrisa. «Está radiante, tan preciosa, tan... Adriana», pensó sin poder desviar su mirada de ella—. He venido para hablar contigo.

—¿De qué quieres hablar? —indicó con indiferencia, como si fueran dos desconocidos y no tuvieran un pasado juntos, uno que deseaba retomar y cuanto antes mejor. ¡¡Sólo quería tocarla!!

—¿Por qué te fuiste de Nueva York sin dejar que me explicara?

—No quería escucharte en aquel momento. Estaba enfadada y me sentía traicionada... — contestó con una serenidad en la voz parecida a la de quien daba el tiempo en televisión.

«Tú no eres así, ¡joder!», pensó intentando serenarse y no forzarla a hacer algo que sabía que lograría el efecto contrario al deseado.

—Pero has vuelto a trabajar para Henry...

—Sí, hemos llegado a un acuerdo; además, me confesó que despidió a las personas que estuvieron detrás de todo ese lío...

—¿Sabes quién dio con esas personas que intentaron boicotearte?

—Sí, me lo contó Henry... —murmuró ella con desgana—. Fuiste tú, muchas gracias —añadió con desdén, como si fuera un extraño.

«¡Joder, que soy yo, Adriana! Mírame, ¡estoy loco por ti!», pensó él frustrado.

—Por supuesto que fui yo, no podía permitir que ni Marge ni Ricky ni Rachel destrozaran tu futuro simplemente por el odio irracional que te tenían. Jamás he visto una aversión tan grande de

unos empleados por un jefe, sobre todo para llegar al punto de hacer fotografías cuando tú intentaste ser más amable con ellos. Me equivoqué, Adriana, estaban buscando que cometieras un fallo y yo les di la oportunidad de hacerlo. Y me da rabia que pasara lo que pasó. Eres una gran profesional...

—Ya... —susurró ella incómoda—. De nuevo, muchas gracias... —añadió tratando de no mirarlo directamente a los ojos—. ¿Algo más?

—Sí... ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Me fui con mi madre a pasar unos días a Mallorca...

—Me recorrí toda la isla intentando encontrarte... ¿Dónde estabas?

—¿Estuviste en Mallorca? —inquirió ella frunciendo ligeramente el ceño, como si aquello la sorprendiera. ¡Por ella recorrería el mismísimo infierno!

—Claro. Te estuve buscando durante días que se convirtieron en semanas...

—¿Para qué? —preguntó como si realmente no supiera la respuesta.

—¿Cómo que para qué, Adriana? —replicó mostrándole una amplia sonrisa. Llevaba tantos días sin hacerlo que le supo mejor que bien sonreír, sobre todo al saber que ese gesto iba dirigido a ella—. Porque te quiero, porque quiero estar a tu lado y porque estas semanas se me han hecho eternas al no saber dónde estabas...

—Ah, ¡es verdad!, que me quieres... —bufó ella con desdén y cierta ironía en el tono.

—¿No me crees? —quiso saber al oír el matiz en su voz.

—¿Cómo quieres que te crea si te enamoras y te desenamoras a la velocidad de la luz? ¡Tú mismo me lo confesaste!

—Pero esto es distinto, ¡tú eres diferente! —replicó él sin entender que esa mujer no estuviese sonriendo y en sus brazos después de declararle su amor por segunda vez.

—Claro, seguro que eso se lo dices a todas... ¿Vas a continuar haciéndome preguntas o podemos empezar a trabajar ya? —soltó mientras centraba su atención en la pantalla del ordenador, ignorándolo.

Michael la miró confundido, ¡acababa de decirle que la quería, que había estado durante semanas buscándola por Mallorca, y ella... ¿pensaba en trabajar?!

—¿Has oído lo que te he dicho antes?

—Sí, alto y claro... —afirmó mostrándole una sonrisa estudiada y hueca.

—¿Y no me vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga, Michael? —preguntó con apatía.

—¡Joder, Adriana, ¿tú me quieres?! —bramó harto de esperar a que saliese de ella.

Capítulo 38

Alzó la mirada y se enfrentó a esos ojos grisáceos con líneas color miel que tantas veces había visto en sueños. Michael, su dulce recuerdo, ese hombre que llenaba su corazón y su mente, le estaba preguntando si lo quería, y la respuesta era un sí tan grande que no cabía en ese edificio, pero no podía confesarle aquello, era absurdo pensar siquiera que él la amaba de verdad. Adriana sólo era un pasatiempo más, sabía que pasaría a formar parte de su larga e interminable lista de conquistas. Se humedeció lentamente el labio inferior, pensando en la mejor manera de contestarle. Sabía que todo lo que le decía eran palabras huecas, carentes de significado, pues él era de los que se enamoraban fugazmente.

—Ya te dije hace tiempo que no soy de las que se enamoran —susurró con lentitud, haciendo que Michael la mirase confundido.

—Entonces ¿por qué has pedido que fuera yo el ilustrador de la agencia?

—Eres el mejor, y era una manera de devolverte el favor. Tú descubriste a esas personas que intentaron hundirme y yo te he ayudado a recuperar tu puesto.

—¿Sólo por eso?

—Sí —añadió desviando la mirada para romper aquel hechizo en el que siempre se veía sumergida cuando lo miraba.

—Te juro que me desquicias y a veces pienso que aún no te conozco... ¡No puedes hablarme con tanta indiferencia! Tú y yo teníamos algo especial y se vio truncado por ese malentendido... Yo jamás he querido tu puesto. Cuando Henry me lo ofreció en Nueva York lo rechacé en varias ocasiones, incluso cuando dimitiste... ¿Qué ha pasado en este mes para que ni siquiera me mires a la cara?

—No ha pasado nada, Michael. Simplemente he vuelto a retomar mi vida, a centrarme en lo que de verdad es importante, dejando a un lado todo lo demás.

—¿Y yo soy todo lo demás?

—No voy a contestar a esa pregunta, y te ruego que empecemos a trabajar ya... Tenemos mucho trabajo atrasado y muy pocos días para llevarlo a cabo.

—Como quieras —replicó él con rabia—. Cuéntame de qué va la campaña.

Adriana asintió y volvió a sentir que las fuerzas regresaban a ella. Le explicó todo lo relacionado con su nuevo cliente, una prestigiosa marca de automóviles que quería lanzar una campaña publicitaria con un nuevo modelo. Era sencillo hablar con él de ese tema, dejando el de los sentimientos enterrado. Era lo mejor para ambos.

—De momento no tenemos diseñador, después de que Henry despidiera a Ricky ha quedado

vacante el puesto, pero esperamos cubrirlo dentro de poco... —informó Adriana después de dar toda la información—. Comienza a trabajar y, cualquier duda, ya sabes dónde encontrarme.

—Claro, *jefa* —masculló él con retintín mientras se levantaba de la silla y se encaminaba hacia la puerta. No obstante, antes de abrirla, se volvió y la miró de esa manera tan suya que la hacía suspirar—. No me voy a rendir contigo, Adriana. Quiero que te quede claro que haré todo lo posible para que te des cuenta de que mis sentimientos hacia ti son verdaderos y sólidos.

Ella observó cómo salía de su despacho y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Ojalá pudiera creerlo, ojalá fuera de verdad, pero sabía que era imposible que ese hombre al que amaba como jamás había amado estuviera enamorado de ella. Se limpió las lágrimas y se concentró en trabajar. Desde que había vuelto a la agencia se había esforzado mucho para ponerlo todo al día, eso sí, ya no echaba horas de más, y tampoco se quedaba sin almorzar... Había aprendido a dar a cada cosa la importancia que tenía, y su persona estaba en primer lugar, mucho antes que el trabajo, su jefe, sus empleados e incluso ese hombre al que amaba con todo su ser...

Después de varias horas trabajando y de hacer un par de entrevistas para cubrir el puesto de secretaria, alguien llamó a la puerta y ella le dio paso. Al ver quién era, sonrió sorprendida.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó.

—La verdad es que venía a convencerte para irnos a almorzar juntas —contestó Madison mientras se sentaba grácilmente en la silla frente a ella. Incluso esa acción tan cotidiana la llenaba de glamur y sofisticación al contonear sus caderas como si estuviera subida a la mejor pasarela del mundo.

—Pues si me das unos minutos, nos vamos. ¿Dónde te apetece que almorcemos?

—Elige tú, ya sabes que yo me amoldo a lo que sea... —dijo mirándola con atención—. Me ha dicho un pajarito que Michael ha vuelto a la agencia...

—¿Ese pajarito se llama Brandon, es tu novio y estás locamente enamorada de él? —preguntó Adriana aguantándose la risa. Desde que su amiga estaba saliendo con el amigo de Michael se encontraba en una nube algodónada de amor y pasión.

—¡Sí! —contestó ella entre risas—. ¿Lo has visto?

—Sí, hemos hablado y me ha contado que nunca quiso ocupar mi puesto.

—Algo que intenté decirte en repetidas ocasiones, pero tú no consentías que mencionara su nombre siquiera.

—Compréndeme, es la primera vez que me siento así, y gestionar tanto cúmulo de sensaciones ha sido complicado. Mucho... Creía que iba a volverme loca.

—Me imagino, pero era preciso que supieras la verdad.

—No ha cambiado mi decisión saberla, Madison. Sé que él se cansará de mí en poco tiempo, y aunque me diga y me repita que me quiere, sé que no soy la primera a la que se lo dice, y mucho menos la primera por la que siente eso. Es sólo cuestión de tiempo que se centre en otra mujer muchísimo más guapa que yo, más alta y divertida... —susurró sintiendo cómo cada palabra se le clavaba en el alma.

—De verdad, Adriana, qué cabezota eres —bufó la modelo mientras negaba con la cabeza—. ¿Quién te dice que Michael no está siendo sincero contigo?

—Yo, por supuesto —indicó con una sonrisa.

—Creo que te estás inventando una excusa para no dar el siguiente paso. Tienes miedo.

—Por supuesto que lo tengo, pero ahora no puedo dejarme llevar por mis sentimientos. Necesito tener la mente despejada y centrarme en lo que de verdad importa.

—¿Y es esto? —preguntó Madison señalando el despacho.

—No —contestó con una sonrisa al ver cómo su amiga se sorprendía ante su contestación—. Es esto —susurró acariciándose ligeramente el abdomen.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer? —quiso saber señalando su inexistente barriga.

—No... Estoy hecha un lío. A veces creo que lo mejor es abortar, empezar de cero sola, seguir adelante y centrarme en mí misma. Pero, otras, sólo al imaginarme esa opción, sólo al saber que lo que crece en mi interior es de Michael y mío, yo... simplemente me echo a llorar y soy incapaz de pensar en hacer algo así. Como ves, sigo como cuando llegué, sin poder conseguir tomar una decisión y sabiendo, a la vez, que tengo que darme prisa porque dentro de pocos días debo ir al ginecólogo, donde me tocará decidir de una vez por todas mi futuro...

—¿Se lo has dicho?

—Por supuesto que no. No quiero que esté conmigo por eso... Y te juro que como se lo digas a Brandon o seas tú misma la encargada de contárselo, cojo las maletas y no me ves más.

—¿Le dije a Brandon que ya estabas en Miami? —replicó Madison mientras negaba con la cabeza con resignación, contestándole con ese gesto—. Tranquila, no se lo diré a nadie, aunque creo que tú deberías decírselo a él. Recuerda que es el padre.

—Lo sé, pero aún no me veo capaz... Hace un rato me ha dicho que me quería, que estaba enamorado de mí, y he tenido que morderme la lengua para no gritarle que yo también a él, abalanzarme a sus brazos y sentirlo en mi piel...

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Eso ya lo hemos hablado antes, Madison... No puedo arriesgarme otra vez... Michael no es de los que aman a una mujer solamente, y yo no soportaría ver que quiere alejarse de mí.

Su amiga la miró con cariño y asintió con la cabeza. Se podía imaginar por lo que estaba pasando Adriana y, aunque no estuviera de acuerdo con sus decisiones, sabía que no podía afrontar esos sentimientos que estaba experimentando por primera vez. Esperó a que terminara de hacer unas últimas gestiones y se marcharon a almorzar. Esperaba que Adriana recapacitase y fuera sincera con ese hombre que era cierto que tenía fama de mujeriego, aunque albergaba la esperanza de que sus sentimientos hacia su amiga fueran reales.

* * *

Adriana volvió a su despacho después de almorzar en un italiano con Madison. Al pasar por

delante del estudio se obligó a no mirar en su interior, algo que no consiguió, porque el deseo de volver a verlo era mucho más fuerte que su razón. Y, al encontrarlo sentado delante de su mesa, trabajando con tanta dedicación, con tanto esmero, sonrió vagamente... Había echado de menos verlo tan a menudo, observar cómo le cambiaba el semblante cuando estaba trabajando, cómo disfrutaba de aquella tarea, cómo dejaba en libertad su inspiración. Al llegar, se sentó en su silla y comenzó a trabajar; desde que no tenía secretaria todo era un caos, y esperaba solventar aquello cuanto antes. Al mover unos papeles encontró una foto... La cogió casi con temor, para acercársela y así verla con más detalle. Era una instantánea de ella, relajada, feliz y... ¡durmiendo en la cama de Michael! ¿Cuándo le había hecho esa foto? Se quedó observándola detenidamente. Recordaba esa noche, lo cierto era que recordaba cada momento que había vivido con Michael, cada beso, cada caricia... Le dio la vuelta y una frase escrita de su puño y letra le aceleró el corazón todavía más desde que había vuelto a verlo:

Cada momento a tu lado siempre ha sido especial.

Suspiró sintiendo cómo su estómago estaba en pleno festival de danza y guardó la foto en su bolso. «Adriana, céntrate, hazlo por ti», pensó mientras, inconscientemente, se llevaba una mano al bajo vientre.

Cuando llegó la hora de marcharse, lo apagó todo y se dirigió hacia la salida. Al pasar junto al estudio vio a Michael todavía dentro y se apresuró a alcanzar cuanto antes el ascensor y no darle opción a que subiera con ella. Si no hubiera sido porque todavía quedaban empleados en la agencia, habría echado a correr, pero tampoco quería que la gente sospechara que entre Michael y ella había más que una relación de trabajo. Pulsó el botón y esperó pacientemente a que llegara el elevador. Antes de que las puertas se abrieran, sintió el cálido cuerpo y la fragancia de ese hombre que llevaba tatuado en el alma.

—¿Tienes prisa? —preguntó Michael muy cerca de ella.

—¿Por qué lo dices?

—Desde que te conozco, es la primera vez que te veo salir a tu hora... —dijo mientras entraba detrás de ella en el ascensor.

—Me he dado cuenta de que el trabajo no lo es todo —comentó apretando el botón de la planta subterránea.

—Estás preciosa... —susurró mientras daba un paso hacia ella.

Adriana dio un paso atrás que a él lo hizo sonreír mientras la miraba fijamente, dándose cuenta de que ésta intentaba no mirarlo, centrando la vista en las puertas cerradas del ascensor.

—¿De qué te escondes, Adriana?

—De nada.

—¿Por qué no me miras?

—Porque no me apetece.

—¿Sabes? Soy capaz de llenarte el despacho de flores rojas, de bombones, de corazones, de

peluches, de tarjetitas romanticas con música... —afirmó haciendo que Adriana frunciera ligeramente el ceño al imaginarse su despacho repleto de tales obsequios—. Pero es curioso, porque sé que a ti esas cosas no te gustan... Tú prefieres otros detalles más personales, quieres saber si te conozco tras esa máscara que has vuelto a ponerte delante de mí...

—Te equivocas, no quiero saber que me conoces... —bufó con fingida indiferencia.

—Mientes —añadió con una maravillosa sonrisa que la azotó por dentro—. Te conozco, Adriana, y sé que ahora mismo te mueres por besarme —comentó acercando su rostro al de ella, haciendo que ésta tragase saliva con dificultad.

—No empecemos, Michael, ya sabes que no me gusta que te hagas el *chulito playa* conmigo.

—Mientes otra vez... Te encanta que lo diga, porque sabes que no tienes el valor de confesar que te gusto, que te excito y que estás enamorada de mí.

—Por favor —bufó con sarcasmo mientras alzaba la mirada al techo—. ¡Baja Modesto, que sube Michael! —exclamó con guasa.

—Sí, sí... Lo que tú digas, pero lo percibo... Mira —dijo dando un paso más hacia ella, lo que provocó que ésta contuviese la respiración—, ¿ves? Te pongo nerviosa, se te acelera el corazón, tus ojos brillan más y tus labios se entreabren para recibirme —indicó con una sonrisa satisfecho de su descubrimiento—. Lo que te ocurre es que tienes miedo de confiar en mí, te acojona saber que estoy irremediabilmente enamorado de ti y no sabes qué inventarte para mantenerte alejada. Pero ¿sabes qué? Voy a hacer todo lo posible para que te des cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. Sólo es cuestión de tiempo que vengas a buscarme —susurró dando un paso atrás, dejándola desamparada y desolada.

Adriana lo miró titubeante, observó cómo las puertas del ascensor se abrían para que subiera más gente y se quedó a pocos centímetros de él, tan cerca que se le hacía insoportable no acariciarlo, no tocarlo y no besarlo. Sólo el recuerdo latente de saber que Michael era un enamorado nato hizo que se mantuviera quieta, ansiando llegar al garaje y poder separarse de él. «Madre mía, menudo calvario voy a pasar hasta que se olvide de mí», pensó mirando de reojo a Michael, que sonreía.

Capítulo 39

Como él le había prometido, al día siguiente, en su despacho la sorprendió un bol de deliciosas fresas que endulzaban con su aroma la pequeña habitación. Debajo, una nota escrita con su preciosa caligrafía la hizo sonreír y suspirar:

Me recuerdan a ti, a tu cabello, a aquella noche que te saqué de aquel local, borracha, tan distinta y a la vez tan tú que ahora sé que justo en ese momento me enamoré de ti.

Mientras degustaba las deliciosas fresas, Adriana supo que controlarse y hacerse la indiferente con él iba a resultar la tarea más difícil a la que jamás había tenido que enfrentarse.

Pero ahí no pararon los detalles, al siguiente día descubrió en el mismo lugar una papaya que la transportó a miles de kilómetros de allí, justo a esa isla donde descubrió que se sentía extrañamente atraída por ese hombre. Como el día anterior, una nota descansaba debajo de ésta:

La cascada de fondo y tú comiéndote esta fruta a mi lado, demostrándome que no eras como intentabas que todos te viésemos. Ese día me moría por besarte y no lo hice porque pensaba que Paul seguía siendo tu novio... Recuerdo ese momento como si fuera ayer, y sólo deseo probar esa fruta de tus labios.

Se revolvió inquieta en la silla. ¡Aquello era una tortura! Jamás había deseado estar con alguien tanto y, a la vez, se obligaba a no estar. Si seguía con esos detalles, acabaría todavía más enamorada de él, algo que Adriana pensaba que era imposible. Se comió la sabrosa papaya y siguió trabajando. Ese día empezaba su nueva secretaria, una chica dulce, risueña y con ganas de aprender a la que debía enseñarle su manera de hacer las cosas.

Al día siguiente entró en el despacho ansiando encontrarse algún detalle más; a simple vista no lo encontró y eso la frustró tanto que incluso se enfadó consigo misma. Pero, al mover unos papeles que tenía que darle a su nueva secretaria, algo llamó su atención... Era el primer boceto que Michael había diseñado y, al verlo de nuevo allí, sonrió de manera bobalicona, sobre todo al leer su nota:

Aún recuerdo tu mirada cuando examinaste este boceto, tu batalla interna mostrándome esa máscara de jefa dura que anhelaba arrancarte a besos... Tú me enseñaste que debía esforzarme al máximo y que un trabajo podía ser también divertido, apasionante, sobre todo cuando lo que haces te gusta. Como te ocurre a ti... Eso lo aprendí de ti, Adriana, como también a comprometerme con algo, con alguien... Tú haces que yo esté más centrado y yo hago que tú estés más relajada, ¿te habías dado cuenta?

Adriana sonrió. ¡Claro que se había dado cuenta! Gracias a Michael había aprendido a ser de otra manera, mucho más fiel a sí misma, sin abandonar sus ideales, pero permitiéndose el lujo de

relajarse, de ser ella, de disfrutar incluso trabajando, por eso se había alegrado de saber que tenía la oportunidad de hacer bien las cosas con su nueva secretaria. No quería que la temiese, como hacía Marge; pretendía, ante todo, que la ayudara en lo que ella necesitara, que fuera su mano derecha, la que llevara todos los asuntos que le concernían y que la avisara de sus citas, por eso, en cuanto la conoció, supo que había dado con lo que buscaba y la contrató.

Guardó aquella nota junto a las demás que le había escrito Michael y se puso a trabajar, pero al poco tuvo que levantar la mirada, pues alguien llamaba a su puerta. Cuando ésta se abrió, los ojos grisáceos con líneas color miel más sugerentes, tentadores e hipnóticos del mundo la sacudieron.

—Hola —dijo Michael cerrando tras de sí—. Veo que ya tienes secretaria. Me gusta.

—Samantha es muy guapa, además de inteligente, es normal que te guste —añadió sintiendo cómo esas palabras la quemaban por dentro.

—Me gusta para que sea tu secretaria —matizó con ese aire canalla característico en él. Después sacó una bolsita de papel que llevaba escondida a la espalda y se la puso delante—. Sabiendo que no te podías comer el boceto, he pensado en traerte algo para desayunar...

—No... —susurró tragando saliva al ver que él no paraba de ofrecerle detalles tan significativos para ella como especiales— no hacía falta que lo hicieras...

—Lo sé, pero quería hacerlo. Además, Adriana —dijo mientras abría la bolsita por ella, al ver que no hacía el ademán. Cuando vio que en su interior había un delicioso *muffin* de chocolate, se le hizo automáticamente la boca agua—, no te puedes imaginar lo que supone para mí que una mujer coma con deleite en mis narices. Piensa que las mujeres con las que salía eran de comer poco o nada, y verte a ti saborear ese dulce, poner incluso los ojos en blanco al disfrutarlo de verdad, para mí fue todo un descubrimiento.

—Pero seguro que a las otras mujeres no les sobraba algún que otro kilito... —susurró sabiendo que a ella le sobraban unos cuantos de más y temía que eso iría a más.

—A ti no te sobra nada, Adriana. Sólo te faltó yo, a tu lado. Espero que pronto te des cuenta —comentó con una sonrisa—. Además de traerte el almuerzo, te he traído las primeras pruebas para la campaña.

—A ver —dijo mientras alzaba la mano para coger la carpeta en la que traía las ilustraciones. Al hacerlo, sus dedos fueron a parar con los de Michael, que la hizo ahogar un suspiro y desviar la atención a los papeles, fingiendo que no había pasado nada—. Vale... Me gusta la idea —añadió señalando uno de ellos—, creo que deberías incidir en el enfoque de libertad, seducción y, sobre todo, exclusividad que quieren que ofrezcamos con este modelo.

—De acuerdo. Me pongo ya a trabajar, y... disfruta del dulce —añadió con una sonrisa mientras le guiñaba el ojo y salía del despacho dejándola subida en una nube de chocolate y pecado.

—Uf... —resopló Adriana mientras cogía el *muffin* y le daba un buen mordisco—. Espero que no tardes mucho en fijarte en otra mujer, porque, si no, al final no sé qué voy a hacer contigo...

* * *

Apagó el ordenador y salió del despacho mientras cogía el bolso.

—Samantha, no tardes en marcharte, ¿vale? Hay que saber parar —comentó al llegar a la mesa de su secretaria.

—Sí, termino con esto y me voy. Que descanses, Adriana —expuso ésta con una amplia sonrisa que dulcificó su rostro redondo, donde unos ojos de color verde esmeralda llamaban mucho la atención.

—Buen fin de semana —susurró para después dirigirse hasta el ascensor. Al volverse hacia el estudio no vio a Michael, lo que la hizo relajarse; por lo menos no tendría que soportar tenerlo a tan pocos centímetros de su piel...

Bajó al garaje y se encaminó hasta su coche, pero a medida que se acercaba comenzó a negar con la cabeza con estoicismo. ¿Qué hacía Michael allí?

—Ya pensaba que tendría que sacarte del despacho en brazos —dijo socarrón, apoyado en la puerta del conductor del pequeño BMW de Adriana.

—¿Necesitas algo?

—Sí —bufó él mientras asentía con lentitud—. A ti... ¿Cuándo me vas a dar otra oportunidad? Quiero demostrarte que estoy loco por ti y que no hay nada más que me importe más que tú.

—Michael... —susurró notando cómo sus fuerzas mermaban con cada palabra de él—. Por favor...

—No... —repuso mientras se acercaba a ella y le acariciaba la mejilla, haciendo que ésta reprimiese un gemido de placer—. No sabes lo duro que es tenerte tan cerca pero a la vez tan lejos. No sabes lo difícil que es morirme de ganas de besarte y no poder hacerlo. No tienes la menor idea de todo lo que me haces sentir simplemente con verte, con olerte, con acariciarte... —murmuró mientras se acercaba cada vez más, lo que provocó que Adriana sintiese su cálido aliento en el rostro—. Déjame que te demuestre lo importante que eres para mí.

Lo quería, lo deseaba, anhelaba que cada palabra pronunciada por él fuera cierta, poder estar con él, emprender una vida juntos, ser dichosa a su lado... Tragó saliva, si quería podía alzar un poco la cabeza y llegar hasta sus labios, besarlo, olvidarse de todo, de todos, de ese dilema que le retumbaba en la cabeza, de ese miedo que le impedía dar ese pequeño paso, de esa angustia por saber que ella formaría dentro de poco parte del pasado de ese increíble hombre que tenía delante...

—Tengo prisa, Michael... —farfulló con pesar, agarrándose a ese resquicio de raciocinio que la avisaba de que todo lo que éste le decía eran palabras huecas, sin significado, sin un ápice de verdad.

—No voy a estar esperándote eternamente, Adriana —replicó él con rabia.

—Lo sé, contaba con ello —dijo mientras lo esquivaba para abrir la puerta del coche, subirse y salir disparada de allí, sintiendo que parte de su corazón estaría para siempre enlazado al de

Michael.

«¡Qué tonta eres, Adriana! Has tenido que enamorarte del único hombre que habla del amor como si fuera un pasatiempo», se dijo mientras se obligaba a concentrarse en la carretera y a llegar a tiempo a aquella cita que la aguardaba desde hace días.

Entró en la clínica ginecológica temblando. Sabía que hacerlo sola había sido decisión suya, casi impuesta por su cabezonería, pues no quería que ni Madison ni mucho menos su madre —que se encontraba todavía en Mallorca— la acompañaran. Dio sus datos a la simpática recepcionista y ésta la acompañó a una sala de espera lujosa y sofisticada. Sabía que había elegido aquella clínica por ser la mejor de la ciudad, tanto como para el seguimiento del embarazo como para ponerle fin a éste. Entró sin mirar las caras de las personas que aguardaban allí dentro, se sentó y cogió una revista al azar.

—Perdona que te moleste —dijo una mujer morena con el cabello liso, largo, con unos ojos marrones muy expresivos—, ¿eres Adriana?

—Sí... —susurró sabiendo que esa mujer le sonaba de algo, pero no podía dar con la solución.

—¿Ves? —soltó ella con gracia al hombre que la acompañaba y que estaba más pendiente del móvil que de la conversación de ambas—. ¡Te lo había dicho! —añadió mientras le daba un codazo y él se asomaba para mirarla, algo que la hizo contener la respiración—. Soy Maca.

Y allí, en ese momento, Adriana sintió que su mundo se zarandeaba con fuerza, porque esa mujer era... ¡la cuñada de Michael!

—Ho... hola —murmuró sintiendo como si la hubiesen pillado cometiendo algún delito—. ¿Es... estás...? —preguntó señalando su barriga.

—¡¡Sí!! —exclamó con alegría haciendo que Bastian le sonriese con cariño—. Pero no se lo digas a Michael aún, queremos darles una sorpresa, sobre todo a mi suegra. Creo que le va a dar un parraque cuando sepa que va a ser, ¡al fin!, abuela.

—Enhorabuena —la felicitó Adriana pensando que iba a ser abuela por partida doble si ella al final decidía seguir adelante con aquella locura.

—¿Y tú has venido...?

—Ehm... A una revisión —contestó nerviosa, haciendo que Maca la mirase con mayor atención, como si la hubiese pillado mintiendo, algo imposible, ¿no?

—Claro... —susurró Maca.

—Nos comentó mi hermano que, gracias a ti, había recuperado su puesto de trabajo —indicó Bastian.

—Es lo menos que podía hacer por él... —repuso sintiendo cómo temblaba todo su cuerpo. En un acto reflejo, se llevó la mano al abdomen, un gesto que no pasó desapercibido para Maca, que elevó una ceja asombrada.

—A ver si quedamos un día y cenamos los cuatro juntos, sé que a Michael le gustaría —propuso Bastian, al margen del análisis concienzudo de Maca a Adriana.

—Bueno..., él y yo no estamos juntos —balbuceó sintiéndose muy incómoda al hablar de ese

tema con el hermano de éste y su cuñada.

—¿No? —inquirió Bastian extrañado, como si fuera impensable que estuvieran separados.

—Ehm..., no —reiteró Adriana mirando su regazo, sin saber qué hacer o qué decir en un momento como ése.

—Bastian —dijo de repente Maca—, creo que se me ha olvidado el monedero en el coche, ve a por él, por favor.

—Ahora no te hace falta, Maca...

—Sí, sí que me hace falta, ve, por favor.

—Pero, Maca...

—A ver, Bastian, quiero que salgas un momento de aquí, ¿vale? —soltó mirándolo fijamente.

Él la observó confundido, alzó los hombros con resignación y salió de la sala de espera dejándolas solas.

—Estos hombres no se dan cuenta de cuándo queremos que se vayan —comentó Maca pizpireta—. Vale, ahora que estamos a solas, ¿sabe Michael que estás embarazada?

—¿Qué? No, no, no, no... —susurró ella nerviosa. ¡Esa mujer no se andaba por las ramas!—. No estoy embarazada.

—Mira, Adriana, no nos conocemos, pero ambas sabemos que mientes. Estás embarazada y el padre es Michael... Ahora viene cuando me contestas a la pregunta que te he hecho antes —añadió con rotundidad, haciendo que ella boquease como un pez al no saber qué decir. ¡La había pillado enseguida!

—No lo sabe y, por favor, espero que no se lo digas.

—¿Vas a continuar con el embarazo?

—No lo sé aún, y lo tengo que decir dentro de unos minutos...

—Eso es que sí... —añadió Maca mientras le mostraba una amplia sonrisa—. Mira, tengo un cuñado que es la pera limonera. ¡De verdad te lo digo! Es simpático, atractivo, sincero, un guasón de primera categoría y un romántico empedernido. Joder, ¡lo tiene todo! Y por eso entiendo que estés cagada de miedo. ¡Coño, yo también lo estaría en tu situación!, pero no puedes esconder esto —añadió señalando la barriga—. Y se enterará, porque es inevitable que lo haga. Ahora bien..., puedes decírselo tú y ver cómo se le ilumina la cara, porque nuestro Michael es un hombre que no tiene miedo a estas cosas, es más, seguro que se volverá loco de felicidad al saber que llevas en tu vientre un bebé de los dos, y tendrás que aguantar con paciencia cómo se desvivirá por ti y por ese retoño como jamás has creído que ocurriría; o bien puedes ocultárselo y que cuando lo descubra se enfade tanto que incluso lo pierdas para siempre... Michael es muy familiar, bueno, para ser sincera, todos los Miller lo son. Y para ellos la familia lo es todo.

—Lo entiendo, pero no quiero que esté conmigo por esto —susurró acariciándose el abdomen.

—¿Michael no te ha dicho que te quiere? —preguntó extrañada de que su cuñado, que no era de callarse información, no se lo hubiese dicho ya.

—Sí, sí que me lo ha dicho, pero... ¡se lo dice a todas! —bufó Adriana con pesar, reflejando

con ese gesto lo que de verdad le preocupaba en ese tema.

—¡Ahora lo entiendo! —soltó echándose a reír—. Ahora te comprendo, Adriana, ¡yo también estaría cagada de miedo! —confesó asintiendo para corroborar su afirmación—. Es cierto que Michael es un enamorado del amor, que ha ido de flor en flor a una velocidad bastante rápida, y eso ocurría porque se cansaba enseguida de todas... Pero jamás lo hemos visto como está ahora contigo... Jamás ha estado tan enamorado de una mujer como lo está de ti, Adriana. Jamás le ha durado ese sentimiento tanto tiempo. ¡Creo que es su récord! —afirmó con rotundidad mientras asentía—. Mira, cuando te marchaste sin decir nada, fue a buscarte sin saber si te encontraría o no. Le dijimos que era una locura lo que estaba haciendo, pero él sólo quería encontrarte, quería estar contigo, quería que lo escucharas y que te dieras cuenta de lo que siente hacia ti... Te aseguro, Adriana, que eso jamás lo ha hecho por nadie. Michael te quiere de verdad.

—Es posible, pero ¿y si se cansa también de mí?

—Entiendo que tengas miedo, que tengas la incertidumbre de no saber cuánto durará vuestra relación, que te cree ansiedad temer que algún día llegue ese final... Pero eso no lo sabe nadie, ni siquiera yo, que estoy embarazada de mi medio pomelo, al que amo por encima de todo, y sé que él daría incluso su revista por estar a mi lado. El futuro es incierto, es verdad, pero son nuestros actos del presente los que hacen que una relación funcione o no.

—Es posible que tengas razón.

—¡Es que la tengo! —añadió jocosa, haciendo que Adriana sonriera—. Dime, ¿tú lo quieres? —preguntó sin dejar de observar un instante sus gestos nerviosos.

—Es el único hombre al que he querido en mi vida.

—Entonces ¿a qué esperas para dar el paso? Mira —indicó mostrándole una sonrisa divertida, como si recordara algo gracioso—, soy de las que piensan que hay que arrepentirse de las cosas hechas y no de las que nos gustaría hacer... Muchas veces meto la pata y luego me arrepiento de haber hecho algo, ¡pero, chica!, la vida es una, que no se te olvide, ¿y qué mejor que pasarla al lado de alguien que te acelere el corazón y, ya de paso, cada centímetro de tu cuerpo? —soltó mientras le guiñaba un ojo, lo que hizo que Adriana sonriese.

—Entonces ¿qué me sugieres que haga?, ¿que me lance a él?

—Te sugiero que escuches de verdad a tu interior, pero no al Pepito Grillo temeroso que nos dice todo lo malo que nos puede pasar, sino a la otra vocecita, esa que habla bajito y susurra lo que realmente deseas, aun sabiendo que es una locura, que puedes acabar mal..., pero ¿y si acaba bien?

En ese momento la puerta se abrió y entró Bastian, haciendo que Maca le guiñase un ojo y Adriana sonriese al ver la complicidad de aquella pareja tan dispar.

—¿Los señores Miller? —susurró la enfermera abriendo la puerta, sin darle opción a Bastian de que ocupara su asiento.

Él entrelazó su mano con la de Maca para ayudarla a levantarse de la silla bajo la atenta mirada de Adriana. Michael le había hablado de su cuñada, pero la verdad es que no le había

hecho justicia. Esa mujer era sincera, aplastante, y no se callaba las verdades, y a Adriana le cayó muy bien.

—Espero que nos veamos pronto —dijo Maca guiñándole un ojo para después coger de su bolso un bolígrafo y un trozo de papel en el que garabateó algo—. Pase lo que pase, por si me necesitas... —añadió tendiéndole el papel.

—Que vaya todo muy bien —repuso ella mientras cogía el papel y observaba cómo el matrimonio salía de allí.

Se quedó mirando el papelito, donde había un número de teléfono móvil y el nombre de esa española con las ideas claras. Después se fijó en las paredes blancas de la sala, pensando en lo que había hablado con Maca, en cómo veía ella a Michael con respecto a su relación, en ese lema de vida que jamás había utilizado... Sintió cómo una lágrima se desbordaba de sus ojos sin permiso, que su corazón latía desenfrenado y su ser temblaba como si fuera un pajarito, pero acababa de tomar una decisión.

Capítulo 40

Se levantó temprano, harto de dar vueltas en la cama. Se puso ropa de deporte y se fue a correr por el paseo, pensando cualquier excusa para poder ver a Adriana, aunque la mejor era que la quería tanto que no podía soportar estar sin verla mucho tiempo. Seguía intentando demostrarle que estaba loco por ella, o bien no lo hacía como él pensaba o simplemente ella no lo quería, y aunque intentaba agarrarse con fuerza a la primera opción, la segunda comenzaba a abrirse paso, haciendo que su positividad se viese afectada. Volvió al apartamento agotado, habían quedado para almorzar en casa de sus padres toda la familia, pues Maca y Bastian tenían algo que decirles, y Michael esperaba que no tuviera nada que ver con la revista y sí con el hecho de que aquel viaje por Europa había dado el resultado que tanto deseaba su madre... Con el pelo aún mojado, se dirigió a la cocina para tomar algo, el deporte siempre le daba hambre, pero su camino se vio truncado al oír el teléfono móvil.

—Dime, loquita —dijo al ver quién lo llamaba.

—¿Estás ocupado? —preguntó Maca.

—No... ¿Qué necesitas, que tu seco y responsable marido no quiere hacer? —soltó haciendo que ella se riera.

—Que me acompañes a un sitio... Bastian no puede, está liado con un contratiempo en la revista y he pensado en ti. ¿Estás en tu apartamento?

—Sí.

—Pues baja, que sabía que me dirías que sí.

—De verdad, uno no puede ser tan bueno —resopló socarrón.

—Anda, no te hagas de rogar, cuñadito —añadió Maca dando por finalizada la llamada.

Michael cogió una pieza de fruta y bajó a la calle, donde se encontró a su cuñada en el interior de su Jeep Cherokee negro. Al entrar, la sonrisa de Maca lo hizo devolverle el gesto; esa mujer era capaz de hacerlo reír aunque no tuviera ganas.

—Bueno, ¿y qué queréis decirnos en casa de mis padres?

—No, no... —contestó ella mientras se incorporaba con destreza al tráfico.

—¿No le vas a dar la primicia a tu querido e increíblemente atractivo cuñado? —soltó mostrándole una sonrisa canalla que a Maca la hizo sonreír de nuevo mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento, pero no. Bastian me mataría... Ya sabes cómo es con según qué cosas.

—Uy, sí... Aún no entiendo qué haces con él, y después de tanto tiempo —bufó fingiendo estar horrorizado ante tal hecho.

—Una, que es kamikaze.

—Un poco sí que lo eres —terció siguiéndole el juego—. ¿Adónde vamos?

—Anoche estuvimos en un bar y me dejé el bolso... —contó ella haciendo un mohín de resignación.

—De verdad, ¡estás pervirtiendo a mi hermano! Ir a un bar a tomar alcohol... Con lo que le gustaba a él estar encerrado trabajando sin parar, mientras se apolillaba... —comentó jocoso, haciéndola reír a carcajadas.

—Le he abierto un nuevo mundo de diversión.

—Ya veo, ya... —murmuró con sorna, sintiendo que se encontraba de mejor humor.

—No hay hueco para aparcar —informó al poco mirando a ambos lados—. ¿Entras y me lo coges tú?

—Claro... Si es que no sé qué harías sin mí —susurró Michael divertido mientras negaba con la cabeza.

—Ni tú sin mí —repuso mientras le guiñaba un ojo observando cómo éste bajaba del coche—. Estuvimos en el Bleau Bar, ve a la barra y dile mi nombre al camarero... —Le señaló el interior del impresionante hotel.

Michael asintió mientras entraba en el increíble edificio semicurvo del hotel Fontainebleau y volvía a pisar aquel bar, que lo llenó de recuerdos: la extraña conversación con Adriana, verla tan distinta de la primera vez, cuando la conoció, su manera de bailar, de divertirse, de sonreír, le dieron la pista de que ella no era como intentaba mostrar; cuando se emborrachó tanto que ni siquiera recordaba lo que ocurrió, lo que le confesó mientras la cogía en brazos y la llevaba hasta su apartamento... Tuvo que cabecear para desprenderse de aquel recuerdo, que comenzaba a tornarse demasiado excitante, pues todavía tenía grabado en la mente cuándo esa mujer, en apariencia sofisticada y rígida, se quedó desnuda delante de sus narices, reclamándole una respuesta que explicara por qué el seco de su novio no la tocaba. Entró en aquel local de moda, en ese momento no había nadie allí —algo normal, por la hora que era—, pero aun así la iluminación azul envolvía el lugar. Se acercó a la barra redonda esperando ver a alguien allí, pero de inmediato los primeros acordes de una canción que no había oído nunca lo envolvieron. Se quedó quieto, atendiendo a la letra en español de esa canción que cantaban Dvicio y Taburete, cuyo título era *5 sentidos*. La primera estrofa lo hizo intuir que no era casualidad, que aquella canción sonaba para él... Se volvió de manera instintiva y, al verla de pie, acercándose, con ese maravilloso vestido rosa, con el cabello suelto y sin apartar la mirada de él, sonrió con dicha y sintió en su interior miles de mariposas, elefantes y cocodrilos organizando una bacanal. ¡Había encontrado, al fin, a la mujer de sus sueños!

—Cuando escuché por primera vez esta canción pensé que no podía ser posible que, justo en la primera estrofa, explicara lo que me ocurre contigo —comenzó a decir Adriana, haciendo referencia a la preciosa melodía mientras se aproximaba a él—. Sabes que no soy romántica, que nunca he creído en el amor y que para mí eso no lo era todo en la vida; es más, huía como una loca

cuando comenzaba a sentir algo, y eso era porque no tenía ni la menor idea de lo que significaba ese sentimiento... Nunca lo había sentido, hasta ahora... Michael, tengo miedo, mucho, porque jamás he sentido esto por nadie, y cuando tú me decías que me amabas, yo simplemente me negaba esa posibilidad. ¿Cómo podías quererme? Puedes tener a la mujer que quieras, más guapa, más alta, más simpática..., ¿cómo es posible que me eligieras a mí?

—No debes tener miedo, Adriana, porque el amor no te limita, al contrario; tampoco te desvía de tu camino y mucho menos tienes que cambiar de personalidad para agradar al otro. El amor sincero es el que te hace sonreír, aun sin motivos, el que te anima a seguir adelante, a esforzarte a alcanzar tus objetivos, sin perder tu esencia —susurró él mientras le cogía la mano para acercarla—. No quiero tener a ninguna otra mujer, te quiero a ti, porque reúnes todo lo que deseo en una persona: eres fuerte, decidida, valiente, responsable, divertida, y estás muy loca por hacer algo así —añadió con una maravillosa sonrisa—. ¿Maca sabía esto?

—Claro —contestó Adriana sonriendo también—. Ella me ayudó a traerte.

—Yo habría venido corriendo si me lo hubieses pedido —confesó acercándose todavía más a su cuerpo.

—Lo sé, pero quería sorprenderte, como tú lo has hecho todos estos días atrás, enamorándome más si cabe con cada nota, con cada detalle con el que me demostrabas lo bien que me conoces... Michael, sabes que no soy de las que se enamoran, pero, aun así, estoy loca por ti —susurró sintiendo cómo las lágrimas se desbordaban de sus ojos.

—No llores... —murmuró mientras la estrechaba en sus brazos—. Joder, cuánto echaba de menos abrazarte, olerte, sentirte... —añadió con los ojos cerrados, embriagándose de todas esas sensaciones.

—Michael —dijo Adriana separándose un poco de él para mirarlo a los ojos—, te quiero.

—Lo sé, ¡joder!, lo sé, por eso me daba tanta rabia que me apartaras de tu lado. Sabía que me querías, lo sabía... —repuso mientras le cogía la cara para observarla bien, para embeberse de su expresión, de su mirada, de sus labios entreabiertos—. Yo... jamás he querido a nadie como te quiero a ti, Adriana —confesó sin dejar de mirarla.

—Hay algo más que quiero decirte y... ¡Esto es muy complicado, ¿eh?! —soltó haciendo que él sonriese como un loco enamorado—. Vale..., ¡ahí va! —dijo mientras cogía aire para armarse de valor—. Estoy embarazada.

Michael la miró, parpadeó varias veces intentando asimilar aquella confesión y, de repente, sonrió de esa manera con que a ella le daban ganas de besarle.

—¿De verdad?

—Sí... No sé si el método falló o a mí se me olvidó tomarme alguna píldora... La verdad es que no sé qué sucedió realmente, Michael. Esas semanas las recuerdo vagamente; sólo eran emociones, nervios y cierto hombre bastante perseverante que me volvía loca, haciendo que mi control se esfumara... —susurró mientras se encogía de hombros con resignación. No estaba

orgullosa de aquella falta de raciocinio por su parte, pero no podía echar el tiempo atrás. ¡Había que afrontar las consecuencias!

—Da igual lo que sucediera, Adriana —murmuró él—, ¡vamos a tener un bebé! —añadió con alegría mientras la estrechaba en sus brazos para después cogerle la barbilla y besarla, besarla con ansia, con hambre, con amor, mucho amor—. Tuyo y mío, Adriana —susurró besándola de nuevo, haciendo que ésta sonriese con dicha—. ¿Qué me has hecho para querer más y más de ti? —preguntó sin dejar de estrecharla en sus brazos.

—Creo que la culpa la tiene un tal Cupido, que comenzó riéndose de mí y, al final, ¡míranos!... Pero no me hagas mucho caso —soltó Adriana haciendo que él se echase a reír.

—¡Vamos! Tenemos que contárselo a todo el mundo y... ¡tenemos que buscar una casa! Con un gran jardín para que nuestro bebé corree, con piscina para que le pueda enseñar a nadar y una gran cocina para reunirnos todos allí, delante de una taza de café o de una cerveza bien fría. ¿Has traído el coche? Me temo que mi cuñada me ha dejado aquí tirado...

Adriana se echó a reír al verlo tan entusiasmo con la idea de ser padre y percatándose de que a su lado las cosas se veían de diferente manera. Ya no era una complicación estar embarazada, ahora era una alegría, un hecho para celebrar, y se daba cuenta de que arriesgarse la estaba haciendo feliz, de que olvidarse del miedo había sido la mejor elección y confesar lo que sentía era lo mejor que había hecho en la vida. Amaba a ese hombre, con su sonrisa canalla, con sus bromas, con su manera de ser. ¡Lo quería! E iban a tener un hijo juntos y toda una vida por delante para descubrir qué era el amor verdadero, ese que hacía que las personas se volvieran un poco majaretas, sí, pero también descubrían lo que era de verdad importante: los sentimientos, el tiempo compartido, los abrazos, la intimidad, las palabras susurradas... Se subieron al coche de Adriana y condujeron hasta la casa de los padres de Michael, sabiendo que tenían por delante muchas cosas que vivir juntos, pero ése era el primer paso que darían como pareja, el primero de muchos.

—Michael, no les digamos aún que esperamos un bebé —pidió Adriana antes de entrar.

—¿Por qué? Mi madre está deseando que la hagamos abuela.

—Por favor, hoy no... Hoy me vas a presentar como tu novia, ¿no?

—No —repuso él con rotundidad, lo que hizo que ella enarcase una ceja extrañada—. Te voy a presentar como la mujer de mi vida.

—¿Qué voy a hacer contigo? —soltó Adriana mostrándole una sonrisa bobalicona que le salió sin querer.

—Eso lo vamos a dejar para después, no quiero que mis padres se escandalicen —indicó mientras le guiñaba un ojo y la cogía de la mano.

Adriana negó con la cabeza divertida. Ese hombre era lo mejor que le había pasado en la vida, la hacía reír, la hacía relajarse y, sobre todo, dejaba de actuar de manera distinta de como era. Con él era la verdadera Adriana, una mujer con sus complejos, con sus puntos malos, pero

también buenos, una persona que se había dado cuenta de lo importante que es ser fiel a uno mismo y dejarse llevar, aunque el miedo paralice.

Entraron en la casa, todos los esperaban en el jardín y, cuando vieron que Adriana entraba de la mano de Michael, simplemente se vio envuelta en cariño, felicitaciones y sonrisas al comprobar que el pequeño de la casa había conseguido conquistar el acorazado corazón de esa mujer. Ésta se sintió una más casi en el acto, las risas que provocaban los chascarrillos de Michael y de Maca, las fingidas disputas de Bastian con su hermano, el cariño de Lucre por todos ellos y la voz sabia de Steve le hicieron ver que los Miller eran adorables.

—Bueno, familia —dijo Bastian con voz profunda y seria después de la deliciosa comida mexicana que les había preparado Lucre—, queremos deciros algo —añadió mientras cogía la mano de Maca y la miraba con cariño—. ¡Esperamos un bebé!

Aquella noticia los hizo levantarse a todos de sus sillas para abrazar a los futuros papás. Lucre se echó a llorar al darse cuenta de que al final tendría un nieto correteando por allí, y Michael, después de felicitar tanto a su hermano como a su cuñada, estrechó a Adriana contra su pecho y bajó la cabeza para hablarle al oído:

—¿Tú lo sabías? —Ella sonrió mientras le guiñaba un ojo—. Eres una pequeña mentirosa, señorita Álvarez —susurró mientras le daba un beso en la cabeza que la hizo cerrar los ojos de placer—. Cuando se entere mi madre de que no va a tener uno, sino dos..., ¡le va a dar algo!

—La verdad... —comenzó a decir Adriana mientras lo cogía de la mano y lo acercaba a la piscina para después sacar del bolsillo de su vestido una ecografía—, nosotros vamos a tener dos.

Michael cogió la foto en la que se podían distinguir dos pequeños puntos blancos, la miró a los ojos para cerciorarse de que decía la verdad, de que no era una broma, y al ver sus ojos brillantes y su tez ligeramente sonrosada, se echó a reír con fuerza mientras la estrechaba contra su cuerpo y la besaba con ardor.

—Nos vamos a caer a la piscina, Mike —susurró ella entre beso y beso, dándose cuenta de que él no paraba de moverla ligeramente, aproximándola hacia allí.

—¡Ostras, es verdad, la piscina! —exclamó como si no se hubiese dado cuenta de algo importante.

Y, sin darle tiempo a nada más, la cogió en brazos y se tiró a la piscina con ella, haciendo que los suyos se echasen a reír al ver a Adriana salir del agua mientras se secaba los ojos con una mano y lo buscaba con seriedad con la mirada. No obstante, al verlo delante de ella mostrándole esa sonrisa canalla que la encendía, comenzó a carcajearse al encontrarse de nuevo de esa guisa.

—Ésta es mi Adriana —susurró Michael mientras se acercaba a ella para besarla.

Epílogo

Me vuelvo para mirarme en el espejo y, de repente, como si me estuviese aguardando agazapado, todo lo que he vivido en estos más de cuatro años al lado de Michael me sacude por dentro, rememorándolo con la misma fuerza y la misma ilusión. Recuerdo el día que me llevó a ver nuestra casa —muy cerca de donde viven Maca y Bastian, y también mis suegros—. Su dicha y su entusiasmo eran palpables a medida que me arrastraba por todas las preciosas estancias hasta acabar en el amplio jardín con piscina de que disponía la propiedad y me susurraba, mientras me abrazaba por detrás, lo felices que seríamos ahí. No tardamos en mudarnos, el embarazo hacía que todo se acelerara, y en pocas semanas comenzamos a vivir juntos. No os voy a negar que los primeros días fueron un auténtico caos, no podía caminar tranquila por casa, pues, sin que me lo esperara, me lo encontraba o semidesnudo o desnudo completamente mientras hacía cualquier tarea rutinaria del hogar. Y, claro, entre mis hormonas revolucionadas y tener tan a mano el sugerente cuerpo de mi chico, al final acabamos estrenando casi todas las habitaciones de la casa. ¡Michael era insaciable y yo estaba más que encantada! Pero no todo era sexo y comprar muebles y ropa para los bebés —algo que nos ocupaba la mayor parte de nuestro tiempo libre—, sino que seguimos trabajando juntos, compartiendo nuestra pasión por crear, y la verdad es que nos fue mejor que bien. Ganamos varios premios, teníamos una clientela fiel que crecía con el transcurso del tiempo y, gracias a nuestro jefe —que abrió otra agencia en Los Ángeles y se dedicó de lleno a ella—, ascendimos. Yo me convertí en su socia, llevando en exclusiva la agencia de Miami, y Michael fue mi director creativo. Fueron meses de mucho trabajo hasta que conseguimos acostumbrarnos a nuestros nuevos roles, pero gracias al optimismo de Michael y a mi terquedad, obtuvimos más reconocimiento y todavía más clientela. Como bien había dicho Henry, formábamos un buen equipo, y yo no podía siquiera pensar en trabajar sin que él estuviera a mi lado. Pero no todo han sido cosas buenas, también hemos superado escollos, problemas cotidianos que nos han ayudado a estar todavía más unidos, discusiones, y acostumbrarnos a que las relaciones no tienen que ser perfectas, sino reales. Todo ello se nos juntó con noches eternas sin dormir, biberones a las tres de la mañana, los primeros dientes de las gemelas, sus primeros pasos, sus primeras palabras, el primer día de cole, las primeras discusiones y un trasiego sin fin que nos volvía locos, aunque a la vez no podíamos sentirnos más dichosos de tener en nuestras vidas a nuestras niñas. Todo lo hemos hecho juntos, sin que él demostrase en ningún momento eso que me daba tanto miedo, eso que pensaba que iba ligado a su carácter. Sin embargo, en cierto modo no me equivocaba. Michael había sido un rompecorazones, pero a la vez era un romántico

empedernido que sólo ansiaba encontrar a la chica de sus sueños, ¡y al final resulté ser yo la afortunada!

—¡Mami!

—¡Tita!

Al oír tres vocecitas que vienen corriendo hacia mí, me vuelvo y sonrío de una manera que creo que se me puede romper la cara, porque esas tres niñas me miran ahora mismo con la boca abierta, algo que me hace reírme a carcajadas. Nuestras queridas hijas son como dos gotas de agua, se parecen mucho, pero a la vez son totalmente diferentes. Alice es como su padre, una aventurera que no tiene miedo a nada y que mete a su hermana en demasiados líos; es risueña, divertida y una guasona de cuidado. ¡Cuando se haga mayor, que tiemblen los hombres de Miami! En cambio, Mar es más parecida a mí, más sosegada, racional, y tiene que pensar los pros y los contras antes de ir, por ejemplo, a jugar. En el físico tengo que decir que están muy mezcladas, tienen los preciosos ojos de Michael, mis labios, el color de mi cabello, pero la belleza rebelde de su padre. Son atléticas, inquietas y, ¡¿qué os voy a decir yo?!, más preciosas no pueden ser. Mi sobrina Leila tiene la misma edad que ellas, cuatro años, sólo se llevan unas semanas de diferencia, poco faltó para que nos pusiéramos Maca y yo de parto a la vez. Creo que incluso hicieron una apuesta y la ganó mi suegro al predecir la fecha de parto. Maca fue la primera y después fui yo... La verdad es que mi cuñada y yo nos hemos convertido en grandes amigas; ella me ayudó a darme cuenta de cómo era en realidad Michael, no como yo creía que era a simple vista. ¡Mi chico es una caja de sorpresas!

—Guauuu..., tita, pareces una princesa —exclama mi sobrina Leila mientras asiente con rotundidad y mueve sin parar el vestido rosa chicle que lleva puesto. Ha salido tan diferente de su madre en la manera de vestir que Bastian no para de comprarle todos los caprichos a la niña con tal de ver a Maca escandalizada por aquel tono de color tan alejado de sus gustos.

—Vosotras sí que lo sois —comento sintiendo que poco me falta para que se me caiga la baba por ellas, las tres van vestidas iguales y son tan bonitas, tan genuinas, con un carácter fuerte y a la vez familiar, que no puedo estar más orgullosa de lo que lo estoy de mis pequeñas.

—¿Te queda mucho, mami? —me pregunta Alice mientras me coge la mano y clava sus preciosos ojos en mí esperando mi respuesta.

—No, ya estoy. ¿Dónde está Uriel? —les pregunto, y las tres niñas se encogen de hombros con resignación, algo que me hace sonreír. ¡Son adorables!

—Está con la *abu*... —dice Leila con desdén, como si no lo entendiese.

Lo cierto es que no se parecen en nada, ¡y eso que son hermanos! Uriel, mi sobrino de dos años, tiene el cabello negro como su madre, los ojos marrones y la belleza innata de su padre. Podríamos decir que es una Maca en versión chico. Le encanta la ropa negra, el rock and roll e incluso el heavy, y, sí, ya sé que es muy pequeño para tener tan definido el carácter, pero tiene las ideas claras como su madre y no deja que nadie le lleve la contraria.

—¿Qué hacéis aquí? —irrumpe con fuerza mi madre mirando a las tres niñas, que echan a

correr saliendo de la habitación como si las hubiese pillado haciendo alguna travesura. ¿Veis cómo son un amor?—. Oh, cariño... —dice, y me doy cuenta de que está haciendo un esfuerzo titánico por no romper a llorar. Como siga así, nos echamos las dos a la vez a llorar y a ver quién es el valiente que nos hace parar.

—¿Está todo listo? —le pregunto.

—Sí... Te estamos esperando —susurra mientras, sin esperarlo, me da un fuerte abrazo—. Jamás te he visto tan resplandeciente, Adriana, y no es por la ropa; es tu gesto, tu mirada, tu postura...

—Nunca he sido tan feliz, mamá —confieso, y ella asiente. Sabe que es la verdad, como yo también sé que ella también lo es. Desde que Enric entró en su vida y se mudó a Mallorca con él, es otra mujer, y aunque sé que le encantaría estar aquí con nosotros, al fin ha encontrado a un hombre que la quiere de verdad, y eso no ocurre todos los días, ¡os lo digo yo!

—Te he traído una cosa. Es una tontería, pero espero que te haga la misma ilusión que a mí —comenta mientras saca de su pequeño bolso una pulsera de tobillo. Sí, mi madre es una hippie de cuidado, pero la quiero tanto que sé que este día no sería igual sin ella—. La llevé cuando me casé con Enric. —Se casaron hace tres años en Mallorca, en una boda ibicenca preciosa—. Y quiero que la lleves tú hoy.

—Claro que la llevaré, mamá —añado sintiendo cómo las emociones se me agolpan en la garganta. Madre mía, ya verás, al final el poco maquillaje que llevo se va a ir al traste... Me siento en la cama y me pongo la pulsera en el tobillo derecho. La verdad es que me gusta saber que voy a llevar algo de mi madre, y al volverme para mirarla, la veo llorando—. Pero, mamá...

—Ay, cariño, soy tan feliz de verte tan bien con Michael...

—Lo sé —digo, y nos fundimos en un fuerte abrazo.

El ruido de alguien llamando a la puerta nos hace separarnos. Después de darle yo paso, ésta se abre y aparece Brandon, que muestra una amplia sonrisa al vernos.

—Perdonadme, pero hay un hombre un poco histérico, y bastante cansino, que cree que su futura mujer lo va a dejar plantado —dice, y entonces me pongo a sonreír como una boba sólo de imaginármelo.

—Entonces no voy a hacerlo esperar más —contesto mientras me miro por última vez en el espejo.

Repaso mi cabello, que llevo suelto, perfectamente peinado marcando unas amplias ondas que llegan hasta el final de mi espalda; observó el top que llevo anudado al cuello, repleto de perlas grises, sofisticado y liviano, que cae con soltura en una falda lisa larga hasta el suelo, del tono más suave de esas perlas. En mis pies, unas sandalias planas para poder llegar al altar...

Me acerco a Brandon, el padrino que escogí —algo que ni siquiera dudé; les debo tantas cosas a él y a Madison que creo que me faltará tiempo para agradecerles todo lo que hicieron por nosotros— y al que poco le faltó para echarse a llorar cuando se lo propuse, y lo cojo del brazo para acercarnos hasta donde me está esperando Michael. Nada más salir de la habitación, me

encuentro con Madison, que se tapa la boca con la mano para aguantar las lágrimas. Se acerca a mí y me da un fuerte abrazo. Parece que no nos hayamos visto en mucho tiempo, cuando hace escasamente cinco minutos estábamos juntas, hablando de cómo habían cambiado nuestras vidas y riéndonos por todo lo que habíamos tenido que pasar hasta llegar precisamente a ese momento... Hace un año que mi amiga se casó con Brandon, en una boda tan maravillosa como romántica, en uno de los hoteles más lujosos de Miami, y nuestras hijas les llevaron las alianzas al altar. Fue todo tan precioso que no pude parar de llorar... ¡De verdad, Michael, me has convertido en una Magdalena! Después de su luna de miel por las islas Galápagos, se fueron a Milán para que mi amiga desfilara para una importante firma de ropa y, como no podía ser de otra manera, está aquí ahora conmigo, alegrándose por mi día, como yo hice con el suyo...

Salimos de la autocaravana para comenzar a dirigirnos al lugar escogido para nuestro enlace, una fecha que sé que ha tardado en llegar, pero entre el trabajo, las gemelas y el poco tiempo libre de que disponíamos, hemos ido postergándolo hasta ahora. Recuerdo con una sonrisa cómo Michael me pidió matrimonio. Fue nada más nacer las gemelas, un día como cualquier otro, en el que ese hombre que me tiene más loca que cuerda clavó la rodilla en el suelo y, entre pañales, biberones y baberos, me pidió que me casara con él, algo que me hizo tan inmensamente feliz que provocó que se me olvidara hasta responderle por las ansias locas que tenía de besarlo. Pero el tiempo pasó y, hartado de esperar a que saliera de mí el tema, un día me señaló el anillo de prometida y me dijo que pusiera fecha para casarnos o, si no, sería él el encargado de montar la boda sin que yo supiera nada. Como habréis adivinado, me puse las pilas y comenzamos a organizar este día. Cuando algo se le mete en la cabeza a Michael, no descansa hasta obtenerlo.

Al poco de caminar del brazo de Brandon, lo veo, rodeado de su familia. Bastian y Maca están vigilando a las niñas; Lucre está a su lado mientras lo mira de reojo y sonrío dichosa; Steve se encuentra con Uriel en brazos; detrás de él están Paul y Candace —se casaron hace tres años y, por supuesto, estuvimos invitados a la ceremonia—, y al lado de éstos encuentro a Liam y Dexter con sus respectivas parejas (supongo que Liam no tardará en cambiarla por otra, tiene un espíritu demasiado libre como para atarlo a algo o a alguien; en cambio, Dexter lleva con su novia un par de años). Cerca de ellos veo a Linda con su marido Brian y un niño precioso de tres años de la mano; también están Emily y Anthony —ella es periodista en la revista de Bastian—, Mason —ilustrador de *Miami Life Magazine*—, con su mujer Bárbara y dos preciosos niños de siete y cinco años respectivamente, y Abril —la mejor amiga de Maca y la organizadora de esta locura llamada boda—, junto con su marido Julen —¡que es director de cine, flipa!—, su hija Zoe —que es ya toda una mujercita de quince años que tiene la misma sonrisa que su madre—, y el niño de ambos, Daniel, que no puede negar de quién es hijo, pues parece un mini Julen... La música, ¡nuestra canción!, suena a través de unos altavoces portátiles, llenando con su melodía y esa letra que es nuestra historia cada centímetro de este idílico lugar que forma también parte de nuestro pasado. Michael me mira por primera vez, se queda serio repasando mi vestimenta y, de repente, cuando su mirada llega a mis ojos, me sonrío de esa manera tan suya que aún provoca que mi

corazón se acelere y que los pocos pasos que nos separan se hagan eternos. Me quito las sandalias cuando voy a meter los pies en el agua fresca de este estanque que descubrimos hace tanto tiempo. No podíamos casarnos en otro lugar que no fuera aquí. Hawái nos unió, nos hizo conocernos alejados de la rutina y de nuestras amistades, y fue aquí donde nos dimos cuenta de la gran atracción que sentíamos por el otro... Observo la cascada gemela en la isla de Maui, en la carretera hasta Hana, ese lugar tan único y mágico, mientras me aproximo a él cogida del brazo de Brandon. Al poco, él me suelta y miro a Michael, ¿cómo puede seguir haciéndome sentir como el primer día?

—Estás preciosa —me susurra antes de que el juez comience con esta ceremonia en remojo, porque, a excepción de los invitados, estamos sumergidos en las cristalinas aguas mientras oímos el murmullo del agua al caer por la cascada. Es tan bonito que creo que voy a llorar...

Sé que no estoy escuchando a ese hombre hablar del amor, del destino y de todo lo que hemos tenido que vivir hasta llegar hasta aquí, pero lo que siento, lo que me hace sentir este hombre que tengo a pocos centímetros de mí es tan grande, tan maravilloso, que ahora mismo me reiría de la Adriana de hace cinco años cuando juraba que el amor era un asco y que ella no lo necesitaba. ¡Madre mía, qué pánfila era! Porque nunca me he sentido más yo que cuando estoy con él, nunca he sido tan fuerte ni tan valiente, jamás me he visto más capaz de alcanzar mis sueños que desde que estoy con Michael. Y sé que no lo he conseguido porque él me ha ayudado, así no funciona el amor, sino que lo he logrado porque él estaba a mi lado, apoyándome, animándome, y simplemente esperando a que el resultado llegara a nuestras vidas. Lo he conseguido yo, con mi esfuerzo, con mi tenacidad, pero sé que, sin él, ni siquiera me habría sabido tan bien como nos supo. Gracias a él, las alegrías son mucho mayores, la vida tiene un color especial y el amor, joder, ¡el amor es la leche!, nos hace mejores de lo que somos, nos ayuda a seguir creciendo, nos envuelve en un manto de calidez para seguir luchando, para seguir hacia delante, porque con él todo es posible. Sonrío con emoción, dándome cuenta de lo enamorada que estoy de este hombre con la sonrisa más canalla del mundo, sabiendo que no podría ser más feliz que ahora.

—Mami... —La vocecilla de Mar me hace salir de mi ensoñación y me vuelvo para mirar a mi hija—. Tienes que contestar a la pregunta.

Miro a Michael, que está esperando también a que conteste, como si temiese que me hubiese echado atrás, algo tan difícil como dejar de amarlo. Sonrío, él también lo hace, y de repente desaparecen todos, sólo estamos él y yo, enfrente de esta cascada doble. Lo amo, lo quiero, lo deseo; estos años a su lado me han sabido a poco y deseo más, mucho más.

—Sí, quiero —digo, y él alza los ojos al cielo como si respirara tranquilo y yo me río a carcajadas al ver su expresión de alivio. El muy canalla me tiene loca, y lo peor es que lo sabe.

—Os declaro marido y mujer, puede besar a la novia —nos dice el juez.

Sin vacilación, Michael me estrecha entre sus brazos y me besa con ardor, volcando en ese gesto todo lo que siente por mí, algo que me demuestra todos los días con pequeños detalles que

sabe que a mí me encantan, con gestos que me vuelven loca y con esa manera suya de hacerme reír, aunque no me apetezca.

—Creía que te ibas a echar atrás —me dice entre beso y beso.

—Es más probable que tú te eches atrás que yo.

—Uf, entonces, *jefa*, vamos a pasar muchos, pero que muchísimos años juntos. Tengo grandes planes y en todos estás tú —añade socarrón, haciendo que mi ser se expanda e incluso toque el cielo.

—Me encanta cómo suena eso.

—Lo sé, sé que soy irresistible, nena —indica el muy canalla, haciendo que sonría.

—¿Sabes qué? —digo mimosa, pues lo que le voy a decir lo he mantenido en secreto para darle la noticia justo este día. Al final, Michael me está convirtiendo en una romántica patológica —. Estoy embarazada.

Él me mira, observa a su familia, que nos está esperando para felicitarnos, observa la cascada que tenemos a pocos pasos y entonces me temo lo peor. ¡¿A quién se le ocurre casarse con este hombre donde hay agua?! Ah, sí, a mí...

—¡¡FAMILIA, ESTAMOS EMBARAZADOS!! —grita de emoción, haciendo que todos los presentes nos aplaudan mientras él me coge en brazos, yo entrelazo las manos en su cuello, hundo la nariz en ese punto de su anatomía y sé que estoy en casa, porque él es mi hogar.

—Uriel dice que quiere que sea un niño —suelta Maca entre risas, haciendo que nos riamos.

—¿Ves, mamá, como al final te vamos a llenar la casa de nietos? —oigo que le dice Bastian a su madre.

—¡Ay, y lo que me ha costado veros con dos buenas mujeres a las que queréis y que también os quieren a vosotros! —suelta Lucre jocosa, feliz de tener la casa llena de nietos a los que consentir hasta límites insospechados.

—Me sigue volviendo loco el olor a fresas de tu cabello —me dice entonces Michael, y sonrió mirándolo fijamente, sus ojos grisáceos con líneas color miel me siguen llevando por el camino de la perdición.

Pero poco me dura el gesto porque, de repente, el muy bandido nos introduce en la cascada haciendo que nos mojemos. Lo miro, él me mira sin dejar de sonreír, me besa y de nuevo desaparece todo a nuestro alrededor, sin importarnos estar empapados y tener a todos nuestros seres queridos a pocos pasos.

—Estoy loco por ti, Adriana —me dice, y yo floto en una nube al oír esas palabras y, sobre todo, al notar sus labios en los míos.

Y, mientras nos mojamos sin dejar de besarnos, me doy cuenta de lo tonta que fui al intentar frenar la atracción que sentía por Michael, inventándome mil excusas, obligándome a no sentir nada por él, pero a la vez dándome cuenta de que no podía dejar de pensar en él. Según Madison, el culpable de que una mujer que no creía en el amor acabase enamorada hasta las trancas es un tal Cupido, aunque me temo que ese niño con pañales al que le encanta lanzar flechas a diestro y

sinistro no ha tenido nada que ver... Michael y yo teníamos que conocernos, teníamos que trabajar juntos y descubrir que, cuando el amor es verdadero, nada ni nadie lo puede parar.

Agradecimientos

Gracias a Abril y Julen (*Campanilla olvidó volar*), creé la historia de Maca (*El amor se ríe de mí*), y a medida que estaba escribiendo esa novela hubo un personaje que me enamoró y que sé que también os enamoró a vosotras/os. Michael, nuestro querido enamorado del amor y loco Michael debía tener su historia, y, después de volverme tarumba en muchos sentidos, encontré a la mujer que debía enloquecer a un hombre tan romántico y especial como lo es él. Sólo espero que esta novela os haya gustado tanto como a mí, que entendáis tanto a Adriana como a Michael, pues son dos personajes tan distintos como complementarios, y que hayáis suspirado de satisfacción al llegar al final. Lo cierto es que yo he acabado todavía más enamorada de él...

Quiero dar las gracias, cómo no, a mi marido por sus palabras de aliento, por sus ánimos y por la paciencia infinita que demuestra cuando le cuento mis ideas, las locuras que se me pasan por la cabeza o los mil títulos que se me cruzan por la mente. ¡Te amo!

A mis hijos —¡cómo pasa el tiempo!, mi niña ya es casi una adolescente y mi niño, un terremoto—, que respetan las horas que invierto delante del ordenador, a los que les encanta que les pida consejo y con quienes disfruto mucho entre risas y conversaciones en nuestro tiempo libre. ¡Os quiero infinito más un millón!

A mi familia, mis amigas/os, mis Cococalas, mis vecinas/os, las mamis y las profes del cole, ¡gracias por tanto!

A mis queridas/os lectoras/es, gracias por todo lo que me dais sin ni siquiera daros cuenta, gracias por vuestras palabras de aliento, por vuestro cariño, que traspasa la pantalla del ordenador o del móvil, gracias por compartir en vuestras redes sociales, por comentar en las tiendas digitales, por recomendar mis novelas. Gracias por estar ahí. ¡Esta novela va por vosotras/os!

A mi editora, Esther Escoriza, gracias por seguir confiando en mí, por ser la gran persona que eres, por nuestras conversaciones y por todo lo que haces por mí. ¡Eres un amor!

Al maravilloso equipo de Zafiro (Grupo Planeta), gracias por vuestra profesionalidad y por ayudar a que mis novelas queden perfectas. ¡Sois la pera limonera!

A ti, que acabas de descubrir la novela de Adriana y de Michael, que te has reído, suspirado, llorado e incluso enfadado con su lectura, gracias por dejarme contarte esta romántica historia, gracias por leerme.

LOLES LÓPEZ

Biografía



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón*, *Una irresistible excepción*, *El amor se ríe de mí*, *No me avisaste, corazón*, *Ni un flechazo más* y *Sería más fácil odiarnos*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en: <www.loleslopez.wordpress.com>.

Referencias a las canciones

5 sentidos, Sony Music Entertainment España, S. L. / Vespok360 Records S. L., interpretada por Dvicio y Taburete. (*N. de la e.*)

Cupido se ríe de mí
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21793-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

